

217

CIÓN

7

1515



Monsabré



EL

ORADOR

Sagrado



BV4217

M6

c.1

008517

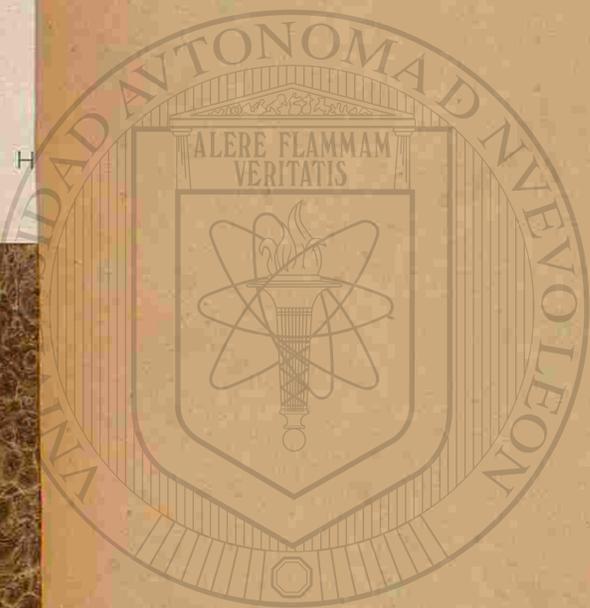


1080020908

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

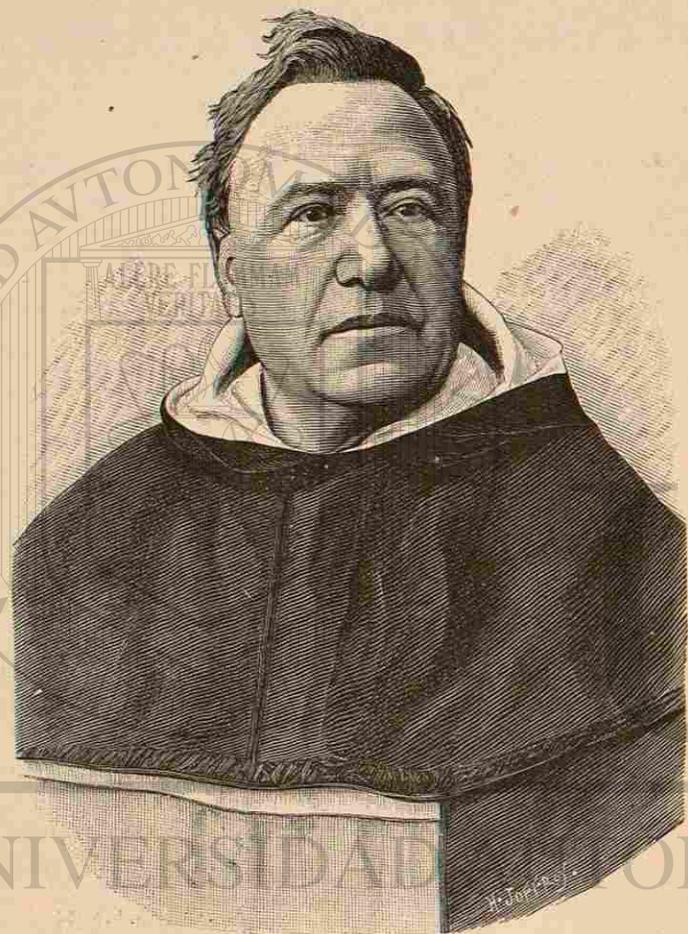
Episcopi Leonensis



EL ORADOR SAGRADO
ANTES DE PREDICAR
PREDICANDO Y DESPUÉS DE PREDICAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
R. P. Mtro. Fr. Santiago Monsabrè.

2.50
EL
ORADOR SAGRADO

ANTES DE PREDICAR
PREDICANDO Y DESPUÉS DE PREDICAR

POR EL

R. P. MTR. FR. SANTIAGO M.ª MONSABRÉ

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

TRADUCCIÓN Y APLICACIÓN AL PÚLPITO ESPAÑOL

POR EL

R. P. L. FR. RAIMUNDO CASTAÑO

DE LA MISMA ORDEN



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

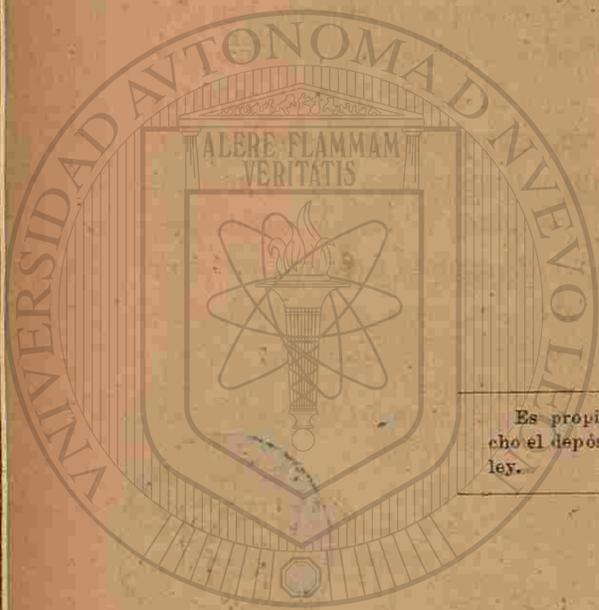
SEVILLA

ESCUELA TIPOGRÁFICA Y LIBRERÍA SALESIANA

1900

45156

BV 4217
M6



Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Censura de la Orden.

Revisado, por orden de nuestro Muy Reverendo Padre Provincial, el libro que lleva por título El Orador Sagrado, antes de predicar, predicando y después de predicar, por el R. P. Mtro. Fr. Santiago M.^a Monsabré, traducido y adaptado al púlpito español por el R. P. L. Fr. Raimundo Castaño, ambos de nuestra Orden, juzgamos conveniente, provechosa y oportuna su publicación.

Convento de Zafra fiesta del Corpus de 1900.

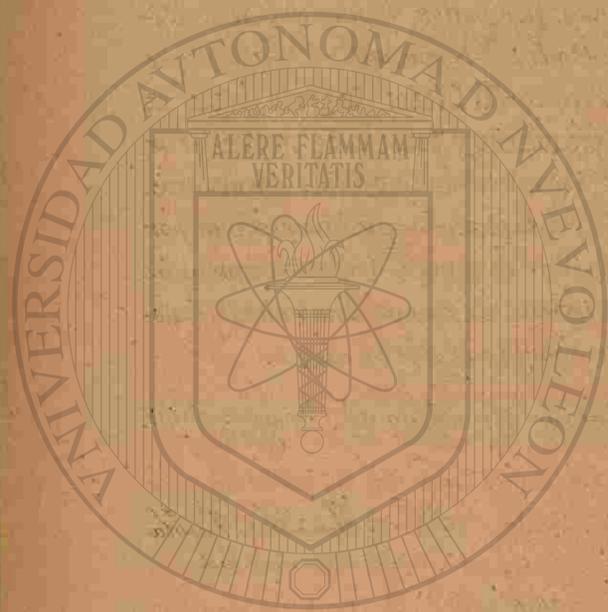
Fr. Manuel Puebla
Ex-Prov. Mtro. en Teol.

Fr. Adriano Suárez
Lect. de Filos.

IMPRIMASE:

Fr. Jacinto Figueroa
Scioci Prov.

003517



DOS PALABRAS

En uno de los últimos Capítulos Generales de la orden de Predicadores, celebrado en Avila en 1895, tratando los Padres Capitulares de uniformar en el Instituto de su elevada representación la enseñanza de la Oratoria sagrada, encomendaron oficialmente al P. Monsabré un libro de texto que sirviera de base á la explicación de dicha asignatura, parte esencial de la educación dominicana. Fruto de esta comisión es el libro que publicamos, y baste en elogio suyo el hecho de referencia. Si primus ardor discendi auctoritas magistri, nada más natural que el que una Orden apostólica haya querido recoger de la pluma, del pensamiento y del corazón del ilustre veterano de la sagrada cátedra y transmitir á la posteridad las observaciones y preceptos que, cual nadie, podía dar, autorizado por larga experiencia en ministerio tan brillante y fecundo como todos sabemos. ¿Qué eclesiástico medianamente instruido no conoce al orador de Nuestra Señora de París? ¿A qué lengua del mundo no se

han vertido las admirables producciones de su inteligencia siempre virgen y de su inagotable corazón? ¿Qué predicación hay que no le sea familiar, desde las sabias conferencias hasta la modesta plática?

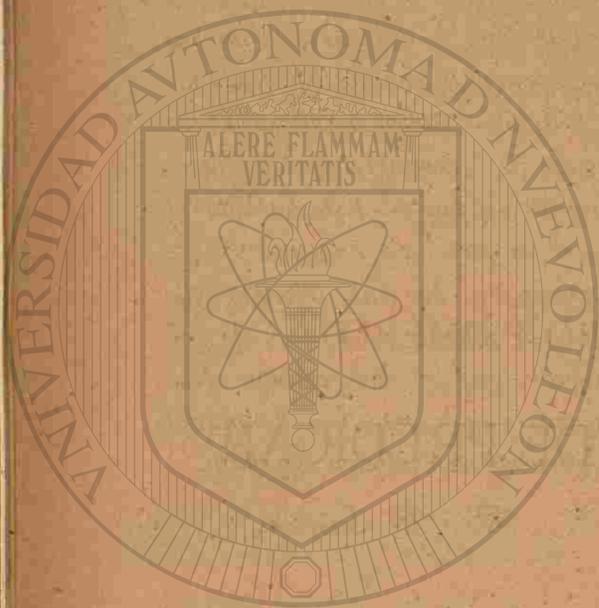
Con esto, poco diremos del valor intrínseco de la obra. Cuantos conozcan personalmente al P. Monsabré, verán vaciado su espíritu en este libro. El que aquí habla, más que maestro, es padre que habla á la inteligencia, al corazón, al alma toda. Su lenguaje, familiar y cariñoso, rebosa dignidad y unción. Toma á su discípulo apenas este asume el ministerio de la divina palabra y no le abandona un momento: le prepara, le acompaña al púlpito, le observa atentamente, recíbele al bajar. Diríase que era S. Pablo instruyendo al joven Timoteo. Consejos á los jóvenes para antes de predicar, al predicar y después de predicar es el título de la edición francesa, que, si en pluma del autor ensalza á él y á su obra con el mérito de la modestia, y perfectamente corresponde al tono que en ella domina, no puede satisfacer á los que siempre miraremos en el P. Monsabré al Mentor de la cátedra sagrada, y sus dictámenes cual verdaderos preceptos en este difícil arte.

Formulado en España el pensamiento que nos ocupa, y siendo nuestra lengua predilecta al Pa-

dre Monsabré, convenia que la versión española fuese la primera que figurase al par del original, introduciendo en ella accidentales variantes que se imponían en gracia al púlpito español; pues si la palabra de Dios es doquiera la misma en sus aplicaciones generales, varia infinitamente en sus detalles prácticos, atemperándose á las condiciones, exigencias, circunstancias y hasta carácter de los diferentes países. Este ha sido el deseo del Autor y el parecer de nuestros Superiores al ordenarnos el presente trabajo que hemos aceptado con la mayor prontitud, y que, al amparo del nombre que le cubre, osamos ofrecer, siguiendo la consigna, á nuestros hermanos escolares y á la juventud eclesiástica española.

Fr. R. Castaño.

O. P.



LIBRO PRIMERO

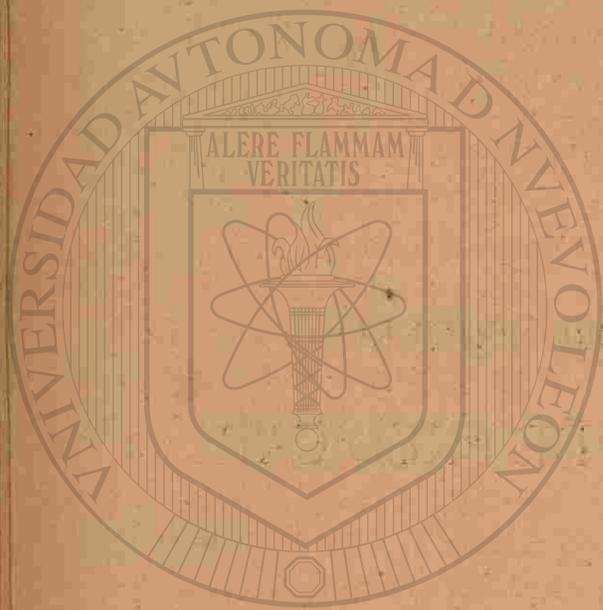
ANTES DE PREDICAR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPÍTULO PRIMERO

PREPARACIÓN REMOTA

Consiste la preparación remota del predicador en penetrarse de la grandeza de su misión. Es depositario y sembrador de la Divina Palabra que el Verbo encarnado anunció al mundo: palabra que revela profundo conocimiento de los tiempos, de los lugares y de las almas; palabra que viene á explicar lo que hasta entonces era incomprensible, sustituir lo llamado á desaparecer, restaurar lo deteriorado y perfeccionar lo incompleto; palabra que corresponde á todos los oráculos y promesas del Cielo, nos inicia en el misterio de la vida de Dios, nos declara sus obras, nos enseña el verdadero sentido del culto que le debemos, y nos muestra el camino de la salvación; palabra que añadiendo consejos á los preceptos, nos encamina á la más alta perfección que concebirse pueda en la humana naturaleza; palabra en que todas las verdades se agrupan y sostienen, se eslabonan y penetran, y nos condu-

cen, por camino inundado de luz, desde nuestro punto de partida á nuestros eternos destinos.

Como portador de esa palabra, no es el predicador solamente un hombre público que defiende en lugar sagrado los más graves, sublimes y caros intereses de la sociedad humana; es también hombre de Dios, revestido de augusto carácter, que le da fisonomía y autoridad de maestro divino. Quien le ve, ve á Cristo; y «quien le escucha, á Cristo escucha.» (1) «El predicador sube al púlpito, dice Bossuet, á celebrar un misterio semejante al de la Eucaristía, porque no está más realmente Jesucristo en ese adorable Sacramento que su verdad en la predicación evangélica.— Oír á un predicador, es oír á Dios hablar en nuestra lengua» (2).

¡Admirable misión!— Jóvenes religiosos y levitas, pensadlo muy de antemano, y medita estas palabras de la Sagrada Escritura: «Dios me ha constituido rey sobre Sión, su santo monte, para predicar su Ley» (3). Soy escogido por Dios, y se-

(1) «*Qui vos audit me audit.*» (Luc., X, 16).

(2) Sermón sobre la palabra de Dios (1.^a y 2.^a parte).

(3) «*Ego autem constitutus sum rex super Sion montem sanctum ejus, predicans praeceptum ejus.*» (Ps. II).

ré enviado por El, «como embajador de Cristo, para hablar en nombre suyo» (1).

Sí, tendréis que hablar en nombre de Dios, para procurar su gloria difundiendo su verdad, disponiendo las almas á la infusión de su gracia, dirigiéndolas por los santos caminos que conducen á la bienaventurada patria donde será Dios eternamente alabado, bendecido y glorificado. La gloria de Dios, la santificación y la salvación de las almas: nunca perdáis de vista este sublime fin de vuestro ministerio. Desde los primeros días de vuestra carrera, proponed gran rectitud y pureza de intención. Renunciad á los triunfos humanos; y si la naturaleza, ávida de vanagloria, os diese á entender que podéis ser artistas, respondedle que sólo ambicionáis ser apóstoles.

No se forma el apóstol de improviso; á tan alto ministerio debe prepararse en la soledad, con silencio, estudio, meditación y oración. La vida oculta de nuestro divino Maestro es el tipo adorable de esta preparación. Tres años de su vida consagró á la predicación de su doctrina y á las maravillosas obras en que había de fundar la verdad de su filiación divina. Pasadas las primeras manifestaciones á los pastores de Belén y á los

(1) «*Pro Christo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos.*» (II Cor., V, 20).

magos de Oriente, vuelto de su destierro de Egipto, se sepulta en la humilde casa de Nazaret. En tan oscura morada, inaccesible á la mirada indiscreta del mundo, «crecía y se fortificaba, nos dice el Evangelista, como crecen y se fortifican los niños; y mientras en su purísimo Cuerpo gravitaba la naturaleza hacia su plenitud, la Divina Sabiduría henchía su alma y la gracia le prodigaba sus dones (1).

A la edad de doce años, hallábase en sazón para su ministerio público y podía enseñar al mundo, pues ya dejaba asombrados á los doctores con la profundidad de sus preguntas y sabiduría de sus respuestas; mas aun le faltan diez y ocho años de oscuridad y de silencio. Después de las horas de trabajo, cerradas las puertas de la vivienda de Nazaret, María y José contemplaban estáticos al dulcísimo Obrero, y admiraban en El los progresos constantes de la sabiduría y de la gracia. ¿Quién contará las maravillas de aquel divino noviciado? De las profundidades infinitas en que se abismaba, sacaba Jesús cada día algún nuevo tesoro que comunicaba al corazón de sus padres en tiernos coloquios y fervorosas oraciones, cuando no quedaba sumido en la contempla-

(1) «*Puer autem crescebat et confortabatur, plenus sapientia, et gratia Dei erat in illo.*» (Luc., II, 40).

ción de las perfecciones divinas, y como anegado en amorosa unión con su Padre celestial. Así preparaba la grande obra de perfección y salvación en dos almas queridas, las más nobles y santas que han honrado la creación y recreado á Dios, esperando con paciencia el llamamiento de su precursor.

Entra en su vida pública á la hora por Dios determinada, y desde los primeros días se rodea de los que habrán de ser continuadores de su divina misión. En la intimidad los instruye en los misterios del Reino de Dios, y los forma para ser heraldos suyos. Con admirable sabiduría les mide sus revelaciones; desarrolla sucesivamente las obras prodigiosas de que han de dar testimonio; les recuerda oportunamente los oráculos del pasado; les abre con discreción las perspectivas del porvenir, y con prudencia les manda hacer los primeros ensayos de su ministerio apostólico.

Pero el principal y soberano agente de su preparación es vivir continuamente en compañía del Salvador, y bañarse, digámoslo así, en la luz de los grandes ejemplos de amor, bondad, misericordia, mansedumbre, religión, justicia, fortaleza, celo, santa libertad, austeridad, sacrificio, que á diario les da. En tres años, de tal modo los llena de sí mismo, que en la hora solemne de su tránsito declara formar con ellos una sola cosa. Y aun no

los envía; tienen que sufrir la prueba de los días amargos y sangrientos de la Pasión. Cuando asombrados en sus almas, consternados, desalentados por el tremendo misterio de la Pasión del Salvador vuelvan consolados, fortalecidos y asegurados en la fe por las apariciones de Cristo resucitado, entonces el Maestro, próximo a subir al Padre, los bendecirá por última vez y los enviará a predicar al mundo su doctrina y su ley: «Id, enseñad a todas las naciones y enseñadles a guardar mis mandamientos, he aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (1).

Solemnemente investidos de esta gran misión, todavía no marchan; quiere Jesús que se recojan y esperen en silencio el efecto de la promesa que les ha hecho en nombre de su Padre (2). Diez días están encerrados en el Cenáculo, y orando constantemente, llaman al Paracleto que ha de acabar su formación. En el día santo de Pentecostés se estremecen las bóvedas de la casa donde se hallan, como á impulso de un fuerte viento, bajan del Cielo lenguas de fuego y descansan sobre cada uno

(1) «Euntes, docete omnes gentes... docentes eos servare quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.» (Matth., XXVIII, 19, 20).

(2) «Præcepit eis... Jerosolymis ne discederent, sed expectarent promissionem Patris, quam audistis (inquit) per os meum.» (Act., I, 4).

de ellos. Llegado es el momento: el Espíritu Santo les ha conferido la plenitud de su espíritu; van a hablar: *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto et ceperunt loqui* (1).

Ya lo véis, Jesús se preparó y preparó á sus Apóstoles para el oficio santo de la predicación: lección que os da para enseñaros que no os basta tener, desde el principio, alta idea y profunda estimación del ministerio á que sois llamados, sino que debéis entrar en la carrera apostólica sólo después de largo período de silencio y de religiosa formación. Los años de noviciado ó de seminario representan en vuestra vida la vida oculta del Salvador y el divino aprendizaje que preparó á los Apóstoles para su misión. Tiempo es entonces de abrir vuestra alma á todas las verdades que habréis de predicar al mundo, aprovecharos de vuestra intimidad con Cristo para adquirir gran fondo de virtudes religiosas y sacerdotales, y tomar ya, mediante la oración, armas sagradas sobre las almas que han de ser evangelizadas por vuestra palabra.

«Tres bienes debe asegurarse el que predica: palabra procedente de ciencia laboriosa y piadosamente adquirida, ejemplo de toda virtud y obra santa, oración fervorosa y asidua.» Esto dice San Bernardo, no sin añadir: «El mayor y mejor de

(1) Act., II, 4.

los tres bienes, es la oración; pues si la virtud viene en ayuda de la palabra, la oración merece para esta y para las buenas obras virtud y eficacia» (1).

«Si queréis, dice un autorizado consejero de los predicadores, que os escuchen con inteligencia, voluntad y docilidad, mucho mejor lo conseguiréis con el fervor de vuestras oraciones que con todas las facultades oratorias» (2).

Trabajad, pues; santificaos, orad con fervor, durante los años de vuestra formación, y sin duda saldréis con la suprema plenitud del varón apostólico, que le permite prodigar los tesoros de su alma, sin que jamás le falte que dar; porque se da de la abundancia, y no de la indigencia. Meditad estas palabras del santo abad de Clarabal: «Perderéis el fruto de vuestro trabajo, si medio llenos, os apresuráis á derramaros antes de llegar á vuestra plenitud, obrando contra la ley de Dios que prohíbe labrar con el primogénito del buey» (3).

Desconfiad de esos indiscretos ardores que impulsan á los jóvenes á exhibirse. Podrán nacer

(1) «Manent enim tria hæc: Verbum, exemplum, oratio. Major autem his est oratio, nam etsi vocis virtus sit opus, et operi tamen et voci gratiam et efficaciam promeretur oratio.» (Epist., 208).

(2) «Ut intelligenter, ut libenter, ut obedienter audiatur, pietate orationum magis quam oratorum facultate assequi se posse non dubitet.» (Natal Alejandro, Instituti concionatorum, XI, § 55).

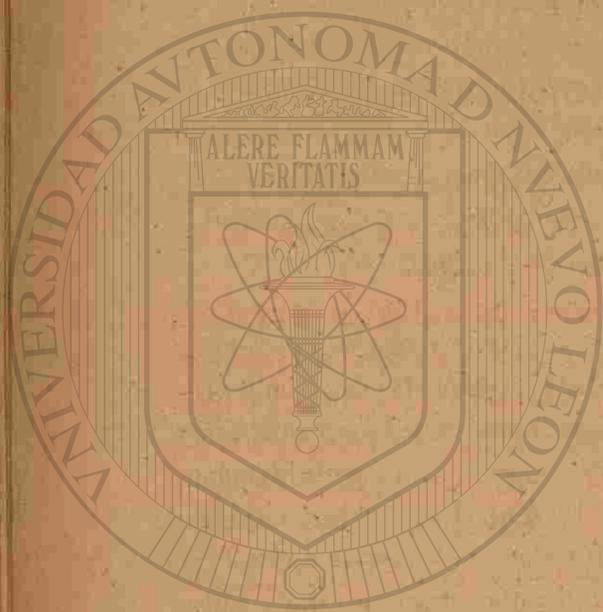
(3) «Quod tuum est spargis et perdis, si priusquam infundaris tu totus semiplenus festines effundere, contra legem arans in primogenito bovis.» (Sermo XVIII in Cant., 2).

de precoz y legítimo deseo de trabajar por la gloria de Dios y hacer bien á las almas, pero en la generalidad proceden de vanagloria. ¡Ah! «el vicio de la vanagloria, dice el venerable Granada, es tan ordinario y natural á los predicadores, que en él incurren sin advertirlo ni tenerlo por pecado.» (1)

Desear con impaciencia y avidez el sagrado ministerio para satisfacer la propia vanidad es entrar en el redil como ladrón: ardiente caridad y humilde obediencia son las puertas del redil.

Séame dado aquí suplicar respetuosamente á los encargados de la educación de los jóvenes predicadores que no prodiguen entusiasmo á los primeros ensayos de estos, ni exageradamente los aplaudan so pretexto de alentarlos, y sobre todo, no los lancen prematuramente á la carrera apostólica. Lo contrario es fomentar su amor propio, alucinarlos acerca de su propio valer y exponerse á tristes desengaños. ¡Cuántos jóvenes, estragados por las lisonjas de sencilla é indiscreta admiración, no han dado lo que prometían, y han sufrido, condenados á triste medianía, la pena de tan precoz alucinamiento!—A los maestros, como á conscriptos de la elocuencia sagrada, repito la sentencia de San Bernardo: «Llenad bien antes de derramar: *Implere prius, et sic curate effundere.*»

(1) *Retórica eclesiástica*, cap., V.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO II

LA CIENCIA SAGRADA.—SUS FUENTES

Hemos dicho con San Bernardo que «la palabra, el ejemplo y la oración son los tres bienes que el predicador debe asegurarse.»

Comencemos por la palabra, no esa palabra vacía y estéril que al decir de San Pablo «halaga al oído sin abrir á las almas el camino de la verdad» (1), sino esotra llena y fecunda que es en boca del apóstol canal por do se trasmite la *ciencia sagrada* que rebosa en su alma.

Llámase ciencia sagrada á la Teología, que, fruto de laborioso y piadoso estudio, es como todas las ciencias un conjunto de verdades deducidas de principios ciertos y dispuestas por su orden natural. Está subordinada, en expresión propia de Santo Tomás, á las luces superiores de Dios y de los bienaventurados (2). Lo que se dice y se ve en la esencia Divina, tórnase por gracia inefable patrimonio de la inteligencia humana.

(1) II Tim., IV, 3.

(2) *Summa Theol.* I, p., quaest. 1, a. 2.

Los rayos del sol eterno que iluminan á los espíritus angélicos, han llegado á nosotros, y nubes misteriosas han llovido en el valle de nuestro desierto el maná escondido que se sirve en los convites del Cielo: es la doctrina revelada que contiene los principios de la fe. Estos principios los contempla la razón, no en sí misma, sino en los lugares donde plugo á Dios atesorarlos.

Es el primero de esos lugares la Escritura, admirable historia de las relaciones entre Dios y la humanidad; ella contiene, además de la narración auténtica y sincera de los prodigios obrados desde el principio del mundo, la suma de revelaciones caídas en diferentes tiempos de la boca del Altísimo en forma de profecías y milagros; fúndase en sí misma como palabra del Verbo que es luz de las almas. Habla el Señor á hombres de su elección, y les manda estereotipar lo que oyen: *Scribe! scribe!* dice á Moisés y á los profetas. «Toda la Escritura es por Dios inspirada para enseñanza de la humanidad» (1).—«Dios que en otro tiempo hablaba á nuestros padres por boca de los profetas, habló al fin por medio de su propio Hijo.» (2) Al entrar en los Cielos

(1) «*Omnis Scriptura divinitus inspirata est utilis ad docendum.*» (II Tim., III, 16).

(2) «*Multifariam, multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis: novissime diebus istis locutus est nobis in Filio.*» (Hebr., I, 12).

ese Hijo adorable, abrió en ellos dilatada brecha por donde se precipitaron torrentes de luz. El Espíritu de Dios enseña á los Apóstoles lo que han de decir, vive y palpita en sus escritos. Convertida su palabra en monumento, «no es ya palabra de hombre sino palabra misma de Dios.» (1) Así lo creyeron los antiguos, y así lo creen todos aquellos á quienes Cristo ha regenerado con su sangre y que han permanecido fieles á la fe de su bautismo.

Mas no todo se contiene en la Escritura, y ella misma lo asegura. Dice S. Juan al final de su Evangelio: «¡Tantas cosas ha hecho Jesús que, si fueran á escribirse, no cabrían los libros en el mundo!» (2). Otro lugar, pues, ha recibido también los principios de la fe y es la Tradición. Esta precedió á la Escritura, y ladeándose hacia ella, como vaso lleno le transfundió la doctrina celestial. Jesucristo no dijo á sus Apóstoles: *Escribid*; sino: *enseñad*. Ni ellos dicen: *Leed*; sino: *Escuchad*. «*Estad firmes y mantened las tradiciones que habéis aprendido*» (3). A ellas hay que acudir

(1) «*Non verbum hominis, sed vere verbum Dei.*» (I Thess., II, 13.)

(2) «*Sunt autem et alia multa quæ fecit Jesus, quæ si scribantur per singula, nec ipsum arbitror mundum capere posse eos qui scribendi sunt libros.*» (Joan., XXI, 25).

(3) «*Præter, state et tenete traditiones quas didicistis.*» (II Thess., II, 14).

cuando la letra calla (1). Comenzada la Tradición en la nueva Ley por los Apóstoles, la conservaron los Padres, los doctores y los fieles, y la Iglesia ha recogido y consagrado sus testimonios y enseñanzas.

El primer depósito de los principios revelados es la Iglesia que domina todos los demás sin rebajarlos y canoniza su integridad. Podrá el hombre, con torpe osadía ó diabólica malicia interpretar la Escritura, violentarla y darle sentidos que jamás ha tenido; podrá, como infiel depositario de una transmisión muchas veces secular, hacer traición al pensamiento de sus padres y corromper sus tradiciones; pero contra un cuerpo docente, formado de los genios de la humanidad cristiana y constantemente penetrado por la divina virtud del Espíritu Santo, son impotentes las locuras y perfidias humanas. La Iglesia nos remonta á las puras fuentes de la revelación, que son los Libros Sagrados y las enseñanzas tradicionales cuya autenticidad é integridad nos asegura y cuyas santas oscuridades nos explica; su autoridad sobrehumana nos anega en el seno de Dios, donde bebemos en abundancia las verdades sacratísimas objeto de nuestra fe. Sigamos bien este movimiento; sin él, jamás podremos conocer

(1) «Ad traditum nobis ab initio sermonem revertamur.» (S. POLYCARP. ad Philippenses).

á fondo la naturaleza de la ciencia teológica ni determinar infaliblemente su lugar.

El Hijo de Dios, lejos de imponerse autoritativamente como los doctores humanos, aduce á cada paso su misión. Diríase que rehuye la responsabilidad de su enseñanza, que teme la ilusión de nuestros sentidos, ó no ser bastante divino en su doctrina. Impide nos detengamos en las riveras de su carne adorable y nos impulsa hacia el principio eterno, infinito, de toda verdad y autoridad. «Mi doctrina, dice, no es mía, sino del que me ha enviado.» (1) Al mandar añade: «He recibido esta orden de mi Padre.» (2) «El Padre que me envió, ha regulado con su mandato lo que he de decir y enseñar, y sé que su mandato es vida eterna.» (3) «No hablo sino cual mi Padre me ha dicho que hablase» (4).

Muy pequeño parece Jesús, pero ese lujo de humanidad y deferencia oculta un grande y saludable designio. Quiere el divino Maestro, apoyándose en su eterno y único principio, servir de pun-

(1) «*Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me.*» (Joan., VII, 16). ®

(2) «*Hoc mandatum accepi a Patre meo.*» (Joan., X, 18).

(3) «*Qui misit me Pater, ipse mihi mandatum dedit quid dicam et quid loquar, et scio quia mandatum ejus vita eterna est.*» (Joan., XII, 49).

(4) «*Quae ego loquor, sicut dixit mihi Pater, sic loquor.*» (Joan., XII, 50).

to de unión á todas las misiones sagradas que han de llevar su doctrina á las extremidades del tiempo y del espacio, y hacernos retroceder en la corriente luminosa de la verdad hasta su fuente infinita. El Padre pasa entero al Hijo que envía, y el Hijo pasa todo El á los que le suceden. El Padre invisible se manifiesta mediante un Dios Hombre; el Hijo desaparecido se continúa en la Iglesia, á quien reviste de sus oprobios y sus glorias, y en cuyas manos deposita el cetro real y divino de que se ha servido para gobernar al espíritu humano.

¡Admirable movimiento! Dios engendra á su Hijo que es verdad, el Hijo engendra á la Iglesia, y, semejante á esas soberbias vegetaciones que crecen sin reposo ni tregua en los climas afortunados donde la naturaleza no muere, la Iglesia, fecundada por Cristo, se propaga en su propio seno. No es solo el primer testigo, es también el mayor de los doctores. A los que le preguntan ¿de dónde vienes? ó ¿á dónde vas? Ella, como el mismo Jesucristo, responde: «Soy hija de Dios y señora de los siglos venideros. Mi doctrina no es mía, sino de Dios que me ha enviado. El Padre que me envió, regula con sus órdenes lo que digo y enseño.» Tiene perfecto derecho para hablar así; pues á Ella únicamente se ha dicho: «Fundaré mi Iglesia en piedra inconvencible, y las poten-

cias infernales no prevalecerán contra ella» (1). «Id, instruid á las naciones, enseñándolas á observar cuanto os he confiado» (2).—«Quien os escucha, á mí me escucha; quien os desprecia, á mí me desprecia» (3).—«Como mi Padre me ha enviado (con la misma autoridad, las mismas luces, la misma verdad), os envió yo á vosotros» (4). Por fin, estas palabras capaces de asegurar á la humanidad contra su incapacidad, sus debilidades, vacilaciones, dudas y terrores: «He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (5).

Es, pues, la Iglesia el monte santo sobre el cual se cierne indefectiblemente el sol de la verdad, monte fértil del cual descienden al alma humana los principios revelados, por suaves y generosas vertientes. El alma los recibe y de ellos se posee: tal es el principio de la ciencia sagrada, de la Teología.

Cierto que la sombra del misterio rodea los principios revelados y que no es dado á la Teolo-

(1) «*Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et porte inferi non prevalebunt adversus eam.*» (Math., XVI, 18).

(2) «*Euntes, docete omnes gentes, docentes eos servare quaecumque mandavi vobis.*» (Math., XXVIII, 19).

(3) «*Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit.*» (Luc., X, 16).

(4) «*Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.*» (Joan., XX, 21).

(5) «*Ecce ego vobiscum sum, usque ad consummationem seculi.*» (Math., XXVIII, 20).

gía proceder de evidencia inmediata y actual semejante á la de los principios que por medios naturales conocemos; pero recuérdese lo que nos ha dicho Sto. Tomás, que la Teología es ciencia subordinada á las luces superiores de Dios y de los bienaventurados: una ciencia subordinada no pide evidencia inmediata y actual. La música se subordina á cálculos matemáticos y geométricos; y sin embargo, los artistas compositores, aún los que producen trabajos llamados con razón obras sabias, los Mozart, Beethoven, Eslava, y otros no se preocupan de las matemáticas ni de la geometría musicales. Aceptan sus principios de una ciencia superior que los ve con evidencia inmediata y actual, contentándose para sí mismos con una evidencia mediata y radical.

Esta evidencia es precisamente la de los principios de la Teología. Claramente se nos demuestra la autoridad divina de la Iglesia que nos los propone: y no hace falta más. Por ella sabemos que los principios son ciertos y vistos, con suma evidencia, en el origen de que dimanar.

Ciertos los principios, puede la Teología obrar científicamente; y es lo que hace, aplicando las fuerzas lógicas de la razón: uniendo entre sí proposiciones reveladas, ó tomando de la naturaleza una verdad general que enlaza con algún principio de fe, determina un movimiento fecundo, del

cual procede una conclusión teológica. Nada más natural, pues: «Acá nace la verdad como la vida, dice José de Maistre, tienen que desposarse dos proposiciones para engendrar una tercera.» Todas las ciencias humanas nacen de este intelectual himeneo. Todas se componen de una serie más ó menos larga de generaciones intelectuales, legítimamente salidas de reducido número de verdades primordiales, en las que contempla nuestra razón los múltiples alumbramientos que ella misma ha preparado con sus labores. Pues si los principios subalternos de la naturaleza por su unión lógica se fecundan, ¿por qué han de ser estériles los principios superiores de la revelación? Dios no los ha empobrecido ni mutilado haciéndolos pasar por el seno virginal de la Iglesia: nos llegan de lo alto con toda su fuerza generadora; la razón los une, y producen todo un pueblo de verdades santas que, bajo la enseña de sus antecedentes divinos, forma el mundo teológico. Nuestras Sumas y tratados pueden, sin más, dar á quien quiera leerlos una idea de la prodigiosa fecundidad que resulta de las fuerzas lógicas de la razón aplicadas á la revelación.

No se limita la ciencia teológica á este primer procedimiento. Hay en la razón otra facultad, la facultad comparativa que unida á su virtud lógica,

atenúa la oscuridad de lo incomprensible, y produce en torno de los misterios cierto crepúsculo, que nos dispone á los esplendores de más perfecta visión.

No nos prohíbe Dios dilucidar con respetuosos esfuerzos, antes de la visión del Cielo, las verdades trascendentales propuestas á nuestra creencia. Los entendimientos que, enconados se refugian en insolente negación de lo incomprensible, lejos de mostrar fuerza, acusan su endebles y su incapacidad: una razón vigorosa ni se desanima, ni abdica ante los misterios; siéntese, por el contrario, atraída hacia ellos y trata de verlos mejor, si no puede comprenderlos.

Los misterios se ven mejor estudiando sus reflejos. Es el mundo visible como espejo del invisible. La esfera sobrenatural rodea la esfera de la naturaleza, y sobre ella proyecta una luz que se nos proyecta por múltiples refracciones. Las existencias superiores son perfectamente originales y típicas respecto á las existencias inferiores, resultando posible acercar esos dos términos en nuestra inteligencia mediante analogías transparentes; crear merced á las formas participadas de la naturaleza, una especie de luz crepuscular, en que la razón ve mejor la conveniencia de los misterios, su lugar en el sistema general de la verdad, y su punto de conjunción con los principios

adquiridos por la reflexión y la experiencia. No es el resplandor de mediodía, es el de la noche serena y estrellada. El espíritu se goza en esa creciente claridad que le hace presagiar, esperar, desear con piadosa impaciencia, la final inundación de la luz de Dios. Así se han ilustrado los misterios de la Trinidad, del mundo angélico, de la Encarnación, Redención, Gracia, Sacramentos, moral y perfección sobrenaturales.

Fecundados los principios, dilucidados los misterios, ¿qué más falta? Una síntesis en que la Teología, aplicando la facultad metódica de la razón condensa sus trabajos y nos da, como revelación suprema, una música intelectual que alegra nuestra alma y canta la gloria de Dios revelador. Semejante al astrónomo que, examinados cada uno de los astros, metodiza sus observaciones valiéndose de los sistemas, y los agrupa en derredor de una nota central y reguladora que determina el tono y movimientos de cada frase del concierto sideral, el teólogo después de estudiar, fecundizar y dilucidar cada una de las verdades reveladas, las ordena y agrupa cabe el dogma central y regulador del mundo sobrenatural, que es el infinito viviendo en tres personas. Su síntesis es un concierto intelectual que adquiere toda la fuerza de una demostración. El alma que sabe escucharle sin preocupaciones sistemá-

ticas exclama: ¡Qué bello, qué verdadero! ¡Belleza y Verdad divinas! Porque lo bello es el esplendor de la verdad.

Tales son las fuentes y los procedimientos de la ciencia sagrada. Los que aspiráis al ministerio de la palabra Santa, debéis adquirir esa ciencia: sin ella nunca sabréis hablar como deben hablar los apóstoles.—No me digáis que los Apóstoles, primeros predicadores de las verdades cristianas, no hicieron estudios. Fueron instruídos por el mismo Verbo de Dios y recibieron, para hablar la plenitud del Espíritu Santo. No habéis de contar vosotros con ese privilegio, y si es cierto que necesitáis las luces y la asistencia de Dios para desempeñar el sagrado oficio de la predicación, y fuera absurdo imaginaros que podéis sin estudio, abandonaros á inspiración superior. Debéis estudiar larga y concienzudamente.

Acudid ante todo á la primera fuente de la ciencia sagrada, la Escritura. El divino Maestro os invita. «Estáis en error, dice á sus adversarios, porque no conocéis las Escrituras.» (1)—«Estudiadlas, profundizadlas, y veréis que dan testimonio de mí.» (2)—Explicando él mismo las Escrituras, convence á sus discípulos de la verdad de

(1) *Erratis, nescientes Scripturas.* (Math. XXII, 29).

(2) *Scrutamini Scripturas:—et illa sunt qua testimonium perhibent de me.* (Joan., V, 39).

su resurrección (1).—Y entonces no estaba completo el Canon de los Libros Sagrados. Hoy le poseemos entero. Agradeced á Dios el haberle acabado por la palabra inspirada de sus Apóstoles, é id á beber en esa fuente sagrada de las divinas revelaciones.

Vuestros maestros no dejarán de excitaros á leer diariamente algunas páginas de la Sagrada Escritura. Seguid su consejo, y llegados á las últimas páginas, volved á las primeras, sin cansaros nunca de recorrer los mismos senderos de luz. Ni os contentéis con leer, profundizad: haced por comprender los diversos sentidos del libro divino, por determinar claramente el sentido literal, por descubrir el sentido espiritual oculto bajo el primero y por sacar el sentido profético envuelto con frecuencia en santas oscuridades.

Seguramente hallaréis dificultades. Emplead en su resolución la lectura y estudio de los comentaristas. Natal Alejandro en su *Institutio concionatorum*, pone una lista en la cual recomendaré, para los diferentes libros del Antiguo Testamento, á Orígenes, S. Basilio, S. Gregorio Niceno, San Crisóstomo, S. Teodoreto, S. Gregorio Magno, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Jerónimo, San Bernardo, S. Buenaventura, entre los antiguos;

(1) *LUC.*, XXIV, 27, 32.

de los menos antiguos, Estío, Cornelio á Lápide, Menoquio, Belarmino, Maldonado, Ferrand, Jansenio de Gante, Bossuet. Para el Nuevo Testamento: los Padres y autores que acabo de citar, San Cirilo, el V. Beda, la *Catena Aurea* de Santo Tomás y sus Comentarios sobre S. Pablo.

Me diréis que es un trabajo largo y penoso. Podréis abreviarle muy bien estudiando las obras y comentarios de los autores modernos que fundados en la autoridad de los antiguos, han aplicado á la explicación de la Biblia los progresos de la ciencia y de la crítica. No fiéis, sin embargo, de esa crítica exagerada, tomada á veces de los enemigos de la revelación, cuyas exigencias y excesos nos harían dudar de la autoridad de los Libros Santos, si la Iglesia no nos recordase su divina inspiración.

Tampoco basta leer y comprender; hay que aprender, ó sea retener de memoria, si no todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, al menos los pasajes importantes que sirven de apoyo á la ciencia teológica y que más adelante darán á vuestra enseñanza autoridad divina. Práctica era de nuestros padres y de los oradores eminentes que han ilustrado el púlpito cristiano aprender de memoria los Libros Santos. Sabían fundir en sus discursos el texto sagrado que poseían, dando á su palabra la incomparable grandeza

que arrancaba á los oyentes del divino Maestro estas palabras: «Nadie jamás habló como este hombre.» Finalmente, ya que habéis de predicar sobre todo á Jesucristo, su nombre, su doctrina, su ley, sus gracias, sus promesas, manejad de modo particular para vuestra lectura, meditación y ejercicio de memoria, los libros más llenos de Jesucristo y de las elevadas máximas que prepararon el espíritu humano para las nobles, puras y santas enseñanzas de la moral y perfección evangélicas: tales son los Salmos, los Libros sapienciales, los Profetas, los Evangelios, las Epístolas de San Pablo y demás escritos de los Apóstoles.

La Escritura es la primera fuente de verdad divina á donde habéis de acudir; pero tened en cuenta que no todo lo que debemos creer y enseñar está claramente determinado en los Libros Santos. Por el canal de la Tradición comunicaron los Apóstoles y los primeros discípulos toda la doctrina celestial, cuya difusión en el mundo se les había encargado. No son los Padres y doctores meros comentaristas de la palabra escrita; son ecos del testimonio apostólico que por ellos, se ha transmitido de una á otra generación cristiana. Es, pues, de gran importancia conocer sus cartas, apologías, tratados, catequesis y refutaciones de herejías, donde podremos seguir el desarrollo de las verdades reveladas que en las Sa-

gradas Escrituras de un modo oscuro se indican, y en consecuencia la historia de los dogmas.

Mas no perdáis de vista que á la Iglesia toca refrendar en último término el sentido de la Escritura y las enseñanzas de la Tradición. A ella en definitiva hemos de escuchar, y por ella dejarnos conducir. Su autoridad se impone por virtud divina, y todo entendimiento cristiano debe celebrar que así sea, ya que, escuchando la enseñanza de ella, escucha al mismo Dios. Estudiad, pues, sus concilios, su legislación, su liturgia, las encíclicas y decretos de sus jefes supremos, el magnífico y admirable Catecismo compuesto y publicado bajo su dirección y aprobación para servir de regla á la palabra de los predicadores. No contentos con respetar sus definiciones y mandatos formales, imponeos el deber de seguir sus consejos y abrazar las opiniones á que ella más se inclina. Evitad ese espíritu de independencia que, haciendo separación de aquellas verdades formalmente propuestas por la Iglesia, se cree rígidamente ortodoxo aunque trate á la ligera las que aun no han sido propuestas con solemne definición á la creencia del mundo cristiano. Sin duda, no todas las opiniones de los que enseñan en la Iglesia son doctrina de la Iglesia, y tenemos derecho á examinarlas; pero hay verdades sobre las cuales más de una vez ha expresado la

suprema autoridad su sentir tan claramente, que es imposible prescindir de él sin herir profundamente el sentido cristiano; ¡cuánto más el apostólico! ¡No fuera triste y vergonzoso oírlos decir, como á ciertos católicos y hasta sacerdotes demasiado amigos de la libertad de opinar, que la Iglesia viene rezagada en el movimiento progresivo de la humanidad, que se obstina en añejas teorías, etc.? Espero que así no sea, y que, fijos siempre los ojos en la divina maestra de las almas, adoptaréis por regla de vuestros estudios y trabajos esta divisa: «Pensar con la Iglesia y como la Iglesia: *Sentire cum Ecclesia.*»

Saciados en las fuentes de la verdad divina, podréis emplear segura y fructuosamente los procedimientos de la ciencia sagrada para fecundizar los dogmas, dilucidar los misterios y poner de relieve la divina belleza de las verdades de fe; en una palabra, podréis hacer Teología. No os faltarán maestros; oid religiosamente sus lecciones. No pretenden enseñaroslo todo, sino desempeñar, respecto de vuestras jóvenes inteligencias, oficio de iniciadores. Ni creáis terminados vuestros estudios al agotar la serie de tratados que componen las teologías elementales; entonces precisamente comenzáis.

Si hubieseis de seguir la carrera de enseñanza teológica, os aconsejaría un estudio comparativo

de las obras más notables. Pero ya que os destinaís al ministerio de la palabra, dedicaos para toda vuestra vida á algún gran teólogo. Es el mejor medio de concentrar vuestras fuerzas oratorias, y hacer converger los rayos de un gran lumínar sobre los temas que habréis de tratar en el púlpito cristiano.

Entre todos los teólogos, hay uno que puede llamarse príncipe de la ciencia sagrada. Consagró al estudio constante de las verdades divinas, las admirables facultades de que Dios le había dotado: vasta y fiel memoria, que retenía para siempre lo que una vez había leído, extraordinario poder de reflexión, inteligencia pronta en concebir, fértil en profundos y sublimes pensamientos, amor al trabajo que con frecuencia le hacía sacrificar el reposo nocturno á la meditación de los grandes problemas cuya solución buscaba. Bebió en todas las fuentes, y cuando agotadas sus fuerzas por un trabajo sin recompensa humana, moría legando obras maestras al mundo, podía decir con el Sabio: «Por todas partes anduvo mi espíritu buscando, sondeando y conociendo la sabiduría y la razón de las cosas» (1). El inmenso crédito que gozó en vida se convirtió en verda-

(1) «*Lustravi universa animo meo, ut scirem et considerarem et quærerem sapientiam et rationem.*» (Eccle., VII, 26).

dera soberanía después de su muerte. Los maestros de la humanidad han comentado su doctrina, como los Padres y Doctores comentaron los Libros Santos. En el más célebre de los concilios, su Suma Teológica se abrió en el mismo trono, al lado de la Biblia. La Iglesia por órgano de los Sumos Pontífices, aclamó su doctrina segura, verídica, entre todas eminente, milagrosa, divina; y no há mucho decía el Papa León XIII al universo católico: «El Doctor Angélico llena la tierra con el esplendor de su enseñanza. La razón llevada en sus alas, no puede ya subir más alto, y la fe apenas puede esperar de la razón auxilios más abundantes y poderosos que los que le presta Tomás de Aquino» (1).

La Teología de Santo Tomás se halla hoy en plena reviviscencia. Leed y estudiad sus obras, y servíos en ese estudio de los comentadores más autorizados. Pasad rápidamente las cuestiones sutiles que conviene conocer, y dedicaos con preferencia á lo que se llama materias predicables. Para tratar un asunto, buscad en la Suma y en los opúsculos todo lo que á él dice relación. Hay ciertas cuestiones y artículos que pueden dar planes fecundos de series y de sermones. Más aún: hay á veces en el cuerpo de un artículo ó en una

(1) Encyclic. *Æterni Patris*.

respuesta á las objeciones profundas sentencias sobre las cuales un espíritu reflexivo puede componer todo un discurso.

Resumiendo, si queréis ser buenos predicadores, sed buenos teólogos, y ganaréis no sólo elevación de pensamientos, solidez de raciocinio, seguridad de doctrina, sino también perfecta exactitud de lenguaje que os permitirá, aún en los más fogosos transportes de elocuencia, no hacer nunca traición á la verdad, como desgraciadamente sucede á más de un orador sagrado.

Llamado á Roma un predicador de fama para predicar una serie de sermones en la iglesia de San Luís de los Franceses, fué á oírle el Secretario del Índice, amigo suyo, no tanto para fijarse en su doctrina como por el atractivo de su elocuencia. Terminado un sermón, le preguntó el orador jocosamente si había alguna herejía que perseguir. «Nada menos que seis, respondió sonriendo el sabio oyente. De seguro que no existen en su corazón, pero estaban de cuerpo entero en su palabra. Corríjalas y queda V. perdonado.»

Si el ilustre orador hubiera sido buen teólogo, fuera irreprochable en su lenguaje como en su fe.

CAPÍTULO III

CIENCIA SAGRADA.—AUXILIARES

Decimos que el predicador debe ser buen teólogo; y no lo será, si no emplea discretamente los servicios de las ciencias subalternas cuya reina es la Teología.

«La ciencia sagrada, dice Santo Tomás, es sabiduría sobre todas las sabidurías humanas; lo es, no en tal ó cual género, sino simplemente en el sentido más alto y más propio. El sabio dispone, ordena, juzga. Juzga de las cosas inferiores por una causa superior: por eso llamamos sabio, en cada género, al que considera la causa más elevada de ese género. El arquitecto es sabio respecto á los obreros y operarios que trabajan y preparan los materiales de un edificio, pues él ha visto su forma en su propia inteligencia. Si consideramos la vida humana, es sabio el hombre prudente, que dispone y ordena sus acciones al fin que le es conveniente. Luego aquel que considera la más alta de todas las causas, que es Dios, puede lla-

respuesta á las objeciones profundas sentencias sobre las cuales un espíritu reflexivo puede componer todo un discurso.

Resumiendo, si queréis ser buenos predicadores, sed buenos teólogos, y ganaréis no sólo elevación de pensamientos, solidez de raciocinio, seguridad de doctrina, sino también perfecta exactitud de lenguaje que os permitirá, aún en los más fogosos transportes de elocuencia, no hacer nunca traición á la verdad, como desgraciadamente sucede á más de un orador sagrado.

Llamado á Roma un predicador de fama para predicar una serie de sermones en la iglesia de San Luís de los Franceses, fué á oírle el Secretario del Índice, amigo suyo, no tanto para fijarse en su doctrina como por el atractivo de su elocuencia. Terminado un sermón, le preguntó el orador jocosamente si había alguna herejía que perseguir. «Nada menos que seis, respondió sonriendo el sabio oyente. De seguro que no existen en su corazón, pero estaban de cuerpo entero en su palabra. Corríjalas y queda V. perdonado.»

Si el ilustre orador hubiera sido buen teólogo, fuera irreprensible en su lenguaje como en su fe.

CAPÍTULO III

CIENCIA SAGRADA.—AUXILIARES

Decimos que el predicador debe ser buen teólogo; y no lo será, si no emplea discretamente los servicios de las ciencias subalternas cuya reina es la Teología.

«La ciencia sagrada, dice Santo Tomás, es sabiduría sobre todas las sabidurías humanas; lo es, no en tal ó cual género, sino simplemente en el sentido más alto y más propio. El sabio dispone, ordena, juzga. Juzga de las cosas inferiores por una causa superior: por eso llamamos sabio, en cada género, al que considera la causa más elevada de ese género. El arquitecto es sabio respecto á los obreros y operarios que trabajan y preparan los materiales de un edificio, pues él ha visto su forma en su propia inteligencia. Si consideramos la vida humana, es sabio el hombre prudente, que dispone y ordena sus acciones al fin que le es conveniente. Luego aquel que considera la más alta de todas las causas, que es Dios, puede lla-

marse sabio por excelencia. Ahora bien, la ciencia sagrada se ocupa especial y propiamente de Dios, causa suprema, y no sólo en cuanto se da á conocer por las criaturas visibles de este mundo, sino en cuanto conocido de sí mismo y comunicado por la revelación. Es, pues, la ciencia sagrada sabiduría por excelencia, suma sabiduría (1).

Sentada á los pies de Dios, que la inspira y dirige, preside á todas las ciencias, es su señora y su reina. Ninguna se sustrae á su real dominio: Filosofía, Historia, Física, Política, Sociología, Economía, todo lo corrige y dispone, de todo se sirve para afirmar y confirmar su autoridad. Ella corrige; pues con harta frecuencia tienden las ciencias inferiores á salir de su esfera natural é invadir la esfera sagrada que Dios se ha reservado. Pero si la Filosofía, con altivas especulaciones, deprava la noción del ser divino y de sus relaciones con el mundo; si la Historia interpreta los sucesos en detrimento del gobierno providencial y de su carácter sobrehumano; si la Física con temerarias afirmaciones fundadas en observación inatenta y defectuosa de los fenómenos, pervierte el orden de la creación y pretende hurtar la naturaleza y sus leyes á la libre intervención del poder divino;

(1) *Summ. Theol.* I. p. quest. I, a. 6.

si la Política con manos ambiciosas trata de tomar las riendas de la conciencia humana y encarnar el sacerdocio en la realeza; si la Economía, sin más preocupación que la materia, tiende á sustituir el bienestar del cuerpo á la felicidad del alma, el tiempo á la eternidad: allí está la ciencia teológica; sus inmutables principios sirven de base para juzgar las conclusiones de las demás ciencias, y de azote para reducirlas al círculo natural de sus investigaciones.

Mediante la controversia religiosa, destruye las objeciones del error, en cualquier modo que este ataque á los principios de la fe y á sus legítimas conclusiones. Tolerante y fácil con las opiniones libres, muéstrase rígida y exigente para cuanto, en las ciencias humanas, contradice á los sagrados principios cuya defensa se le ha confiado. En guardia á las puertas del templo en que mora Dios, oculto con el velo del misterio, espera con la espada de la dialéctica á la turba de objeciones para debelarlas; porque una solemne declaración de la Iglesia le ha enseñado que las objeciones de la herejía y de la incredulidad son todas humildes mortales; y que ningún argumento contrario á las verdades de la fe puede subsistir sea cualquiera su procedencia, pues todas tienen solución: *Cum omnia solubilia sint* (1).—

(1) Quinto concilio de Letrán.

Contra la herejía que reconoce el hecho de la revelación, invoca la autoridad de la palabra de Dios. Contra la pretendida incredulidad científica que impone al mundo filosófico, histórico y físico injustas exigencias para socavar la base misma de nuestros dogmas, demuestra la vaciedad de los argumentos evocados contra las pruebas auténticas y evidentes del hecho de la intervención visible y manifiesta de Dios en la vida religiosa de la humanidad; si la incredulidad, vencida en el terreno de los hechos, acude á las ideas, y protesta contra la palabra de Dios, á nombre de los absurdos que en los principios mismos de la fe pretende descubrir la Teología, á la vez que rehusa una demostración directa de esos principios, que no debe á nadie, reta á la incredulidad á señalar la repugnancia en la fórmula de los misterios é indicarnos una proposición de fe que clara y precisamente niegue lo que afirman las verdades naturales, sean estas secundarias, contingentes y dependientes de un orden específicamente determinado por Dios, ó primitivas, eternas y necesarias.

Ni sólo corrige la ciencia sagrada á las ciencias subalternas; también las gobierna: esto es, las hace remontarse á los más altos principios, y las dirige al supremo fin de toda ciencia.—Al filósofo que laboriosamente llega al conocimiento

de Dios, de su providencia y perfecciones, que no ve en el alma humana más que una sustancia simple, inteligente y libre, que instruído por la insubsistencia de lo terreno, coloca la felicidad allende este mundo, la ciencia sagrada le muestra como vive Dios en la intimidad de su esencia, como es Padre; como sin multiplicar su naturaleza engendra una persona, viva y perfecta imagen de su sustancia, su eterno Hijo; como de Padre é Hijo procede el amor vivo, ó Espíritu Santo que acaba las misteriosas evoluciones de la vida divina; ella le revela la vida superior en que anega al alma humana la gracia que á Dios la une y comunica á sus facultades y á sus obras dignidad en algún modo infinita; ella abre el Cielo cuya felicidad consiste en la esencia divina á placer poseída por el alma gloriosa.—Al historiador que contempla la sucesión de las edades, de las sociedades y de los imperios, y en ella vagamente descubre la conducta de Dios sobre los destinos humanos, la ciencia sagrada le indica el punto central de los siglos, la plenitud de los tiempos, el eje del mundo histórico, el Verbo encarnado; á este ha de volver sus miradas, ya que á El convergen todos los acontecimientos, y en torno suyo se mueven; llenas están las edades de su divina presencia.—Al físico que á los cielos se lanza y desciende á las entrañas de la tierra, á quien el mundo sideral, el hom-

bre, los animales, las plantas, el curso de las aguas, las admirables alteraciones del mar, las capas del globo, el fuego subterráneo, los elementos, las fuerzas, los movimientos de la gravitación y de la generación cuentan la gloria de Dios; la ciencia sagrada le hace admirar en el mundo sobrenatural los tipos eternos de todo ser, de toda vida, de toda ley, de todo orden y armonía; le enseña que toda la naturaleza ha sido lavada y purificada en la Sangre de Cristo; que la sublime arquitectura del cuerpo humano, destruída por la muerte, será un día restaurada por el soplo de Dios; que mundos y espacios glorificados serán patria de la humanidad arrancada á los horrores del sepulcro.—Al político que, si no ha olvidado que todo poder viene de Dios y debe imitar en la tierra su paternal providencia, prepara la felicidad de los pueblos con la paz, y la paz con una legislación no menos benéfica que vigorosa, la ciencia sagrada le muestra la mano de la Iglesia, que ha de tomar con respeto y confianza, pues sin ella, sin su alta dirección sobre las conciencias humanas, no hay salvación para los pueblos.—Por fin, enseña la ciencia sagrada, al economista que quisiera convertir la tierra en paraíso, á no limitarse á los fríos cálculos de la filantropía, sí que también á inspirarse en la justicia cristiana y en la caridad.—A las ciencias, á las

artes é industria, hijas de las ciencias, clama la ciencia sagrada sin cesar: *¡Sursum!* ¡más alto! ¡más arriba de la belleza creada y del progreso terreno! ¡Subid! hasta Dios, hasta Cristo, hasta sus Santos, ideal de la belleza, hasta la salvación del género humano, hasta el Cielo, término de todo progreso.

Aunque permanezcan sordas las ciencias humanas á este llamamiento, no serán menos siervas de la ciencia sagrada. Ella sabrá percibir sobre sus trabajos el impuesto que necesita para afianzar su propia autoridad y sostener el honor de su gobierno; ella las obligará á tributar gloria y homenaje á los pies de Dios. Platón, Aristóteles, Tácito, Suetonio, Plinio, Hipócrates, Galeno, Ptolomeo, todos los antiguos, pero más aun los modernos, allegarán sus más preciosos bienes al tesoro teológico. Las reglas del raciocinio, las intuiciones de la inteligencia humana, las fechas, monumentos, manuscritos, los descubrimientos astronómicos, geológicos, físicos, anatómicos, fisiológicos, los códigos, los cálculos económicos, servirán á la fecundación de los principios teológicos al establecimiento del Cristianismo, á la confirmación de los Libros Santos, elucidación de los misterios, desarrollo de la casuística, aplicación de la caridad en las obras públicas. Después de trabajar por propia cuenta, se admirarán multitud

de sabios, viendo que han preparado como humildes obreros, los materiales del templo intelectual que la ciencia teológica construye al Dios de santidad; que, después de todo, el Cristianismo no es simplemente un sistema, sino un hecho; que la Escritura prevalece y sus palabras se confirman á medida que se depuran los misterios de la naturaleza y se ilumina la historia; que la ley evangélica ha transformado el derecho social, y que en toda especulación humanitaria, hay que atender á las nativas miserias, pasiones, vicios, virtudes y sobrehumanos recursos cuya naturaleza, orden y efectos define la doctrina sagrada con maravillosa precisión.

De estas consideraciones sobre el predominio y oficio de la Teología frente á las ciencias subalternas, concluiréis, amados míos, que es reprochable el aislamiento en torno de las fuentes puramente sagradas, debiendo extender vuestros estudios á todos los conocimientos capaces de fecundizar vuestra enseñanza apostólica y hacerla interesante, útil y saludable á las almas que evangelicéis.

Adquirid, en primer lugar, sana y vigorosa Filosofía: «Es la Filosofía, dice el Sumo Pontífice León XIII en una de sus mejores encíclicas, en cierto modo regla de las demás ciencias» (1). Dis-

(1) Encyclic. *Aeterni Patris: De colenda sancti Thomae philosophia.* (4 Aug. 1879).

pone para la fe sentando las primeras verdades que preparan al hombre para someterse á la autoridad de Dios revelador. Ayuda á la Teología en la ilustración de los misterios y coordinación de los dogmas, y así le da carácter de verdadera ciencia. En fin, le da armas para la defensa de las verdades divinas á su depósito confiadas. Lo cual resume S. Agustín en estas palabras: *Per eam fides saluberrima gignitur, nutritur, defenditur, roboratur* (1).

Todos los grandes apologistas y defensores de la fe han sido filósofos; mas el príncipe de los filósofos cristianos, es el llamado Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino. «Respetuoso con los doctores antiguos, dice Cayetano, puede afirmarse que heredó la inteligencia de todos. Ha recogido sus doctrinas como miembros dispersos de un mismo cuerpo, y reunidas las ha clasificado en admirable orden y enriquecido, de forma que justamente se le considera como especial defensor y ornamento de la Iglesia.

«De entendimiento abierto y penetrante, memoria fácil y segura, perfecta integridad de costumbres, sin más amor que el de la verdad, rico en ciencia divina y humana, con razón comparado al sol, enardece la tierra con la irradiación de sus virtudes, y la llena del esplendor de su doc-

(1) De Trinit., XIV, 1.

trina. No hay parte de la Filosofía que no haya tratado con tanta penetración como lucidez: las leyes del raciocinio, Dios y las sustancias incorpóreas, el hombre y las criaturas sensibles, los actos humanos y sus principios son sucesivamente objeto de la tesis que sostiene, en las cuales nada falta, abundancia de razones, orden armónico de las partes, excelente procedimiento, solidez de los principios, fuerza de los argumentos, claridad de estilo y propiedad de expresión, profundidad y desembarazo con que resuelve los puntos más oscuros.

• Añádase que el Doctor Angélico ha considerado las condiciones filosóficas en las razones y principios de las cosas; y la extensión de estas premisas y las verdades que en germen contienen dan á los maestros de las edades posteriores amplia materia para útiles desarrollos en ocasión oportuna. Empleando, como lo hace, ese mismo procedimiento filosófico en la refutación de los errores, consigue el gran Doctor el doble resultado de rechazar, él solo, todos los errores de los tiempos precedentes y dar armas invencibles con que disipar los que hayan de producirse en lo futuro (1).

• Tal elogio tributa la Iglesia, por boca de su

(1) Encyclic. sup. cit.

augusto Jefe, al que debéis tomar por maestro de Filosofía. Elevaos con él á las alturas de la Metafísica, contemplad con él la causa de las causas y las verdades eternas, pero, sobre todo, leed con él ese libro tan interesante de la naturaleza humana. Os dirá de que elementos se compone, como se relacionan, cual es el poder creador del alma, el juego de sus más altas facultades, la influencia del cuerpo, la utilidad de los sentidos, instintos, pasiones y hábitos, cuales las reglas divinas y humanas que presiden á todo nuestro ser; cuanto en vosotros mismos podáis experimentar, hasta que, con la práctica del sagrado ministerio, extendáis más adelante vuestra experiencia á otras naturalezas, caracteres y vidas. Aprended, en suma, de él á razonar con precisión y nervio; que lo necesitaréis, como ya os he dicho, para fecundar los principios de la fe, y más aún para defenderlos del error.

En todas las edades cristianas, ha respondido la controversia religiosa á las provocaciones de los disidentes, pero Santo Tomás es el mejor capitán que en todo tiempo ha defendido, con ayuda de la razón, los principios revelados. Sus tesis, si bien calcadas en antiguos moldes, revelan su genio militar y el admirable poder de instrucción que poseía. Hay que atravesar primero por entre el ejército enemigo de las objeciones

para llegar á la plaza. Los batallones contrarios son á menudo tan fuertes, y tan terribles sus máquinas de guerra, que parece peligrar la proposición sitiada. Mas alrededor de ella, ¡qué trincheras tan profundas! ¡Qué baluartes y murallas! En su interior, ¡qué multitud de argumentos! Y visto todo, ¡qué granizo de saetas! ¡Qué manejo de espada! ¡Qué derrota y fuga de enemigos! Cuando los obispos griegos, reunidos en el concilio de Florencia, oyeron su propia refutación, preguntaron admirados de que arsenal procedían dardos tan poderosos como los que usaban los Padres latinos; y oyendo pronunciar el nombre de Tomás de Aquino, quisieron tener las obras de este verdás á su lengua. Más tarde, un miserable apóstata, Bucero, trémulo al solo recuerdo de las tesis estudiadas en su juventud, exclamaba: «Quitad á Tomás, y destruiré la Iglesia: *Tolle Thomam, et dissipabo Ecclesiam.*»

Ni Lutero se creía más seguro. Se subleva contra la escolástica, la injuria y la maldice; y esta preocupación y este pánico han pasado al alma de los que hoy saludan al fraile alemán cual precursor del librepensamiento. Odian la edad bárbara que tanto se ocupaba del valor de los términos, de la exactitud de las proposiciones y de las leyes de argumentación. La escolástica, dicen, fué un abuso, loor á los genios que nos han libra-

do de su método y de sus procedimientos. Aun dados tales abusos, ¿siguese que el método y proceder escolástico nada valgan, ni hayan servido poderosamente á la fe de sus controversias? «Podrá un loco, dice en alguna parte el Conde de Maistre, arrancar con un cabrestante las berzas de su huerta; mas no por eso dejará de ser el cabrestante una poderosa máquina.» Desengañaos, no quieren la escolástica porque temen su franqueza é implacables revelaciones. Ella ha conservado y perfeccionado el arte heráldico del raciocinio, que advierte á las proposiciones el vicio de su unión, y á las conclusiones la ilegitimidad de su nacimiento. Ha conservado y perfeccionado el escalpelo que nos hace ver, bajo la engañosa armonía de los períodos, no la sólida y pura sustancia de la verdad, sino el vacío y corrupción del sofisma. Ha conservado y perfeccionado el instrumento de tortura que atormenta al error y le arranca penosas confesiones. En consideración á estos servicios, amad la escolástica, su método y procedimientos, como el gran maestro á cuya fiel imitación aspiráis. ®

Después de aprender de él á razonar exacta y vigorosamente, para fecundizar y defender las santas verdades, objeto de la ciencia sagrada, no olvidéis que la Religión divina, que os destina

para ser apóstoles suyos, no es sólo un conjunto de principios revelados y de dogmas definidos, es un hecho tan viejo como el mundo. «La santa Iglesia Católica es, en frase de San Epifanio, el principio de todas las cosas» (1). La antigüedad ha preparado su definitivo establecimiento, y desde la aparición de Cristo prometido al mundo, cabe la cuna de la humanidad, se ha desarrollado en medio de los múltiples sucesos que forman la trama de la historia. Debéis conocer los diferentes aspectos y peripecias de este hecho divino, de este hecho de todos los tiempos, para poder demostrar y defender su verdad, y más cuando contra él conspiran más que nunca los errores é imposturas históricas. No se os pide que salgáis eruditos como los que hacen de la historia objeto único de sus estudios, sino que os pongáis al corriente de los puntos controvertidos de la Historia Sagrada, de los descubrimientos modernos que confirman relatos bíblicos y evangélicos, de los documentos históricos que justifican á la Iglesia de las acusaciones que le dirigen lo mismo las sectas enemigas que los patronos de la incredulidad y del librepensamiento. Sin necesidad de remover el polvo de viejos pergaminos y antiguos códices, ni de emprender

(1) San Epif., *Contr. los Herej.*, I, v.

dilatados viajes y largas investigaciones, aprovechad el trabajo de sabios acreditados que, en revistas interesantes y sólidas obras, han puesto en claro todas las dificultades que atañen al hecho divino cuya buena nueva llevaréis á los pueblos con vuestras predicaciones. «En el momento en que de todas partes surgen encarnizados enemigos contra la sagrada palabra, dice el abate Vigonroux, ha suscitado Dios nuevos é inesperados testigos. Queríase sorprenderla, mediante anales antiguos, cavando las entrañas de la tierra é invocando contra ella la Geología, Paleontología y Filología; Dios ha hecho hablar á los nuestros, y han dado testimonio de la verdad.» «Hemos cotejado con documentos auténticos de orillas del Eufrates y del Tigris, lo mismo que del Nilo, todos los detalles, aún los más nimios, que leemos en los Libros Santos, hasta los que se dan de pasada y casi por inadvertencia del autor, y siempre que el cotejo ha sido posible, la asiriología y egiptología nos responden: La Biblia dice la verdad. Cítesenos un solo historiador de la antigüedad que así pueda triunfar del riguroso interrogatorio que le hará sufrir la crítica moderna. Muchas veces se ha probado á debilitar la autoridad de los escritores sagrados, sirviéndose contra ellos de los historiadores antiguos; y ya se ha visto, siempre que entre unos y otros hay

desacuerdo, resultan engañados los escritores profanos y victoriosa la Biblia» (1). Lo que el abate Vigouroux dice de la Biblia, podemos decirlo del Evangelio y de la historia de la Iglesia.

Al estudio de la historia, añadiréis el de las ciencias naturales. — «Nuestros padres han comprendido la utilidad, para el filósofo, de sondear atentamente los secretos de la naturaleza y emplear largo tiempo en el asiduo estudio de las cosas físicas. Así lo hicieron ellos. Santo Tomás, el Beato Alberto Magno y otros príncipes de la escolástica no se engolfaron tanto en la contemplación de la Filosofía, que no procurasen con ardor el conocimiento de la naturaleza. Aún más, en este orden hay no pocas de sus afirmaciones y principios, que los actuales maestros aplauden y celebran. Además, en nuestra misma época, doctores ilustres en las ciencias físicas, pública y abiertamente declaran que entre las conclusiones recibidas y ciertas de la Física moderna y los principios filosóficos de la Escuela, no existe en realidad contradicción alguna» (2).

Pero al lado de estas eminencias, cuántos espíritus, esclavos de la preocupación, explotan las ciencias naturales en favor de la incredulidad

(1) *La Bible et les découvertes modernes*, conclusión.

(2) *Eucyclic*, sup. cit.

y pretenden aprisionar la verdad en el estrecho círculo de la experiencia física! Contra esas pretensiones, debéis hallaros dispuestos á probar científicamente que la ciencia exagera su poder y sus derechos y que ninguno de sus descubrimientos definitivamente adquiridos es, ni puede ser, contrario á las verdades superiores que la sana razón y la fe nos enseñan.

Armados de la ciencia para combatir las orgullosas é injustas pretensiones de los sabios, la emplearéis, como en el capítulo precedente os decía, para ilustrar los dogmas, y para conducir suavemente las almas desde las bajas regiones donde los sentidos se alimentan de imágenes, donde revoletean los fantasmas de la imaginación, á las regiones trascendentales donde la inteligencia contempla las leyes, las causas, la verdad pura. Estudiando la naturaleza, hallaba Santo Tomás las ingeniosas y vivas comparaciones que ilustran sus demostraciones más metafísicas. Nuestro siglo excede al suyo en descubrimientos científicos y nos da más luces para ilustrar los misterios de la acción de Dios en el mundo y en las almas, de la vida del hombre y de sus actos.

Procurad también conocer las ciencias sociales cuanto precisa para que podáis someter los sistemas de nuestros modernos políticos y filántro-

pos al criterio de los principios evangélicos de orden, de paz, de libertad, de justicia, de caridad, que son ley de vida para toda sociedad humana.

Bien lo véis, hay vasto campo abierto á vuestros estudios, del lado de las ciencias humanas como de las divinas; aunque no sea cosa de andarlo todo en vuestros cortos años de formación y aprendizaje. Sólo una cosa os pido: que durante ese tiempo toméis afición al estudio y generosa y firme resolución de aprender todos los días de vuestra vida. Comenzad desde jóvenes la selección y provisión de notas y datos que con el tiempo serán vuestro granero de abundancia. Leed, medita, escribid mucho; de todo lo que os llame la atención en vuestros estudios, de todo pensamiento nuevo, original, espontáneamente nacido en vuestros espíritus al contacto de otros pensamientos, con ocasión de sucesos importantes ó ante un espectáculo conmovedor, formad colecciones bien clasificadas y ordenadas á donde acudiréis cuando sintáis languidecer la virtud creadora de vuestra inteligencia, cuando necesitéis nutrir y adornar las instrucciones que el pueblo cristiano espera de vosotros. Recordar una vez más, y aplicaos lo de S. Bernardo: «Llenarse primero, para poder dar de lo que abunda: *Implere prius, et sic curate effundere.*»

CAPÍTULO IV

MODELOS DE ELOCUCIÓN SAGRADA.—LA ESCRITURA

Os habéis dedicado al estudio de la ciencia sagrada, y sin que la poseáis por completo, os supongo en disposición de comunicar á otros parte de vuestro tesoro. Esta comunicación se hace por la palabra; y tenéis que saber hablar.

Como todas las artes, el de la palabra requiere aprendizaje, y este supone conocimiento de las reglas y estudio de los modelos.

Las reglas las enseña la Retórica, y no hemos de volver aquí sobre ellas. Son muy útiles; no obstante «sin ella, dice San Agustín, he conocido hombres más elocuentes que la mayor parte de los que las habían aprendido, pero no he visto á nadie que fuese elocuente sin haber leído ú oído la palabra de los buenos oradores» (1).— Aficionaos al estudio de los modelos; y ya que

(1) *Sine præceptis rhetoricis novimus plurimos eloquentiores plurimis qui illa didicerunt; sine lectis vero et auditis eloquentium disputationibus vel dictionibus, neminem.* (De Doctrina christiana, l. IV, m.)

pos al criterio de los principios evangélicos de orden, de paz, de libertad, de justicia, de caridad, que son ley de vida para toda sociedad humana.

Bien lo véis, hay vasto campo abierto á vuestros estudios, del lado de las ciencias humanas como de las divinas; aunque no sea cosa de andarlo todo en vuestros cortos años de formación y aprendizaje. Sólo una cosa os pido: que durante ese tiempo toméis afición al estudio y generosa y firme resolución de aprender todos los días de vuestra vida. Comenzad desde jóvenes la selección y provisión de notas y datos que con el tiempo serán vuestro granero de abundancia. Leed, medita, escribid mucho; de todo lo que os llame la atención en vuestros estudios, de todo pensamiento nuevo, original, espontáneamente nacido en vuestros espíritus al contacto de otros pensamientos, con ocasión de sucesos importantes ó ante un espectáculo conmovedor, formad colecciones bien clasificadas y ordenadas á donde acudiréis cuando sintáis languidecer la virtud creadora de vuestra inteligencia, cuando necesitéis nutrir y adornar las instrucciones que el pueblo cristiano espera de vosotros. Recordar una vez más, y aplicaos lo de S. Bernardo: «Llenarse primero, para poder dar de lo que abunda: *Implere prius, et sic curate effundere.*»

CAPÍTULO IV

MODELOS DE ELOCUCIÓN SAGRADA.—LA ESCRITURA

Os habéis dedicado al estudio de la ciencia sagrada, y sin que la poseáis por completo, os supongo en disposición de comunicar á otros parte de vuestro tesoro. Esta comunicación se hace por la palabra; y tenéis que saber hablar.

Como todas las artes, el de la palabra requiere aprendizaje, y este supone conocimiento de las reglas y estudio de los modelos.

Las reglas las enseña la Retórica, y no hemos de volver aquí sobre ellas. Son muy útiles; no obstante «sin ella, dice San Agustín, he conocido hombres más elocuentes que la mayor parte de los que las habían aprendido, pero no he visto á nadie que fuese elocuente sin haber leído ú oído la palabra de los buenos oradores» (1).— Aficionaos al estudio de los modelos; y ya que

(1) *Sine præceptis rhetoricis novimus plurimos eloquentiores plurimis qui illa didicerunt; sine lectis vero et auditis eloquentium disputationibus vel dictionibus, neminem.* (De Doctrina christiana, l. IV, m.)

habéis de anunciar la palabra de Dios, muy natural es que toméis é imitéis en primer lugar los acentos de que ella misma se sirve para darse á conocer al mundo.

Además de ser la Sagrada Escritura la primera fuente de ciencia para el predicador, es también el primer modelo de su elocuencia. En ella encontraréis máximas profundas, interesantes relatos, imágenes graciosas y expresivas, sencillas y encantadoras descripciones, cuadros llenos de nobleza y de vida, terribles amenazas de la justicia de Dios, tiernos llamamientos de su misericordia, magníficas promesas de su liberalidad infinita, rasgos sublimes de indignación, de ira, de admiración, de amor. La Fontaine exclamaba después de leer la profecía de Baruc: «¡Es un genio!»—y á cuantos veía, preguntaba: «¿Has leído á Baruc? ¿Era todo un genio!»—Hería su alma aquel singular carácter de la Biblia que se revela á todo hombre inteligente y exento de preven- ciones, carácter notado y venerado por los más grandes talentos que han honrado á la humanidad: tal es lo sublime.

Por singular privilegio, las ideas bíblicas despojadas de su vestido original, de esa lengua profunda, misteriosa, viva, potente, pintoresca, sonora, en que fueron concebidas, traducidas literalmente á idiomas fríos ó por lo menos extra-

ños al genio oriental, empobrecidas y desfiguradas por doble ó triple tortura, tienen aún virtud de producir en nosotros la sensación de lo sublime, indescriptible emoción que electriza todo nuestro ser, suspenda nuestra vida y prorrumpe en voz de admiración y lágrimas sin dolor. Reparad las Escrituras desde aquellas palabras solemnes que abren el poema de la creación: «Hágase la luz, y la luz se hizo,» hasta el patético grito de los Macabeos, dispuestos á sepultarse entre las ruinas de su patria deshonrada: «Muramos todos en nuestra inocencia;» desde aquel *In principio*, que anuncia la eterna generación del Verbo, hasta las últimas visiones y cánticos del Apocalipsis: doquiera resalta lo sublime.

Pero en modo especial son arroyos de elocuencia el admirable libro de Job, los Salmos, los Profetas, el Evangelio y las Epístolas de San Pablo.

¡Qué elocuencia en los gemidos, imprecaciones, justificaciones y entusiasmo de la infortunada víctima de Satanás, tan noble en su fortaleza, en su paciencia y en los triunfos de su grande alma!

¡Qué elocuencia en los salmos de aquel á quien el pueblo hebreo llamaba su *delicioso cantor*! ¿Sería *David* un genio? Es posible; pero ya nos advierte que no habla por su cuenta: «Su

lengua viene á ser dócil pluma de rápido escritor: *Lingua mea calamus scribæ velociter scribentis.* Poseído de las perfecciones y glorias del Altísimo, nos le revela triunfante ya en luminosas cumbres, ya sobre humilladas ruinas; canta en melancólicas notas los grandes infortunios, llora sobre sepulcros, describe las punzantes inquietudes del remordimiento y las saludables angustias de la penitencia; ensalza á la justicia que oprime y á la misericordia que levanta; hace oír el chasquido de sus huesos humillados, los tiernos suspiros de su corazón contrito, las acciones de gracias de una alma regenerada por el perdón; condena la iniquidad y aplaude la inocencia; proclama la verdad, grandeza, justicia, pureza, mansedumbre y suave poder de la ley de Dios; ora suplica, implora con apasionado ardor. Es suave, fuerte, conmovedor, magnífico, y lo es aún más al cantar en las cuerdas más armoniosas de su arpa al que ha de renovar su estirpe decaída y cuya imperfecta imagen viene á ser él mismo. No nombra á Cristo, pero en cada página se vislumbra, y hay que decir: ¡El es!—El Verbo de Dios que había de anonadarse en nuestra carne, no quiso aparecer en los Salmos sino envuelto en rico manto de poesía ya grave, ya impetuosa, ya grandiosa, ya sublime, en que todo á porfía es admirable: la marcha sencilla y rápida,

la coordinación profundamente sabia y de ordinario majestuosa del movimiento y del plan, ó la rara limpidez, fecunda sobriedad, facilidad y energía lírica de la expresión.

Es David gran maestro y gran modelo de elocuencia sagrada, pero hay otros después de él, que son todos los Profetas.

Va en primera línea, Isaías. Fué el cantor de la restauración religiosa en Judá. Dios le manifestó los misterios de las edades futuras, para que en tal forma los pintara, que mereciera llamarse *el Evangelista del Antiguo Testamento*. La grandeza de sus oráculos mide su importancia en la ciencia sagrada; y por la brillantez de sus conceptos, sublimidad y perfección de estilo, es superior á cuantos han escrito visiones proféticas. Hase dicho de él que era el águila de la literatura sagrada, el Demóstenes y el Píndaro de los Hebreos.

En efecto, es águila por la elevación de sus pensamientos, Demóstenes por lo vivo de su elocuencia, Píndaro por su entusiasmo lírico. Contempla la gloria de Dios, y consigo nos eleva hasta el trono del Eterno. A cada instante apostrofa al cielo, á la tierra y á todos los pueblos, cual si quisiera mover y estremecer á toda criatura con el acento de su palabra. Que amenace, increpe ó consuele, siempre halla al caso cuadros aterrado-

res, agudas invectivas y duros azotes que de su letargo despiertan á las almas, y sus discursos llenos de tierna unción, cual benéfico rocío, descienden sobre los corazones marchitos y angustiados. Cuando interroga á la naturaleza y á los siglos, respóndele todos los ecos del espacio y del tiempo. Oyense en los confines de la tierra las amenazas del Señor y el paso de los verdugos que han de lavar en sangre el crimen de los pecadores. Mugen las ondas del mar, vense los navíos errantes, las rocas de la orilla y las islas despobladas. Siéntense derrumbar, hasta en sus cimientos, los fuertes de las ciudades prostituídas. Florece el desierto, se amansan las fieras, é inicianse los días serenos de la paz y de la misericordia divina. Como dice un autor judío, «trueno, despide el rayo y hace brillar el relámpago.» «Ni conmueve y agita sólo á la Grecia, como se ha dicho de Pericles; sino que parece trastornar y confundir cielo, tierra, toda la naturaleza.» En una palabra, Isaías es divino, no ya porque la inspiración resalta en cada página de sus escritos, sino porque al servicio de la inspiración desplega los infinitos recursos de la ciencia y del arte que recomiendan un hombre á la admiración de sus semejantes y le granjean el nombre de divino que daban los antiguos á Homero y á Platón. Isaías pone al servicio del espíritu de Dios profundo conocimiento del idio-

ma y esplendores del lenguaje que hacen de sus escritos un monumento inmortal, donde oradores y poetas podrán estudiar lo bello y lo sublime en su más alta expresión.

Jeremías es émulo de Isaías. Su alma es menos elevada y arrogante, pero en riqueza de imaginación le iguala, y en la ternura de su corazón le supera; su lenguaje es menos acabado, «pero la sencillez y naturalidad de su estilo se compensan, dice San Jerónimo, con la majestad y profundidad de las ideas» (1). Sobre todo, cuando describe la devastación, saqueo y desolación de las ciudades extrañas, se eleva hasta la perfección, y se acerca mucho al vigor y magnificencia de Isaías. Como orador y poeta elegíaco no tiene igual. «Sólo él, en frase de Bossuet, supo igualar el llanto á las desdichas.» Siempre es triste, lúgubre, interesante, conmovedor, pero en grado sublime. Toma sus figuras no ya de animales que simbolizan grandeza, fuerza y audacia, sino de aves tímidas y viajeras, cuales son la paloma, la cigüeña y la golondrina, símbolos de las amarguras del destierro. Es el poeta de la compasión, de los gemidos y de las lágrimas, especialmente en los notables cantos que él llama *Lamentaciones*. Sentado sobre los derruidos muros de la Ciu-

(1) «Qui quantum in verbis simplex et facilis, tantum in majestate sensuum profundissimus est.» (In Jerem.).

dad santa, afligido expectador de los males de su patria, saca de su corazón inimitables acentos. Sus defectos aparecen convertidos en cualidades: la gracia y la sensibilidad, puestas en acción con habilidad en algún modo infinita, que reproduce, bajo mil formas, las mismas ideas y los mismos sentimientos. Las Lamentaciones de Jeremías son las más grandiosas y más perfectas producciones del género elegíaco; pueden servir de intérpretes á los dolores más amargos y profundos. No se desdeña el Hijo de Dios de pedir las á su Iglesia en el aniversario de su agonía, padecimientos y muerte; y cada año, nos recuerda la misma Iglesia, en su luto solemne, que Jeremías sabía llorar á lo divino.

Si no arrebatara como Isaías, habla mejor á las almas para moverlas. San Agustín le llama «el predicador más elocuente de la antigua Ley.» ¿Cómo no había de serlo quien siente tan profunda y vivamente la ruina de las almas pecadoras y de su desdichada patria, que quisiera un diluvio de lágrimas para llorarlas? ¿Cómo no ser elocuente aquel de quien Dios se apodera y á quien el Espíritu Santo atormenta cual fuego devorador? «Señor, dice, Tú me has seducido, y me he dejado seducir; eres más fuerte que yo, y has triunfado. No obstante, de mí se están mofando todo el día, soy blanco de las burlas de todos, porque

clamo tiempo ha contra la iniquidad y anuncio desastres.—Me he dicho: Olvidaré al Señor, no hablaré más en su nombre; y he aquí que siento en mi corazón cual vivo fuego que enciende mis huesos, y desfallezco sin poderlo sufrir» (1). Este divino fuego centellea y arroja llamas en los apóstrofes, imprecaciones, amenazas, quejas y gemidos del santo predicador, y sobre todo en los tiernos y urgentes llamamientos á la divina clemencia y á la conversión de las almas.

Hé ahí dos excelentes modelos de elocuencia sagrada. Bien estudiados estos, leed los demás profetas: el exuberante Ezequiel, de tan trágica y conmovedora representación, que Lowth le llama «el austero, atroz, fatídico y casi horrible Ezequiel» (2); el piadoso y prudente Daniel, que inclinándose como la divina misericordia sobre los restos desolados y abatidos de su nación, los reúne en torno de una esperanza cuya próxima realidad describe como nadie;—Baruc, complemento de Jeremías, talento eminente, poeta ilustre, cora-

(1) «*Seduxisti me, Domine, et seductus sum; fortior me fuisti, et invaluisti; factus sum in derisum tota die; omnes me subsannant quia jam olim loquor, vociferans iniquitatem et vastitatem clamito. Et dixi: Non recordabor ejus neque loquar ultra in nomine illius; et factus est in corde meo quasi ignis exastuans claususque in ossibus meis et defeci, ferre non sustinens.*» (XX, 7, 8, 9).

(2) «*Sævus truculentus, atrox et dictione pene horridus.*» (De sacra Poesi Hebræorum).

zón delicado, impregnado, al parecer, de unción evangélica; —Jonás, cuya persona y cuya historia profetizan; —Oseas, conciso, sentencioso y vehemente; —Amós, el pastor de Tecua, sapientísimo entre los videntes, cuyo estilo adornan graciosas y nobles figuras y cuya frase zurcen giros poéticos; —Joel, correcto, elegante, notablemente vivo y siempre admirable; —Abdías, claro, animado, presuroso, profundo, de indeclinable belleza; —Miqueas de Morasthi, que iguala á Isaías, si es que no le excede en la limpidez, vehemencia y sublimidad de su estilo y sus ideas; —Nahún, heredero del genio de Isaías y de su perfección en el arte de expresar los grandes pensamientos; —Habacuc, elegante y noble cantor de la divina Providencia; —Sofonías, profeta de negros augurios, mezclados con tiernas quejas, que canta, al fin, dulces y magníficas esperanzas; —Ageo, Zacarías y Malaquías, últimos consoladores del pueblo cautivo y próximos heraldos del que ha de venir.

Al proponeros estos modelos, tampoco se os obliga á imitarlos en todo. Tuvieron inspiraciones que vosotros no podéis pretender; hablaron en tiempos, ambientes y circunstancias que no son las nuestras. Pero sí puede y debe ser nuestra su fe, su fidelidad á la misión que se les había confiado, su apostólica intrepidez en medio de las contradicciones, su ardiente celo por la gloria de Dios

y conversión de las almas. Además hay en ellos colorido y movimiento, poesía y elocuencia, cosas que convienen á todos los auditorios. Muy bien podemos decir con el P. Longhaye que «los predicadores del Antiguo Testamento serán nuestros excelentes maestros de estilo, de ese verdadero estilo de hombre, que no es más oriental que español, más judío que cristiano: juego natural, evolución poderosa, espontánea, racional del alma, á través de ideas, imágenes y sentimientos comunes á todo lugar y á todas las edades. Por lo demás, fijémonos: no se trata ya de tomar, siquiera sea con discreción, para citar y reproducir; sino también, y principalmente, de comprender en acto el movimiento original de esas grandes almas, hacernos cargo de él y asimilárnoslo para extender en igual radio la movilidad de la nuestra. Inspiraos, no imitéis servilmente.»

«La familiaridad con esos admirables modelos puede desarrollar en nosotros dos hábitos en ellos muy salientes: precisión y viveza de color para la imaginación; vida dramática para la sensibilidad.—Resumiendo, la primitiva predicación de los Profetas, hecha por hombres y para hombres, toca todas las cuerdas del alma humana, pero con pulsación á las veces ruda y altiva, porque se dirige á un pueblo grosero, carnal é idólatra por inclinación y por instinto. Con estas

salvedades, será siempre para nosotros la elocuencia profética maravilloso repertorio de pensamientos, imágenes y sentimientos. Ella es el primer fondo de nuestro tesoro apostólico y oratorio. Dios nos libre de malversarlo.» (1)

Los Profetas prepararon la venida del Maestro de los maestros. Habiendo hablado Dios á nuestros padres de la Ley antigua por intérpretes, finalmente habló El mismo por boca de su Hijo: *Locutus est nobis in Filio.* (2) ¿Dónde está esa divina palabra? En el Evangelio. Leedle, queridos míos, medítadle, sondeadle; y ahí veréis y oiréis al Maestro por excelencia, instruyéndoos en lo que debéis enseñar y como debéis enseñar.

Lo que debéis enseñar es su doctrina, médula de la ciencia sagrada: doctrina que pone al alcance de todos la verdad, la virtud, la perfección, los medios de unión con Dios; doctrina que funde las revelaciones proféticas en un dogma luminoso y central de donde irradian esplendores sobre toda verdad, del cual parte toda dirección y dimana toda gracia, y á do convergen todas las fuerzas vivas de una magnífica asocia-

(1) La Predicación: *Grandes maestros y supremas leyes.* (Primera parte).

(2) *Hebr.*, I, 2.

ción:—tal es el dogma de la divinidad de Cristo Redentor; doctrina propia y original, en que lo antiguo, ó sea los dogmas envueltos en misteriosas sombras, el crepúsculo de las profecías, la vaga delineación de las figuras, los ritos simbólicos, las estrictas reglas del deber ajustadas á una naturaleza imperfecta, aparecen transformados por el nuevo orden de cosas, que es la revelación precisa de los más altos y profundos misterios, la espléndida manifestación de la realidad esperada, los ritos eficaces, los preceptos mejor conocidos en su plena aplicación, los consejos de perfección provocando actos heroicos y sublimes en una naturaleza exaltada por superabundantes gracias; doctrina ante la cual se humillan las más puras, nobles y grandiosas máximas de todos los sabios que en el mundo han sido; doctrina sin vacío, ya que resuelve todas las cuestiones de origen, de naturaleza, de estado y de destinos que preocupan al espíritu humano; doctrina tan llena que aún tiene profundidades inexploradas. Diez y nueve siglos ha que la ciencia sagrada trabaja por descubrir todas sus riquezas; y hoy como el día que el apóstol San Juan desesperaba de poder contar la vida y la obra de su Maestro, altamente se persuade que jamás se hallará cabo á sus misteriosos é infinitos veneros.

Considerada en sí misma, la doctrina predi-

cada por Cristo ostenta huellas de poder y sobrehumana originalidad que le aseguran superioridad divina sobre todas las enseñanzas; y el modo en que la predicó, revela singularmente su grandeza y autoridad.

Leyendo los Profetas, véis elevarse su alma, como por impetuosos saltos, á las encumbradas alturas del pensamiento, del sentimiento y de la imagen que hemos llamado lo sublime. En el Evangelio no hay esfuerzos; el alma se ve transportada por encima de las regiones vulgares donde se agitan los pensamientos y pasiones humanos, y situada en atalayas de donde ve mejor lo grande y lo bello; por eso lo expresa con más sencillez. Lo sublime del Evangelio no es el súbito relámpago que rasga las sombras de una tempestad, sino la luz gloriosa y serena que tranquila se difunde hasta inundar la tierra y cielos. Digámoslo de una vez, lo sublime está en el Evangelio como en su patria. Muy natural, siendo Hijo de Dios quien habla.

Sin duda, no ha escrito El mismo su palabra. «La doctrina de Cristo, dice Santo Tomás, es harto excelente para consignada en letra humana. Escribiéndola El, la hubiera en cierto modo envuelto y circunscrito, exponiéndonos á no mirar encima ni allende su escritura» (1). Más valga que

(1) «*Conveniens fuit Christum doctrinam suam non scripsisse propter excellentiam (hujus) doctrinae, quae litteris comprehendi non*

el Evangelio nos colocase en presencia de ilimitada perspectiva y misteriosas profundidades, donde podemos siempre adorar, con santo temblor, la infinita ciencia y eterna sabiduría de Dios.

Ni esto impide que la palabra del divino Predicador, tal como la recogieron la Evangelistas sea otro magnífico modelo que sin tregua debemos estudiar. En ella domina la afirmación autoritativa en su más alta majestad, con todos sus encantos, delicadas conveniencias y oportunidad maravillosa. El modo de expresarse Jesucristo revela que ve á fondo y ama tiernamente á las almas á quienes se dirige, que es no sólo Maestro, sino principio de la verdad que enseña. Según nota Pascal, «dice las cosas grandes tan sencillamente que parece no las ha pensado, y sin embargo, con tal exactitud que no deja duda acerca de su pensamiento.»

El hombre que habla, quiere se le crea, pero no basta querer; y así, el espíritu humano, con todas sus ambiciones y audacias, siente necesidad de abrirse camino en las almas á quienes propone una doctrina. Sondea las resistencias, asedia, discute. Acude á todos los recursos de la

potest.... Si Christus scripto doctrinam suam mandasset, nihil altius de ejus doctrina homines estimarent quam quod scriptura contineret.» (Summ. Theol. III P., quest. 42, a. 4).

inteligencia y del sentido común, razona, multiplica las pruebas, enlaza las tesis, trata de seducir con teorías y sistemas hábilmente dispuestos, llama en su ayuda á las pasiones. Si la fuerza de los argumentos y demostraciones no abre al fin la brecha por donde esperaba entrar, despliega el aparato de la dicción, vocaliza, sustituye las operaciones de sitio por una serenata literaria que acaso haga del alma, arrebatada, mansión propicia para instalar sus pensamientos.

Tal es el plan de enseñanza que de ordinario adoptan los sabios y filósofos que hablan en su propio nombre. Cuanto á los Profetas de la antigua Ley, que enseñaban en nombre de Dios, se ocultaron dejando toda su autoridad á la palabra de lo alto, y por el lenguaje que usan se comprende que eran sólo heraldos de un sumo Maestro, á quien el entendimiento humano debía someterse rendido.

Nada de eso veréis en la elocuencia del Salvador. Lo corriente es que su enseñanza vaya directamente al alma, sin echar mano á la discusión ni á los recursos de la elocuencia humana. Afronta las resistencias, admira á la razón más bien que la satisface, domeña las pasiones, sintetízase en fórmulas breves, claras y penetrantes que la afirmación vigorosamente introduce en los espíritus más exigentes y rebeldes.

Jesús afirma con la autoridad de un Maestro supremo, que ha probado sobradamente su misión con irresistibles señales, que no tiene sobre sí censor ni sufre el más ligero mentís. De sus labios proceden imperiosas locuciones que sólo á El pertenecen: «En verdad, en verdad, os digo;—yo, yo os digo;—yo, que os hablo;—creed en mi palabra;—haced esto;—evitad lo otro;—yo soy la luz;—yo soy camino, verdad y vida.» Es cierto que declara haber recibido su doctrina del Padre, y hablar como el Padre le ha mandado; mas en el fondo de esta confesión, bien se echa de ver entre ambos misteriosa identidad que le permite decir: Mi doctrina, mi palabra: *Mea doctrina, verbum meum*. Suya es, á juzgar por el modo con que se impone. Es evidente que al entrar en las almas, entra, en su casa, cual si allí hubiera desde largo tiempo preparado una respuesta á la soberana autoridad de sus afirmaciones. Jesús afirma: los más impenetrables misterios no quebrantarán su intrepidez. Nadie podrá comprenderlos; pero mientras quien los acepte con fe adorará su oscuridad sagrada, la orgullosa razón tratará en vano de mostrar su absurdo, pues si en ellos ha dejado tinieblas que nos humillen ante la divina inteligencia, también ha puesto luz para desafiar á todas las contradicciones. Esta luz es su palabra. «Los misterios que

enseña, El los ha visto en la eternidad, los ve aún; y de lo que ha visto quiere dar testimonio» (1).

Jesús afirma, exige la fe de los que le oigan, no porque pruebe con arte, como los sabios, ó trasmita con fidelidad una palabra extraña, como los profetas, sino porque habla El y «todo lo que dice es espíritu y vida» (2).

Jesús afirma, pero si omite el recurso vulgar de las habilidades humanas, sabe disponer y adornar su afirmación con admirable arte, que revela profundo conocimiento de lugares, almas y tiempos. No enseña en la apacible Galilea como en la tumultuosa Jerusalén, ni en los campos como en el desierto, ni en la barca de Pedro ó en las casas hospitalarias donde le reciben como en la sinagoga ó en el templo. Hace hablar al cielo y á la tierra, á los árboles, á la hierba de los campos, á las flores, á las mieses, á las aves, á las ovejas, á los niños, á las costumbres, á la ley, á las debilidades humanas, á cuanto puede prestarle luminosas comparaciones. Su palabra es á su vez sencilla y grandiosa, compasiva y severa, dulce y terrible, según se dirige al pueblo ó á los sabios, á humildes pecadores ó á devotos hipócri-

(1) «*Qui venit de celo super omnes est, et quod vidit et audivit hoc testatur.*» (Joan., III, 31, 32).

(2) «*Verba quae ego locutus sum spiritus et vita sunt.*» (Joan., VI, 64).

tas, á sus amados discípulos ó á los implacables enemigos de su misión divina. Sabiamente ordena el progreso de sus revelaciones, para no ofuscar á las almas con el excesivo resplandor de inesperada luz. Primero encubre los misterios del Reino de Dios con el gracioso velo de la parábola, para no precipitar la oposición de espíritus soberbios y á fin de excitar á las almas buenas á buscar la verdad y pedírsela. Poco á poco rasga esos velos, explica, y brota la luz, hasta que un día la fe del pueblo prorrumpie en transportes, y sus discípulos, llegados al término de su educación, le dicen: «Vemos que ya no nos hablas por figuras» (1), y el odio de sus enemigos está maduro para cumplimiento de los designios de Dios, y es llegada la hora de manifestar por vez última, en la muerte, su poder de afirmación.

A este poder de afirmación, añade el divino Predicador lo que Santo Tomás llama poder de rectitud (2). Nada más necesario al orador que ese poder, y también nada más raro. Jesús lo posee á maravilla: ama á las almas que quiere instruir y quiere instruir las á todas. Sembrador de

(1) «*Eecce nunc palam loqueris, et proverbium nullum dicis.*» (Joan., XVI, 29).

(2) «*Potestas Christi in docendo attenditur.... quantum ad auctoritatem loquentis.... et etiam quantum ad virtutem rectitudinis.*» (Summ. Theol. III P., quaest. 22, a. 1 ad 2.)

verdad, la derrama en todas partes: en los caminos reales donde será hollada de los transeuntes, en árido pedregal donde pronto se secará ahogada por las malezas, todo para no dejar baldío ningún rincón de los terrenos fértiles donde produzca el céntuplo. El mismo, además, lo declara: «Para dar testimonio de la verdad he venido á este mundo» (1). No habrá amenaza ni violencia que haga callar á su palabra sincera y generosa. Al olvidado pueblo desciende con preferencia, á espíritus incultos, pero rectos, se comunica más íntimamente como para vengarlos del prolongado menosprecio que habían sufrido de parte de la ciencia humana. Por su divina bondad el mundo ve un prodigio hasta entonces inaudito: los pobres son evangelizados. Si tiene para sus discípulos favores de doctrina, nadie podrá recriminarle de injusto silencio, ya que públicamente habló al mundo: «*Ego autem palam locutus sum mundo*» (2).

Habló, y todo lo que decía, estaba escrito en su santa vida. En valde buscaréis virtud que haya predicado antes de practicarla: no la encontraréis. Comenzó á obrar y luego enseñó: *Cæpit facere et docere*. Cotejad su doctrina con su vida,

(1) «*Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati.*» (Joan., XVIII, 37).

(2) Joan., XVIII, 20.

no hay vacío ni nota discordante. Habló su vida, vivió su palabra, y pudo decir: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?*» (1). Añadid á todo acciones maravillosas, prodigios que permiten á Jesucristo suprimir explicaciones, argumentos, contestaciones inútiles, y decir á sus contradictores: «Hice entre vosotros lo que nadie ha hecho: *Que nemo alius fecit*. Si no creéis en mi palabra, creed en mis obras.» Os halláis ante el Maestro más admirable que jamás se ha visto, tan admirable que los emisarios de los fariseos enviados á sorprenderle, vuelven inermes y desconcertados, y confiesan que «nunca nadie habló como aquel Hombre;» tan admirable, que entusiasmadas las turbas con su doctrina, «la admiran, y comprenden que enseña como quien tiene poder, y no como los escribas y fariseos» (2).

Pero por excelente que sea el celestial Predicador, no desmayéis ante su perfección, y sobre todo, no renunciéis á imitarle. Nunca tendréis su soberano poder de afirmación, pero llegaréis á participarle, y precisamente vuestra fe en esa par-

(1) Joan., VIII, 46.

(2) *Admirabantur turbe super doctrina ejus. Erat enim docens sicut potestatem habens, et non sicut scribae et farisei.* (Matth., VII, 28, 29).

ticipación asegurará la eficacia de vuestra palabra. Jesucristo predica la doctrina de su Padre y habla en nombre de su Padre; vosotros ¿no predicáis la doctrina de Jesucristo y habláis en nombre suyo? Jesús recibió de su Padre la misión; ¿no viene de Cristo la vuestra? ¿No le representáis á El, y os ha dicho: «Quien os oye me oye, quien os desprecia me desprecia?»—Estáis, pues, auténticamente investidos del poder de afirmar lo que El afirma y como El lo afirma; hay en vuestra afirmación virtud divina que debe inspiraros noble orgullo y audacia santa.

No véis ni podéis ver á fondo, como vuestro divino Maestro, las almas á quienes debéis instruir, pero podéis amarlas como El con amor tierno, y alcanzar, por la pureza y fuerza de este amor, que El os inspire pensamientos, sentimientos y palabras, los más adecuados para convencerlas, moverlas, convertirlas y santificarlas.

No podéis hacer prodigios y, como Cristo, apelar á la autoridad divina de vuestras obras; pero podéis trabajar celosamente en acercaros más y más á su perfecta rectitud y hacer de vuestra vida espejo de las virtudes que al pueblo habéis de predicar.

Nunca igualaréis en serena y majestuosa autoridad al Predicador divino, ni llegaréis á las bellezas, tino y sobrenatural exactitud de su pala-

bra; pero procurad ser como El sencillos y descender, sin miedo de rebajaros, hasta las más humildes inteligencias. Estudiad, meditaad sus parábolas, complacedos en comentarlas, recoged piadosamente en vuestra memoria sus máximas, sentencias, preceptos, consejos, patéticos arranques de su corazón, de manera que os los asimiléis y entren como por sí mismos en vuestro lenguaje, y en vuestra palabra se reconozca al varón evangélico, al apóstol «que en sí siente cuanto hay en Cristo Jesús: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu.*»

No ignoráis que el apóstol es creación de Cristo doctor. Desde el humilde país que escuchó su palabra, abarcaba Jesús con la mirada el mundo entero, y le veía someterse á su doctrina. Ni sólo veía este prodigio, le anunciaba también: su palabra es «menuda semilla que crecerá, tornarase árbol inmenso, y cubrirá la tierra (1).—Acudirán los pueblos de Oriente y de Occidente á sentarse á la mesa del reino de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob (2).—Se avecina el tiempo en que ya no adorarán sólo en Samaria ó en Jerusalén, sino doquiera en espíritu y en verdad (3).—Al fin el Hijo del hombre ha de atraer á sí todas las

(1) Matth., XIII, 31, 32.

(2) Ibid., VIII, 2.

(3) Joan., IV, 21, 23.

cosas» (1). Aunque los maestros célebres de la palabra ocultaran en lo recóndito de su corazón ese ambicioso deseo, nunca osarán declararlo; Jesús no ya lo declara, lo da por hecho consumado. ¿De dónde le viene tan extraña seguridad? Santo Tomás nos lo dirá:—De que posee en sumo grado el poder de comunicación (2).—El hombre no se comunica, ó se comunica con reserva; Jesús se comunica sin reserva alguna. ¡Y qué hombres ha escogido para comunicarse! Gente burda, de oscura y vil condición, cuya tez curtida y encallecidas manos recuerdan el oficio de baja estofa que aún ayer ejercían para vivir; gente sin estudio ni cultura intelectual, que, para hablar, se abandonan á momentánea inspiración; idiotas, cuyo rudo dialecto ofende al oído, cuyo tosco lenguaje tiene que molestar las delicadezas de una generación hecha á los primores de la palabra. Mirad como se consultan y osadamente se proponen la conquista del mundo: y comienzan el ataque caminando cubiertos de sudor y polvo, la cabeza desnuda, los pies descalzos, rotas y maltrechas sus vestiduras, sin más riquezas que la

(1) Joan., XII, 27.

(2) «*In hoc maxima potestas divina in Christo monstrata est, quod discipulis suis tantam virtutem contulit in docendo, ut gentes quae nihil de Christo audierant, converterent ad ipsum.*» (Summ. Theol. III P., quaest. 42, a. 1, ad 1.)

limosna, ni más estímulo que esperanzas al parecer insensatas. Son débiles, inhábiles, contados. Los poderes, errores, pasiones, corrupción y supersticiones del género humano, su propia persona, su conducta, las armas de que se valen, todo inclina á prejuzgar el fracaso de sus intentos. Pero el Maestro les ha dicho: «Id, instruid á las naciones, enseñándolas á guardar lo que os he confiado; con vosotros estoy hasta la consumación de los siglos.» Palabras bastante poderosas para inspirarles invencible audacia.

Y esos hombres sin celebridad, sin ciencia, sin letras, sin astucia, sin más armas que el nombre de un ajusticiado, patrono de austeras doctrinas, dominaron al mundo pagano adherido con todas las fibras de la naturaleza á sus errores y vicios, que empeñadamente defendía y protegía con la calumnia, la corrupción y la violencia. Esos hombres, débiles hasta el ridículo, en comparación de los orgullosos Romanos que hacían temblar al orbe, revolucionaron el más grande de los imperios y prepararon su transformación religiosa; y el jefe de ellos, discípulo pusilánime que tres veces había renegado á su Maestro á la simple voz de una criada, se las apuesta con la ciudad terrible que regía los destinos de la humanidad y en el seno de ella instala, sobre las ruinas de los monumentos cesáreos, su trono

cabe su sepulcro glorioso.—¿Cómo explicar esto, sino por la sobrehumana elocuencia de que fueron llenos los Apóstoles, al recibir el Espíritu Santo, última prenda de su unión con el divino Predicador?

A no dudarlo, Jesucristo les comunicó la elocuencia de las obras, el don de milagros; mas este servía de confirmación á la elocuencia de la palabra (1). La fe de los Apóstoles, su admiración entusiasta, su heroico amor, su soberano desprecio de los bienes de este mundo, del dolor y de la muerte, su tierna compasión de las almas que querían salvar, hubieron de inspirarles palabras ardientes que hondamente removían los corazones mientras los entendimientos se humillaban al poder de los prodigios.

Pocos recuerdos escritos nos quedan de aquellas palabras ardientes de los Apóstoles, y así no tanto han de ser modelo de nuestra imitación sus discursos cuanto el estado de alma que los produjo.

Hay, sin embargo, uno á quien Dios escogió, llamó é instruyó por extraordinaria manera, para que su enseñanza sirviese de ratificación á las revelaciones evangélicas. Ese escribió; y si no

(1) «*Illi autem profecti predicaverunt ubique, Domino cooperante et sermonem confirmante sequentibus signis.*» (Marc. in finem).

tenemos todos los discursos que pronunció en el período de su vida apostólica, poseemos su eco y su recuerdo en las cartas escritas á las Iglesias evangelizadas.

Las catorce Epístolas de San Pablo, por su importancia doctrinal y apoyo que prestan á la ciencia sagrada, poseen, después del Evangelio, incontestable primacía. Como justamente se ha dicho, «á falta del Evangelio, sólo las Epístolas demostrarán la verdad del Cristianismo.» Luego al apologista y al teólogo es necesario su estudio. Bajo el aspecto oratorio, en ellas tiene el predicador no sólo preceptos, sino además ejemplos, rasgos y vuelos que impresionen su imaginación y exciten su facundia.

El estilo es desaliñado; San Pablo mismo confiesa que no acude á los artificios y habilidades de dicción que usa la ciencia humana para persuadir. *Non in persuabilibus humana sapientia verbis.* Emplea, siendo quien era, una lengua extraña, especie de griego bárbaro, taraceado de hebraísmos, inadecuado para expresar las nuevas ideas que han de anunciarse al mundo. Palabras son las de espíritu, justicia, gracia, fe, ley, naturaleza, pecado y otras, que requieren nuevos y más profundos sentidos. Con todas estas dificultades, halla el Apóstol modo de ser no pocas veces elocuente hasta lo sublime. ¡Qué alteza de

pensamientos, fuerza de raciocinio, viveza de imágenes, gallardía de movimientos! Precipítase á veces cual torrente; cautiva su imaginación por los inefables misterios de la fe, parece que se enajena, y la forma en que expresa esta sobrenatural embriaguez causa en las almas indecible impresión. Tal se siente leyendo, por ejemplo, su carta á los Hebreos, que Bossuet llama Epístola divina.

Por naturaleza tiene San Pablo cuanto se necesita para ser elocuente, pudiendo entrar en parangón con los más ilustres oradores de la antigüedad. Colocábanle, según Longino, al igual de los diez maestros de la Grecia; y un comentar suyo nos da de él este retrato: «Por un lado, temperamento fogoso y extremada sensibilidad; por otro, inalterable mansedumbre y clemencia inaudita. De una parte, carácter inflexible, ánimo rayano en audacia, libertad de expresión que desafía á los más terribles adversarios; y de otra, perfecta modestia, paciente sufrimiento de las más graves injurias, profunda humildad, desconfianza con que deplora su miseria y tiembla por su propia salvación. Desde un punto, se le ve hombre verdad, sincero, ajeno á la simulación y al artificio; desde otro, tan sagaz que jamás alguien mejor que él conoció el arte de agradar y de insinuarse; ni en más alto grado po-

seyó el sentimiento de las conveniencias, que le hacía equiparar su autoridad y su conducta á las personas, tiempos y circunstancias» (1). Este es San Pablo, cual á sí mismo en sus cartas se retrata.

Considerad ahora esa bella y rica naturaleza tan animada y penetrada por la comunicación de Cristo, que exclama sin poderse contener: «*Ya no soy yo quien vivo, es Jesucristo viviendo en mí.*» En una de sus homilías compara San Juan Crisóstomo el corazón de Pablo con el de Jesucristo (2). Como el Corazón de Jesús, el de Pablo es todo amor; y ese amor se traduce con apasionado entusiasmo, dirigiéndose á Dios y á su divino Hijo, y también á los hombres, en las más exquisitas formas y delicados refinamientos de ternura, compasión, devoción y sacrificio.

¡Hermoso y admirable modelo! Pronto se conocerá en el púlpito, por la elevación de ideas, fuerza de sentimientos y originalidad de lenguaje, al orador que le haya estudiado larga y concienzudamente.

He insistido con alguna prolijidad en esta recomendación de la Sagrada Escritura, porque abrigo la convicción de que es la fuente más rica y más fecunda de la elocuencia sagrada. «Si te

(1) Guillermón, *Clef des Epîtres de saint Paul*. (Introd. § 3).

(2) Homilía sobre la Epístola á los Romanos.

faltan libros, escribía el venerable Emery á un predicador, jamás te falte la Biblia. Léela de punta á cabo con atención; quizá no lo has hecho nunca. Lo propio, queridos míos, y aún más os digo yo: ante y sobre todos los libros, leed y releed la Biblia, no solamente para instruiros en las verdades santas que contiene, sino también para haceros al verdadero lenguaje que debe expresarlas y entrañar en vosotros las fuerzas vitales que caracterizan al orador cristiano.

CAPÍTULO V

MÓDELOS DE ELOCUENCIA SAGRADA

SANTOS PADRES Y PREDICADORES

Comunicándose el celestial Predicador á sus Apóstoles, prometiéndoles acompañarlos hasta la consumación de los siglos; y ha cumplido su promesa. Los Apóstoles murieron y desaparecieron como su Maestro, mas penetrados de su poder comunicativo, dijeron á otros apóstoles: *Euntes docete*, y se ha perpetuado en el mundo la predicación de Cristo contra todas las tentativas del error y violencias de las pasiones.

Notad que la inspiración continua y el poder de los milagros que aseguraron el éxito de la predicación apostólica, no son ya dones habituales de los que anuncian la palabra de Dios. La Providencia pasando de lo extraordinario á las vías ordinarias, exige que la naturaleza, con todos sus recursos, sirva de auxiliar á la gracia. No desdeña, pues, ya, como el Apóstol San Pablo,

faltan libros, escribía el venerable Emery á un predicador, jamás te falte la Biblia. Léela de punta á cabo con atención; quizá no lo has hecho nunca. Lo propio, queridos míos, y aún más os digo yo: ante y sobre todos los libros, leed y releed la Biblia, no solamente para instruiros en las verdades santas que contiene, sino también para haceros al verdadero lenguaje que debe expresarlas y entrañar en vosotros las fuerzas vitales que caracterizan al orador cristiano.

CAPÍTULO V

MODELOS DE ELOCUENCIA SAGRADA

SANTOS PADRES Y PREDICADORES

Comunicándose el celestial Predicador á sus Apóstoles, prometiéndoles acompañarlos hasta la consumación de los siglos; y ha cumplido su promesa. Los Apóstoles murieron y desaparecieron como su Maestro, mas penetrados de su poder comunicativo, dijeron á otros apóstoles: *Euntes docete*, y se ha perpetuado en el mundo la predicación de Cristo contra todas las tentativas del error y violencias de las pasiones.

Notad que la inspiración continua y el poder de los milagros que aseguraron el éxito de la predicación apostólica, no son ya dones habituales de los que anuncian la palabra de Dios. La Providencia pasando de lo extraordinario á las vías ordinarias, exige que la naturaleza, con todos sus recursos, sirva de auxiliar á la gracia. No desdeña, pues, ya, como el Apóstol San Pablo,

los artificios y el ingenio de que se vale la ciencia humana para persuadir: tórnase elocuente para conquistar las almas. Desde este punto de vista hemos de estudiar los Santos Padres y los predicadores famosos que pueden ser nuestros modelos. Rollín en su *Traité des Études*, aconseja á los predicadores inviertan unos años de retiro en la lectura integral de los Santos Padres. Las exigencias contemporáneas del ministerio y la condición creada á los obreros evangélicos no permiten ya seguir ese consejo; pero, al menos, podéis elegir en la Patrología oratoria cierto número de modelos que os enseñen el arte de agrandar, convencer y persuadir para mejor tocar y convertir las almas, y trabajar así en los intereses de la gloria de Dios.

Algunas indicaciones os ayudarán en la elección (1).

Entre los Griegos se distingue *San Atanasio* por sus obras polémicas, como son: *Apologías*, *Cartas*, *Tratado contra los Arrianos*, *Defensa de la Trinidad y de la Encarnación*. Bossuet llama á sus apologías «monumentos de elocuencia y de saber;» y un antiguo monje decía: «Cuando algo halléis de Atanasio, si no tenéis pergamino, escribid en vuestros hábitos.»

(1) Las tomamos de NATAL ALEJANDRO, y de los PP. MESTRE y LONGHATE.

A *San Gregorio Nacianceno* le denominan el Isócrates de los Padres griegos. El estilo de sus *Sermones* y *Cartas* es noble, elegante, armonioso, siempre agradable. Sus poesías, obras de la vejez, están llenas de animación y gracia, y revelan una alma tierna y contemplativa.

San Basilio, monje austero y gran obispo, fué sin rival en el arte de bien decir. Focio era de parecer que «para ser todo un orador, no hacía falta Platón ni Demóstenes, tomando á San Basilio por modelo.» El estilo de todos sus escritos es elevado y majestuoso, luminoso su razonamiento, y su erudición tan profunda como variada. Leed su *Hexámeron*, sus *Homilias*, sus *Tratados de Moral* y sus *Cartas*.

Su hermano, *San Gregorio Niseno*, elévase á la categoría de los más grandes maestros del púlpito cristiano, en sus *Oraciones fúnebres* y *Panegíricos*, cuyo estilo campea por su pureza, vigor y magnificencia.

También os recomiendo los *Discursos* y *Exhortaciones* de San Efrén, las *Apologías* de San Cirilo de Alejandría contra Nestorio, los *Sermones sobre la Providencia* de Teodoreto, el *Tratado de la vida monástica* y el libro sobre la *Oración* de San Nilo, discípulo y amigo de San Crisóstomo.

San Juan Crisóstomo, he aquí el príncipe de la elocuencia griega. Fué discípulo de Libanio, y figuró como jurista en el tribunal de Antioquía, pero, renunciando á las vanidades del siglo, pasados dos años entre los anacoretas, en los rigores de una vida penitente y el estudio de las cosas santas, abrazó el sacerdocio y de su obispo Flaviano recibió la misión de anunciar al pueblo antioqueno la palabra de Dios. Exaltado por el emperador Arcadio á la silla de Constantinopla, dió pleno desahogo á su celo y á su genio oratorio.

Es entre todos notable por la abundancia y perenne fecundidad de su palabra y por la riqueza de su imaginación. De esta dice un sabio prelado que es «opulenta, espléndida, verdaderamente real.» Prodigia imágenes y alegorías, explota á fondo los símils, derrama con profusión la gracia y el colorido en sus discursos; su lenguaje es á menudo familiar, lo cual no le impide elevarse á altas consideraciones y grandes puntos de vista. No limita tiempo á las explicaciones que cree de necesidad en su enseñanza; y así, no hay que buscar en sus homilias método severo y rigurosa unidad.

Descuella en la exposición ó comentario de los hechos bíblicos. «En él se halla, según Bossuet, el verdadero modo de utilizar los ejemplos de la Escritura.»

Su pasión es tan viva y ardiente cuanto rica y poderosa su imaginación. Prorrumpe en admiración, entusiasmo, piadosos transportes, vehementemente y santa indignación, pero sabe unir al vigor la dulzura, la ternura á la severidad. Es sumamente patético.

Nadie mejor que él sabe ponerse en comunicación con su auditorio. No sólo le habla, también le escucha. Si le oye quejarse de que no comprende, allana su lenguaje y sacrifica su pompa oratoria. Conversa con sus oyentes como con hijos; es vivo, apremiante, victorioso en la interrogación y el diálogo. Si al vicio llama por su nombre y le revela con implacable atrevimiento, á su vez tempera la fuerza de sus recriminaciones con la sabiduría, mesura, gracia y mansedumbre. No teme increpar á los grandes por sus injusticias y crímenes, y murió víctima de odiosa persecución por parte de ellos.

De él tenemos, allende sus *Tratados dogmáticos* y *Comentarios* á diferentes partes de la Escritura, *Cartas* y multitud de *Discursos*, *Homilias* y *Panegíricos* de Santos. Los más estimables de sus tratados son los *del Sacerdocio*, *de la Providencia* y *de la Virginitad*. Entre sus homilias, nótanse los *Comentarios* al Evangelio de San Mateo, las *Homilias* al pueblo de Antioquía, y sobre la desgracia de Eutropio.

Fuera de desear que pudieseis leer en su lengua original las obras de esos grandes maestros. Pero si el griego os ofrece excesiva dificultad, acudid á los Latinos: y también en estos hallaréis abundante colección de modelos.

Viene en primer término el llamado por Bossuet grave, ilustre, incomparable *Tertuliano*. Eminente como abogado y como profesor de retórica, renunció al tráfigo del siglo, consagrando su privilegiado talento á la defensa de la Religión cristiana. Vigor varonil caracteriza su elocuencia, fuerte en racionios y en movimientos patéticos. Perdónase la rudeza de su estilo, erizado de locuciones africanas, en gracia de lo esbelto y atrevido de sus ideas é irresistible poder de su lógica. Si no place á los delicados amadores de la forma, es encanto de espíritus elevados y almas fuertes. Debe leerse su *Apológico*, su libro de las *Prescripciones*, sus tratados de la *Penitencia*, la *Oración*, la *Paciencia*, el *Ornato de las mujeres*, el *Ayuno*, los *Espéctáculos*, la *Consagración de las vírgenes*, la *Resurrección de la carne*.

Su conterráneo *San Cipriano*, tiene numerosos tratados é instrucciones dignos de estudio, sobre la *Oración dominical*, las *Ventajas de la paciencia*, la *Mortalidad*, las *Buenas Obras*, la

Limosna, etc.—Su decir es correcto, nervioso y conmovedor. «Parécese, en frase de Lactancio, á un arroyo cristalino de manso y apacible curso, más acrecido por el temporal, hácese torrente que todo lo arrolla.»

El mismo *Lactancio*, en sus *Instituciones divinas*, es modelo de claridad, de elegancia y de nobleza; es el Cicerón cristiano.

San Hilario, á quien San Jerónimo llama *Ródano de la elocuencia latina*, es notable por el rigor de su dialéctica. Su obra clásica son los *Doce Libros sobre la Trinidad*; y al par van sus *Comentarios sobre San Mateo* y sobre parte de los *Salmos*. En sus escritos al emperador Constancio, raya en duro por lo vehemente; pero téngase en cuenta que Constancio era protector oficial y omnipotente de los herejes que asolaban la grey de Jesucristo.

San Jerónimo, criado en el amor y cultivo de las bellas letras, profundamente versado en el conocimiento del hebreo y de las Santas Escrituras, instruido mediante sus viajes y piadosas peregrinaciones, se acreditó con el inmenso trabajo de exégesis emprendido para reducir al silencio á judíos y herejes. Todo entero se pone de relieve en sus *Tratados de controversia* y sus *Diálogos contra Pelagio*, y sobre todo en sus *Cartas*, donde su imaginación poderosa y exaltada y su alma

ardiente se difunden en ríos de elocuencia. Es de seguro el escritor más original del siglo IV.

San Ambrosio, gran Obispo que, como los Basilio y Hilario, hizo temblar á los emperadores, fué amante y solícito padre de su pueblo al cual asiduamente alimentaba con la palabra de Dios. De él hay un *Hexámeron* ó explicación parafrástica de la obra de los seis días, un *Tratado sobre los deberes de los ministros sagrados*, dos *Tratados de las vírgenes y de la virginidad*, que rebotan gracia, unción y pulcritud, *Oraciones fúnebres*, do se sienten vibrar todas las emociones dolorosas y todo el amor de su gran corazón. Pero su mejor obra es la conversión del ilustre Agustín, en cuya alma tomó creces é imperio el deseo de ser cristiano, merced á su evangélica palabra.

San Agustín es, entre los Padres, el primer maestro de la elocuencia latina, como San Crisóstomo lo es de la elocuencia griega. Es un hombre prodigioso, su talento universal dominó todos los ramos del saber humano: Teología, Filosofía, Mística, Historia, Humanidades, Arte oratoria, Numeración y Música. Bossuet le denomina «el *non plus ultra* de los talentos, donde se halla el último grado de inteligencia de que es el hombre capaz.» La opulencia de sus ideas tiene á su servicio un

estilo rápido, fuerte, variado, cual fulminante y aguda espada en manos de un genio guerrero.

Es amplio y grandioso en el desarrollo de su concepto, y sabe reducirlo, en caso necesario, al nivel de las humildes inteligencias de su pueblo de marinos. No tiene su imaginación el lujo y pompa de la fantasía griega; no se difunde en ricos cuadros y largas descripciones, pero siempre viva y fecunda, encarna la idea, dándole relieve y elegancia. Sus rasgos son brillantes é incisivos, la ternura y delicada sensibilidad de su corazón á veces le arranca lágrimas y las hace brotar de sus oyentes. Célebres son esas lágrimas, y no lo son menos los sublimes apóstrofes que provocaban frenéticas aclamaciones de todo un pueblo. Nada hay más noble, más bello, más interesante que este pasaje suyo: «Podrás ¡oh perseguidor! enseñarte conmigo hasta echarme de mi patria; mas para dañarme, fuérate preciso desterrarme á donde no halle á mi Dios.—Me matarás, por ventura.—Pues derriba esta morada de carne, y volaré y huiré de ti, volviendo tranquilo al centro de mi fe, para no temerte más» (1).

Como el Crisóstomo, si es que no le supera, vive San Agustín con su auditorio. Interrogando, dialogando, apostrofando, exclamando, le cerca,

(1) Serm., XXXVI, 10.—Conf., in Psalm., XXV, II, 4.

le fascina, le domina, le penetra, le hace pensar, sentir y querer con él y como él.

En sus dos libros sobre la *Doctrina cristiana* y *Catequesis de los ignorantes*, nos da las reglas de predicación: poseer la Escritura, penetrar su sentido, exponerla con todos los recursos de la elocuencia y de la ciencia humana, agradar para convencer y persuadir, allanarse para hacerse comprender, ponerse al alcance de sus oyentes, transformarse según los diferentes auditorios, insinuarse en las almas, trabajar en ellas y para ellas. Nadie supo mejor que él poner estas reglas en práctica.

Leyendo sus obras, advertiréis dominio magistral de la Sagrada Escritura: la explica, la medita, la profundiza, la comenta, deduciendo una exposición popular de los más altos dogmas y una moral transcendental que no sólo muestra al alma la recta vía del deber, sino que la conduce é impulsa á sobrenatural perfección. Le han acusado de abusar de antítesis, agudezas y retruécanos, paralelos y alegorías poco naturales y falta de gusto; pero estos eran defectos de su tiempo, que fácilmente se olvidan, hallando en cada página de sus escritos torrentes de luz, colorido y ardor, frutos de su encumbrada razón, imaginación brillante, profunda y exquisita sensibilidad.

Entré sus muchas obras, leed, amén de sus bellísimas *Confesiones* y *Ciudad de Dios*, sus *Sermones*, *Pláticas sobre los Salmos*, *Tratado sobre San Juan*, *Enquiridión de la Fe*, *de la Esperanza* y *de la Caridad*, sus libros sobre la *Continencia*, la *Santa Virginidad*, *Tesoro de la Viudez*, la *Paciencia*, la *Lucha cristiana* y la *Utilidad del Ayuno*.

Después de ese gran maestro, también os encarezco las *Homilias* de *San León* y de *San Gregorio Magno*, el doloroso tratado de *Salviano* del *Gobierno de Dios*, los piadosos *Sermones* de *San Pedro Crisólogo*, pero más que nada las obras de *San Bernardo*, sentido intérprete de la Escritura, amante apasionado del dulce Jesús, suavísimo panegirista de la Santísima Virgen, maestro de la vida perfecta, que con la majestad de su genio domina al siglo XII y cierra el catálogo de los Padres de la Iglesia.

Como véis he hecho una selección en la vasta galería de la elocución sagrada. Si os resulta imposible estudiar todos los que os he indicado, ceñíos con preferencia á reducido número de Padres que mutuamente se complementen y concurren, por la diversidad misma de sus géneros, á formar un todo armonioso. «Podríanse reunir, dice un antiguo profesor de elocución, Tertuliano y San

Gregorio Magno, uno por lo conciso, y otro para amplificar; San Agustín y San Crisóstomo, este por la facundia, y aquel por la doctrina; San Jerónimo y San Bernardo, el primero por el nervio y energía, y el segundo por la unción; lo importante es elegir con relación al carácter y necesidades propias de cada cual. En principio, esa elección debe llenar los vacíos personales y suplir vuestras deficiencias. Quien tienda excesivamente á laconismo y aridez, debiera preferir San Juan Crisóstomo á Tertuliano, San Gregorio papa á San Jerónimo: mientras que la difusión se remediará con la lectura habitual de ambos últimos autores* (1).

Si optáis por limitaros á los dos principales maestros, el Crisóstomo y San Agustín, tendréis igualmente vasto campo de imitación. Al contacto de su calurosa y opulenta elocuencia, descubriréis en vosotros mismos recursos ignorados, y á la vez que los conocéis os animaréis á su empleo. Poco á poco se desvanecerán los hábitos y rutinas literarias de la predicación tradicional, dejando lugar á la comunicación sencilla y afectuosa, á la palabra natural y viva.... En su escuela, aprenderéis á modelar vuestro estilo y hacerle personal y vivo, retirando formulismos inflexibles y hela-

(1) RIBET, *La palabra santa*, VII.

dos para ver de haceros al habla animada, fluida, familiar ó sublime según el asunto y circunstancias. Imposible será que, manejando tales modelos, no concibáis idea, deseo, alientos para *predicar* menos y hablar más. ¡Qué gusto para el oyente!, mejor dicho ¡qué ventaja! pues una comunicación evoca á otra: vibrando el verdadero acento del alma, jamás las almas rehusan su eco. Ved lo que seguramente alcanzan los predicadores que no predicán: tal fué el mejor triunfo de Crisóstomo y Agustinos.

No sólo servirá la familiaridad de esos grandes maestros para libraros de las trabas de convencional rutina, y os enseñará á dar libre expansión á vuestra palabra: mas todas vuestras facultades, inteligencia, razón, imaginación, sensibilidad, se verán fuerte y saludablemente excitadas por su elocuencia. Os iniciarán en el magnífico arte de explotar, para mayor bien de las almas, la inagotable mina de las Sagradas Escrituras, desenvolver y colorear vuestros conceptos, darles vida y movimiento, é interesar en vuestra enseñanza á los que sintiesen por vuestra palabra deleitado su entendimiento y movido su corazón.

Estudiados, en los antiguos, los secretos y reglas de la elocuencia sagrada, procede toméis lecciones de los que han de enseñaros á poner

vuestro idioma al servicio de la santa doctrina. Cada lengua viva tiene sus oradores sagrados: España ofrece bajo ese aspecto hermoso golpe de vista. Sus glorias apostólicas, en todos órdenes, dejan de ser españolas, para serlo de la humanidad cristiana. ¿Quién no recuerda con acatamiento, quién no cae de hinojos al pronunciar los nombres para siempre benditos del Padre de Predicadores y providencial restaurador del apostolado católico, Domingo de Guzmán, llamado por la Iglesia segundo Precursor y gran economo de las almas, del Ángel apocalíptico Vicente Ferrer, asombro de Europa, de San Francisco Javier y San Luís Beltrán, evangelizadores respectivamente de ambas Indias Oriental y Occidental? «Si Roma es la cabeza del mundo católico, España es el corazón» ha dicho un ilustre jesuita; y aunque parezca hipérbole, resplandece toda la verdad de esta frase á la luz de la historia. España redujo al culto del verdadero Dios más almas que ningún otro pueblo de la tierra.

Pero de esos colosos del apostolado sólo quedan perennes frutos é indeleble recuerdo, y por ventura, tal ó cual destello oratorio, eco lejano de su potente palabra. En el siglo XVI principalmente habéis de buscar los modelos de elocuencia española. La grandiosidad, riqueza y esbeltez de esta lengua hácela incomparable para

anunciar las verdades eternas y los divinos misterios. Mucho podréis aprender en aquellos grandes maestros, sobre todo en los ascéticos y místicos, que deben ser perenne fuente de inspiración para los predicadores españoles. En ellos hallaréis riqueza y claridad de doctrina, razones sólidas vigorosamente amplificadas, rasgos elocuentísimos propios de la imaginación meridional y más todavía de la pasión sublime del amor de Dios, unción suavísima que adormece los malos instintos de la humana naturaleza y despierta los nobles: todo expresado en lenguaje sonoro y armonioso, henchido de majestad, aptísimo para expresar ideas divinas y á la vez el más popular y castizo, auxiliar sin segundo para quien quiera hablar y escribir con perfección el castellano clásico. Estos autores ascéticos y místicos (aparte ciertos varones apostólicos y extraordinarios que nada escribieron) fueron por punto general los mejores predicadores de nuestro siglo de oro.

El amor patrio no debe, sin embargo, alucinaros hasta hacernos ver en ellos el *summum* de la perfección oratoria. Por regla general el fondo, el espíritu y la doctrina son excelentes y el lenguaje clásico de verdad; mas de alguno de ellos podría decirse lo que del Beato Juan de Avila escribía el V. Granada: «Quien quisiere ver elocuencia, en sus trabajos la encontrará; pero no

salida de los preceptos de retórica, aunque muy conforme á ellos, sino de la caridad; pues propiedad es de los afectos y pasiones, cuando son vehementes, hacer elocuentes á los hombres.» Por otra parte son raros y poco conocidos los que escribieron sermones, y si tal hicieron, no se ajustaron en todo á las reglas de los retóricos griegos y romanos que hoy sirven de norma á la composición de todo discurso. Pocas piezas oratorias se hallarán conformes en absoluto con los minuciosos preceptos acerca de todas y cada una de las cinco, seis ó más partes de la oración. En esto no podemos imitar hoy á nuestros, por otra parte, admirables modelos. Las reglas clásicas están fundadas en la razón, y además no nos es lícito sustraernos á las racionales exigencias del día, so pena de incurrir en el desprecio inutilizando nuestra misión. Apliquemos amplia y discretamente las reglas, fundiendo en el moderno troquel el oro acendrado de nuestros ascéticos y místicos, de suerte que la forma sea del gusto de toda clase de gentes y la materia y la vida rebosen espíritu cristiano.

Con estas salvedades, demos una breve ojeada á nuestros principales oradores y escritores sagrados desde el siglo XVI hasta el presente. Para economizar tiempo y asegurar mejor vuestra formación oratoria, os aconsejo fijéis con es-

pecialidad vuestra atención y afición en uno que recogió el saber de todos, y como elocuente se destaca

ut lenta solent inter viburna cupressi.

Tal es el V. Granada, 1504-1588. Hijo de la ciudad y convento de su nombre, colegial del insigne de San Gregorio de Valladolid, dominó todo el campo de las ciencias, no menos profanas que eclesiásticas, lo mismo que de las Bellas Letras, poniéndolo todo á contribución de la palabra de Dios. Allende su vasto saber, no tuvo superior en la ternura de corazón y delicadeza de alma, como puede ponderarse por aquel sermón de Pasión, en que llegando á un pasaje, lágrimas y sollozos sustituyeron á las palabras y dieron proporcionado remate al discurso.

Oigamos á Capmany: «Como el autor escribió sus obras para el provecho espiritual de todas las clases y condiciones de personas: dispuso, así el estilo como la materia, de modo que siendo uno, se acomodase á la capacidad y luces de todos. Por esto siempre en sus escritos resplandecen sobre todas las otras virtudes de la elocución la claridad, sencillez y propiedad. Así que entre tanto y tan variados tratados, no se halla una voz forastera, desusada, latinizada ni afectada:

con lo que probó que la lengua española tenía ya entonces bastante riqueza en sí misma, sin haber de mendigar las ajenas. Fué singular Fr. Luís, sobre todo en el escogimiento de los epítetos con que realza poderosamente las cosas, y en la pureza y propiedad de la dicción.... Tuvo también la habilidad de ser grande en la expresión sencilla, y de ocultar el arte, no habiendo casi período que carezca de arte.... Jamás autor alguno ascético ha hablado de Dios con tanta dignidad y alteza como Granada, quien parece descubre á sus lectores las entrañas de la Divinidad, y la secreta profundidad de sus designios, y el insondable piélago de sus perfecciones. El Altísimo anda en sus discursos como anda en el universo, dando á todas sus partes vida y movimiento. Cuando se coloca entre Dios y el hombre, esto es, cuando pinta nuestra fragilidad y miseria en contraposición de su omnipotencia y misericordia; cuando encarece su infinito amor y nuestra ingratitud y rebeldía, es grande, es sublime, es incomparable. ¿Quién ha hablado con más energía que él de las vanidades del siglo y de las amarguras del moribundo? ¿de la fealdad del pecado y de la hermosura de la virtud? ¿de la brevedad y miseria de esta vida mortal y de los deleites de la celestial bienaventuranza? Al paso que muestra la pompa de la lengua castellana, ¿cómo

esfuerza el tono de la verdad y de sus profundos sentimientos!»

Al formar vuestra biblioteca, en manera alguna prescindáis de la colección de sus obras; que no hay en ellas desperdicio, siquiera no sean todas de igual mérito. Manejadlas día y noche: nunca os parecerá que repetís, hallaréis siempre rico venero de nuevas y sorprendentes maravillas. Ocupa el primer lugar la *Guía de Pecadores* de la cual se dice que ha convertido tantas almas como letras tiene. Diffcilmente se hallará libro de doctrina más abundante, raciocinio más sólido, ni lenguaje más persuasivo, ni arte más disimulado. Sigue á ella, y con ella forma cuerpo el *Libro de la Oración y Meditación*, donde hallaréis la exposición más interesante y patética de los augustos misterios de la Redención humana. Para la predicación apologética, es excelente su *Introducción al Símbolo de la Fe*; y para la catequística, su *Doctrina Cristiana* ofrece raro ejemplo de método, claridad y seguridad de criterio. En el *Memorial de la Vida Cristiana* «pretendo, dice el V. Autor, formar un perfecto cristiano, llevándolo por todos los pasos y ejercicios de esta vida, desde el principio de su conversión hasta el fin de la perfección.» Sus demás tratados, como del *Amor de Dios, Ayuno y Limosna* condensan magistralmente cuanto se refiere á cada asunto.

Dedicaos á sus *Obras* más que á sus Sermones, los cuales, siendo y todo un arsenal de útiles conocimientos y variadas materias, tienen el inconveniente de haberse escrito en otra lengua, que á pesar de sus excelencias, no es la clásica del Cicerón español.

En gracia de la ingenuidad, no he de ocultar dos reparos. Sea el primero, que debido á su facilidad de amplificación, Granada raya á veces en difuso; y el segundo, que suele repetirse al tocar, siquiera incidentalmente, una materia en varios puntos ó libros, lo cual no extrañará quien considere que el Autor no escribió sus obras formando cuerpo, ni en ellas se propuso un fin literario, sino sólo la edificación del pueblo, y sabido es cuanto vale al efecto inculcar y volver sobre lo dicho, *opportune importune*; en frase del Apóstol. «A pesar de estas imperfecciones (si tal nombre merecen), como dice atinadamente el citado crítico, fué el V. Fr. Luis colocado á la cabeza de los españoles elocuentes del siglo XVI, y como tal debe también venerarlo el presente.

Traslademos aquí las palabras del obispo de Salamanca y de Madrid, Sr. Martínez Izquierdo, de santa memoria: «Bien se puede aconsejar que, pues de todo lo que hacemos nos queda algún hábito, será muy provechoso que el que se disponga á escribir una composición oratoria lea

antes por algún tiempo aquella del P. Granada que encuentre más análoga, y esta práctica repetida llegará á darle unas formas y un estilo que le han de hacer muy aceptable. Además de ello, quien necesite hablar con sublimidad, apréndala del hijo y fiel discípulo de San Agustín, el Maestro Fr. Luis de León, cuya mente no sabía pensar sino con elevación, y en quien es fácil poseerse de ese sentimentalismo puro y generoso que producen, cuando se juntan en el alma, el dolor y el amor verdadero. Santa Teresa nos ofrecerá un ejemplar sin segundo de lenguaje familiar, culto, expresivo y gracioso, que sin perder su sencillez y naturalidad toca las ideas más altas y declara verdades las más recónditas. Si queremos adquirir abundancia de términos y aprender á multiplicar los conceptos sobre una materia, son maestros especiales los PP. Márquez y Nieremberg (1). Fr. Juan Márquez, agustino, predicador de Felipe III y celeberrimo orador de su época, dejó escrito *El Gobernador cristiano* y otras obras del más puro lenguaje; y al P. Nieremberg diéronle universal renombre su *Aprecio y Estima de la divina Gracia* y su *Deferencia entre lo temporal y lo eterno*.

(1) Instrucción á los sacerdotes que ejercen el ministerio de la predicación.

Del Beato Juan de Avila dice Granada: «Bastará decir que los que entienden en qué consiste la suma de la verdadera elocuencia, no la echará menos en las escrituras de este Padre..... mayormente en sus *Cartas*. En las cuales, unas veces consuela á los tristes, otras esfuerza á los pusilánimes, otras exhorta á padecer por Dios trabajos, otras mueve los ánimos al menosprecio del mundo, al dolor de los pecados, á poner toda su confianza en Dios, y otras á otros afectos y virtudes semejantes. Lo cual hace con tanta fuerza de razones y consideraciones y testimonios y ejemplos de la Santa Escritura, que deja al hombre consolado y esforzado y persuadido» (1).

Del franciscano *Diego de Estella* leed los clásicos tratados sobre la *Vanidad del Mundo* y *Meditaciones sobre el amor de Dios*, así como la *Conquista del reino de Dios* de su hermano de hábito Fr. Juan de los Angeles.

Muy dignas son asimismo de recomendación las *Meditaciones* del P. Lapuente, «compendio sin igual de doctrina sana, que con ligero trabajo se aprovecha para el púlpito» (2).

Merece lugar de honor entre los oradores españoles el dominico aragonés, V. Lanuza, obispo de Barbastro y de Albarracín (1553-1625).

(1) *Vida del V. Maestro Juan de Avila*. § V.

(2) Sr. Martínez Izquierdo, *Instrucción* citada.

Sus composiciones oratorias, en especial sus *Homilias*, vertidas al latín y á otras lenguas, le conquistaron general renombre, dando origen al dicho vulgar: *Nescit prædicare qui nescit lanuzare*.

Su paisano Fr. Diego de Murillo, gloria de los Menores, compite con Lanuza en su bello lenguaje, y le supera en la multitud y variedad de sus obras predicables, con manifiesta injusticia relegadas al olvido entre nosotros y utilizadas con aplauso por los extranjeros, que de ellas hicieron muchas versiones. Tiene *Exposición de los Evangelios de Adviento y Cuaresma* (estos por partida doble), varias *Oraciones fúnebres*, *Panegíricos*, *Sermones* sobre diferentes asuntos, y obras ascéticas muy estimables (1555-1616).

Tras los esplendores de aquel siglo, y mientras en las obras de Granada se formaban los célebres predicadores franceses del siglo XVII, vino para los españoles en mal hora la decadencia de los estudios escolásticos por una parte, y por otra el mal gusto que por más de una centuria amagó dar al traste con la lengua castellana. Cual perlas en lodazal, andaban los textos de la Sagrada Escritura en retruécanos, torpes juegos de palabras y zurcidos de insulsas agudezas. Como exposiciones, dábanse las más raras é inverosímiles. El ritmo y la cadencia iban á la par,

formando un estilo especial, llamado gerundiano, cuyo epíteto viene á recordarnos cierto libro célebre nacido al calor de aquellas circunstancias. Quiso su autor poner coto á tanto abuso empleando la sátira, como Cervantes la había usado, para echar por tierra las leyendas de la andante caballería. Sin parar mientes en lo escabroso del asunto, no con el sin igual pincel de Cervantes, tan inspirado como inofensivo siempre, sino con brocha gorda, y con más descaro que ingenio y buen gusto, trazó la grotesca figura del Gerundio, no teniendo en cuenta que salía pintado el mismo pintor. Quien escribía el Gerundio era también autor de sermones gerundianos. No ponemos en duda la buena intención del escritor, y aun le alabaríamos, si el fin santificara los medios y procedimientos. Pero estos fueron en tan alto grado imprudentes, que, más que otra cosa, resultó el libro denigrante caricatura de las Ordenes mendicantes. Los buenos y juiciosos consejos que en él hay quedan ahogados en el turbio oleaje de los mil chistes de mal género, impropios del carácter del autor y mal sonantes á los oídos cristianos, por ofensivos (al menos de rechazo) á muy respetables y sagradas Instituciones. La Iglesia reprobó esta obra, que hasta el día se ve incluida en el Índice romano de libros prohibidos.

Sin citar nombres, que formarían largo catálogo, baste deciros que no busquéis modelos entre las medianías de esa época, que abarca desde mediados del siglo XVII hasta igual tiempo del XVIII, sobre todo en panegíricos y homilías. Sin embargo, mucho bueno hallaréis en algunos sermonarios henchidos de excelente doctrina, como los de Barcia que á pesar de su mal gusto, propio de la época, han sido verdadero arsenal muy aprovechado por los predicadores hasta principios de este siglo. También merece particular mención el P. Calatayud, S. J., que además de haber sido gran misionero, dejó escritos ejercicios, sermones de misión, pláticas y catecismos.

Quiso remediarse la penuria que en España ya se sentía, con traducciones de oradores franceses, en general detestablemente hechas, que por lo mismo no puedo recomendar á quien trata de formarse estilo, añadiendo el poco gusto que ofrecerían á nuestros modernos auditorios los exordios largos, las proposiciones tres ó cuatro veces repetidas en la exposición del asunto, las divisiones nimias, amplificaciones exageradas y sobrada extensión de los discursos. Con estas salvedades, y concretándonos á la materia y al fondo, si algo se quisiere utilizar, merecen preferencia, en cuanto cabe, Massillón, Bossuet y Bourdaloue. Aquel es de los franceses el que más se

acerca á la grandiosidad, riqueza y dignidad de Cicerón. Bossuet se distingue por su brillantez y originalidad en la interpretación de los sagrados textos y naturalidad con que los incorpora á su palabra, asimilándose el genio y locuciones de la lengua santa. Es trasunto de los Padres que más han influido en su formación oratoria: representa la viril firmeza y sublimes acentos de Tertuliano y la abundancia y majestad sencilla y noblemente familiar de San Agustín. Siendo admirable cantor de los sagrados misterios de la religión y de la gracia, es también profundo observador de la naturaleza, de los defectos de inteligencia y de carácter, lo mismo que de las pasiones humanas, ya describa sus generales notas, consecuencias y escándalos, ya se ocupe de cada pasión en particular. Domina al hombre, porque habla como hombre completo.

Bourdaloue es maestro por otro estilo. No tiene la elevación, entusiasmo y poesía de Bossuet, pero le supera en el método y progresiva fuerza del raciocinio. Es lógico inflexible, acabado teólogo, moralista consumado. En elocuencia religiosa, nada conozco más inimitable que sus primeras partes sobre la *Concepción*, *Pasión (Dei virtutem)*, *Resurrección*, etc. Sus oraciones sobre la *Ambición*, la *Providencia*, el *Juicio temerario*, la *Religión cristiana*, son también exce-

lentes. Revela vasta ciencia, elevada y poderosa razón, alma santa, corazón ardiente y apostólico: Es modelo de orador cristiano. Sus *Panegíricos* y *Oraciones fúnebres* valen mucho menos que sus *Sermones*.

Por fin, suscitó la Providencia uno de esos hombres que, al pasar por el mundo, dejan indelebles huellas. Reservábase al Bto. Diego José de Cádiz (1743-1801) renovar en España el espíritu apostólico, menos con sus escritos, si bien muy apreciables, que con su vida legendaria y con su historia. No hay resorte comparable á la voz del santo Capuchino, émulo de San Vicente Ferrer. «Desde entonces acá, palabra más elocuente y encendida no ha sonado en los ámbitos de España. Los sermones y pláticas tuyas que hoy leemos son letra muerta y no dan idea del maravilloso efecto, que no bajo las bóvedas de una iglesia, sino á la luz del medio día, en una plaza pública ó en un campo inmenso, ante treinta mil ó más expectadores, porque las ciudades se despoblaban y corrían en turbas á recibir de sus labios la divina palabra, producía con estilo vulgar, con frase desaseada; pero radiante de interna luz y calentada de interno fuego, aquel varón extraordinario, en quien todo predicaba, su voz de trueno, el extraño resplandor de sus ojos, su barba blanca como la nieve, su hábito, y su cuerpo amo-

jamado y seco. ¿Qué le importaba á tal hombre las retóricas del mundo, si nunca pensó en predicarse á sí mismo?» (1). Recordad aquí lo dicho con relación á los primitivos Apóstoles: imitad el espíritu, sólo admirad la ausencia de medios humanos, suplida por las gracias *gratis datas* que en nosotros fuera temerario esperar.

«Con el P. Cádiz compartió la gloria de misionero, y le excedió mucho como escritor, porque era hombre más culto y literato, el capuchino señor Miguel de Santander, obispo auxiliar de Zaragoza..... Quedan de él hasta once tomos de sermones entre dogmáticos, morales y panegíricos y ejercicios de sacerdotes, y pláticas para religiosas, con otros opúsculos de menos cuenta, que por mucho tiempo han sido arsenal de los predicadores españoles. El primer tomo de este inmenso repertorio está destinado á probar contra los incrédulos la divinidad de la religión de Jesucristo, asunto nuevo en la oratoria sagrada española, cuando el autor escribía y predicaba. Son materia de estos sermones (mucho más doctrinales que oratorios, y semejantes á los que hoy se llaman en Francia *conferencias*) la existencia de Dios, la necesidad de la religión revelada, la di-

(1) Menéndez Pelayo, *Los Heterodoxos Españoles*, Lib. VI, capítulo III.

vinidad de la religión católica, la autenticidad, verdad y divinidad de los Evangelios, la certidumbre de las profecías y de los milagros, la inmortalidad del alma, el pecado original y las causas y pretextos de la incredulidad. El tono es templado y de enseñanza, aunque no faltan felices movimientos oratorios» (1).

Aunque no fué orador, débese aquí citar al P. Alvarado (1756-1814) cuyas obras, y sobre todas *El Filósofo Rancio*, serán para mucho tiempo la última palabra tocante á la herejía liberal, en todas sus cambiantes. No es que os alabe sus donaires ni os recomiende su estilo. «Quizá esos mismos donaires que en lo estragado del gusto de entonces le adquirieron tanta fama y que hoy mismo se la conservan entre lectores de buen contentar y gusto poco difícil, le hayan perjudicado, en concepto de jueces más severos, para que con notoria injusticia no se le haya otorgado aún el puesto que como pensador, filósofo y controversista merece. No hay en la España de entonces quien le iguale, ni aún de lejos se le acerque, en condiciones para la especulación racional. Puede decirse que está solo y que llena un período de nuestra historia intelectual..... Educado en el claustro, no tiene ni uno solo de los resabios del

(1) El autor citado, *ibidem*.

siglo XVIII. Sus méritos y sus defectos son españoles á toda ley» (1).

Entrado el siglo XIX, va paulatinamente restaurándose nuestra oratoria sagrada; pero mucho falta para volver al punto de partida, que es nuestra edad de oro, en la cual aún hoy habéis de inspiraros. No obstante, pueden recomendarse para pláticas doctrinales, entre otros, *El Catecismo Explicado* de Mazo y las publicaciones del P. Planas, O. P., que tan general aceptación ha merecido, y tan señalados servicios ha prestado á los párrocos de toda España con su *Catequista Orador*.

Para exposición de las verdades externas, tenéis un foco de inspiración, y la quinta esencia de cuanto sobre ellas conocemos, en el librito del V. Claret *Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, acaso el mejor que sobre la materia se ha escrito en nuestros días y obra maestra del autor. Al mentar á este varón de Dios, rindámosle tributo de veneración, debido á su vida apostólica, á su irresistible palabra y á la bienhechora influencia de sus numerosos escritos de propaganda. Fué en nuestro tiempo algo así como el Beato Diego en el suyo. La divina Providencia, que jamás falla en sus disposiciones, le sacó por ocultos ca-

(1) El mismo autor, *ibidem*.

minos del noviciado de la Compañía de Jesús y del arzobispado de Cuba, para traerle al teatro de su misión. No hay llaga social que no haya sentido el contacto de su mano bendita. En él se ensañaron las furias infernales, y como el otro santo Pontífice, pudo exclamar: *Dilexi iudicium et justitiam, propterea in exilio morior*.

Después de la trágica y santa muerte del primer obispo de Madrid Sr. Martínez Izquierdo, fueron publicados en dos tomos los diferentes escritos que brotaron de su pluma, dignos de andar en manos del clero por la buena doctrina y espíritu que en ellos resplandece y por las reglas prácticas que hay en ellos para resolver no pocos puntos de actualidad.

Dos figuras de consideración nos salen aquí al encuentro, tan parecidas, que á ratos se identifican: el Cardenal Monescillo y el canónigo de Toledo, Manterola. Los *Sermones, Panegíricos y Pastorales* del primero son dignos de ponderación, por su lenguaje conciso y por lo apostólico de su fondo. Tipo del propagandista católico en este siglo, no esperó que á él acudiesen las almas; salió, como el Buen Pastor por montes y valles, á buscarlas al periódico, al folleto, á la cátedra y á la tribuna parlamentaria.

Manterola, sin esa majestad propia del ministerio pastoral, fué también gran propagandista

católico. Era humanista y teólogo; y conocedor del siglo en que vivía, supo hablarle su propio lenguaje. Siendo diácono, se le confió de oficio el ministerio de la divina palabra, cual si el púlpito cristiano se adelantase á vindicar para sí lo que á porfía le habían de disputar la cátedra y el parlamento. Entre sus composiciones oratorias merece notarse *El Satanismo combatido desde la cátedra del Espíritu Santo*, ó sea, conferencias sobre el espiritismo, y sus escritos en pro de la unidad católica, que tuvo en él y en Monescillo sus más denodados paladines.

Como orador genuinamente sagrado, no debe pasar desapercibido el Cardenal Sanz y Forés, que sucesivamente ocupó las sedes de Oviedo, Valladolid y Sevilla. Todo en él se correspondía: presencia venerable, voz llena, límpida y majestuosa, fluidez y naturalidad de expresión, manejo incomparable de las Sagradas Escrituras. Sus pastorales y obras predicables son como otra *Catena Aurea* donde en uno se funden su estilo y el de los Libros Santos.

Nada os diré de los modelos vivos; quizá podréis oírlos y conoceréis además sus obras, y fácil os será consultarlas, para poner vuestra palabra á la altura de las nuevas generaciones. Basten los apuntes susodichos, que vuestros profesores sabrán oportunamente completar.

De los modernos como de los antiguos, de los predicadores de vuestra lengua lo mismo que de los Santos Padres, tomad por maestros y modelos los mejores. Para sacar más fruto de sus lecciones, estudiad á fondo algunos de sus discursos, analizadlos, haceos cargo de la idea capital, distribución de las pruebas, serie de razonamientos, desarrollos y adornos oratorios, movimientos y efectos de elocución. Anotad lo que os parezca más bello, y también lo que halléis defectuoso. Si tenéis buena memoria, aprended ciertos pasajes cuya elocución más al vivo os impresionen, y utilizadlos para dar, llegado caso, á vuestra inteligencia y á vuestro corazón iniciativa y vida, como se emplean excitantes y espirituosos para estimular el organismo y despejar los sentidos. Pero repito: no copiéis á nadie, sed siempre vosotros.

Ultimo consejo, para terminar el capítulo. Jamás toméis nada de oradores heterodoxos, sea cual fuese su mérito literario. Os darán una doctrina desvirtuada ó adulterada, y os expondréis á tomarles algo que ceda en vuestra confusión. Lo he visto en una de nuestras capitales: un predicador de pretensiones aprendió y declamó ante su auditorio un sermón, por lo demás bastante original, de un pastor protestante. No tardó en

descubrirse el hurto con gran escándalo de los fieles y deshonra del púlpito. ¿A qué revestiros de esos despojos de filisteo, teniendo á mano verdaderas y magníficas preciosidades?

Leed, medita y no olvidéis estas palabras tan bellas como dignas de Tertuliano: «¿Qué siervo acude por víveres á los extraños, y lo que es peor, al enemigo de su señor? ¿Qué soldado acepta donativos y sueldo de reyes no aliados, y más aún hostiles á sus jefes, fuera de un desertor, tráfuga ó rebelde?— Nada podrá esperarse de quien se dedica á destruir; ninguno recibirá luz de quien allega tinieblas. Busquemos, pues, lo que necesitamos, en nuestra casa, cabe los nuestros y de nuestra hacienda (1).

(1) *Quis servus cibaria ab extraneis, ne dicam ab inimico domini sui sperat? Quis miles ab infederatis, ne dicam ab hostibus regibus donativum et stipendium capiat, nisi plane desertor et transfuga et rebellis?— Nemo inde instrui potest unde destruitur. Nemo ab eo illuminatur a quo contenebratur. Quaramus ergo in nostro et a nostris et de nostro.* (Lib. de Præscript. Heret., XII).

CAPÍTULO VI

LO QUE SE HA DE PREDICAR

Estudiando á los maestros y modelos de predicación, veréis pasar ante vosotros las elevadas y santas verdades de que han tratado, y podréis ya haceros cargo de las materias que deben ser objeto preferente de vuestra palabra.

Como ministros de Jesucristo y sucesores de los Apóstoles, los Santos Padres y los predicadores dignos de este nombre han obedecido la consigna del divino Maestro, que les encargó predicasen el Evangelio: «Predicad el Evangelio á toda criatura» (1), dijo el Salvador á sus enviados. «Id á enseñar á todas las naciones, instruyéndolas en la guarda de cuanto os he confiado» (2). «Se predicará mi Evangelio en todo el mundo» (3). De hecho se dispersaron los Apóstoles con el único

(1) «*Prædicatè Evangelium omni creaturæ.*» (Marc., XVI, 15).

(2) «*Euntes docete omnes gentes.... docentes eos servare quæcumque mandavi vobis.*» (Matth., XXVIII, 20).

(3) «*Prædicabitur hoc Evangelium regni in universo mundo.*» (Matth., XXIV, 14).

descubrirse el hurto con gran escándalo de los fieles y deshonra del púlpito. ¿A qué revestiros de esos despojos de filisteo, teniendo á mano verdaderas y magníficas preciosidades?

Leed, medita y no olvidéis estas palabras tan bellas como dignas de Tertuliano: «¿Qué siervo acude por víveres á los extraños, y lo que es peor, al enemigo de su señor? ¿Qué soldado acepta donativos y sueldo de reyes no aliados, y más aún hostiles á sus jefes, fuera de un desertor, tráfuga ó rebelde?— Nada podrá esperarse de quien se dedica á destruir; ninguno recibirá luz de quien allega tinieblas. Busquemos, pues, lo que necesitamos, en nuestra casa, cabe los nuestros y de nuestra hacienda (1).

(1) *Quis servus cibaria ab extraneis, ne dicam ab inimico domini sui sperat? Quis miles ab infederatis, ne dicam ab hostibus regibus donativum et stipendium capiat, nisi plane desertor et transfuga et rebellis?— Nemo inde instrui potest unde destruitur. Nemo ab eo illuminatur a quo contenebratur. Quaramus ergo in nostro et a nostris et de nostro.* (Lib. de Præscript. Heret., XII).

CAPÍTULO VI

LO QUE SE HA DE PREDICAR

Estudiando á los maestros y modelos de predicación, veréis pasar ante vosotros las elevadas y santas verdades de que han tratado, y podréis ya haceros cargo de las materias que deben ser objeto preferente de vuestra palabra.

Como ministros de Jesucristo y sucesores de los Apóstoles, los Santos Padres y los predicadores dignos de este nombre han obedecido la consigna del divino Maestro, que les encargó predicasen el Evangelio: «Predicad el Evangelio á toda criatura» (1), dijo el Salvador á sus enviados. «Id á enseñar á todas las naciones, instruyéndolas en la guarda de cuanto os he confiado» (2). «Se predicará mi Evangelio en todo el mundo» (3). De hecho se dispersaron los Apóstoles con el único

(1) «*Prædicatè Evangelium omni creaturæ.*» (Marc., XVI, 15).

(2) «*Euntes docete omnes gentes.... docentes eos servare quæcumque mandavi vobis.*» (Matth., XXVIII, 20).

(3) «*Prædicabitur hoc Evangelium regni in universo mundo.*» (Matth., XXIV, 14).

fin de anunciar la buena nueva en todas partes. San Pablo se gloria de «haberla predicado día y noche» (1), de haber «evangelizado á las gentes dándoles á conocer las innumerables riquezas de Cristo» (2). Y al abrir los labios de su discípulo Timoteo, es para que «haga oficio de evangelista» (3).

Ahora bien, el Evangelio se resume en sola una palabra, que es el nombre adorable de Jesucristo. Su origen divino cual Verbo de Dios, la misión recibida de su Padre, la que El mismo da á su Espíritu, las causas, divinos preámbulos y anonadamiento de su encarnación, su terrena existencia, vida, muerte, triunfo y obra redentora, su doctrina, ley, consejos é instituciones, su influencia y su acción en las almas y en las sociedades: tal es, por excelencia, la materia de la palabra santa, de la predicación sagrada. Conferencias, sermones, exposiciones, homilías, pláticas, exhortaciones, todo ha de ir lleno de Jesucristo, ha de conspirar á la elevación de las almas á Dios, á unir las con Dios por Jesucristo su divino Hijo. «Predicamos á Jesucristo, dice el

(1) «Nocte et die predicavimus in vobis Evangelium.» (Thess., II, 9).

(2) «In gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi.» (Ephes., III, 8).

(3) «Predica verbum, opus fac evangelista.» (II Tim., IV, 2).

Apóstol, y sólo tengo por misión hacer saber á las naciones que son todas llamadas á una misma herencia, que son miembros de un mismo cuerpo, que participan de la misma promesa de Dios, en Jesucristo, mediante el Evangelio de que he sido hecho ministro» (1).

Prediquemos á Jesucristo. A Jesucristo se predica disponiendo las almas para creer en El: tal es el objeto de la conferencia. Esta se dirige á los que no han recibido instrucción alguna religiosa, ó que aventados por el torbellino de los errores y contaminados por la corrupción del siglo, han perdido la fe de sus primeros años. A infieles de esta clase les habla sobre todo el lenguaje de la razón y de la ciencia. Demuestra las verdades naturales que sirven de base á toda convicción religiosa, trata de las relaciones entre la razón y la fe, prueba la posibilidad y el hecho de una revelación divina, hace valer todos los motivos de credibilidad, justifica el axioma de Santo Tomás: «Homo non crederet, nisi videret esse credendum: No creyera el hombre, de no verse obligado á creer,» sienta, en fin, lo que

(1) «Gentes esse coheredes, et concorporales, et participes promissionis ejus in Christo Jesu per Evangelium, cujus factus sum minister.» (Ephes., III, 6, 7).

Leibnitz tan acertadamente llamaba *fundamentos del cristianismo*.

De ahí sigue á demostrar la conformidad y armonía de la enseñanza revelada con las aspiraciones y necesidades de la naturaleza humana y con los datos sanos y seguros de la ciencia, combate los errores, disipa los perjuicios, resuelve las objeciones, es su blanco, en una palabra, arrancar de las conciencias aquella confesión del apóstol incrédulo, ganado por la verdad que toca y palpa: «¡Señor mío y Dios mío: *Dominus meus et Deus meus!*»

Divídese la conferencia en apologética y polémica. Para imponerse á los oyentes instruidos, letrados y severos, á quienes se dirige, ha de poner en juego todo un plan de demostraciones en que hagan principal oficio la razón y la ciencia. Su giro más libre, más desembarazado, y casi diría más profano, le permite arranques incompatibles con la piadosa gravedad del sermón. Debe tener suspensas en torno del púlpito á gentes mal prevenidas y con frecuencia hostiles á las verdades santas, pero aficionados al buen decir, á los rasgos y floreos y á todas las galas de una brillante y vigorosa elocuencia.

Nadie negará la gran utilidad y aún necesidad de las conferencias. La *Circular de la sagrada Congregación de Obispos y Regulares*

sobre predicación, por orden de Su Santidad expedida á los Ordinarios de Italia y á los Superiores de las Ordenes religiosas y de diversas Congregaciones, además de indicarnos las materias propias, sostener los derechos y recomendar las formas tradicionales del púlpito cristiano, afirma que las conferencias, «cuando se componen debidamente, y se ordenan á defender la religión de ataques de sus enemigos, son de vez en cuando muy útiles y necesarias, en medio de tantos errores difundidos contra la religión.» El comentador italiano de esta Circular pone de relieve en los siguientes términos la utilidad y necesidad de las conferencias: (1) «Sirven para sacar del error á los extraviados ofreciéndoles, previa su buena disposición, la luz necesaria para disipar las tinieblas de la incredulidad y hacer que la verdad de nuevo brille á sus ojos en su primer esplendor. Confunden á los que rehuyen escuchar y voluntariamente se obstinan justificando las terribles palabras del Señor: *Os llamé y rehusasteis oír..... Habéis menospreciado mis consejos y tenido en poco mis reprensiones; también yo me reiré de vosotros á la hora de vuestra muerte* (2).

«Vindican á la Iglesia de las injurias contra ella proferidas, y sobre todo de esa calumnia tan

(1) P. GALLERANI, S. J. *Guía manual del Predicador*.

(2) Prov., I, 24, 26.

socorrida por sus adversarios, de que, parapetada la Iglesia en el misterio de sus dogmas, esquiva la discusión y la luz; y así tantos otros cargos infundados é injuriosos como se le hacen á diario. Preservan á los creyentes del contagio de máximas irreligiosas esparcidas en libros, periódicos y conversaciones mundanas; les suministran antídoto contra el veneno y medio de sustraerse á tantas emboscadas. Fortifican á los débiles, que fácilmente pudieran decaer y acaso vacilar en la fe, si viesan á la incredulidad lanzar impunemente al Cielo sus blasfemias, sin hallar nunca quien les imponga silencio; y al contrario, siéntense en gran manera confirmados, viendo arrancado el disfraz, quebrantadas las fuerzas de los enemigos de Dios y de su fe, y deshechas, cual varas de vidrio, las armas que esgrimían, dejando al descubierto su ignorancia y contradicciones y su iniquidad, como un día hizo el divino Redentor con los fariseos. Estas razones determinaron á célebres conferenciantes á predicar y publicar sus obras.»

Pues dediquémonos á conferencias, me diréis. Vamos despacio, queridos míos. No son las conferencias para todos los auditorios, ni para todos los predicadores. La inmensa mayoría de los oyentes que rodean nuestros púlpitos no tanto necesitan consideraciones, demostraciones y refu-

taciones filosóficas y científicas como exposición clara, precisa y viva de las verdades de la fe y de la moral cristiana. Por otra parte, no basta para ser conferenciante querer dar conferencias. Para ello se necesita, dice un respetable profesor de elocuencia sagrada, «gran talento, ciencia eminente y excepcionales recursos oratorios» (1).

Advierte á propósito el Sr. Bonomelli, obispo de Cremona, en un docto prólogo: «Que no es de todos componer conferencias sólidas y verdaderamente útiles, sino de muy pocos oradores de reconocida instrucción; por eso, añade, nos dan lástima esos predicadores que, jóvenes de años y más aun de estudios, apenas han allegado por ahí algunas nociones de polémica religiosa, se ponen á tratar los asuntos más difíciles y emprenden demostraciones y defensas científicas, corriendo parejas la ignorancia con la presunción» (2). A tales vanidosos, da nuestro cardenal Bausa este severo consejo: «No entren en liza con los Filisteos los Sansones de corta cabellera» (3).

Ya lo oís: las conferencias son para auditorios especiales y han de darlas hombres jubilados.

(1) RIBET, *La Palabra santa*.

(2) Prólogo á la traducción italiana de las Conferencias del P. MONSABRÉ.

(3) Exhortación á su clero, 1892.

A los Ordinarios toca, dice la sobredicha circular, determinar tiempo, lugar, auditorio y oradores convenientes á este género de predicación.

No olvide el conferenciante que debe predicar á Jesucristo disponiendo las almas para creer en El. Ese noble fin se proponía el príncipe de las conferencias, nuestro insigne P. Lacordaire, cuya mágica y poderosa palabra fué tan ásperamente discutida por los mantenedores de las viejas costumbres del púlpito cristiano. Veamos como se explica en la introducción á sus Conferencias: «¿Qué se pretende, dicen, con ese lenguaje singular, mitad religioso, mitad filosófico, que afirma y debate, y parece solazarse en los confines del cielo y de la tierra? Aunque á menudo vaya más allá, su objeto único es preparar las almas á la fe, principio de la esperanza, de la caridad y de la salvación. Mermado ese principio por sesenta años de una literatura corrosiva, tiende á renacer, y sólo espera el conmovido acento de una palabra amiga, que más ruegue que mande, más considere que hostigue, más bien entreabra el horizonte que le rasgue, y por fin, que trate con la inteligencia y le depare luz, cual se procura la vida á un ser enfermo y tiernamente amado. Si este objeto no es práctico, ¿qué lo será en la tierra?» Aunque no se ordenase la conferencia sino á inquietar al alma del incrédulo

y hacerle dudar en su incredulidad, no perdería el orador tiempo ni trabajo.

Ni creáis que para eso se necesita siempre polémica. Quien anda en tinieblas, más quiere luz que golpes. «La polémica, dice el cardenal Bausa, no ha de prodigarse. Sólo es necesaria donde la fe es combatida, y ante auditorio capaz de entender lo que se dice» (1). Antes que él, notaba el buen San Francisco de Sales que «los incrédulos, cuando ven que se les quiere combatir de frente, se precaven; el amor propio, mal parado, tanto más se obstina cuanto más se le demuestra que no tiene razón.»

Para almas leales, una exposición franca, clara, razonada, bien ordenada, de la verdad católica puede ser más eficaz que todas las discusiones. Con la exposición más que con la controversia convirtió San Ambrosio al incrédulo Agustín. ¡Cuántos espíritus leales *blasfeman lo que ignoran*, y se maravillan de ver los misterios y dogmas que les repugnaban aparecerseles á la clara luz de la razón y del buen sentido! Más de una vez fuí testigo de tales asombros, y oí decirme, tras la exposición de los puntos más arduos y misteriosos del dogma católico: «Padre, tenía yo formada otra idea muy distinta de las enseñanzas

(1). Exhortación á su clero, 1892.

de la Iglesia. Todo me parecían absurdos, y ahora todo me parece razonable; y aunque no puedo comprenderlo todo, según V. acaba de advertir, siento que esas grandes verdades, lejos de deprimir la razón, la elevan y ennoblecen. — Este es, á mi ver, el mejor resultado que se puede esperar de las conferencias.

Pero repito que no nos apartemos de su verdadero fin. No nos estendamos en cuestiones sociales, políticas, económicas, científicas, artísticas, más profanas que religiosas, propias para lisonjear la curiosidad de ciertos auditorios, sin fruto alguno para la fe. No seamos de esos oradores á la moderna, á quienes nada importa dejar vacías las almas, á trueque de ver llenas las iglesias; conferenciantes de nuevo cuño, muy bien pintados por un sabio obispo de Italia, en un memorable manuscrito sobre el moderno método de predicación: «Ostentan erudición pasmosa, casi siempre fuera de propósito; vagan á tientas por los dilatados campos del saber; dan una mirada á los últimos descubrimientos, cuentan anécdotas y pintan con vivos colores tiernas escenas sentimentales. Adoptan temas arduos de derecho público internacional, citan, con magistral aplomo ante el tribunal de la razón, los grandes problemas sociales, y sin preocuparse de si están ó no

en lo firme, deciden categóricamente las cuestiones más importantes del día.... También á veces toman asuntos indefinidos, nuevos, peligrosos, enigmáticos, temas de carácter genérico, vago y elástico, tales como la *Mujer*, la *Patria*, etc., y los infelices hallan de frente horizontes tan vastos, puntos de vista tan oscuros é inciertos, que no sabiendo por donde lanzarse, comienzan á dar á diestro y siniestro, sin sacar en limpio cosa clara ni sólida. ¿Podemos decir que con tales materias y tal método se anuncia la palabra del Señor al pueblo y se obedece al mandato de Jesucristo: *Prædicate Evangelium omni creaturæ?*

Es también de tener en cuenta la consideración siguiente de un conocido orador español: «En el hecho de no ser predicación evangélica ni enseñanza magistral de la fe; digna de absoluto acatamiento, no suena bien en un púlpito llamado cátedra evangélica, y en una iglesia que es casa de creyentes, no escuela de filósofos. Si esos discursos por extravío de muchos desgraciados llegan á ser necesarios, á la manera de enseñanza catequística-filosófico-religiosa, otros sitios han de buscarse fuera del templo, donde el sacerdote pueda hablar como polemista, ya que no como predicador, como lo hizo el Apóstol en el Areópago de Atenas. Eso de perorar en el púlpito, en la Casa de Dios, delante del Santísimo, y no su-

poner á Dios como adorable, ni invocar á la Santísima Virgen, ni tratar á las almas como redimidas, sin hablarles de sus deberes, pecados, sacramentos y postrimerías, cosa es que desdice, repugna, y como que profana el lugar sagrado» (1).

No pretendo, en verdad, que sea imposible tratar cristianamente asuntos que, á primera vista, parecen más profanos que religiosos; pero hay que saber penetrarlos de la savia evangélica y ordenarlos á Aquel en quien, sólo, pueden resolverse las cuestiones que de cerca ó de lejos interesan á la salvación de las almas, nuestro divino Salvador.

Baste saber el particular. Si Dios destina algunos de vosotros al ministerio de las conferencias, sobre ellos imploro amor al trabajo, aplicación al estudio, y según desea León XIII: «Conocimientos científicos mucho más que comunes: *Cognitionem scientificam eamque minime vulgarem*» (2). Empero, vuelvo á decir, que las conferencias son ministerio excepcional. Limitad vuestras aspiraciones al bueno, cristiano y clásico sermón.

(1) P. PAULINO ALVÁREZ, Prólogo á las *Conferencias de Barcelona*.

(2) Alocución dirigida, en 18 de Enero de 1885, á los directores y alumnos de los seminarios de Roma sobre la *ciencia y la piedad sacerdotales*.

La *Circular de la Congregación de Obispos y Regulares* os indica su materia en estos términos: «Deben ser ordinaria materia de la predicación sagrada: el Símbolo, el Decálogo, los mandamientos de la Iglesia, los Sacramentos, las virtudes y los vicios, los deberes peculiares á las diferentes clases de personas, las postrimerías del hombre y demás verdades eternas al estilo.»

Comenzando por el Símbolo, ó explicación de las verdades objeto de nuestra fe, urge cual nunca en este siglo, en que tantos errores y preocupaciones conspiran contra la rectitud y pureza de nuestras creencias. Exponed el dogma con claridad y precisión, y sobre todo, no temáis hablar á vuestros oyentes en tono afirmativo. Con el poder de la afirmación imponía la verdad el *divino Predicador*; y quiere que le empleéis porque sois sus portavoces ante el pueblo cristiano. Si en este hay una facultad que exige demostraciones, hay también un hábito sagrado que le dispone á someterse á la autoridad de toda palabra que se le anuncia en nombre de Dios. Es el hábito de la fe, recibido en el bautismo. A veces se le cree muerto, y sólo está adormecido; tengámoslo muy en cuenta. El bautismo imprime en el alma cristiana el carácter de Cristo; de donde resulta misteriosa simpatía hacia su palabra, y (lo

digo sin recelo) aptitud divina para recibirla. Por esta puerta abierta ha de entrar la autoridad de vuestra alma convencida.

Exponed, pues, las verdades del Símbolo en su natural sencillez, apoyadlas en las pruebas más fáciles de comprender por el común de las almas, haced resaltar sus atractivos, su belleza, conveniencias, majestad y armonía con las más altas y puras aspiraciones del alma humana, con las exigencias de la razón, con el buen sentido, con la dignidad y felicidad del hombre; destruid las objeciones, no con esas prolongadas luchas y extremados combates propios de la conferencia, sino apaciblemente, con la exposición clara y límpida de los principios que entrañan la solución. Esta apología indirecta conviene á todo auditorio, y no tiene el inconveniente de las apologías directas que generalmente se elevan demasiado para adaptarse á todas las inteligencias.

Predicaréis el dogma para instruir y para reavivar y consolidar la fe. Pero no ignoráis que la fe sin obras es fe muerta, inútil por completo para nuestra salvación. La vida cristiana que nos dispone para la vida celestial no es sólo vida de creencias, sino también de obras santas; y para estimular las almas á tales obras, hay que mover las voluntades, tocar los corazones, ilustrar las conciencias, predicar, en una palabra, la moral

cristiana. Es el grave documento que nos da la Circular repetidamente citada: «La predicación moral es la más necesaria á la generalidad de los fieles; no es menos noble que la apologética; y por tanto, aún los oradores más eminentes é insignes, y ante auditorios lo más selectos y numerosos, deberán siquiera de vez en cuando practicarla con gran celo. De no hacerlo así, se verán esos grandes auditorios condenados á oír hablar siempre de errores que por ventura no hay en la mayoría de los oyentes, y nunca de vicios y culpas que habitualmente existen en reuniones de este género más que en otras de menos aparato.» Además, no olvidemos que los errores tocantes á la Religión, máxime en poblaciones católicas, arraigan más de ordinario en las pasiones del corazón que en los extravíos del entendimiento, según se escribe: «*De corde exeunt cogitationes malæ.... blasphemie*» (1). Por eso en las palabras de David: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus* (dijo el insensato: No hay Dios), nota San Agustín con gran sabiduría: *In corde suo, non in mente sua* (2).

Predicad, sí, moral. Tendréis vasto campo de acción por toda vuestra vida de predicadores, sin agotarle jamás, pudiendo satisfacer todas las no-

(1) Matth., XV, 19.

(2) Ps. XIII.

bles y santas pasiones que deben atormentar el corazón de un varón de Dios. ¿Queréis la conversión de vuestros hermanos? pues la moral es la ley de Dios aplicada á toda edad, condición y circunstancia de la vida, y propio es de esta ley immaculada, dice el Salmista, convertir las almas:

Lex Domini immaculata convertens animas.
Luego que á ella se adhieren, ven disiparse las sombras que oscurecían los ojos del espíritu, y aparéceles la verdad en pleno día: *Præceptum Domini lucidum, illuminans oculos* (1).

A vosotros toca preparar esta adhesión de las almas á la ley de Dios. Habrá dificultades, pero si os aficionáis á la lucha, podréis librar de nodados combates á todo vicio: á la soberbia, á la ambición, á la envidia, al odio, al rencor, á la ira, á la opresión, á la codicia, al hurto, al amor de los placeres sensuales y vergonzosos, á la pereza, al respeto humano, á la falsedad y la mentira, y á todo el ejército de pasiones armadas no menos contra la rectitud y justicia del hombre honrado que contra la santidad de las costumbres cristianas. ¡Qué honor y qué gozo será para vosotros plantar y ver crecer en el campo espiritual de vuestros triunfos las dulces, bellas y sólidas virtudes que ennoblecen y perfeccionan la volun-

(1) Ps. XVIII.

tad humana, como nuestros sagrados dogmas ennoblecen y perfeccionan la razón!

Predicad moral: no precisamente esa moral de la naturaleza que enseñan los filósofos, cuyo fin único es el paraíso de los hombres de bien. La fe nos dice que ese paraíso no existe, y que el único fin del hombre es ver á Dios cara á cara con la luz de gloria, ser eternamente beatificado por íntima unión con el sumo Bien, y que no hay más medio de alcanzar ese fin, que poseer las virtudes sobrenaturales de fe, esperanza, caridad y las demás sobrenaturalizadas por la gracia de Jesucristo. Estas son fruto de la ley evangélica; y esa ley habéis de predicar al pueblo cristiano, ponderando su excelencia con la autoridad y ejemplos del Salvador y de los santos.

Predicad moral, pero con tino, sin entrar en las profundidades casuísticas, propias para regular los juicios de los confesores y no para dirigir la conducta de los fieles. Seguid un camino recto y franco, tan lejos de la exageración como del miedo del rigor que arredra las almas como de la tibieza que las corrompe.

Predicad moral, y más que nada insistid en el santo amor de Dios, principio de todo don, fuente de todos los sacrificios de la vida cristiana.

Predicad, en fin, moral, para que los oyentes de vuestra palabra se sientan estimulados á ma-

nifestar su fe con santas obras. Viendo germinar esas obras, seguramente no os pesará el haber dejado las altas regiones de la especulación para descender al campo de la vida práctica.

Fijaos bien: dad en vuestra predicación igual parte á las enseñanzas que excitan y confirman la fe, y á las que son propias para mover las voluntades, tocar los corazones é ilustrar las conciencias. Para cuaresmas y misiones, *verbi gratia*, preparad una bien dispuesta serie de sermones dogmáticos y morales, pero sin omitir el tema vital de las postrimerías del hombre. Entabladas relaciones con el auditorio, y contando ya con la autoridad de vuestra palabra, debéis excitar las pasiones de confusión, temor, esperanza y amor, que bien conmovidas, obrarán en la voluntad y la impulsarán á resoluciones decisivas y saludables mudanzas. El pecado, la justicia de Dios, su infinita misericordia, la muerte, estipendio del pecado, el juicio, el purgatorio, el infierno: temas son que hay que abordar con frecuencia. Contra casi todos ellos, veréis quizá muestras de repugnancia y desdenes, cual si fuesen verdades de otro tiempo, buenas para generaciones bárbaras, mas del todo inoportunas en nuestro siglo delicado é instruido. Prescindid de tales repugnancias y desde-

nes. Pecado, justicia divina, muerte, juicio, infierno, son trascendentales verdades que estremecen y despiertan las almas que quisieran la paz de un funesto letargo; y cabalmente su importunidad hará oportuna vuestra palabra. Anunciándolas, cumplís con el precepto del Apóstol: *Prædica verbum, insta opportune, importune.*

Excuso decir que las materias susodichas: artículos del Símbolo, preceptos de Dios y de la Iglesia, sacramentos, vicios y virtudes, deberes de estado y novísimos, pueden y deben tratarse en pláticas, exhortaciones y catequesis, con menos solemnidad, claro está, que en los sermones, pero con más detalles íntimos y prácticos. Todavía los trataríais de modo más original, más variado y atractivo en un género de predicación que con interés os recomiendo al terminar este capítulo, y es la homilía.

Consiste la homilía en una explicación sencilla y familiar de la Escritura, especialmente del Evangelio. Ya se parafrasee y comente el texto sagrado siguiéndole paso á paso, ya se coordine ese texto en un plan regular cuyas divisiones obedezcan á un pensamiento dominante, tiene la suma ventaja de imponerse cual palabra de Dios más que todos los otros discursos. «Quisiera, dice Fenelón en su *Diálogo Tercero sobre la Elocuen-*

cia, que los predicadores explicasen los principios y encadenamiento de la doctrina de la Escritura; que se apropiasen su estilo y sus figuras; y que todos sus discursos sirviesen para comunicar la inteligencia y gusto de ella. No haría falta más para ser elocuente; ya que esto sería imitar al más perfecto modelo de elocuencia..... Figuraos que autoridad tendría un hombre que nada dijese de propia invención, ni hiciese más que seguir y explicar los pensamientos y las palabras del mismo Dios. Allende esto, haría dos cosas á la vez: explicando las verdades de la Escritura, explicaría su texto y acostumaría á los fieles á unir el sentido á la letra. ¡Qué excelente medio para acostumarlos á nutrirse de este divino pan!»

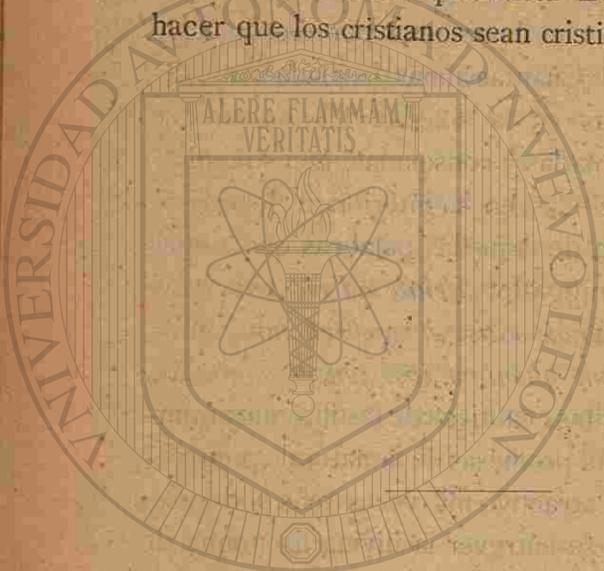
Notad que todo lo predicable puede abordarse en la homilía con infinita variedad. Por sencilla y familiar que sea, no corta las alas del orador. Los Santos Padres ostentan á veces en la homilía magníficos y triunfantes vuelos. Sometida á un plan regular, puede figurar con honor en cuaresmas, misiones y ejercicios, pero en especial conviene á la predicación corriente de parroquias y conventos. Nada más á propósito para desarrollar el espíritu cristiano. Explicando á los fieles el Evangelio, se les da más perfecto conocimiento de Jesucristo; y «conocer á Jesucristo y al que le envió, es vida eterna, según palabras

del Salvador; es base de la fe cristiana, de la esperanza y del amor. ¡Quién contará las ilustraciones, consuelos y regalos que consigo trae el conocimiento de Jesucristo? ¡Cuántas almas de fe vacilante, que nada ven ó casi nada en el mundo sobrenatural, serían iluminadas por esa divina y radiante figura! ¡Cuántas almas desoladas, que devoran sus penas en la soledad del corazón, se sentirían reanimadas y consoladas, con sólo mostrarles cerca de ellas, en su interior, á Jesucristo diciéndoles una de aquellas palabras que tantas lágrimas han enjugado: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos..... Beati qui lugent quoniam ipsi consolabuntur!*.... etcétera. ¡Cuántas, cautivas de las ilusiones mundanales y de las promesas de la naturaleza envilecida, sentirían atractivo mil veces más poderoso, si se les hiciese entrever la divina fisonomía de Jesucristo! Pues esta revelación, tan provechosa á las almas, se verifica especialmente con la homilía sobre los Santos Evangelios» (1).

Voy á concluir: lo que se ha de predicar es el Evangelio, y el Evangelio es Jesucristo. Cualquier género de predicación que adoptéis, jamás le perdáis de vista. Reduciendo las almas á Jesucristo, haciéndolas conocer bien á Jesucristo, impregnan-

(1) RIBET, *La Palabra santa*, XXXVIII.

do la vida cristiana de su palabra, de sus ejemplos y de su gracia, haréis excelente apología, superior á las mejores conferencias. «El principal servicio que prestarse puede á los incrédulos, ha dicho el célebre publicista Luis Veuillot, es hacer que los cristianos sean cristianos.....»



CAPÍTULO VII

DON DE LA PALABRA

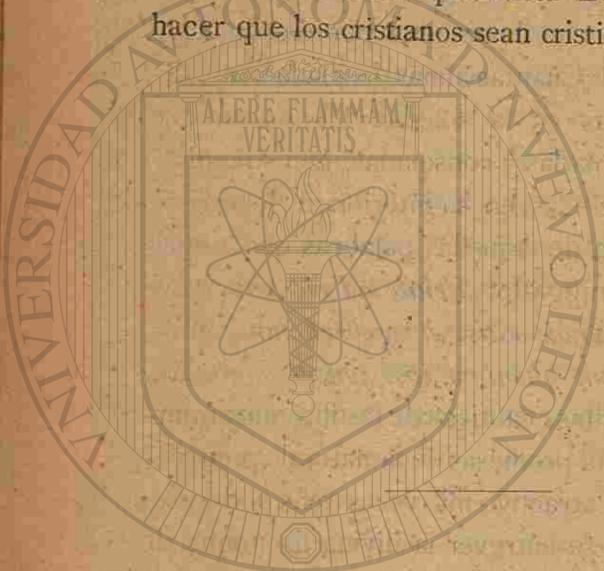
No basta para ser predicador adquirir ciencia sagrada, estudiar los modelos de elocuencia religiosa, saber cual es la materia obligada de la predicación, si á todo no se añade el don de la palabra.

Dice Fr. Luís de Granada que «hay predicadores milagrosamente inspirados y asistidos, y los hay naturalmente dispuestos para la elocuencia.»

Los Apóstoles, gente sencilla, sin letras, sin ciencias, y digamos sin valor, fueron súbita y prodigiosamente transformados. El divino Predicador habíales hablado; en discursos populares, en sencillas y tiernas parábolas, habíales propuesto los misterios del reino de Dios. Nada había omitido de cuanto deseaba creyesen, y con todo, aún no había caído el tupido velo que cubría la inteligencia de sus discípulos.

A la hora misma en que su palabra revestía, con la gravedad de las circunstancias y proximi-

do la vida cristiana de su palabra, de sus ejemplos y de su gracia, haréis excelente apología, superior á las mejores conferencias. «El principal servicio que prestarse puede á los incrédulos, ha dicho el célebre publicista Luis Veuillot, es hacer que los cristianos sean cristianos.....»



CAPÍTULO VII

DON DE LA PALABRA

No basta para ser predicador adquirir ciencia sagrada, estudiar los modelos de elocuencia religiosa, saber cual es la materia obligada de la predicación, si á todo no se añade el don de la palabra.

Dice Fr. Luís de Granada que «hay predicadores milagrosamente inspirados y asistidos, y los hay naturalmente dispuestos para la elocuencia.»

Los Apóstoles, gente sencilla, sin letras, sin ciencias, y digamos sin valor, fueron súbita y prodigiosamente transformados. El divino Predicador habíales hablado; en discursos populares, en sencillas y tiernas parábolas, habíales propuesto los misterios del reino de Dios. Nada había omitido de cuanto deseaba creyesen, y con todo, aún no había caído el tupido velo que cubría la inteligencia de sus discípulos.

A la hora misma en que su palabra revestía, con la gravedad de las circunstancias y proximi-

dad de la muerte, mayor autoridad, llamábanse á engaño sobre su doctrina y designios. Consigo tenían la verdad, y no la veían; por eso Jesucristo exclama: «Me voy á mi Padre, y El os enviará otro Consolador, Espíritu de verdad, que os lo enseñará todo» (1).

Conforme á esta promesa, en el sagrado día de Pentecostés, ábrese el Cielo, desciende el Espíritu, y de repente—¡Oh prodigio!—las verdades pacientemente depositadas por Jesucristo en el espíritu de los Apóstoles, y hasta entonces no comprendidas, les aparecen en toda la magnificencia de su conjunto y claridad de su exposición, como en las profundidades de tenebroso valle, aparecen y se dibujan las bellezas de la naturaleza á los fulgores de un rayo luminoso que el sol envía desde la tumbra de las montañas. «Los Apóstoles reciben la plenitud del Espíritu Santo, y comienzan á hablar: *Repleti sunt Spiritu Sancto et coeperunt loqui*» (2).

Hablan, no sólo porque el Espíritu Santo los ilumina, sino también porque los esfuerza para hablar. Poco ha tímidos, pusilánimes, ingratos, callaban debiendo hablar: ni tenían una palabra para rechazar las injustas acusaciones de la Si-

(1) «Mittet vobis alium Paraclitum, Spiritum veritatis, qui docebit vos omnem veritatem.» (Joan. XVI, 13).

(2) Act., II, 4.

nagoga y protestar contra los insensatos clamores del pueblo, mas ahora hablan. Imposible contenerlos, tan vehemente es el ímpetu comunicado por el Espíritu Santo. Hablan frente al Calvario, humeando aún la Sangre de su Maestro, y no obstante el escándalo de su muerte ignominiosa. Hablan á los acusadores y á los verdugos de Aquel cuya gloria publican. En nombre de la ley, en nombre de Dios, se les prohíbe hablar; y hablan. Los azotan, los amenazan de muerte; y hablan lo mismo. Serán tratados como su Maestro; tanto mejor, su martirio será la última palabra de su elocuencia, y en cada gota de sangre podrá leerse el clamor de su valiente confesión: «¡Deus, ecce Deus: Aquí está Dios!, y ese Dios es Cristo Salvador por vosotros condenado á muerte.»

Hablan y, por redundante gracia, poseen el don de lenguas. Creen hablar el rudo dialecto de Galilea, y resulta que todos los entienden: Partos, Medos, Elamitas, habitantes de Judea, de Capadocia, de Ponto, y de Asia; Frigios, Pamfilios, Egipcios, Libios y Romanos. Todos se admiran, y prorrumpen: «¿Cómo será que á un tiempo los oímos hablar las lenguas de los respectivos países de nuestra naturaleza? *Quomodo audivimus unusquisque linguam nostram in qua nativus sumus?*» (1).

(1) Act., II, 8.

Hablan, y—¡colmo de la gracia!—afirman su enseñanza con el divino testimonio de obras portentosas. Su palabra, su oración, su contacto, su misma sombra multiplican los milagros: *Con- testante Deo, signis et portentis et variis virtuti- bus* (1).

Más de una vez se ha renovado en la Iglesia ese gran milagro de inspiración y asistencia, ya en los varones apostólicos que convirtieron las naciones bárbaras, ya en los legendarios oradores sagrados que en ciertas épocas han conmovido profundamente los pueblos cristianos y llevado el Evangelio á las extremidades del mundo. Antonio de Padua, Vicente Ferrer, Bernardino de Sena, Juan de Capistrano, Luís Beltrán, Francisco Javier y muchos más estaban divinamente inspirados y asistidos.

Confesamos que en algunos de ellos era la naturaleza más bien elevada que transformada por milagrosa intervención de Dios. Vemos este fenómeno sobrenatural en la predicación del Apóstol, cuya bella y rica naturaleza, ya perfeccionada por la educación, sirvió de instrumento á la gracia. Si á Dios placé trataros como á El é intervenir prodigiosamente en vuestro ministerio apostólico, bendito sea. Pero por mucha fe que

(1) Hebr., II, 4.

tengáis no contéis con extraordinaria inspiración y asistencia; sino procurad cultivar los dones naturales que habéis recibido del Cielo.

Sabida es la sentencia de Quintiliano: «El poeta nace y el orador se hace: *Nascuntur poëta, fiunt oratores*.—Esto no es del todo exacto: la elocuencia supone disposiciones nativas. Hay naturalezas lentas, frías, tímidas, irresolutas, reconcentradas, á quienes no podrá hacer elocuentes la cultura más perseverante y más intensa. Incapaces de afrontar un público, deben ceñirse á un ministerio discreto é íntimo, en que sin dificultad ni tormento hagan bien á las almas. Para hablar en público, requiérense dotes naturales de alma y cuerpo que el arte podrá perfeccionar, pero no producir.

En el libro segundo hablaremos de las cualidades corporales. Las dotes de espíritu son, enumeradas por el presbítero Bautain en su *Estudio sobre el arte de hablar en público*: «1.^a sensibilidad exquisita; 2.^a entendimiento penetrante; 3.^a rectitud de juicio, ó lo que vulgarmente se llama buen sentido; 4.^a imaginación pronta; 5.^a voluntad firme y decidida; 6.^a necesidad natural de expansión, ó de comunicar á los demás las propias ideas y sentimientos; 7.^a y última, cierto instinto que mueva al hombre á hablar como al

pájaro á cantar.» Añadid á estos requisitos naturales las cualidades adquiridas con el hábito de la reflexión, el cultivo de la memoria aplicada á retener ideas y palabras adecuadas para expresarlas, no menos que las reglas de lenguaje, el estudio serio y metódico de la ciencia sagrada, cuyas fuentes y dependencias quedan apuntadas en su lugar. Con estas condiciones, podréis hablar, y hablar con elocuencia.

Sobre el modo de hablar, ¿qué os diré?—¿Seréis tan osados que os arrojéis, sin más ni más, á las aventuras de la improvisación?—Tiene esta indudablemente sus ventajas; pero ofrece en cambio sus inconvenientes y peligros. Conviene sepáis por dónde se llega á ser improvisador disertado y elocuente.

Ante todo, huid de «esa lamentable facilidad, cien veces peor que la vacilación ó el silencio, que ahoga el pensamiento (si alguno hay) entre olas de palabras y facundia torrencial, que se lleva la buena tierra, dejando sólo arena y fragmentos de aluvión en su tránsito. Nunca seáis de esos eternos habladores, que á propósito y fuera de él nos inundan con la lluvia de sus discursos y con las turbias avenidas de su elocuencia. Las más de las veces, no hay un pensamien-

to sólido en esa charla, interminable serie de vulgaridades y lugares comunes» (1).

He conocido á uno de esos habladores del púlpito, que decía: «Yo siempre salgo de apuros. Alguna vez podrán faltarme ideas; palabras jamás.» Ideas faltábanle casi siempre, y su palabra dejaba harto que desear.

Orador que se respete á sí mismo (y un predicador tiene sobre todos los deberes el de respetarse, ya que anuncia la palabra de Dios) debe saber lo que va á decir y como lo ha de decir. Cualquier pasión, vivamente excitada, puede inspirar de improviso términos felices, sublimes arranques y verdaderos movimientos de elocuencia; mas tratándose de un discurso para pronunciar en público, ante auditorio previamente conocido y para fin determinado, por gran talento que se tenga, hay que prepararse.

Cincuenta años hará que asistí yo á una distribución de premios en un colegio particular. El acostumbrado discurso estaba á cargo del profesor de retórica, persona de reconocida competencia. Desgraciadamente, le entró á última hora tal afonía, que le incapacitó para desempeñar su cometido. En este aprieto, el auxiliar que, según reglamento, debía sustituirle, viéndose compro-

(1) Bautain, obra citada, III.

metido, y no queriendo arriesgarse, dirigió á la concurrencia cuatro palabras de excusa, que terminó con esta graciosa salida. «Siento deciros, señores, que no acierto á improvisar cuando no estoy preparado.» Celebróse esta confesión por una simpleza; y sin embargo, nuestro buen hombre estaba acorde con todos los maestros de la palabra.

Escribía Berryer á un amigo: «¿Sabes el secreto de los improvisadores? Que no improvisan del todo. Penetrados de un concepto y de un sentimiento de antemano meditado y formulado hasta la saciedad en su cerebro, dada ocasión, le exponen en voz alta é inteligible, prestando vida á sus expresiones la madurez de la reflexión, en que consiste todo su mérito. Tal es el secreto de esa gente. Por mi parte, y siendo del oficio, confieso que no podría decir lo que nunca hubiese pensado.»

Otro abogado, Julio Favre, decía: «Ningún discurso puede prescindir de preparación ó estudio, y fuera suma irreverencia á los oyentes, no menos que peligrosa temeridad; lanzarse á la ventura de la improvisación. Los grandes maestros han evitado religiosamente este defecto.»

El P. Lacordaire, tan ricamente dotado para la elocuencia, tenía horror á las invitaciones indiscretas que de repente le hacían. Visitando un

notable centro de educación, rogóle el director dedicase unas palabras á los jóvenes ya reunidos para saludarle y oírle. Fué su respuesta: «Señor director, de avisarme antes, hubiera pensado algo; pero tengo mucho respeto á la palabra pública para usarla sin preparación.» Muy bien.

En ocasión semejante decía un discípulo suyo con donaire. «Las palabritas que se sacan por sorpresa son la calamidad de los oradores.»

Quedemos, pues, en que la improvisación debe ir preparada. Esta preparación varía según los compromisos. Para una plática familiar, puede bastar una idea bien especificada y algunos apuntes que indiquen su desarrollo; pero siendo un discurso solemne y de altos vuelos, la preparación exige más tiempo y diligencia.

Conviene, antes de nada, precisar bien el asunto y fijar la idea culminante que se pretende explicar, el fin á que se aspira y el efecto que se desea. En torno de la idea principal se agrupan otras ideas, hechos, imágenes y cuadros que pueden contribuir á su desarrollo. Luego se escoge, se retiene, se elimina, se divide, se encadena, se coordina, y se forma un croquis metódico y bien nutrido que sirva de base á la reflexión.

Habéis trazado ese croquis, le tenéis delante: imprimidle en la memoria y medítadle con determinimiento y profundidad, desenvolviendo mental-

mente cada una de sus partes. Donde os sintáis más ilustrados y conmovidos, anotad vuestros pensamientos é impresiones. Oradores hay que escriben entonces los pasajes más importantes de sus discursos y los encajan en su plan; otros tienen el don de fijarlos en la memoria sin escribirlos; de uno ú otro modo, los tienen á mano en el momento oportuno, y es un descanso para la inteligencia en el trabajo de la improvisación, trabajo tanto más fácil cuanto más á la larga hubieris meditado «formulando hasta la saciedad en vuestro cerebro un pensamiento,» según el ya citado Berryer.

Así preparada la improvisación, ofrece reales ventajas. Libra al orador de las preocupaciones de la memoria que casi todo el tiempo acompañan á la recitación del discurso escrito, y fatalmente sujetan la pasión oratoria; deja á la espontaneidad libre acción, permitiéndole ensancharse según la impresión recibida de las circunstancias y actitud del auditorio; abre puerta á los movimientos repentinos y felices ocurrencias que nacen al calor del discurso; en resumen, hace la palabra más natural y más viva.

Pero al lado de estos beneficios, quiero poner los inconvenientes. La improvisación expone al orador á que al mejor tiempo se le seque la vena, comenzando á titubear, y dando en enojo-

sas repeticiones; á extraviarse en pos de una idea incidental y perderse en divagaciones y digresiones que le alejan de su asunto y desorientan al auditorio; á no hallar siempre las expresiones adecuadas que para expresar bien su pensamiento necesita y contentarse con bastante menos. A esto se juntan las locuciones viciosas, las frases mal sonantes y mal construídas, los frecuentes ultrajes á la gramática, particularmente á la sintaxis. Ya sé que los decididos partidarios de la improvisación tratarán de insinuaros que las vacilaciones y repeticiones son habilidades oratorias; las divagaciones, originalidades; las faltas de lenguaje, quilates de belleza. No les hagáis caso; seguid más bien el consejo de los sensatos, que os enseñarán el modo de asegurar las ventajas y evitar los inconvenientes de la improvisación.

Os dirán estos que para aprender á hablar bien, hay que escribir mucho.—La lectura mueve las ideas ante vuestros ojos, la escritura las grava en vuestra inteligencia. La lectura os muestra como expresan los demás sus conceptos y sentimientos; la escritura os enseña á expresar los vosotros mismos. «Leer sin escribir, es soñar, decía el papa San Dámaso: *Lectio sine stylo somnium est.*» Y San Agustín: «Muchas cosas que no sabía, las he aprendido escribiendo: *Ego*

autem multa nesciebam scribendo, didicisse me profiteor» (1).

Declaraba este gran Doctor al pueblo que «sus discursos le habían costado mucho trabajo. Ojalá que ese trabajo sea fructuoso, y mi alma bendecirá al Señor: *Magno labore quesita et inventa sunt; sit labor noster fructuosus, et benedict anima nostra Dominum» (2).*

Con razón llama Bautain á la pluma «escalpelo disecador de las ideas. Sólo cuando se escribe lo que interiormente se ve, puede distinguirse á punto fijo cuanto hay en un concepto, y nos hacemos evidente su objetividad. Entonces nos comprendemos á nosotros mismos, y nos damos á comprender á los demás» (3).

No sólo nos hace ver la escritura el fondo de nuestro pensamiento, é ilumina nuestra inteligencia; «es también hilera y laminador que extiende admirablemente las ideas y explota su ductilidad» (4). Da á la palabra más limpieza, fijeza y esplendor. El improvisador, como antes os decía, tiene que contentarse con menos; el escritor busca y halla expresiones adecuadas que reflejan al vivo el pensamiento.

(1) De Trinit., Prolog.

(2) In Ps. CIII, IV, ad finem.

(3) *Etude sur l'art de parler en public*, III, 53.

(4) *Ibid.*, XIII.

Creedme, el hábito de escribir sobre toda clase de materias, aún cuando no os precise hablar, hará que la palabra correcta, castigada, elegante, oratoria, os sea como natural, y llegado el momento de expresaros en público, hablaréis perfectamente según el arte, sin preocupación y sin esfuerzo. Palabras, imágenes, construcción de frases, disposición de períodos, encadenamiento de ideas, serán otros tantos modelos impresos en vuestra memoria y dispuestos para servirlos en el trabajo de la improvisación.

Escribiendo mucho, se acopia también para lo sucesivo. «Es sobremanera útil, dice el Padre Longhaye, poseer bien redactados, si no discursos enteros, fragmentos siquiera de alguna extensión sobre los temas más usuales, que podrían llamarse principales tópicos de la oratoria sagrada. Vaya el sacerdote paulatinamente consignando algo acerca de los puntos esenciales de la religión, misterios y sacramentos, verdades terribles ó consoladoras, pecados capitales ó virtudes cristianas; posea sobre todo ello, no simples notas, sino acabados desarrollos, paráfrasis de la Escritura más que puro bosquejo, partes de exposición doctrinal, redactadas con precisión: y le tenéis rico de excelentes materiales que fácilmente trasladará de uno á otro discurso; sólida base donde apoyar la improvisación, puntos de mira que no

le dejarán perderse. Por ende el predicador, como el docto escriba del reino de los Cielos, se parecerá al padre de familia que de su tesoro extrae lo antiguo y lo nuevo juntamente» (1).

Cuando hayáis escrito mucho sobre multitud de asuntos, podréis improvisar; pero teniendo en cuenta que son raras las cualidades del improvisador perfecto. Por lo mismo, os aconsejo que, al principio de vuestra carrera, escribáis todos vuestros discursos, máxime aquellos que piden cierta extensión como sermones y homilias. Los panegíricos, oraciones fúnebres y alocuciones de circunstancia siempre deben escribirse; porque hemos de guardar en esta clase de discursos delicadas atenciones, que no se podrían omitir sin graves inconvenientes. En otro tiempo se usaba no ya escribirlos, sino leerlos; y distinguidos oradores han conservado esa costumbre. Lejos de censurarlos, creo mejor esto que fiarse de la memoria sin plena seguridad.

¿Cómo servirse de la memoria para aprender el discurso escrito, antes de pronunciarlo en público?—Natal Alejandro da á propósito un buen consejo: «Estúdiense el discurso de suerte que nadie se aperciba del trabajo de la memoria; ni el

(1) *La Predicación*, epílogo.

orador se ligue á las palabras hasta el punto de no poder sustituir las que le faltaren con expresiones debidamente apropiadas á lo que ha pensado, trabajado y exornado (1).

Hay oradores cuya feliz memoria fielmente registra y consigna cuanto la mano acaba de escribir. Su discurso viene á ser un libro interior que leen con toda facilidad y tan perfectamente, que parece obra del momento. Os deseo les igualeis; pero si carecéis de ese don, no os consumáis en penosos y vanos esfuerzos por retener la letra de vuestros discursos. En la soledad, os creeréis seguros de vosotros mismos, ante el público, cualquier accidente bastará para dejaros en descubierto: una frase, una palabra que se os olvide, os pondrá en apuro, y podría desconcertar completamente vuestra palabra.

Luego en vez de aprender servilmente, haceos de tal modo dueños de vuestras ideas é imágenes, de vuestros cuadros, de su orden y trabazón, que nada pueda turbaros, ni romperos el hilo del discurso. La mejor condición oratoria pareceme ser la del predicador que posee el discurso escrito,

(1) «*Memoria cuncta ista mandare studeat concionator, ut fugiat tamen memoria ostentationem; nec verbis ita illeam adstringat, ut nisi occurrerint alia, sufficere non possit ad res ipsas congrue proprieque exprimendas quas excogitavit, digessit, exornavit.*» (Instituto Concionatorum, IV. n.º 25.)

como si espontáneamente brotara de su alma en el acto de hablar. Sin esclavizarse á las palabras, dueño absoluto de la idea, puede sin vacilación suplir los términos que no recuerda, evocar con habilidad una prueba olvidada, obedecer á las repentinas inspiraciones que le sobrevienen, y darse en grande á las impresiones suscitadas en su alma al calor de la palabra y aspecto del auditorio.

Repondrán los menospreciadores del discurso escrito que sólo la improvisación forma legítimos oradores. Desechad ese juicio superficial. De ordinario no le oiréis á personas laboriosas y solícitas por la perfección de la palabra pública, sino á los enemigos de molestarse, que cuentan con cierta facilidad de palabra y se figuran que hacen maravillas, llenando una hora de charla inagotable: improvisadores adocenados, en quienes veréis alguna que otra vez rasgos felices, pero poco fondo y aún menos corrección en la forma, siendo difícil, por no decir imposible, analizar sus discursos.

Un hombre de viva imaginación y alma apasionada puede, en el retiro del gabinete, representarse al vivo su futuro auditorio: le ve, le habla mientras escribe, conversa con él, adivina sus impresiones, y de ellos se vale para animar su discurso. He conocido predicadores que se excitaban hasta llorar, en esa conversación misteriosa con

el auditorio previamente evocado por su ardiente alma. ¿Y habremos de decir, que no eran verdaderos oradores?

Escribid; amados míos, escribid, que fruto serán de vuestra labor la claridad, precisión, ilación de ideas, corrección y elegancia de lenguaje; y tendréis luego en reserva provisión de trabajos concienzudos que podréis perfeccionar, á medida que se desarrollen vuestras facultades, sazonadas por la edad y reguladas por la experiencia. El improvisador, si no cuida de redactar y corregir pronto los discursos en que su inspiración ha vertido raudales de elocuencia, no tardará en hallarse con planes áridos, que no siempre acertará á reanimar. Sus afortunadas ocurrencias y grandiosos períodos son bienes perdidos; y en saldo le quedan imperfecciones y defectos. Muy al contrario, un escritor se halla siempre en su obra, sin más trabajo que el de mejorarse y perfeccionarse.

Largamente versados en la palabra escrita, tiempo vendrá de poder entregaros sin dificultad á la improvisación. De las exhortaciones y pláticas familiares pasaréis ganosos á discursos mayores, para los cuales os bastarán planes bien hechos y ordenados, que vuestra ejercitada memoria sabrá hermosamente vestir.

En conclusión: No contando, en el ministe-

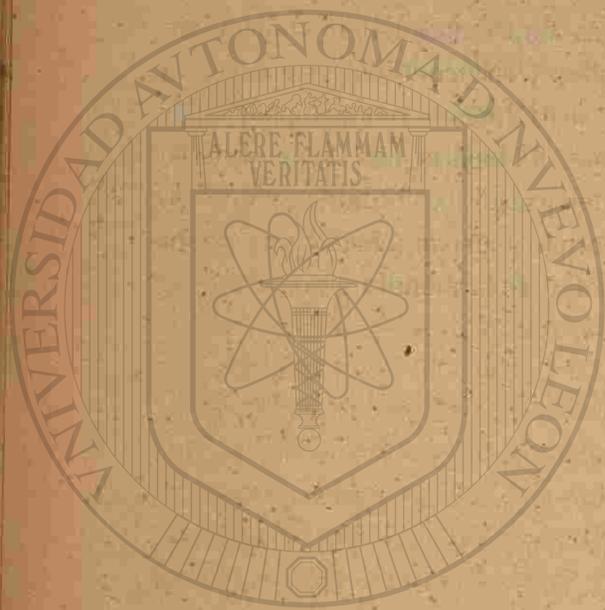
rio de la palabra, con las extraordinarias inspiraciones y asistencia que Dios dispensa á sus grandes apóstoles, os incumbe cultivar los dones naturales que de El habéis recibido para hablar: cultura muy descuidada en los seminarios y colegios de regulares. Se estudia la ciencia sagrada, pero poco se piensa en adquirir y perfeccionar el modo de comunicarla. De desear fuera que, en la vida escolar de seminaristas y jóvenes religiosos, entrasen por más los ejercicios de oratoria, y bajo la dirección de maestro hábil y experimentado, declamasen pláticas, alocuciones y piezas mayores, severamente criticadas.

Ellos mismos entre sí deberían adiestrarse, aunque sólo fuera en sus conversaciones, á las veces tan triviales, vacías é inútiles, cuando no perjudiciales á la dignidad y santidad de su estado. Si tuviesen la buena idea de introducir con oportunidad cuestiones serias é interesantes, ¡qué luz no irradiarían sus amistosas discusiones, y cómo aprenderían á hablar! La conversación bien dirigida y sostenida podría ser el mejor ejercicio oratorio. La naturaleza está menos coartada, hay más estímulo para explicar cada cual su pensamiento, y la inteligencia trabaja con ardor por sobreponer sus convicciones. Verdadero aprendizaje de improvisación, cuyo éxito aseguran los que, en el silencio del estudio, se acostumbran

á dar á las ideas la claridad, exactitud y relieve que su perfecta exposición reclama.

Acabemos por estas palabras de San Agustín que dirijo á maestros y discípulos: «Pudiendo el talento de la palabra emplearse igualmente en uno ú otro sentido, y sirviendo en gran manera para persuadir así lo bueno como lo malo, ¿por qué los partidarios del bien no han de procurar su adquisición en defensa de la verdad, ya que los malos osadamente le usurpan y hacen servir á los intereses del error y de la mentira?» (1).

(1) *De Doctrina Christiana*, II.



CAPÍTULO VIII

COMPOSICIÓN Y ORNATO DEL DISCURSO

Os he dicho que son raras las dotes de un perfecto improvisador, y os aconsejaba que escribieseis vuestros discursos, al menos en los principios de vuestra carrera apostólica. Mas para escribir un discurso, no basta ver el asunto de un modo vago, tomar la pluma y dejarla correr á la ventura. Por ese procedimiento, sea cual fuere la prontitud de vuestras ideas y abundancia de palabras será vuestro papel mesa revuelta, congeries quizá de valiosos materiales, pero tan desordenados que resultará imposible seguir el desarrollo de la idea principal en que ha de fijarse la atención. No os prohibo ceder al entusiasmo que devora á una alma joven ante un asunto grandioso, ni quiero que malogréis la impetuosidad de los primeros movimientos. Sin embargo, no os dejéis arrastrar. Al sentir ese movimiento, recogeos, reflexionad, y no procedáis á componer el discurso sin plan bien meditado, divisiones

claras, ideas metódicamente clasificadas y lógicamente deducidas, donde todo conspire á una conclusión precisa y práctica que, cautivando las almas, sea el triunfo de vuestra elocuencia.

No faltan quienes, con buena intención, cual supongo, no sin esperanza de algún lucro, editan colecciones de planes con títulos más ó menos aluciantes de *Auxiliar del Púlpito*, *Tesoro de Predicadores*, ó cosa así. De todo traen: sermones de Adviento, cuaresmas, ejercicios, novenas, octavarios, panegíricos, sermones de circunstancias; no queda más dificultad que la elección. Que en un momento de prisa, y á más no poder utilicéis esos libros, no me parece mal; pero advirtiendo que os exponéis á no ser nunca los mismos y á carecer de toda originalidad.

¡Cuánto mejor sería que sacaseis de vosotros lo que queréis decir! ¿Sois novicios en el arte, no acertáis á determinar el orden y las líneas de un discurso? Pues haced un estudio de los mejores autores. Ved cual aprende el arquitecto á levantar el plano de un palacio ó de una casa: estudiando y examinando monumentos ó edificios ya construídos. Estudiad y examinad discursos ya compuestos, buscad la idea madre, las proposiciones que indican su principal desarrollo, los miembros que precisan sus detalles, y en todo, el fin que se propone el orador. Enteraos del va-

lor de las pruebas, exactitud de los razonamientos, arranques oratorios, legitimidad y fuerza de las conclusiones, forma en que se imponen prácticamente al auditorio. Aplicados estos procedimientos de análisis y examen á cierto número de discursos escogidos de los mejores predicadores y coferenciantes más acreditados, estaréis en condiciones de redactar vosotros mismos los planes de vuestros trabajos y valdrán de seguro estos bocetos más que cuantos pudieris tomar de las citadas publicaciones: valdrán más, porque serán obra vuestra, y sabréis darles más importancia.

Buscad, pues, por propia cuenta un tema: fácilmente le hallaréis, si habéis hecho buenos estudios y consultado asiduamente los modelos recomendados. No hay necesidad de que sea nuevo. *Nil sub sole novum*. Sólo los grandes genios tienen el privilegio de descubrir en la verdad aspectos reservados. Para el común de los oradores, no cambia la materia predicable: son siempre los mismos dogmas que explicar y defender, los mismos preceptos que intimar á la conciencia, los mismos vicios que destruir, las mismas virtudes que recomendar é inculcar. Y así, poco da que un tema se haya tratado mil veces por vuestros predecesores en el púlpito cristiano; vosotros sabréis renovarle y exornarle con la originalidad de vuestro punto de vista, apro-

piado al tiempo, lugar, circunstancias y auditorio, y con vuestro esmero en fundir en molde propio, los pensamientos más verdaderos y salientes que en los demás habéis recogido.

Prefijado el tema, condensadle en una idea principal bien especificada y definida, donde ya se descubra el fin que os proponéis. Dividid esa idea capital en otras subordinadas que determinen las partes del discurso, y haced lo propio con estas hasta agotar la materia, pero evitando repeticiones, difusión y detalles innecesarios.

Para mayor claridad, pongamos por ejemplo un sermón de Bourdaloue: quiere este predicar sobre *Dilación de la penitencia*.

IDEA CAPITAL

No se ha de dilatar la conversión. El pecador que tal hace es temerario.

PRINCIPALES PROPOSICIONES QUE DESARROLLAN

LA IDEA CAPITAL

Tres cosas requiere la conversión: tiempo, gracia y voluntad. En primer lugar, es temerario el pecador que se promete, en lo sucesivo, tiempo de convertirse a Dios.

2.º Es temerario, presumiendo no le faltará la gracia.

3.º Es temerario, lisonjeándose de que tendrá voluntad.

SUBDIVISIÓN

DESARROLLANDO LA PRIMERA PROPOSICIÓN PRINCIPAL

1.º El pecador se promete tiempo futuro.—Consideraciones sobre las tres fases del tiempo.—El *pasado* acabó.—El *porvenir* aun no existe.—Sólo podemos contar con el *presente*.—Palabras de la Escritura y de los Santos Padres que nos estimulan a aprovechar el tiempo presente.—Es el único cierto para nosotros. Del porvenir, solamente se nos asegura que seremos sorprendidos. Dios nos avisa.—¡Qué temeridad, exponerse a tal sorpresa!....

2.º El pecador se promete, en lo futuro, tiempo oportuno de penitencia.—Mas tiempo de penitencia es el que Dios ha escogido, regulado y fijado, y ese tiempo es la hora presente: *Ecce nunc tempus acceptabile*. ¡Qué temeridad prometerse otro distinto!

SUBDIVISIÓN

DESARROLLANDO LA SEGUNDA PROPOSICIÓN PRINCIPAL

Dios, á no dudarle, promete su gracia, y es fiel en sus promesas, pero su fidelidad no podrá en caso alguno servir de fundamento á la temeridad del pecador; porque:

1.^o Prometerse adelante, la gracia de Dios permaneciendo de presente en hábito de pecar, es querer que Dios sea fiel á quien sólo le ofrece los restos de una vida sacrificada al mundo y gastada en iniquidad.

2.^o Prometerse etc., es combatir á Dios con sus propias armas y servirse de su fidelidad y misericordia contra El mismo.—Es pecar porque Dios es bueno.—Es abusar de su propia gracia para ofenderle.—Si Dios no atendiese más que á su justicia!—¿No es maldad querer hacer menos por un Dios manso y sufrido de lo que se hiciera por un Dios inflexible y despiadado?

3.^o Prometerse etc., es pretender que Dios se haga fautor y cómplice de nuestros desórdenes.—Abusar, como lo hacemos, de su bondad, para prolongar nuestras faltas y el miserable estado de nuestra alma, ¿no es el colmo de la temeridad y provocarle á que nos abandone para justificar su providencia y defender los divinos fueros de su santidad?....

SUBDIVISIÓN

DESARROLLANDO LA TERCERA PROPOSICIÓN PRINCIPAL

El pecador rezagado cuenta con su voluntad, cuando:

1.^o La culpa reduce al hombre á tal estado de miseria, que no puede fiar de su voluntad.—Si hoy se halla débil para salir del pecado, ¿no ha de estarlo más según vaya adelantando en el camino del vicio?

2.^o ¿Y no habrá todavía mayor obstáculo para cambiar de voluntad con verdadera penitencia sobrenatural, en el último momento, tras una vida impenitente, entre dolores y angustias precursoras de la muerte?

CONCLUSIÓN

Sigamos el consejo del Apóstol y el encargo que nos hace de no recibir en vano el don de Dios. El tiempo es favorable: la Cuaresma. La gracia es abundante:—la Iglesia, nos abre en este tiempo sus tesoros. La disposición de nuestras voluntades más propicia en estos días santificados por la piedad de los fieles.

Digamos, pues, á Dios como David: *Nunc cæpi.*

He ahí un ejemplo que vosotros mismos po-

deís multiplicar en vuestros estudios preparatorios. De ese modo, os haréis capaces de construir planes sólidos y fecundos, á imitación de los insignes maestros de elocuencia sagrada.

En su construcción, no perdáis nunca de vista el punto y término de partida, y entre ambos extremos formulad bien el tema; según aquel axioma: «Cuestión bien propuesta, cuestión resuelta.»

Procurad ante todo claridad, orden, generación lógica de los pensamientos y sus desarrollos.

Preved, con indicaciones, los movimientos oratorios que deberán animar el discurso.

No incurráis en excesos de método, ni os ingeniéis en dar á las partes de vuestro discurso iguales proporciones estableciendo entre ellas un paralelismo exagerado y puramente artificial.

Cuanto á la ejecución material del plan, es asunto de industria privada. Válense unos de un cuadro con distribuciones ó claves, y otros de hojas separadas. Poco importa: «No os faltará, dice un antiguo, abundancia y facilidad con un plan bien concebido: *Si recte rem conceperis, nec facundia dicendi, nec sermo deseret ullus.*»

Construido el plan, falta desarrollarle. Servíos para ello de vuestros trabajos personales y apuntes coleccionados, y como estimulante, en caso de necesidad, leed algunos buenos discursos sobre

el punto que tenéis entre manos: ya en sazón, comenzad á escribir.

Podéis dejar á un lado el exordio, para volver sobre él, terminado el discurso. Esa entrada en materia será tanto más precisa y capaz de llamar la atención de vuestros oyentes cuanto, según consejos de los maestros del arte oratoria, la hayáis tomado de las mismas entrañas del asunto: *Principia ex visceribus cause sumenda sunt* (1). El exordio ha de ser sencillo, fuera de raras circunstancias que piden súbita vehemencia, brillante majestad, ó bien hábiles y agudas insinuaciones ó salvedades.

El exordio sencillo conduce naturalmente á la proposición. Cuidad que esta sea clara, resplandeciendo á los ojos del auditorio la unidad de vuestro tema; sea además tan fecunda, que contenga como hecha la división, y esta proceda de ella con la mayor sencillez y naturalidad. Tal es el consejo que nos da Fenelón: «La proposición es el discurso abreviado; y este es la proposición desarrollada» (2).

A este desarrollo debéis aplicar todas vuestras facultades, conocimientos adquiridos é industria, demostrando con orden y vigor, poniendo de relieve la belleza y atractivos de la verdad; ha-

(1) CICERÓN, *De Oratore*.

(2) FENELÓN, *Carta primera sobre la Elocuencia*.

ciéndola penetrar en las almas y asegurando su triunfo en la vida práctica.

Las reminiscencias, que conservaréis, de vuestros estudios de retórica, me excusan de explicaros las diferentes formas de argumentos utilizables: inducción, silogismo, entimema ó silogismo abreviado, dilema, sorites ó serie de proposiciones con mutua dependencia, enumeración, confirmación de las pruebas con símiles, contrastes, conveniencias, repugnancias, proporciones de menos á más ó viceversa, de igual á igual, y finalmente con testimonios y ejemplos.

Insistiré en estos dos últimos.

El primer testimonio que podéis y debéis invocar en apoyo de vuestra enseñanza apostólica, es el de la Escritura. Pero una cosa es invocarla como autoridad, y otra emplearla como ornato.

Como autoridad en confirmación de una doctrina, las citas bíblicas no valen ni deben aducirse sino en el sentido del autor ó en sentido conexo. El del autor es el sentido directo de las palabras, cuya significación y valor ha de ponderarse; y también el sentido consiguiente que dice estrecha relación al directo, y de él resulta como conclusión de las premisas: sentido no menos intentado por Dios en la inspiración, ya que en las premisas va la consecuencia.

Como adorno, puede la cita bíblica dar sagrado realce á nuestra palabra, pero hay que usarla con atinadas precauciones. «Nada tiene de particular, dice el P. Longhaye, que se aplique un texto de la Escritura á casos moralmente idénticos, se traslade á tal persona ó á tal pueblo lo que el escritor sagrado pudo decir de una persona ó nación de su tiempo. Aún sería legítima, sin miedo á las exigencias de la crítica, la adaptación fundada no en identidad moral, sino en pura analogía, con tendencia al sentido espiritual y convirtiendo el texto ó pasaje bíblico en figura de un objeto ó suceso diferente.» Mas á veces recae la adaptación sobre el significado mismo del texto, y en parte le transforma: que es lo que en rigor se llama sentido acomodaticio.

No le reprobemos ni despreciemos, puesto caso que la Iglesia le usa en su liturgia, mas usemos de él con prudencia. «Para ser buena y correcta la acomodación, ha de ir basada en el sentido literal, jamás en un contrasentido ó en un hecho inexacto; ni tampoco en un texto incompleto ó en un relato mutilado, siempre que de mutilar este á truncar aquel se induzca á los fieles á error sobre el texto bíblico.» Quizá me repliquéis que esa regla muchas veces fracasa y que no pocos contrasentidos, inexactitudes y violencias, como decía S. Francisco de Sales, se hallan en las

obras de los Santos Padres y predicadores célebres. Pues no los imitéis en eso; que no os los he propuesto por modelos para que reproduzáis sus imperfecciones.

Para entender bien el sentido literal, que debe guiarnos en el uso de la Escritura, no olvidéis que muchas palabras de la Vulgata traducidas del hebreo tienen diferente sentido en esa lengua que en el latín ordinario, pongo por caso: *verbum, virtus, veritas, iudicium, justitia, peccatum, mendacium*, y muchas otras; que ciertas locuciones no han de tomarse al pie de la letra, por ejemplo: *Jacob dilexi, Esau odio habui*, cuyo sentido es puramente comparativo, y no exclusivo; que deben tenerse en cuenta giros y locuciones propias del hebreo, y no buscar razones profundas y misteriosas en ciertos hebraísmos conservados en la Vulgata; que se ha de examinar el contexto, para que, libres de toda idea preconcebida, sólo veamos en el pasaje bíblico lo que hay, y no lo que se quiere ver. En resumen, «sed fieles á las reglas de exégesis, pero sobre todo no abuséis de agudezas. Al citar la Escritura, tratad de darle su verdadero sentido, literal ó legítimamente acomodado; para ello, hay que saber dudar y averiguar.» Así habla el autor de un excelente librito, en el cual van inspirados los consejos que acabo de daros, y cuya

lectura os recomiendo. Titúlase *Les contre-sens bibliques des prédicateurs*, por el P. Bainvel, S. J.

Aunque las citas de la Escritura sean útiles, y aun necesarias, no recarguéis de ellas el discurso. Ligadlas hábilmente entre sí, de manera que formen un solo cuerpo de pruebas en apoyo de vuestra enseñanza. Fundidlas tan bien en vuestra argumentación, que no resalten, aunque se eche de ver que os servís de la palabra de Dios. Evitad sus repeticiones en esa especie de estribillos que asemejan el discurso á un cántico piadoso. Mas sobre todas cosas, no abuséis de ella para retruécanos, gracejos y agudezas que tan mal sientan en una persona sagrada. Por fortuna se ha desterrado casi enteramente del púlpito ese abuso, contra el cual levantaron su voz los Padres del Concilio de Trento. Extirparle de vuestras conversaciones, para no exponeros, en la predicación, á las desagradables sorpresas de una mala costumbre.

Al testimonio de la Escritura sigue el de los Santos Padres, autores eclesiásticos, teólogos, especialmente los honrados por la Iglesia, con el título de Doctores. Son los principales órganos de la tradición y como heraldos de la Iglesia en la enseñanza del dogma y de la moral cristiana. Exclama La Bruyère: «¡Padre de la Iglesia, Doctor de la Iglesia, qué nombres!—¡Qué consuelo para

quien ama la religión, verla crecida, sostenida y explicada por tales genios! Pero, por favor, no acumuléis sus testimonios en fastidiosas y ridículas enumeraciones: *Enseña S. Basilio;—y San Juan Crisóstomo lo confirma en estos términos;—San Ambrosio está de acuerdo en este punto;—por otra parte San Agustín nos dice;—no omitamos al Angel de las Escuelas; etc.....* ¿No fuera mejor soldar los textos que alegáis sobre el mismo punto de doctrina, procurando disponerlos en hábil progresión? Tendríaís un buen medio de justificarlos y de revelar su autoridad á vuestro auditorio.

¿Pueden citarse autores profanos?—Indudablemente escogiendo las citas. Los sabios, eruditos y literatos célebres han escrito notables páginas que pueden invocarse cual homenaje del talento y del ingenio á la verdad católica. Los mismos heterodoxos han hecho confesiones que importa realzar, y los gentiles de quienes dice San Pablo que llevaban la ley eterna gravada en sus conciencias (1), nos han dejado palabras edificantes y bellas máximas que conviene asociar á los preceptos y consejos de la moral evangélica. Sin embargo, observad justa medida; evitad ciertos alardes de erudición, que, por los nimios y afectados, pudieran sonar á pedantismo.

(1) Rom., II, 14, 15.

A los testimonios añadid ejemplos. Presentados con elocuencia, ejercerán sobre las almas tal vez mayor poder de atracción que la palabra: *Verba movent, exempla trahunt*. Tomadlos con preferencia de la Escritura y de la vida de los Santos. Pero no os prohibo ciertos rasgos históricos que, sin carácter de heroica santidad, pueden despertar en las almas sentimientos nobles y excitarlas á grandes y generosas acciones. Cuidado con citar por hechos, invenciones de vuestra fantasía, convirtiendo la cátedra de verdad en escenario de farsas.

Testimonios y ejemplos confirman las pruebas y adornan el discurso; mas aun quedan á vuestra disposición como adorno las comparaciones, contrastes, descripciones, pinturas y cuadros de costumbres.

Sean siempre las comparaciones justas, los contrastes salientes, y las descripciones sobrias. Dicen que toda comparación cojea: *Omnis comparatio claudicat*. A pesar del proverbio, someted las vuestras á una ortopedia literaria tan rigurosa, que no se eche de ver en ellas flaco alguno. Emplead el género descriptivo para interesar, no prodigándole, so pena de entretener sin instruir ni mover á las almas. Las pinturas y cuadros de costumbres, son arte necesario y popu-

lar, pero difícil y peligroso. Peligroso para el orador, que, deseando á todo trance ser sincero y exacto, más de una vez se excede en detalles que debiera omitir; peligroso para el oyente, que se escandaliza de ver una persona consagrada á Dios demasiado al corriente de cosas á que debiera ser extraño. Tales descripciones si no van basadas en sólidos principios, resultan inútiles, resbaladizas y hasta perjudiciales. «¡Quién nos diera la pintura moral de los Santos Padres y de nuestros clásicos maestros, exacta y animada, delicada y en ocasiones profunda, pero clara y popular, sin refinadas sutilezas ni maligna satisfacción para las miserias de la naturaleza corrompida; honesta en medio de cierto naturalismo, hoy extremado para nuestras costumbres, menos sencillas á medida que son menos puras; siempre cristiana, sobrenatural, apostólica, á su vez cauterizando con hierro candente al vicio, pero jamás acariciándole con el pincel! Nunca los próceres y glorias de la elocuencia sagrada prescindieron del análisis del corazón. A él dedicaron Bourdaloue su penetración pasmosa, Bossuet su precisión enérgica y dramática en extremo, San Agustín su finura y bondad, San Crisóstomo su intrepidez apostólica, el mismo divino Salvador aquella sin igual energía hermanada con divina moderación. Deplorable sería malversar las dotes que al

efecto se posean, sustituyendo la pintura seria y saludable, que habla al alma, con ciertos cuadros de imaginación y sentimentalismo, capaces á lo más de ofrecer un rato de distracción á cabezas ligeras y corazones enervados. (1). No seamos pusilánimes hasta el punto de callarnos sobre desórdenes que urge señalar, pero vaya templada nuestra franqueza apostólica con delicada prudencia y gran pureza de intención.

Indicados los elementos que han de entrar en la composición y ornato del discurso, veamos como le habéis de vestir. Su ropaje es el estilo: un discurso bien concebido, pero sin estilo, parece á una mujer rica de preciosas telas, encajes y preseas, que ignora el arte de lucirlo disponiéndolo con gusto: es un haz de preciosidades sin orden ni concierto.

Aprended á escribir, y á escribir bien, os he dicho al hablaros del cultivo de la palabra, é insisto en el consejo; son indispensables corrección, pureza, claridad, sobriedad y propiedad de estilo á quien quiera hacerse escuchar. ¶

Corrección ante todo. Las faltas de lenguaje perjudican á las ideas. Hay pocas personas que las disimulen para atenerse á la parte sólida del discurso. En general, el oyente mal impresionado

(1) LONGHAYE, *La Prédication*, 2.^a parte, II, 1, § 3.

con dificultad atiende á quien lastima su oído y su buen gusto. Por más que hagáis para interesarle con ideas exactas y consideraciones elevadas, como se persuada que no sabéis hablar, ha de concluir, fatalmente que no sabéis discurrir.

Amén de la corrección, pureza. Hablad la hermosa lengua castellana. No la corrompáis con extraños vocablos y neologismos y esa especie de jerga que la baja literatura pone en voga. No vayáis á buscar, en obras modernas que ostentan menosprecio de las puras tradiciones literarias, frases artificiales, giros extravagantes, chocantes creaciones de palabras, combinaciones y construcciones que desfiguran la idea hasta hacerla abigarrada y á veces incomprensible. No frecuentéis la lectura de autores decadentes que, por ser nuevos, tórnanse bárbaros, y creyendo ser amenos, dan en ridículos, y pretenden enriquecer la lengua deshonrándola. Si conviene conocerlos para detestarlos, es peligroso mantener asiduo comercio con ellos: os exponéis á resabiaros de literarias impurezas, que sin daros cuenta, se introducirán en vuestra manera de hablar. Leed los buenos y castizos autores, maestros de la lengua, y sin remendar su estilo, procurad imitar su pureza.

Sed claros, usad las expresiones y giros que mejor os den á entender, pues hay gran trecho de la confusión á la profundidad.

Natural compañera de la claridad es la sobriedad. Incorre en grave defecto quien, engreído de su estilo, prodiga colores, flores é imágenes, olvidando que desarrollar un pensamiento, no es desleírle, y que la intemperancia de estilo le debilita y hace insulso. Para conservarle toda su fuerza y sabor, decid lo preciso, y nada más. Evitad con esmero el lujo de epítetos. Dice Quintiliano que «cuando se recarga de epítetos el estilo, viene á ser este cual batallón compuesto de tantos ayudantes y bocas inútiles como soldados. Duplícase el número, más no la fuerza.»

Además de correcto, puro, claro y sobrio, debe el estilo ser apropiado á las ideas que se desenvuelven, á los sentimientos que se expresan, y al efecto que se intenta producir. Oid lo que, sobre el particular, encargan los maestros: «Aquel, según Cicerón, es elocuente que sabe decir en estilo llano las cosas poco importantes, en estilo templado las que lo son más, en estilo elevado y sublime las cosas grandes: *Is igitur erit eloquens qui poterit parva submisse, modica temperate, magna granditer dicere*» (1). Como quiera que se habla para instruir, agradar y persuadir, el estilo sencillo es bueno para instruir; el estilo algún tanto adornado, para agradar; y el grandioso, realzado y sublime, para tocar, conmover y ele-

(1) *De Oratore.*

var las almas. Pero cuidado: un estilo siempre elevado, solemne, adornado ó florido, es vicioso. «Todo cuadro necesita sombras para que resalten los colores» (1). La afectación en el estilo molesta á las personas de buen gusto que desean expresión natural como la verdad. Cuanto al sublime, él de suyo se impone, bajo la impresión de una gran idea ó de una fuerte pasión; sus visitas son raras; dejadle venir. Si le buscáis, corréis inminente peligro de dar en ampulosos.

Bajo otro aspecto considerada la propiedad de estilo es cosa más personal. Quiero decir que vuestro estilo no ha de ser colección de pasajes ó trozos de autores favoritos ni remedo más ó menos feliz de sus giros y artificios de lenguaje. Ha de ser *vuestro*, ó seáse, la expresión propia y original de vuestra alma, de vuestro modo de concebir las ideas, de ver y comprender la verdad, de adoptar las imágenes, de recibir el impulso de las pasiones, de sentir el divino imán de la gracia, fuente única y fecunda de la elocuencia sagrada.

Resumo los consejos que acabo de daros, en estas palabras de Cicerón: «Necesario es instruir, suave el deleitar, pero mover y doblegar voluntades es el summum de la elocuencia: *Docere ne-*

(1) CICERÓN, *ibid.*

cessitatis est, delectare suavitatis, movere seu flectere victoria est» (1). San Agustín las comenta por extenso en su libro *De Doctrina christiana* (2); y pueden servir de regla general para la composición y ornato del discurso.

Más que nada, proponeos instruir, esto es, dar á conocer las altas, profundas, santas y saludables verdades cuyo heraldo es el apóstol. Así os lo manda el Salvador: *Euntes docete*. Pero tened entendido que el púlpito no es una clase. Suele ser vicio de jóvenes que salen de los estudios darse á cierto género razonador y puramente demostrativo. Sus discursos parecen esqueletos sin carne y sangre. Mirad, como nota San Agustín, que no todos tienen el gusto de la verdad á secas, y que, para dulcificarla, ocupa lugar distinguido en la elocuencia el arte de agradar (3).

Con todo, no os dejéis arrastrar del prurito de deleitar á vuestros oyentes con los encantos de la palabra. Ya se que es gusto del siglo, no sólo aficionado á los adornos de elocuencia, sino también ávido de singularidades. No busca más

(1) *De Oratore*, 21.

(2) *De Doctrina christiana*, IV.

(3) «*Propter eos igitur quibus fastidientibus non placet veritas, si alio quocumque modo, nisi eo modo dicatur, ut placeat et sermo dicentis, datus est non parvus etiam in eloquentia locus.*» (De Doctr. christ. IV, XIII).

que novedad. «Venga algo nuevo,» decía un flamante sacerdote á un orador llamado para pronunciar el panegírico de Juana de Arco en una insigne catedral. «Siempre estamos con lo mismo: no salen de Domremy, Orleáns, Reims, Ruan; idilio, epopeya, triunfo, martirio, brazo de Dios en los destinos de Francia, etc...., ¿No podríamos acabar ya con esas antiguallas?»—«Sí por cierto, respondió intencionadamente el orador: con decir que Juana de Arco nació en Saint-Flour, que derrotó al gran Turco y que murió en Burdeos, ahogada en el Gironda, todo estaba renovado. Cosa en que no puedo servir á V., con tanto sentimiento.» A esta réplica enmudeció el joven clérigo, y el predicador pudo, si desagradar al auditorio, contar y comentar la vieja y verdadera historia de Juana de Arco.

No; no es que hayan de decirse cosas nuevas; basta, para agradar, exponer de modo nuevo, en lo posible, las antiguas y eternas verdades que el cristiano debe conocer y practicar. Sed innovadores de forma, no de doctrina (1).

Repito que no cedáis al desmedido empeño de gustar. Entiende Cicerón que la elocuencia es nula, si no excita admiración y sorpresa: *Eloquentia quæ admirationem non habet, nullam ju-*

(1) «Cum dicat nove, non dicat nova.» (S. Vicente de Lerins, in *Commonitorio*).

dico» (1). Por mi parte, creo que un varón apostólico puede, sin buscarlo, admirar y sorprender, con sólo estar bien poseído de las verdades que predica. Pero la admiración y la sorpresa en alto grado son raras. Lo que sobre todo habéis de procurar es la íntima, dulce y tranquila satisfacción de un alma que recibe la verdad que se le predica y se resuelve á ponerla en práctica. Natal Alejandro fustiga sin compasión á los oradores que inmoderadamente cultivan el arte de agradar. No me atrevo á traducir sus palabras, traducirlas vosotros mismos: *Longe a sancti Augustini regulis ac præceptis recedunt concionatores illi, qui delectandis duntaxat auditoribus dant operam, adulteris similes, qui voluptatem quærunt, non prolem, adulterantes verbum Dei*» (2). Suponiendo que hayáis entusiasmado al auditorio y merecido sus elogios, ¿es ese por ventura el fin de la predicación? «¿Para que sirve, pregunta San Agustín, una llave de oro si no abre la puerta de las almas? ¿Qué importa sea de palo, si franquea el misterioso santuario donde habéis de tocar los corazones y rendir las voluntades?» (3).

Ved ahí el sumo fin de la elocuencia sagra-

(1) *De Oratore*.

(2) *Institutio concionatorum*, IV, § 22.

(3) «*Qui prodest clavis aurea, si aperire quod volumus non potest? Aut quid obest clavis lignea, si hoc potest, quando nihil queramus, nisi, patere quod clausum est*» (De *Doctrina christi*, IV, 11).

da; el obligado blanco de vuestro celo y esfuerzos. Reanimar la fe, confirmarla, exaltarla, levantar sobre todas las cosas de este mundo, aspiraciones, deseos y esperanzas, encender en los corazones el sagrado fuego del amor de Dios y del prójimo, hacer odioso el pecado, amable la virtud, decidir, en una palabra, á los oyentes por vosotros instruidos á ser en algo mejores y más perfectos, tal es el fin práctico á que ha de ordenarse cada parte de vuestro discurso. Para asestar el último golpe á las almas, vuestra peroración, recapitulando en tono vivo é interesante las verdades que hayáis expuesto, hará un vigoroso, patético y supremo llamamiento á las voluntades que es preciso reducir: *Flectere victoriæ est.*

Por bien compuesto podéis tener el discurso, si después de escucharle, no se contenta el oyente con decir: ¡gran talento! ¡brillante palabra!; sino que deplorando sus errores y pecados, exclama en su interior:—¡Me siento confundido, compadeceos, Señor, de mi miseria! ¡Cuán grande es la religión, y cuán bella la virtud! ¡Amemos á Dios sobre todas las cosas! ¡Qué es la vida sino sombra fugitiva y rápido tránsito? ¡Vayamos en busca de la luz y de la patria! ¡Dirijámonos al Cielo!....

CAPÍTULO IX

PASIONES Y CONVENIENCIAS ORATORIAS

Meta es de la elocuencia sagrada, en el trabajo y composición del discurso, impresionar y mover las almas, y dominar las voluntades someténdolas al yugo de la verdad divina y decidiéndolas á la práctica de las virtudes cristianas. ¿Y cómo conseguir esto, si el orador no habla con pasión á las pasiones? La principal de estas en un varón evangélico es el amor de Dios y en consecuencia el celo de su gloria y del bien espiritual del prójimo. Esta pasión dominante, inspirada y guiada por el Espíritu Santo, invade, penetra, agita y exalta todas las demás, y las hace hablar con elocuencia insuperable.

Todo hombre de verdad apasionado, si tiene el don de la palabra, puede conmover y apasionar. Pero, como muy bien nota Fr. Luis de Granada: «de los movimientos relativos á diferentes pasiones del ánimo, unos son propios del orador profano, y otros del predicador evangélico. Aquel se

da; el obligado blanco de vuestro celo y esfuerzos. Reanimar la fe, confirmarla, exaltarla, levantar sobre todas las cosas de este mundo, aspiraciones, deseos y esperanzas, encender en los corazones el sagrado fuego del amor de Dios y del prójimo, hacer odioso el pecado, amable la virtud, decidir, en una palabra, á los oyentes por vosotros instruidos á ser en algo mejores y más perfectos, tal es el fin práctico á que ha de ordenarse cada parte de vuestro discurso. Para asestar el último golpe á las almas, vuestra peroración, recapitulando en tono vivo é interesante las verdades que hayáis expuesto, hará un vigoroso, patético y supremo llamamiento á las voluntades que es preciso reducir: *Flectere victoriæ est.*

Por bien compuesto podéis tener el discurso, si después de escucharle, no se contenta el oyente con decir: ¡gran talento! ¡brillante palabra!; sino que deplorando sus errores y pecados, exclama en su interior:—¡Me siento confundido, compadeceos, Señor, de mi miseria! ¡Cuán grande es la religión, y cuán bella la virtud! ¡Amemos á Dios sobre todas las cosas! ¡Qué es la vida sino sombra fugitiva y rápido tránsito? ¡Vayamos en busca de la luz y de la patria! ¡Dirijámonos al Cielo!....

CAPÍTULO IX

PASIONES Y CONVENIENCIAS ORATORIAS

Meta es de la elocuencia sagrada, en el trabajo y composición del discurso, impresionar y mover las almas, y dominar las voluntades someténdolas al yugo de la verdad divina y decidiéndolas á la práctica de las virtudes cristianas. ¿Y cómo conseguir esto, si el orador no habla con pasión á las pasiones? La principal de estas en un varón evangélico es el amor de Dios y en consecuencia el celo de su gloria y del bien espiritual del prójimo. Esta pasión dominante, inspirada y guiada por el Espíritu Santo, invade, penetra, agita y exalta todas las demás, y las hace hablar con elocuencia insuperable.

Todo hombre de verdad apasionado, si tiene el don de la palabra, puede conmovier y apasionar. Pero, como muy bien nota Fr. Luis de Granada: «de los movimientos relativos á diferentes pasiones del ánimo, unos son propios del orador profano, y otros del predicador evangélico. Aquel se

propone casi siempre excitar los espíritus á compasión é indignación; mas el predicador trata ordinariamente de reducirlos al amor de Dios, esperanza en su misericordia, temor de sus juicios, aborrecimiento del pecado, saludable tristeza, alegría espiritual, estima y admiración de las cosas divinas, menosprecio de sí y del mundo, humildad de corazón y abyección de espíritu (1).

He ahí lo que debéis recabar de vuestros oyentes, y no lo conseguiréis sin que el amor de Dios y de las almas hiera vivamente en vosotros las cuerdas sensibles de la admiración, ternura, compasión, esperanza, deseo, audacia, indignación, tristeza y gozo. Los libros sagrados, particularmente los Salmos, Profetas y Epístolas de San Pablo, ofrecen sublimes acentos de la lira humana, á impulso de la soberana y sobrenatural pasión de amor y celo. Estudiadlos, y procurad imitarlos.

Entonces hablaréis con pasión de las grandes verdades de la fe. Os mostraréis tan convencidos de su divina autoridad, y tan poseídos de su trascendencia, orden, armonía y belleza, que vuestros oyentes, igualmente persuadidos, pasarán de la admiración al entusiasmo, y de este al noble y santo orgullo de la fe, que da al alma cristiana valor para desafiar las olas de las contradicciones y

(1) *Rhetorica ecclesiastica*, V, XIII, § 5.

desprecios é intrepidez para confesar públicamente sus creencias.

Hablaréis con pasión de la bondad y de los beneficios de Dios, del infinito amor manifestado en la encarnación de su Hijo y en todos los misterios do resplandecen las perfecciones, dignación y ternura del Verbo redentor, y obtendréis de los corazones movidos con finezas de tan gran Dios á sus humildes criaturas, un himno de adoración y amor agradecido.

Hablaréis con pasión de la fealdad del pecado é ingratitud del pecador, del triste y lamentable estado del alma despojada de la gracia y mortalmente herida en sus fuerzas vitales, del tiránico imperio y esclavitud de los malos hábitos, de los vicios que envilecen nuestra noble naturaleza nivelándola con los irracionales; y produciréis en las almas pecadoras tempestad de dolorosa indignación, confusión y odio, que se resolverá en firmes y valerosos propósitos.

Hablaréis con pasión de la divina justicia, de la extraña y temeraria seguridad de los que especulan sobre su dilación y parece creen en su eterno sueño. La mostraréis despertando, armada de infinita intuición para sondear entrañas y corazones, de implacable rigor llegada su hora suprema, de sumo poder que con eternos y espantables suplicios castigará el crimen de impenitencia final. Os

responderá la pasión del temor con angustiosas voces, y al temor sucederá ferviente deseo de prevenir con la penitencia el juicio y los enojos de un Dios vengador y justiciero.

Hablaréis con pasión de la inagotable misericordia que aguarda al pecador, va á su encuentro y le sigue por todas las sendas de sus extravíos. Mostraréis esa misericordia abrazando á la justicia en el árbol sangriento de la cruz. Hablarán los dolores, llagas y sangre del Salvador. Se oirán los gemidos y tiernos llamamientos de su corazón á las almas endurecidas, desalentadas, prontas á desesperarse; y en ese corazón ofreceréis á ingratos y pródigos guardada renazcan á la esperanza y gusten las delicias del perdón.

Hablaréis con pasión de los odios, perfidias y poder del perpetuo enemigo del género humano, el demonio; descubriréis sus lazos y tentaciones; denunciaréis á su abonado y pérfido satélite de iniquidad, el mundo, con su espíritu, máximas, escándalos y seducciones; perseguiréis, en el abismo de la naturaleza humana, las inclinaciones y perversos instintos que de cómplices les sirven; y así, provocaréis en el alma cristiana profunda y constante aversión que la mantenga alerta y en armas contra los infatigables enemigos de su perfección y salvación eterna.

Hablaréis con pasión de la belleza y atracti-

vos de la virtud, ennoblecida y santificada por la gracia de Dios, de las dulces y gloriosas satisfacciones que procura al alma, de su imperio sobre los corazones, de sus saludables influencias en la sociedad, y también de los sacrificios que impone á quienes la desean grande, perfecta ó heroica. Pero especialmente hablaréis con pasión de la divina caridad, que del Cielo recibe inspiraciones y en raudales de beneficios se difunde sobre todas las miserias de alma y cuerpo. Con eficaces estímulos fomentaréis los puros afectos, deseos nobles y santas energías, concentrándolos en la pasión, única y suma, de *bien obrar*.

Hablaréis con pasión de los males y tristezas de la presente vida, de la insuficiencia, fragilidad é insubsistencia de los míseros goces que en este mundo ansiamos. Reanimaréis los corazones que languidecen y sueñan por las criaturas, revelándoles el mundo mejor á donde nos llama y espera el Sumo Bien, fin de todos los males, plenitud de todo goce, eternidad de toda dicha, recompensa magnífica y superabundante de toda virtud y mérito. Por ende inspiraréis al alma pena de su destierro, desprecio de las cosas de este mundo; y todas sus esperanzas y deseos realizarán un sublime *sursum corda*.

En fin, sea cual fuere el asunto que tratéis,

hablad con todas vuestras pasiones á las de vuestro auditorio.

Alguno me dirá: ¿Cómo es posible apasionarse en la composición del discurso, estando solo? Concíbese que el orador, en presencia de atenta muchedumbre, se esfuerce á conmoverla y en patéticos acentos le devuelva el eco de su atención y emociones. Mas en la soledad y silencio de la celda ó gabinete, difícil es evocar pasiones delante del vacío.

No hay tal cosa: el vacío lo podéis llenar, y poblar la soledad, y transformar el silencio en animada conversación. Ya os he dicho en el capítulo sobre el *Don de la Palabra*, que «un hombre de viva imaginación y alma verdaderamente apasionada podía representarse su futuro auditorio, verle, hablarle escribiendo, conversar con él, adivinar sus impresiones y utilizarlas para enardecer su discurso.» Hay un hombre eterno y universal cuyas necesidades, miserias y pasiones debéis conocer; hay también un hombre de vuestro tiempo á quien conocéis empeñado en formidable lucha de errores, prejuicios, ilusiones, seducciones y escándalos, que ponen en riesgo su virtud y su fe, si ya no le han causado mortales heridas. Pues ese hombre eterno y universal, ese hombre de vuestro tiempo, es el que debéis evo-

car y vivificar á vuestros ojos. Miradle de alto á bajo; sometedle á vuestra palabra; cuidad que no huya y se extravíe, llamadle á su interior, y allí, ponedle en presencia de sí mismo y habladle como el Apóstol quiere que se hable: *Insta opportune, importune, argue, increpa, obsecra* (1). No hay, dice un santo abad, predicación más provechosa que esta: *Nulla prædicatio mihi salubrior videtur quam illa quæ hominem sibimet ostendat et foras extra se sparsum in interiori suo, hoc est in mente restituat, atque eum coarguens quodam modo depictum ante faciem suam statuat* (2).

Si me preguntáis como puede expresarse la pasión, os contestaré que de muchas maneras. Hay orador que pone toda su pasión en un razonamiento que vive, se mueve, progresa, se precipita, triunfa y comunica á los que le oyen su profunda convicción. Era, como hemos visto, el modo de Bourdaloue. Otro, como Bossuet, emplea su bella imaginación en pintar las cosas al vivo y darles marcado relieve. Tiene el entusiasmo de la verdad y la virtud, y ese entusiasmo se desborda en magníficos vuelos de su pensamiento, poesía, pompa y sublimidad de lenguaje. En

(1) II Tim., IV, 2.

(2) GUIBERTO, abad de Nogent (tratado *Quo ordine sermo fieri debeat*).

general, y para cuantos hablan en público, se expresa la pasión con exclamaciones, invocaciones, ironía, amenazas, apóstrofe, interrogación, encarecidas instancias, deseos vivamente expresados, súplicas y tiernas adjuraciones.

Pero observad que las exclamaciones é invocaciones demasiado multiplicadas son de mal gusto y se enervan prolongándose; que nada hay más ridículo que una evocación ó prosopopeya mal traída y sin preparación en el discurso; que la ironía, para no lastimar, ha de ser prudente y circunspecta y aludir más á cosas que á personas; que la amenaza os dará aspecto de un furioso, si no es grave y muy basada en la autoridad de Dios, único que no amenaza en vano, porque sólo El es omnipotente.

Cuanto á la interpelación ó apóstrofe é interrogación, contadlas entre los más poderosos recursos pasionales. Os acercan á vuestro auditorio y traban entre vosotros y él una especie de singular combate que da por resultado apoderaros de las almas, y hacerlas pensar, sentir y querer con vosotros y como vosotros. Aunque no hubieseis de conseguir esa completa victoria, tened por cierto que interesaréis y animaréis á vuestros oyentes. «La interrogación y respuestas adyacentes son, dice Granada, como diálogo que hace que los ánimos, en vez de cansarse, cual suele su-

ceder, siguiendo el hilo de un discurso impetuoso, hallen agradable alivio en esa variedad. Reanima también su atención, pues, oyendo las dudas y objeciones que el predicador á sí mismo se propone, se le identifican en las mismas dudas y reparos, y con expectación aguardan la respuesta, dejándose por ende atraer y ganar» (1).

Aun más que el apóstrofe y la interrogación, suelen mover y cautivar las almas los deseos expresados con viveza, las eficaces instancias, ruegos y adjuraciones. Es la pasión que sale del corazón para hablar á corazones; es el amor que se va en busca de amor. ¿Cómo no han de sentirse las almas profundamente conmovidas, viendo cuán de verdad las queréis, oyendo los amorosos llamamientos y súplicas de quien en cierto modo se postra ante ellas para pedirles que vuelvan á Dios, se den á El, y en El busquen paz, gozo, honra y gloria, y todos los verdaderos bienes del tiempo y de la eternidad? El amor divino, cuyos acentos perciben y cuyos efluvios sienten en la pasión capital que os anima, triunfa de sus resistencias con más seguridad que el razonamiento más vigoroso y la más espléndida amplificación oratoria. Hacer sentir á las almas que las amáis con pasión, es la última palabra de la elocuencia, la voz del arpa santa

(1) *Rhetorica ecclesiastica*, V, XIII, § 5.

que adormece los malos instintos, infunde en los corazones ternura y docilidad en las voluntades.

Si queréis, pues, ser escuchados, hablad con pasión. Mas no olvidéis que las pasiones oratorias deben ir reguladas por las conveniencias de persona, cosa, tiempo y lugar.

De persona, comenzando por el orador. «No hay elocuencia, dice San Agustín, si no es conveniente la persona del orador: *Nec jam dicenda est eloquentia, si personam non congruat eloquentis*» (1).

La primera conveniencia del orador cristiano es que se muestre cual debe ser: apóstol y varón de Dios.

No es apóstol el predicador que sólo se preocupa de sus miserables condiciones exteriores: rostro agradable y acicalado, manos finas y elegante acción, voz simpática y amanerado énfasis de ciertas frases y palabras, es todo un equipaje oratorio. Agrada á los mundanos y señoras ídem, y en cambio extraña y contrista á los oyentes cristianos de veras.

Otro tiene pensamiento claro y terso, sin llegar á sublime. Le viste con decencia, y alguna vez con lujo. Su palabra elegante y armoniosa halaga al oído; se le oye con gusto y él se admi-

(1) *De Doctr. christiana*, VI.

ra en su auditorio que le sirve de espejo. ¡Infeliz! En su vanidad ha recibido el premio.

Aquel otro baila en la maroma de una proposición arriesgada, sin curarse de que á ambas partes tiene abiertos los abismos del error. Frases aventuradas le hacen inclinar á derecha é izquierda; y una palabra feliz le vuelve al equilibrio. Divierte, emociona, y en resumen, su fruto es.... vilipendio de la palabra de Dios.

Tal otro quiere á todo trance, por fas ó por nefas, producir efecto. Hincha, exagera, disfraza la verdad con excentricidades de mal gusto que emboban á simples y necios, mientras él deprava á satisfacción sus ricas facultades.

El de más allá, ensimismado y engolfado en las bellezas que contempla, se encumbra y cierne sobre su auditorio. Causa admiración su vuelo majestuoso y amplio talento. De vez en cuando, piérdnle de vista, y aguardan que descienda, y celebran su aparición. Es un hermoso pájaro. Quiera Dios no se pierda en los altos desiertos de la vanagloria.

Con todo encarecimiento os suplico, oradores cristianos, que no seáis ninguno de estos; sed apóstoles.—El apóstol sólo ve en sí mismo un hilo frágil y vulgar de que el Padre se sirve para atraer las almas á su Hijo. Explota con ardor, en pro de su obra santa, todos los dones de la na-

turalidad y de la gracia. Amor de Dios y de las almas, es su eterna divisa; glorificar á Dios, salvar, perfeccionar, santificar las almas, es su fin: á él va resueltamente y con absoluto olvido de sí propio. Es viento, no se ve, y sin embargo agita, refresca, estremece y arranca. Es luz, no se ve, y ella ve todas las cosas. Es calor, no se ve, y penetra, anima y enardece la sangre. Es electricidad, no se ve, y pulsa los nervios, y al organismo imprime conmociones que le rinden. Si le aclaman hombre de Dios, es para ir á parar al Dios de ese hombre, y más amarle y servirle.

Ved ahí lo que debéis ser y parecer, si habéis de ejercer dignamente el ministerio de la divina palabra. Poco da que estéis rica ó medianamente dotados por naturaleza. Acomodaos á las fuerzas de que disponéis, y no violentéis vuestros recursos. Si os halláis capaces de vestir fuerte armadura, tomadla norabuena; mas si os pesa, contentaos con zurrón y cayado. Lo mismo se derriba al Filisteo con la honda de David que con la espada de Saúl, cuando se combate únicamente por Dios, por su gloria y bajo su santa guarda. El apóstol que cuenta con reducidos medios, no se empeña en excederlos; lo que dice no pasará de ordinario, pero será bueno, entrañable, piadoso, racional, perfectamente inteligible y propio para enseñar, edificar y hacer bien á las almas. Si os

obstináis, queridos míos, en trabajar á lo grande, y (como neciamente se dice) poner vuestra predicación á la altura de los adelantos modernos, os expondréis á decir sandeces que nadie entienda, ni menos vosotros entenderéis.

Examinadas las conveniencias oratorias en la persona del orador cristiano, consideradlas en la persona de sus oyentes. «No á todos convienen los mismos discursos, dice San Gregorio Magno; y hay que adaptar la palabra á las cualidades de los que escuchan: *Non una eademque exhortatio cunctis congruit. Pro qualitate audientium, formari debet sermo doctorum.*» A continuación de este aviso, pone el santo Doctor una larga enumeración de personas á quienes aplica treinta y seis admoniciones, que útilmente podréis leer en la tercera parte del tratado que intitula: *Liber curæ pastoralis*. Apuntaré aquí las más importantes.

Mirad, en primer lugar, que la inmensa mayoría de los auditorios se componen de gente sin ilustración, de medianías, entre las cuales hay algunos buenos talentos en general poco cultivados bajo el aspecto religioso. Todos ellos necesitan palabra clara y enseñanza muy comprensible. Atemperaos á su fuerza intelectual y á su cultura religiosa, y no os elevéis más: *Imperitis altiora præ-*

dicari non debent, quam eorum captus et vires ingenii ferant (1).

Pero tenéis más altas ambiciones y me replicáis, con ciertos hombres que buscan en la palabra pública la satisfacción de su amor propio, más que la utilidad del auditorio: «En un siglo de ciencias, la predicación debe ser científica.» No lo creáis: el siglo XIX no ha dado al vulgo de las inteligencias la virtud de comprender, mejor que las generaciones precedentes, las verdades religiosas; y los retazos de ciencia humana con que zurcís vuestros discursos no los harán más inteligentes. Sucede con la predicación científica lo que con la música de igual género, que fastidia al común de los mortales. Allende esto, el predicador se expone á risibles *qui pro quo*; y os voy á referir dos casos.

A un joven religioso, que acababa la carrera, le dió por hablar, con gran aparato de demostraciones escolásticas, del oficio de la humanidad de Jesucristo en las operaciones teándricas. Después del sermón se le acercó una vieja, diciendo: «¡Qué bien ha hecho V., Padre, en predicar de la humanidad á toda esa gente! Corremos unos tiempos en que no hay humanidad con nadie.»

Otro se metió en Fisiología, y fijándose con

(1) NATAL ALEJANDRO, *Institutio Concinatorum*, VIII, n. 13.

especialidad en la celda típica (célula) de donde pretende el materialismo sacar todas las cosas, halló modo de sacarla él á relucir en la mayoría de los sermones, hasta que una beata de su devoción llegó á decir con aire de entendida:— «Este sí que es religioso y tiene amor á la celda! No se le cae de los labios.»

Por cándido ó vanidoso, suele el amigo de la oratoria científica recibir bastante moneda falsa en pago de sus inútiles tareas.

No vayáis á creer con esto que yo proscribo lo que en verdad puede llamarse predicación científica. Hay auditorios excepcionales, compuestos en su casi totalidad de personas inteligentes é instruidas á quienes aquella puede aplicarse. Pero al suministrarles doctrina religiosa más elevada, más profunda y completa, guardaos de hacer temerarias digresiones por el vasto campo de las ciencias humanas, que ellos conocen mejor, y de exponeros así á que piensen de vosotros pobremente. Basta que al oiros, se convenzan de que no ignoráis las objeciones con que se arma la ciencia profana frente á la verdad católica, y de que sabéis resolverlas y sobre todo poseéis á fondo vuestra ciencia peculiar, la ciencia sagrada, contra la cual se revela su razón sólo porque no la han estudiado seriamente. Aun desplegando en altas y sólidas consideraciones todos los recursos de vuestro sa-

ber, tened en cuenta la inexperiencia religiosa de los que os oyen, por inteligentes que sean, no entréis en disputas de escuela, que traen divididos los pareceres y opiniones de los teólogos (1). Por el contrario, hablando á un auditorio modesto, no creáis que os agradecerán el que abajéis hasta lo trivial vuestros pensamientos, imágenes y lenguaje. Este proceder lo explican por señal de desestima ó menosprecio. Los que se alimentan de pensamientos bajos y vulgares, como los que hablan mal, no son, no, insensibles á los atractivos de una enseñanza que los perfecciona y de una palabra que lisonjea sus oídos.

Excuso advertiros que, en muchas materias, predicación que conviene á reuniones de hombres y de mozos no conviene á las de mujeres y doncellas; que los que van por la senda de los consejos evangélicos no han de ser tratados como los que penosamente se arrastran por la vía de los divinos preceptos; y por fin, que debéis atender á las diferentes condiciones sociales de vuestro auditorio. Sobre este último punto os haré una importante advertencia.

(1) «Subtiliores quæstiones apud imperitam multitudinem ne attingat, aut theologicis ratiocinationibus e schola petitis, quas pauci intelligunt, concionem impleat. Profundiores quæstiones premet silentio et scholarum disceptationi relinquat.» (NATAL ALEJANDRO Institutio Concionatorum, III, n.º 16.)

Sucede no pocas veces, máxime á predicadores noveles, cuando se dirigen á criados ó á señores, á pobres ó á ricos, faltar á las conveniencias insistiendo imprudentemente en las miserias de los unos, altivez, dureza é injusticia de los otros. Sirvientes y pobres viven, es cierto, humillados y proscritos. Pero, ¿por qué agriarlos con exaltadas pinturas de su triste condición, excitándolos á rebelión y odio contra aquellos á quienes achacan sus males? También es cierto que los patronos y los ricos son á veces altivos, duros é injustos. Mas ¿á qué lastimar é irritar su orgullo? ¿Para qué confirmarlos en sus malas disposiciones con invectivas cuya aspereza y rigor excluyen toda consideración? Dejad tan odiosa tarea para los tribunos que con cruda elocuencia excitan las pasiones del desorden para pescar en agua turbia. Pero vosotros, á fuer de varones apostólicos, compadeceos de las miserias del pobre sólo para consolarle, recordándole las profundas humillaciones de Aquel que vino á servir y á quien el universo mundo adora cual divino Rey de los pobres, realizándole el mérito de una humilde é incondicional sumisión á los decretos de la Providencia, mostrándole en el Cielo magnífica y eterna corona de gloria y de felicidad que ha de recompensar las abyecciones y sufrimientos de esta vida transitoria. Si á los señores y á los ricos in-

culcáis sus deberes, procurad enternecer su corazón con el doloroso espectáculo de abatimientos é infortunios que ellos no consideran y muchas veces no conocen; proponedles la insigne honra de ser, para los pequeños y desheredados, representantes y benéficos ministros del Dios liberal y misericordioso que con sus dones los ha favorecido.

Tened, finalmente, por regla esta máxima: «Las conveniencias del discurso, según las disposiciones de talento, condición, costumbres y capacidad de los oyentes, vayan impuestas y dirigidas por la caridad» (1), que, según palabras de San Agustín «no es enemiga de nadie, sino madre para todos: *Nulli inimica, omnibus mater*» (2).

Sobre conveniencias de lo que habéis de decir, os remito al capítulo VI de esta obra, donde trato de las materias predicables, indicándoos aquí una cosa que jamás debe sonar en vuestros labios, sino por evidente utilidad y edificación de los fieles, y esa cosa es: vosotros mismos. Cuando

(1) «*Illa concionis atemperatio ad ingenia, conditionem, mores, captumque auditorum, a caritate imperari debet ac dirigi, ad cuius finem concionator debet referre quae dicit et modum ipsum dicendi.*» (NATAL ALEJANDRO, *Institutio concionatorum*, VIII, n.º 44)

(2) *De catechizandis rudibus.*

el Apóstol habla de sí, de su misión, ocupaciones, trabajos, gracias recibidas, no es por vana ostentación sino para ocultarse bajo la suprema autoridad de entendimientos y voluntades, y para poner de manifiesto la inmensa misericordia de Aquel que le escogió y llamó, invitando á todos los corazones á adorar y bendecir la amable omnipotencia que en sus debilidades le sostiene. Toda palabra en vuestra alabanza es un funesto golpe contra la estima y consideración que debéis granjearos para asegurar los frutos de vuestro ministerio.

Al hablar de los demás, evitad toda exageración. En panegíricos y elogios, por ejemplo, no déis á vuestro protagonista más importancia de la que justamente le compete. Ni le convirtáis, como sucede en eje de un siglo ó de una época.

Si os véis precisados á tratar cuestiones difíciles, lisonjead hábilmente la inteligencia de vuestros oyentes, y significadles que los conceptuáis capaces de entenderos. Así lograréis interesar su atención y se prestarán á seguir consideraciones y razonamientos que, de otro modo, pronto los cansarían y aburrirían.

Hablando de materias delicadas que pudieran alterar la santa ignorancia de ciertas almas, usad de reticencias y prudentes términos; velad púdicamente vuestro pensamiento, y sólo le penetren

aquellos á quienes dice el divino Salvador: «Quien pueda entender, entienda: *Qui potest capere capiat*» (1).

Habiendo de ser severos y tal vez duros, seguid el procedimiento que los antiguos llamaban prolepsis. Precaveos, disculpaos de antemano, protestad de la rectitud y benevolencia de vuestras intenciones, previniendo la mala opinión, descontento y censuras de los que se sintieren alcanzados por vuestra palabra.

Ultimamente, en todo cuanto digáis, sabed limitaros y no cansar alargando y recargando vuestros discursos: *Caveat concionator ne rerum multitudine dicendarum gravet auditores aut prolixitate sermonis sit ipsis fastidio* (2).

Ocioso es advertir que en la predicación, ha de atenderse á las conveniencias de tiempo. Hay épocas del año llamadas por la Iglesia tiempo favorable y días de salvación: *Tempus acceptabile, dies salutis*, cuales son Adviento, Cuaresma, misiones y ejercicios espirituales; y esas circunstancias requieren mayor celo y solicitud por las almas que Dios llama y vosotros deseáis reducir á El. Mas ampliemos esta noción de conveniencias de tiempo, y apliquémosla al siglo y días en que vivimos.

(1) Matth., XIX, 12.

(2) NATAL ALEJANDRO *Institutio concionatorum*, IV, n.º 26.

«El hombre de las verdades eternas necesita ser hombre de su tiempo» (1). Debe conocer los errores de que adolecen las almas, las pasiones que las agitan, los actos por do se manifiestan, las formas de que se revisten las concupiscencias y miserias que aquellas engendran. Por supuesto, que eso no le da derecho á verlo todo, experimentarlo todo y hablar lenguaje que, en boca de un sacerdote, sorprende y escandaliza.

Ni sólo ha de conocer el apóstol su tiempo, ha de amarle también, pero con la discreción del sabio ajeno á culpables complacencias. «Me gusta todo lo de mi tiempo, hasta sus defectos.» ¡Tristes palabras pronunciadas por un orador sagrado! Amad á vuestro tiempo en lo que tiene de bueno y accesible á las verdades divinas, cuya enseñanza tenéis encomendada: Evitad ese celo amargo que á justas reconvenciones da aspecto de maldición. No os irritéis contra los errores y vicios de las modernas generaciones, por abominables y monstruosos que os parezcan, hasta desesperar de remediarlos, sino «mirad al hombre actual con los ojos y corazón de Jesús, penetrando, con fuerza y suavidad, hasta el hombre eterno, cristiano de todas épocas, fondo de la naturaleza humana y del alma bautizada. Ahí hay que ir á buscar la victoria; y ese es el único mé-

(1) LONGHAYE, *La Prédication*, II parte, 1, § 2.

rito y valor que para nosotros tener puede la actualidad» (1).

Sin embargo, en eso de actualidad, sabed conteneros. No la exageréis en vuestras ideas ni en vuestro decir, y sobre todo, no os dé más el que algunas gentes murmuren que predicáis á la antigua. Esto indica sencillamente que no habéis dejado de ser evangélicos. El modernismo que pregonan nuestros críticos no es, en resumidas cuentas, más que un conjunto de débiles y funestas concesiones hechas á la opinión, ilusiones, preocupaciones, relajación y mal gusto del siglo.

A las conveniencias de tiempo juntad las de lugar. No perdáis de vista que la predicación se hace en lugar santo, donde, si las almas pueden recibir profundas emociones, no han de alterarse el respeto y el recogimiento con agitación alguna tumultuosa. Si allí es permitida modesta sonrisa, no se tolera clamoroso regocijo; y si la placidez de la fisonomía es legítima señal de aprobación, esta no ha de romper en salvas de entusiasmo. Deber es del orador sagrado, sorprendido por semejantes explosiones, reprimirlas con modesta gravedad, á imitación del P. Lacordaire que calmó la exaltación de sus oyentes, diciendo: «Se-

(1) LONGHAYE, obra y lug. citados.

ñores, la palabra de Dios no se aplaude, se cree, se ama, se practica; única aclamación que sube al Cielo» (1). Otro religioso de nuestra Orden que, hace muchos años, se halló en el mismo caso, dirigió al auditorio esta advertencia: «Toda expansión de nuestros sentimientos, fuera de la oración, viola el templo. En lugares profanos puede manifestarse la aprobación francamente, porque la reprobación tiene idénticos derechos, no es igual en sagrado, porque si unos aplauden, otros pudieran contradecir, y la iglesia, morada del recogimiento y de la paz, tornárase lugar de ruido y confusión. No puedo aceptar este espectáculo; no me contristéis más con tales manifestaciones. Si necesito el sostén de vuestras simpatías, las veo en vuestros ojos, que hablan mejor y más expresivamente que las manos.»

No se me oculta que hay cuestiones de actualidad, que tratadas con ingenio y con calor, hacen salir de quicio á los oyentes: pues reservadlas para lugares neutros donde vosotros y el auditorio estéis más desahogados, aunque siempre cuidando, como ya os he dicho, que resalte la nota cristiana y evangélica.

Resumid este capítulo, lo mismo que el anterior, en esta conclusión de San Agustín: Composición y ornato del discurso, pasiones y con-

(1) Confer. XLV.

veniencias oratorias, todo debe ir estudiado, dispuesto y ordenado de suerte que el orador sea escuchado con inteligencia, gusto y docilidad: *Ut intelligenter, ut libenter, ut obedienter audiatur* (1).



CAPÍTULO X

DISPOSICIONES DEL ALMA Y AUXILIOS DIVINOS

Tenéis ya bien trabajado el papel, todo está previsto y dispuesto para conseguir el apetecido resultado; y no obstante, ni el atractivo ni el poder de vuestra palabra os asegura la obediencia de las almas, si, á la vez que vuestra lengua, no predica vuestra vida. «Por grande que sea la elocuencia del que enseña, más autoridad tiene su vida que su voz para imponer dócil atención á los que escuchan: *Habet, ut obedienter audiatur quantacumque granditate dictionis, magnum pondus vita docentis*» (1).

Mirad, pues, por las disposiciones de vuestra alma; manifiéstense esas disposiciones en costumbres irreprochables, y virtudes perfectas propias de un apóstol. Condición es de la elocuencia no tener que echarse uno en cara á sí mismo, y no exponerse á que se lo echen los demás: *Gran-*

(1) Lib. IV, *De Doctr. christiana*, IV.

(1) S. Aug., *De Doctr. christ.*, lib. IV, xxvii.

veniencias oratorias, todo debe ir estudiado, dispuesto y ordenado de suerte que el orador sea escuchado con inteligencia, gusto y docilidad: *Ut intelligenter, ut libenter, ut obedienter audiatur* (1).



CAPÍTULO X

DISPOSICIONES DEL ALMA Y AUXILIOS DIVINOS

Tenéis ya bien trabajado el papel, todo está previsto y dispuesto para conseguir el apetecido resultado; y no obstante, ni el atractivo ni el poder de vuestra palabra os asegura la obediencia de las almas, si, á la vez que vuestra lengua, no predica vuestra vida. «Por grande que sea la elocuencia del que enseña, más autoridad tiene su vida que su voz para imponer dócil atención á los que escuchan: *Habet, ut obedienter audiatur quantacumque granditate dictionis, magnum pondus vita docentis*» (1).

Mirad, pues, por las disposiciones de vuestra alma; manifiéstense esas disposiciones en costumbres irreprochables, y virtudes perfectas propias de un apóstol. Condición es de la elocuencia no tener que echarse uno en cara á sí mismo, y no exponerse á que se lo echen los demás: *Gran-*

(1) Lib. IV, *De Doctr. christiana*, IV.

(1) S. Aug., *De Doctr. christ.*, lib. IV, xxvii.

diter dicit qui non contemptibiliter vivit (1).—Si en toda elocuencia pasa esto, mucho más en la que tiene por fin ilustrar las almas dándoles á conocer y gustar la palabra de Dios, corregirlas de sus vicios, defectos é imperfecciones, excitarlas á los nobles combates de la virtud, mostrarles el camino del Cielo y disponerlas para la inefable y eterna recompensa que Dios promete á sus elegidos.

Cuanto más indigna sea vuestra vida, más presa se hallará vuestra palabra é incapaz de esos santos transportes que emocionan y convierten las almas. «Al pecador, dijo Dios: ¿Por qué tu hablas de mis mandamientos y tomas en boca mi alianza, cuando aborreces mi ley en tu conducta y te echaste al trezado mis palabras?» (2). ¿Tendréis valor para tronar contra pecados, vicios y hábitos admitidos por vosotros en vuestra alma? ¿y para proscribir y reprobar pasiones de que estáis vosotros siendo triste víctima? ¿é inspirar temor de los juicios de Dios que os condenan, y terror de castigos que vosotros merecéis? ¿y hacer apología de virtudes cuya práctica en nada procuráis? ¿y animar á las almas á ir adelante en el progreso

(1) S. Aug. *De Doct. christ.*, lib. IV, xxvii.

(2) «*Peccatori autem dixit Deus: Quare tu enarras justitias meas et testamentum meum per os tuum? Tu vero odisti disciplinam et projecisti sermones meos retrorsum.*» (Ps. 49).

espiritual, cuando vosotros miserablemente os resolvéis en el atolladero de una vida tibia y deshonrada con mil imperfecciones? Y suponiendo tengáis ese valor, ó mejor dicho osadía, ¿podréis dar á vuestra palabra acento de sinceridad bastante para disimular que ejercéis en suma vulgar oficio de hablador?

No sólo cohibe vuestra palabra una vida estragada por el pecado, sino que la rebaja en estimación de aquellos á quienes os dirigís: Aunque pongáis esmero en disfrazaros, siempre aparecerá de algún modo lo que sois; y por más que el Salvador enseñó al pueblo á escuchar á los doctores sin imitar sus obras, es vicio de toda gente alegar los defectos del que enseña, en abono de sus propias resistencias, respondiendo á las saludables reconvenciones y prescripciones de aquel: *Medice, cura te ipsum.*

Luego si queréis purificar á los demás, purificaos vosotros, según os amonesta San Gregorio Magno: *Oportet prius mundari quam mundare.* Aun procurando no contristar en vosotros al Espíritu Santo con pecados graves, no empecéis nunca una predicación sin humillaros profundamente en la divina presencia, implorando mediante la penitencia sacramental y extrasacramental, á la vez que perdón de vuestras culpas, la insigne gracia de no ser, con vuestra conducta,

obstáculo á la conversión y salvación del prójimo.

Muy bien está que la imperfección de vuestras obras no malogre y desautorice la palabra que anunciáis, pero hay algo mejor, y es: que vuestra piedad, pureza de costumbres y ejemplo de virtud os sirvan de recomendación á vosotros y de atractivo á los fieles. Si sois jóvenes, os faltarán los prestigios de la edad, de la experiencia y de un largo, brillante y fructuoso ministerio. No importa; nadie despreciará los pocos años, si, como encarga el Apóstol á su discípulo Timoteo, edificáis con la formalidad y discreción de vuestro hablar, porte y modo de vida, caridad, fe y castidad (1). Por lo demás, aunque reunieseis todos los prestigios humanos, no igualaría ninguno al de vuestras virtudes. San Gregorio dice que «más se imponen los predicadores á la atención de los pueblos con sus hechos que con su voz, y más eficaz es el ejemplo de santidad que en pos lleva las almas, que los discursos que muestran el camino del Cielo. No reclutarán combatientes para las luchas de la vida cristiana, sin practicar primero lo que predicán» (2). Ejemplo les ha dado el divino Capitán de esta milicia, que «comenzó á

(1) «Nemo adolescentiam tuam contemnat; sed exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in charitate, in fide, in castitate.» (I Tim. IV, 12.)

(2) «Prædicator quisque plus actibus quam vocibus insonet, et

obrar antes que á enseñar: *Cæpit Jesus facere et docere*» (1).—Tenéis por misión dar á conocer y amar á Jesucristo, someter á su doctrina las inteligencias y las voluntades á su ley: ¿qué mejor medio que imitarle, revestiros y penetraros de El? Pedid, pues, á Dios la gracia de identificaros con sus sentimientos: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* (2), y manifestar, hasta en vuestra carne mortal, la perfección de su santa vida: *Ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali* (3).

Entraréis en los sentimientos de Jesucristo purificando vuestras intenciones. Recordad lo dicho sobre las fuentes de la ciencia sagrada (4), como procura el divino Maestro remontarnos de su palabra al eterno principio de toda verdad y autoridad.—Su doctrina, dice, no es suya, sino de Dios que le ha enviado.—Su Padre, al enviarle, ha regulado con su mandato cuanto El debe decir y enseñar.—Habla como su Padre le ha dicho.—¿A qué viene ese derroche de humildad y deferencia? Es que Jesucristo, supremo Doctor de

bene vivendo vestigia sequacibus imprimat quam loquendo quo gradiantur ostendat.... Ibi ergo Christo duce ad bellum procedunt qui hoc quod ore annuntiant opere ostendunt.» (Curæ pastoralis, III, vi).

(1) Act., I, 1.

(2) Philip., II, 5.

(3) II Cor., IV, 11.

(4) Cap. II.

las almas docentes y discentes, no quiso abandonar el mundo sin enseñar á los apóstoles de los siglos venideros á dejarse llevar y dirigir por la Iglesia, encargada de continuar su misión doctrinal hasta el fin de los tiempos. Tenedlo muy presente: vuestra doctrina no ha de ser vuestra, sino de la Iglesia, que os envía.—La Iglesia dispone y ordena lo que habéis de decir y enseñar.—A vosotros toca hablar como la Iglesia mande; pues quien escucha á la Iglesia, á Jesucristo escucha; y quien desprecia á la Iglesia, desprecia á Jesucristo. Precaveos de toda novedad en la doctrina, sin otra intención que la de sentir y hablar cual siente y habla la Iglesia; y esto, no ya tratándose de dogmas definidos, sino aún de ciertas verdades especulativas y prácticas acerca de las cuales en ocasiones ha expresado tan claro su parecer, que no es posible orillarle sin herir profundamente el sentido cristiano, y más el espíritu apostólico.

Entraréis en los sentimientos de Jesucristo, renunciando en absoluto á vuestra propia gloria, para buscar en el ministerio de la palabra tan sólo la mayor y más pura gloria de Dios, según que á ello nos excita el Predicador divino con su ejemplo: *Ego non quero gloriam meam*. Como El, nada esperéis de los hombres, sino únicamente de Dios: *Est qui querat et judicet* (1). La

(1) Joan., VIII. 50.

preocupación del éxito humano por necesidad tiene que dañar á la sencillez, candor, rectitud y sinceridad de vuestra palabra, y todos los esfuerzos hechos por llamar sobre vosotros la atención irán en detrimento de los que debierais hacer por glorificar á Dios y salvar almas.

Por Dios, sed humildes; esta principal disposición de vuestra alma, mejor que los dones de naturaleza, os pondrá en vías de alcanzar los más legítimos y sólidos éxitos que desear puede un apóstol. Dad de mano á la vana complacencia, exagerada confianza en vosotros mismos y necia presunción, y sinceramente creed y confesad que necesitáis auxilios humanos y divinos.

Los auxilios humanos los habéis buscado en los maestros de la ciencia sagrada y modelos de cristiana elocuencia; y los hallaréis más apropiados á vosotros, y acaso más eficaces, en los consejos de los veteranos de la predicación. Con gusto verán que utilicéis el fruto de sus trabajos y experiencia, si los consultáis. Hacedlo con docilidad; ni seáis de esos vanidosos llenos de suficiencia y orgullo, infatuados con la más alta idea del propio talento, que creen rebajarse por pedir consejo. Aun entre iguales, podéis mutuamente ilustraros con fraternal y amistoso cambio de ideas, deseos y santas aspiraciones.

Mas el principal auxilio de que necesitáis, es

el divino. Buscadle y pedidle mediante la oración. «El predicador debe encomendar á Dios su persona y la de aquellos que han de recibir su palabra. Sea *orador* antes que *decidor*: *Sit orator antequam dictor*» (1). Orar es buscar la luz en su eterna fuente. Desvívase el hombre por cultivar su mente y dar á sus labios afluencia de palabras, de poco servirá si Dios no le ilumina. Este es el primero y sumo doctor de la humanidad, y de El procede toda luz. «El mismo Dios que dijo á la luz brotase de las tinieblas, es el que ilumina nuestros corazones y les comunica la ciencia» (2). Infundió en nuestra carne un soplo de su espíritu y á cada momento nos visita con sus inspiraciones. No en vano decía el Salmista: «El Señor es mi luz: *Dominus illuminatio mea*» (3). De tal modo es nuestra luz, que el Apóstol no teme afirmar nuestra «insuficiencia para producir ningún buen pensamiento como propio, sino que de El nos ha de venir: *Sufficiencia nostra ex Deo est*» (4).

Dad, pues, en vuestra vida amplio lugar á la

(1) «*Orando pro se et pro eis quos est allocuturus, sit orator antequam dictor.*» (*De Doctr. christ.*, IV, xv).

(2) «*Deus qui dixit de tenebris lucem splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris ad illuminationem scientiæ.*» (II Cor. IV, 6).

(3) Ps. 26.

(4) «*Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis, sed sufficiencia nostra ex Deo est.*» (II Cor., III, 5).

oración: á la oración que escucha, y á la oración que implora.

La primera es aquella en la cual contempláis y meditáis las verdades que habéis de predicar, prestando oído á las interiores palabras de Dios que os alienta, os ilustra y promete animar vuestros discursos. *Intus audiat antequam prædicet*: Oiga interiormente el predicador antes de hablar, exclama San Agustín. Vana será su voz exterior, si no la ha recibido de Dios en lo íntimo del alma» (1). Es el recogimiento de la oración tan excelente preludio de la palabra pública, que San Antonino de Florencia solía llamar al silencio padre de los predicadores: «*Silentium pater prædicatorum.*»

La oración que implora, es la elevación del corazón humilde que, no una vez, sino ciento y mil, antes y durante su trabajo, pide á Dios asistencia, y nada quiere sin su bendición; es la elevación del corazón fiel que repugna sacrificar á la ciencia los deberes de piedad.

¡Cuán inconsiderados son esos ciegos trabajadores que, confiándolo todo á la tarea material, economizan oración, por tener más horas de estudio! Tiempo, tiempo, repiten á cada paso, no es

(1) «*Intus audiat antequam prædicet. Verbi enim inanis est forinsecus prædicator, qui non est intus auditor.*» (Serm. 179. NATAL, ALEJ., *Institutio concionatorum*, XI, n.º IIII).

cosa de perderlo en interminables devociones. Discurren como Judas, y dicen de la oración lo que el discípulo infiel del bálsamo derramado por Magdalena á los pies del Salvador: *¿Ut quid perditio hæc?* Más que necedad, esto es blasfemia..... Necedad es no ver que Dios puede depararnos en un cuarto de hora lo que inutilmente hubiésemos buscado en dos ó tres horas de trabajo; y es blasfemia, toda vez que este dictamen vilipendia el divino auxilio, mercediendo que la más insistente labor y violentos esfuerzos de una naturaleza abandonada á sí misma, se vean condenados á vergonzosa esterilidad. Oigamos al príncipe de la elocuencia española: «Es tanta la fuerza de este apetito, que el ánima miserable viene á dejar el Cielo por la tierra, y el oro por la escoria, y á cerrar las puertas á las crecientes de la divina gracia, por abrirlas á la vena estéril de la sabiduría terrena. ¡Oh, si supiese, el que esto hace, cuánto es lo que Dios puede enseñar y en cuan poco tiempo, y cuan poco es todo lo que puede alcanzar el ingenio humano y cuan á la larga! Y ya que fuese mucho todo lo que por esta vía se alcanza, es cierto que todo ello aprovecha muy poco sin la sabiduría de Dios. Si alguno (dice el Sabio) fuese consumado en los hijos de los hombres, y careciese, Señor, de tu sabiduría, en nada será tenido» (1).

(1) GRANADA, *De la Oración y Meditación*, 2.^a p., cap. IV, § X.

No incurráis, amados míos, en ese defecto: Orad mucho, orad á menudo y con fervor, y según consejo de San Agustín, «pedid á Dios que bendiga vuestro trabajo, y os conceda la gracia de decir bien lo una vez bien meditado: *Oret ut Deus sermonem bonum det in ore ejus*» (1).

Al orar por vosotros, pensad en las almas que queréis ilustrar, mover y convertir, y rogad por ellas. En el trato con las almas, creemos hablarles directamente, y nos engañamos: entre ellas y nosotros hay un intérprete invisible que explica, comenta y completa nuestros sermones. No nos engreiríamos tanto, y mayor fruto haríamos, si pensásemos más en su cooperación. No ya suple nuestra insuficiencia, sino que endereza nuestros desaciertos y repara nuestras torpezas.

Vaya el siguiente ejemplo:

Misionaba un predicador de poco talento y gran virtud en un pueblo de gente sencilla y cristiana, donde un hombre listo alardeaba de incredulidad. Al salir este de un sermón sobre la Providencia, en que el pobre orador había aducido débiles argumentos, le envió una serie de objeciones bien puestas y capaces de dar que hacer á un profesor de metafísica, prometiéndole convertirse

(1) *De Doct. christ.* IV, xv.

si le daba solución satisfactoria. Al infeliz misionero le entró frío sudor viendo el escrito. Si no respondía, quedaba vencida la palabra de Dios, y perdida la misión; y para responder, ¿cómo habérselas?...

Después de orar fervoroso, se avistó con un sacerdote instruido, rector de Seminario, humildemente le confesó su cortedad y compromiso, y le pidió respuestas concluyentes á los argumentos del incrédulo. El rector, movido de tanta sencillez, puso toda su ciencia al servicio del buen sacerdote, y le adiestró tan bien, que quiso ir él mismo á oírle para gozar del tiempo.

¡Qué derrota, Señor! El misionero, por apropiarse los razonamientos del otro, de tal modo los trastornó y desfiguró, que reforzaban las objeciones en lugar de resolverlas. El rector, que estaba al lado del cura, llamaba la atención á este, y le decía: «¿Ha visto V, que infeliz? Somos perdidos, todo lo contrario de cuanto le he dictado.» Huelga advertir que, acabado el sermón, se ausentó sin demora por no chocar con el desastroso orador. Más; cual no fué su sorpresa de ver que al día siguiente se le presenta modesto como de costumbre, y, sin saber como darle gracias, le exhibe estas palabras del disidente: «Padre, ha respondido V. con vigorosa lógica á todos mis reparos. Me rindo, y le suplico me señale hora para oírme

en confesión.» El predicador había desatinado, mas el intérprete hizo el gasto, en premio de su humildad y su fervor.

¡Oh Espíritu santísimo, que tornas en sabiduría nuestras ignorancias! te siento entre mi palabra y las almas que me escuchan. Habla conmigo y por mí; que perdida será mi voz, si no me secunda la tuya.

Con estos sentimientos pediréis y alcanzaréis los divinos auxilios necesarios para asegurar la eficacia de vuestra palabra apostólica. Ni os baste pedirlos vosotros; sino buscad y procurad ayudar de almas santas y piadosas, capaces de comprender aquella voz de amor y de deseo que el Salvador exhaló en la cruz: «¡Sed tengo! ¡Sed tengo!» —No era sólo el clamor de su cuerpo extenuado por los horribles sufrimientos padecidos desde su agonía en la gruta de Getsemaní, ó expresión de la ardorosa fiebre que devora á los miserables condenados al suplicio de la cruz; era, más que nada, desahogo de su corazón víctima de amor inmenso á las almas, que quería rescatar y poseer en su totalidad. A su Padre las pedía, y á todo el género humano.

Pues esta sed del Salvador la comparten multitud de almas verdaderamente apostólicas, que ansían convertir el mundo entero á Jesucristo. Sin misión para propagar la verdad y la ley evan-

gética por medio de la palabra, oran sin cesar, y en silencio se sacrifican, mereciendo de Dios las gracias que animan el celo de los apóstoles, y á su voz dan poder sobre los corazones dispuestos por misteriosa unción del Espíritu Santo. Esas almas sedientas de conversiones las hallaréis en los claustros y aun en medio del siglo, donde viven ocultas á la sombra de modesta condición y vida oscura. A ellas acudid para que sean auxiliares de vuestra predicación con sus deseos y ruegos fervorosos; y responderán solícitas á vuestro llamamiento. Digo más: sin vosotros pensarlo, os ayudarán; y quedarais atónitos si Dios os revelase cuan pequeña parte os toca, y cuan grande es la suya, en vuestro apostolado.

Recuerdo haber leído que un célebre predicador fué en ocasión enviado á una ciudad famosa por sus desórdenes. Sería Nínive mayor, pero quizá no más culpable, y nuestro predicador hubiera hecho lo que Jonás, de no imponerse la obediencia á sus temores. Fué, angustiado, al lugar de su misión, esperando completo fracaso de su celo y elocuencia; mas á la angustia sucedió el asombro cuando se halló desde el primer día, con una muchedumbre atenta y recogida. Creyó que su fama era la causa, y aprovechó la circunstancia para desplegar en grande sus recursos. El resultado iba siendo magnífico: según adelantaba

la misión, los corazones más rebeldes cedían á la acción de la gracia; y al fin, la nueva Nínive quedaba convertida. Dada la flaqueza humana, no hay que decir que el apóstol, lisonjeado con tan prodigioso éxito, sin desvanecerse, respiró á sus anchas el incienso que por doquiera se le prodigaba. Pero si algún movimiento de vanagloria había tenido, caro le resultó. Era tan piadoso como elocuente; y orando, Dios le manifestó el humilde lego que solía acompañarle en sus misiones, rezando con fervor, durante el sermón, el rosario y las letanías de los santos. Este era quien ponía al Cielo en conmoción y alcanzaba la conversión de los pecadores; con ser hombre insignificante y quizá desestimado, determinaba, con sus oraciones, la corriente de los divinos auxilios y atraía de las alturas los frutos de gracia atribuídos al celo apostólico y elocuencia del orador. Maravilla que no hemos de olvidar y nos hará buscar en la Iglesia almas ocultas é ignoradas, asociadas á la obra de nuestro ministerio, para implorar su ayuda y profesarles entrañable gratitud.

Como compendio de todo lo dicho sobre disposiciones del alma y auxilios divinos, os invito á nuevo estudio de los modelos de elocuencia sagrada. Elegid los que se distinguieron en santidad,

unión con Jesucristo, recogimiento y amor de la oración y de las almas. Miraos bien en ellos, é imitadlos con preferencia á todos los demás. Estos hicieron de la elocuencia sagrada un arte sublime, los santos convirtieronla en fecunda virtud. Ved ahí el por que de su bienhechora influencia sobre las almas, y de los admirables frutos de gracia y de salud que han producido en la Iglesia. Comparémoslos con los miserables de nuestra palabra, y, llenos de saludable confusión, digamos á Dios: «Señor, mi vanidad ambiciona predicar á lo grande; pero no, Dios mío, concededme el don de predicar á lo santo».

CAPÍTULO XI

PREPARACIÓN PRÓXIMA

Para más útil preparación de los sermones, debéis conocer á vuestro auditorio ausente, enterándoos de los obispos ó curas que os hayan llamado á ejercer el ministerio evangélico. Es este un acto de respeto y deferencia debido á su autoridad, no menos que excelente medida para disponer la materia y orden de vuestras predicaciones. Importa sepáis con que gente váis á tratar, cual es el nivel de su cultura, instrucción y prácticas religiosas, costumbres, pasiones dominantes y vicios más comunes, por que medios se les atraerá á oír con gusto y corresponder á la palabra de Dios. Cuanto mejor os impongáis en todos estos puntos, menos tiempo perderéis en andar á tientas, ó azotar al aire. Llegaréis á lugar ya conocido, y no os mirarán como á extraño, sino que, gracias á esa correspondencia delicada y llena de interés, lograréis cordial recibimiento y hospitalidad.

Habéis llegado y saludado, cual conviene, al

unión con Jesucristo, recogimiento y amor de la oración y de las almas. Miraos bien en ellos, é imitadlos con preferencia á todos los demás. Estos hicieron de la elocuencia sagrada un arte sublime, los santos convirtieronla en fecunda virtud. Ved ahí el por que de su bienhechora influencia sobre las almas, y de los admirables frutos de gracia y de salud que han producido en la Iglesia. Comparémoslos con los miserables de nuestra palabra, y, llenos de saludable confusión, digamos á Dios: «Señor, mi vanidad ambiciona predicar á lo grande; pero no, Dios mío, concededme el don de predicar á lo santo».

CAPÍTULO XI

PREPARACIÓN PRÓXIMA

Para más útil preparación de los sermones, debéis conocer á vuestro auditorio ausente, enterándoos de los obispos ó curas que os hayan llamado á ejercer el ministerio evangélico. Es este un acto de respeto y deferencia debido á su autoridad, no menos que excelente medida para disponer la materia y orden de vuestras predicaciones. Importa sepáis con que gente váis á tratar, cual es el nivel de su cultura, instrucción y prácticas religiosas, costumbres, pasiones dominantes y vicios más comunes, por que medios se les atraerá á oír con gusto y corresponder á la palabra de Dios. Cuanto mejor os impongáis en todos estos puntos, menos tiempo perderéis en andar á tientas, ó azotar al aire. Llegaréis á lugar ya conocido, y no os mirarán como á extraño, sino que, gracias á esa correspondencia delicada y llena de interés, lograréis cordial recibimiento y hospitalidad.

Habéis llegado y saludado, cual conviene, al

Prelado, si predicáis en ciudad episcopal; y por fin, os halláis ya instalados en la parroquia ó pueblo, con lo cual entráis en campaña.

Suponiendo una serie de sermones, ó predicción de alguna importancia, muy bien haríais en celebrar la primera misa por vosotros y por vuestros oyentes. En cuyo caso, excitaos á fervor y afectos de humildad, imitando á nuestro Padre Santo Domingo, que al entrar en alguna población, con lágrimas oraba pidiendo á Dios no tuviese en cuenta sus pecados ni fuesen ellos obstáculo á las bendiciones del Cielo sobre el pueblo. Renovad la intención de buscar sólo la gloria de Dios y bien de las almas. Rogad al Señor que su sacratísimo Cuerpo os sea cual otro carbón encendido del serafín que purificó labios y corazón de Isaías, y la preciosa Sangre sea para su pueblo benéfica lluvia que rocíe las almas y las disponga á recibir con fruto la simiente de la divina palabra. No faltan piadosos predicadores que, el día del sermón, llevan consigo al altar, bajo los hábitos sacerdotales, el manuscrito de su discurso, como para impregnar los pensamientos que en él se consignan de las gracias de la Sagrada Comunión. No os dé risa tan santa simplicidad; que suele Dios premiar con inestimables dones estas pequeñas prácticas de almas sencillas que en El ponen su confianza.

Acércase la hora; pronto hay que subir al púlpito. Retiraos, mas no para repetir agitadamente el discurso en transportes oratorios. He conocido á pobrecitos que, inquietos y preocupados consultaban febrilmente á la memoria, y declamaban á voces y accionando, largos trozos, cuando no todo el sermón: así se pierde, en laboriosa gimnasia, lo mejor de las fuerzas antes de ocupar la sagrada cátedra. Conservadlas todas, que no os sobrarán. El retiro es con objeto de recogeros y contemplar tranquilamente, á vista de pájaro y en reposada actitud, el panorama de las ideas que vais á desarrollar y los puntos salientes de vuestros razonamientos y períodos patéticos; pero todo en el interior del alma y sin agitación exterior, ínterin llega el momento.

¡Terrible momento para naturalezas impresionables! Su proximidad les ocasiona una crisis de aprensión, angustia y tal vez miedo, que podríamos llamar *mal de orador*, descrita por Bautain en estos términos: «Siéntese el pecho oprimido por un peso que dificulta la respiración, quebranta los miembros, y entorpece todas las facultades del cuerpo y del espíritu..... De ahí la ilusión, que conviene evitar de creerse enfermo el que va á hablar en público, tomando por imposibilidad el malestar, grande á veces, que se siente ante el inevitable uso de la palabra..... La

impresión que causa el solo pensamiento de aparecer en público produce en el cuerpo, y especialmente en las entrañas, enervantes efectos que abrazan todo el organismo. Brazos y piernas tiemblan, cuesta andar y aun estar de pie.

«Recuerdo haberme hallado muchas veces en ese estado antes de subir al púlpito; y mientras aguardaba viniesen á buscarme, de haber podido sin deshonra huir, cierto lo hubiera hecho; y envidiaba á esas pobres gentes que no tienen en que pensar, ó poco menos, y no conocen estos malos ratos.

«Quien no aprenda á vencer tamañas tentaciones y desmayos, no sabrá jamás hablar, ni aun tendrá valor para ponerse á prueba; porque he de confesaros que alguna vez es tal este suplicio, que inconscientemente se compara uno al reo camino del patíbulo. Los que por ahí han pasado, saben que no exagero» (1).

¿Qué consecuencia se sigue de todo esto?—
 ¿Deduciremos, con el impresionable autor, que «desgraciado quien no tiene miedo de exhibirse al público?»—Por mí, no soy de su opinión.—La seguridad de naturalezas privilegiadas no prueba, como él dice, «que el orador no esté poseído de la importancia de su ministerio; que no comprenda lo

(1) *Etude sur l'art de parler en public*, xvii y xviii.

que es la verdad que va á anunciar, ó la estime en poco; y que no esté animado del sagrado fuego que del Cielo desciende á las almas para enardecerlas» (1).—Sin el valor sobrenatural y divina intrepidez de los santos apóstoles que hablan á impulso de extraordinaria inspiración, un hombre de temperamento sólido y bien equilibrado, de inteligencia cultivada y dueña de sí misma, de firme y resuelta voluntad, confiado en el auxilio del Cielo, lleno de amor de Dios y de las almas, preparado con el estudio, el trabajo, la piedad y humilde desinterés propio de un apóstol, puede ir al púlpito sin aprensiones ni apuros ni miedo que tal merezca llamarse.

Harta injusticia fuera igualarlos con «esos fanfarrones que no reparan en nada, porque á falta de cabeza, sóbrales confianza de sí mismos; y sin conciencia de la santidad de su palabra y ministerio, cual niños atolondrados, juegan con arma terrible ó con el fuego» (2). Desgraciados de estos, ya lo creo; pero respetando á los oradores que animosos y como Dios manda preparados, marchan sin temor á los gloriosos combates de la elocuencia.

Confesemos, empero que muchísimos, sobre

(1) *Etude sur l'art de parler en public*, xvii y xviii.

(2) *Ibid.*

todo á los principios de su carrera, padecen lo que hemos denominado *mal de orador*. Si vosotros lo sentís, investigad su causa primero en vuestra conciencia. ¿Es el amor propio que os perturba, inquieta y persigue? ¿Será excesiva preocupación de vosotros mismos, que os hace temer si no conseguiréis el triunfo y elogios que ambicionáis y quedaréis por bajo de lo que el público espera de vosotros y vosotros recíprocamente de él?—Obrad sin tregua contra tan mala y culpable disposición. A ello os anima el precitado autor: «Los que al Señor habéis tomado por herencia, y á todas las glorias y obras de la tierra preferís la luz y vasallaje del Cielo, y en especial tenéis vocación de apóstol y ardéis en ansia de anunciar á los hombres el Reino de Dios, recordad que, aquí señaladamente, está la ganancia en el desinterés, y el poder en la abnegación de sí mismo. Sólo una cosa ved en el triunfo de la palabra, si á conseguirlo llegáis: que es la gloria divina. Sólo una cosa buscad si habéis recibido el don de conmovier almas: que es reducirlas á Dios. Para ello, combatid y ahogad en vuestro corazón los naturales movimientos de orgullo, que, desde el pecado, tiende á absorberlo todo, sin excluir los dones más altos y preciosos, y cuantas veces hayáis de anunciar á la tierra las maravillas del Cielo, implorad de Dios encarecidamente la gracia de

olvidaros de vosotros mismos para pensar en sólo El» (1).

Puede suceder que el *mal de orador* se origine de timidez natural é instintiva desconfianza, que juntas á una idea purísima y muy elevada del ministerio evangélico y delicado sentimiento de su responsabilidad, inspiren al apóstol temor exagerado de no hallarse á la altura de su cargo y degradar la palabra de Dios con la deficiencia de su trabajo y medios oratorios.

Si así es, tranquilizaos considerando que la casi totalidad del auditorio dista mucho de hallarse, como vosotros, al corriente de las verdades que váis á tratar; que, para muchos, esas verdades, mal aprendidas ó hace tiempo olvidadas, tienen todo el atractivo de la novedad; y que los más inteligentes é instruídos no escaparían bien, obligados á ocupar vuestro lugar y hablar, de improviso acerca del tema que vosotros traéis debidamente preparado. Aun tendréis más sosiego, si, como os he aconsejado, sabéis eludir toda preocupación de éxito ó de fracaso, no esperando nada de los hombres, sino de Dios, supremo Juez de vuestra palabra. Triunfaréis, en fin, de toda timidez, invocando con fervor al invisible intermediario que habla á las almas cuando vos-

(1) BAUTAIN, obra citada.

otros, y que en premio de vuestra humilde y filial confianza, os evitará el oprobio de envilecer vuestra misión.

Nada os diré de la última preparación física. Si precisáis seguir un régimen higiénico, adaptaos á vuestro temperamento, constitución y hábitos. Si necesitáis alguna prescripción terapéutica para fortalecer el pecho, calmar los nervios ó aclarar la voz, allá los facultativos. Sólo me permito una pequeña observación sobre uso de bebidas excitantes. Muchos las emplean para animarse, pero se exponen á perturbar la inteligencia y la memoria. Por lo que á mí hace, prefiero abundantes y fervorosas jaculatorias. «¡Dios mío, mi lumbré y fortaleza!—Ven á mi ayuda, no tardes en socorrerme.—Abre, Señor, mis labios, y mi lengua cantará tus alabanzas.—Ven, Espíritu Santo, visita mi alma, y prende en ella el fuego de tu santo amor.»—Y otras por el estilo. Añadid copiosas avemarias en honor de la Virgen Madre que al mundo dió luz eterna. Preguntado uno de nosotros que tomaba antes de predicar, enseñó, con mucha gracia, el rosario.

Tomadle también vosotros, mientras el sermón va reposando en la memoria, y llegado el momento, al oír: «Cuando V. guste,» decid en lo profundo del alma: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

LIBRO SEGUNDO

AL PREDICAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros, y que en premio de vuestra humilde y filial confianza, os evitará el oprobio de envilecer vuestra misión.

Nada os diré de la última preparación física. Si precisáis seguir un régimen higiénico, adaptaos á vuestro temperamento, constitución y hábitos. Si necesitáis alguna prescripción terapéutica para fortalecer el pecho, calmar los nervios ó aclarar la voz, allá los facultativos. Sólo me permito una pequeña observación sobre uso de bebidas excitantes. Muchos las emplean para animarse, pero se exponen á perturbar la inteligencia y la memoria. Por lo que á mí hace, prefiero abundantes y fervorosas jaculatorias. «¡Dios mío, mi lumbré y fortaleza!—Ven á mi ayuda, no tardes en socorrerme.—Abre, Señor, mis labios, y mi lengua cantará tus alabanzas.—Ven, Espíritu Santo, visita mi alma, y prende en ella el fuego de tu santo amor.»—Y otras por el estilo. Añadid copiosas avemarias en honor de la Virgen Madre que al mundo dió luz eterna. Preguntado uno de nosotros que tomaba antes de predicar, enseñó, con mucha gracia, el rosario.

Tomadle también vosotros, mientras el sermón va reposando en la memoria, y llegado el momento, al oír: «Cuando V. guste,» decid en lo profundo del alma: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

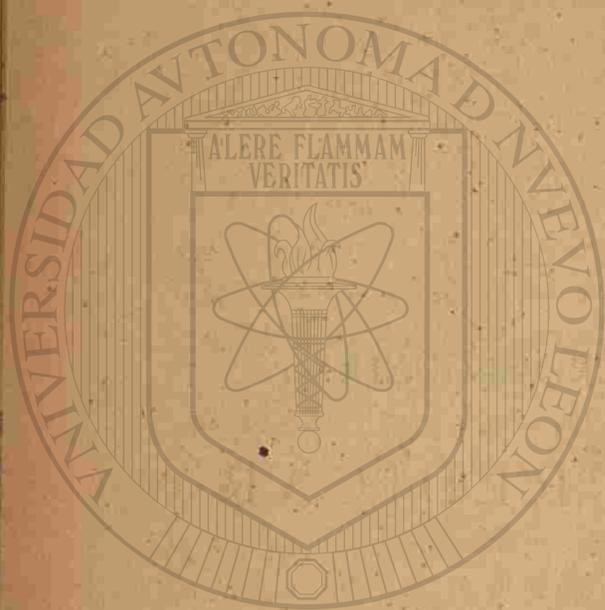
LIBRO SEGUNDO

AL PREDICAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL PÚLPITO

Al salir para el púlpito, os habéis abandonado en manos de Dios; permaneced así, y desechad, cual tentación, todo pensamiento que os distraiga de ese filial abandono. No os preocupéis, v. g., de los accidentes que pudieran sobrevenir durante la predicación, exponiéndolos á intimidaros y perder el aplomo y serenidad necesarios para desplegar vuestros recursos oratorios. Alentaos, más bien, pensando que cumplís una misión celestial; que váis á ser Jesucristo hablando al mundo. El os ha dicho en la persona de sus discípulos, predecesores vuestros en el ministerio que ejercéis: «Como el Padre me ha enviado, yo os envío..... Con vosotros estoy hasta la consumación de los siglos.» — Si está con vosotros y en vosotros, ¿qué podéis temer? Váis á anunciar su palabra, grande sobre toda palabra. Con razón llama San Agustín al predicador «decidor de grandezas: *Dictor rerum magnalium.*» Tales son los pensamientos

que deben ocupar á cualquiera de vosotros cuando, modesto y recogido, se dirige á la tribuna santa donde ha de presentarse cual varón divino.

De la impresión causada al aparecer ante el auditorio, dependerá, en ocasiones, el afecto de vuestra palabra. Conviene, por consiguiente, que esa impresión sea buena; y lo será, si vuestro porte y aspecto nada ofrecen de impropio y ofensivo. Bien está porte elegante y atildado en un hombre del mundo que se propone halagar las delicadezas y buen gusto de sus favorecedores, pero mal se avienen los afinamientos de la vanidad con el traje eclesiástico, y bastante peor con el hábito religioso. Cabe, sin embargo, en el modo de disponerlos y llevarlos, y en el aseo de la persona, cierto aparato que revela preocupaciones de pueril coquetería, y basta para que la gente sensata os juzgue de rondón por faltos de seriedad.

Ni es menos repugnante con un porte abandonado, inculto y estrafalario, que daría á entender falta de respeto al público que honra vuestra palabra y de respeto á vosotros mismos. Perdónase el olvido de ciertas conveniencias humanas y omisión de formas exteriores á hombres de reconocida santidad que cubren su miserable avío con el manto de grandes virtudes y obras extraordinarias. A nadie se ocurría censurar en nuestro Padre Santo Domingo y en San Vicente Ferrer la

capa raída, los vestidos manchados y deteriorados en largas correrías apostólicas, teniendo á la vista el espectáculo de su austeridad, fervoroso celo y estupendos prodigios. Mas vosotros no sois, ni quizá seréis nunca, Domingos y Vicentes, debiendo, por lo tanto, presentaros en forma que no déis lugar á ninguna observación desagradable. Háse dicho, y muy bien que «la más conveniente apostura del predicador es la que pasa inadvertida, cual conforme á las tradiciones de la modestia eclesiástica» (1) y religiosa.

Cuanto al aspecto, sea este digno y modesto á la vez. Bossuet era digno hasta la majestad, y de él dijo Saint-Simón que «tenía traza de un embajador de Dios vivo» (2). Embajadores sois vosotros también, pero no es cosa de ostentar grandeza en los comienzos de vuestra carrera sagrada; contentaos por ahora con ser dignos. Pero no confundáis la dignidad con el aplomo: este le necesitáis para triunfar de las primeras zozobras, pero sin extremaros, si sois jóvenes y bisonos en el ministerio; que siempre es repulsiva la afectación. Guardaos, pues, de esos ademanes que parecen decir: Soy dueño de mi auditorio. Tiempo habrá de imponeros, cuando hayáis adquirido más autoridad. Sólo después de mucho

(2) RIBET, *La Parole sainte*, XXIV.

(2) *Mémoires*, V, 1.

ejercicio y frecuente comunicación con un mismo público, se le puede tratar con esa resolución; y aun hay que irse con tiento.

Prevendrá á los oyentes en favor vuestro un continente sencillo, modesto, reservado, casi tímido. Si después acertáis á interesarle, agradarle y conmooverle, quedará altamente complacido de veros superior á lo que de vosotros esperaba.

Está hecha la presentación: orad un momento y levantaos. Dad rápida mirada á la asamblea, para haceros cargo del número de oyentes y medir la extensión que habéis de dar á vuestra voz. Conviene administrarla bien, y no gastar para trescientas y cuatrocientas personas la que emplearíais en presencia de mil ó mil quinientas. Informaos antes de la sonoridad del templo; pues, según advierte un distinguido profesor, «siempre ha de proporcionarse y apropiarse la voz no sólo á la amplitud, mas también á las cualidades acústicas del lugar» (1).

Para hablar, tened la cabeza derecha, pero no tiesa. Evitad el encorvaros, y no encojáis los hombros, sino sacadlos cuanto podáis, para que el pecho esté bien extendido y respiréis con libertad. El hombre encorvado aspira y respira mal; y la respiración precisamente desempeña, en la palabra pública, oficio capital, de que luego hablaré.

(1) LEGOUVÉ, *L'Art de la lecture*, 1.

Dejando á un lado usos de otras naciones, en España la predicación desde el púlpito se hace siempre de pie; y lo mismo fuera del púlpito, si se trata de discursos solemnes, reservándose el predicar sentado para las pláticas familiares, en que son más templados los movimientos oratorios. En todo caso, se ha de procurar sitio elevado, desde el cual se domine bien el auditorio.

Los declamadores y oradores mundanos gastan ciertos artificios para atraer la atención. «Comenzad, dice uno de ellos, mirando á toda la concurrencia. Esta mirada circular, acompañada de lijera sonrisa, grata y amable, tiene por objeto recoger las simpatías de la asamblea y apropiaros todas sus miradas. Luego se tose un poquito como quien va á empezar; pero aun no se empieza; se aguarda que haya absoluto silencio; se saca el brazo derecho, rodeando graciosamente el codo, que es el alma del brazo; la atención es completa..... podéis comenzar» (1).

¿Será este también vuestro ceremonial?... No, queridos míos, no.—Vosotros no necesitáis mirada seductora, ni sonrisas, ni toser, ni redondear el codo, ni nada de eso; hay un signo augusto y sagrado que impone atención mejor que todos los melindres de los oradores profanos; y es la señal

(1) LEGOUVÉ, obra citada, VI.

de la Cruz: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Este es el santo y seña de vuestro ministerio, que invoca la bendición de las tres divinas Personas sobre vuestra inteligencia, corazón, labios, palabra, y sobre las almas de los que os escuchan; que anuncia al mundo que sois, como el divino Maestro, y en virtud de su autoridad, reveladores de los secretos del Cielo; que recuerda á los cristianos que han sido regenerados y santificados por la Sangre y méritos de Cristo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es célebre la señal de la Cruz del P. Ravignán; dicen los que le vieron que el santiguarse de aquel hombre era un sermón. Santiguaos vosotros pausada y completamente, con fe y con fervor; y hecho esto, entrad en acción, de la cual os voy á hablar en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II

ACCIÓN

Hay que introducir en las almas el discurso laboriosamente compuesto y estudiado; para ello tenéis que darle vida.

La acción es la vida del discurso. Vida hay, á no dudarlo, en todo pensamiento verdadero, expresado con nobleza y elegancia. El lector puede impresionarse devorando en silencio páginas en que un autor ha vaciado su alma; pero nunca será tan vivamente conmovido como el oyente por el discurso de un orador, si este comunica á la acción toda su vida.

Cicerón nos lo dice: «Sin acción, nadie será excelente orador; con ella, un orador mediocre puede exceder á los más aventajados.—Sabéis, añade, que preguntado Demóstenes cuál era la principal cualidad del orador, respondía: *La acción.* ¿Y la segunda?—*La acción.* ¿Y la tercera?—*La acción.*» (1). Ni es menos importante en la elocuen-

(1) *De oratore.*

cia sagrada que en la profana. San Bernardo expresa en otros términos lo mismo que Demóstenes y Cicerón. «El discurso vivo resulta más aceptable que el escrito; la lengua habla más eficazmente que la letra, y la mano que escribe nunca traducirá los afectos é impresiones del alma tan bien como el semblante del orador» (1).

Digamos, pues, que la acción es el lenguaje y elocuencia del cuerpo al servicio de una alma convencida y conmovida (2). La filosofía os ha enseñado que el hombre es, en su naturaleza, compuesto de dos distintos elementos: espíritu y materia, alma y cuerpo, y que esos elementos están de tal modo unidos, que forman un solo ser, una vida sola. Esta vida es la que por entero se manifiesta en la acción oratoria.

El alma ha recibido del cuerpo, su instrumento y auxiliar, imágenes y signos que le franquean la puerta de todos los conocimientos, y en ella despiertan afectos y pasiones. Perfeccionada con el juego y ejercicio de sus propias facultades, sírvese á su vez del cuerpo, como de medio para expresar lo que ve, cree, siente y quiere hacer ver, creer y

(1) «*Solet acceptior esse sermo vivus quam scriptus, et efficacior lingua quam littera, nec tam affectus exprimit scribens digitus quam vultus.*» (Epist. LXVI.)

(2) «*Est actio quasi corporis quedam eloquentia, cum constat voce ac motu.*» (De Oratore.)

sentir. El cuerpo es el arpa cuyas armoniosas cuerdas vibran al tacto de un artista invisible que se revela y comunica. Todas suenan á la par, ó sucesivamente.

La voz multiplica y varía sus tonos y modulaciones.—Según que el discurso expone, relata, describe, discute, combate, reprende, amenaza, exhorta, aconseja, promete, consuela, excusa ó suplica, es sencillo, familiar, solemne, fuerte, atrevido, impetuoso, terrible, grave, vehemente, tierno y patético, débil y tímido, dulce y sumiso.

Todos los movimientos del cuerpo la secundan.

La cabeza se inclina humilde y piadosa, ó se yergue altiva; mantiénese firme, ó se agita; honra, venera, desafia, desdeña, afirma, niega, desmiente.

Los ojos «especial habitación del alma,» decía Plinio (1), los ojos que según pensamiento de Quintiliano, están en el rostro como ventanas del alma (2), centellean, interrogan, penetran en las almas como para robarles sus secretos.

La boca, de flexibles labios, se presta á todas las expresiones de contento, gozo, sorpresa, tristeza, ironía, menosprecio, odio, deseo, amor, ternura y compasión.

(1) «*Profecto in oculis animus habitat*» (Hist. Nat., xi, 54.)

(2) «*In vultu plurimum valent oculi; per quos maxime animus eminet*» (Inst. orat. X, III.)

«Todo el semblante es cuadro vivo en que se destacan las pasiones con delicadeza y energía, y cada movimiento del alma se expresa por un rasgo, cada afecto por un vivo carácter cuya impresión se adelanta á la voluntad, exterioriza y descubre con adecuados signos las internas agitaciones de nuestro corazón» (1).

El cuerpo, brazos y manos acaban el concierto de los movimientos que acompañan á la palabra. Yérguese aquel noblemente, como para significar la autoridad de la palabra pública é imponer su respeto; inclínase hacia el auditorio con interés y benevolencia, como para comunicarle más inmediatamente las ideas, sentimientos y pasiones del orador.—Los brazos y las manos preceden y anuncian la palabra, la subrayan, confirman ó completan. Rechazan, atraen, abrazan; parece que quieren asir las almas para elevarlas sobre las vulgaridades de este mundo; caen sobre ellas haciéndolas sentir el peso de un argumento decisivo; crúzanse en ademán de contener y regular la explosión de vivos sentimientos; se despliegan y extienden para dejar salida al ímpetu de la pasión oratoria. Elevánse al Cielo implorando, y se cierran, sobre la tierra evocando las bendiciones de lo alto. Hablan, en fin, cuanto en sí es, y completan la vida del discurso.

(1) RUFFÓN, *Histoire Naturelle*: Del hombre adulto.

A la vez que es el cuerpo auxiliar del orador, lo es también del oyente, recibiendo este efluvios de vida que le envía la acción oratoria. Los oídos recreáanse, atentos, en las modulaciones de la voz; los ojos, ávidos, se complacen en la armoniosa variedad de movimientos. ¿Hay espectáculo más interesante y bello que el de una alma que se transparenta merced á la animación del discurso? Admiramos las obras de los grandes pintores y escultores que dan expresión de vida á sus cuadros y estatuas; pero es una expresión helada, en su inmovilidad. Muy al contrario, el ser vivo que habla con toda su persona, se muestra bajo mil diversos aspectos que solicitan la atención, y en cada momento tiene suspensa al alma en expectación de nuevas maravillas. El dominio sobre el auditorio no tanto se adquiere con la exactitud, elevación y fuerza de pensamiento, como con el atractivo y poder de la acción.

No hay duda que los oyentes instruidos se interesan en el fondo del discurso: importancia de las cuestiones; precisión, orden y originalidad del desarrollo; riqueza de galas literarias que reviste el pensamiento; pero el vulgo es sobre todo sensible á la acción.—Cuéntase de Esquimes que, deportado á Rodas, abrió su curso de elocuencia con la lectura de las dos arengas en pro y contra de Tesifonte en el proceso *de la corona*. Vivos aplau-

sos mereció la suya; pero acabada la de Demóstenes, llegó á colmo el entusiasmo y fueron duplicados los aplausos. Entonces él exclamó, haciendo justicia á su antagonista: «¿Qué fuera si oyeseis rugir al monstruo mismo?»—La acción de Demóstenes, más que nada, electriza las turbas y conseguía los más brillantes triunfos; y lo propio sucede con todos los buenos oradores, así sagrados como profanos.

Penetraos de esto, y no os limitéis á la contemplación y estudio silencioso y solitario que os pone en posesión de la verdad, sino aprended á manifestarla por todos los medios aptos para imprimirla en las almas; en una palabra, ejercitaos en la acción oratoria. Al hablar en público, os veréis siempre con el obstáculo de vuestro pobre cuerpo, si de antemano no le tenéis avezado á todos los movimientos que deben acompañar al discurso y darle vida.

Pero no olvidéis que la elocuencia arranca del fondo del alma: *Pectus est quod disertus facit*. Toda acción debe corresponder al convencimiento y pasiones oratorias propias del apóstol. Sin lo cual, no pasaréis de meros actores. En nada ha de parecerse el predicador al actor. Este se forja dicción, semblante, aspecto y ademanes para expresar lo que no ha pensado, y á veces, lo que no siente. Si se toma la molestia de entrar, como dicen, en la piel de su héroe y poseerse de

su situación, hasta el punto de vivir su vida, será este rudo esfuerzo que en breve estragará sus facultades.—Vosotros no necesitáis entrar en piel de nadie, ni gastaros en reproducir ajenas ideas y sentimientos. Sois vosotros mismos, manifestando lo que habéis pensado y lo que sentís.

Si lo decís bien, si la acción oratoria naturalmente fluye de todo vuestro ser, revelando vuestra alma, estad seguros de que el auditorio quedará satisfecho y saludablemente impresionado.—Decía un impío después de oír al P. Ravignán: «Creo lo que predica porque es él de cuerpo entero.» Otro orador de la catedral de París, recibía con gran consuelo suyo este confidencial aserto: «Mil dificultades se me ocurren, y casi llego á dudar, mas oyendo á V., no puedo menos de creer; porque revela gran convicción de lo que dice.»

Cual expresión de alma convencida y apasionada, debe la acción ser apropiada al que habla. Os decía que al componer fueseis originales, fueseis vosotros mismos, y os lo repito al tratar de la acción. No copiéis la manera de hablar y gesticular de oradores famosos con quienes no igualáis en talento ni cualidades oratorias. No se me olvidarán los ratos de hilaridad que me tienen causados algunos predicadores empeñados en reproducir la acción del P. Lacordaire: reproducción que consistía en echar sobre el auditorio todo

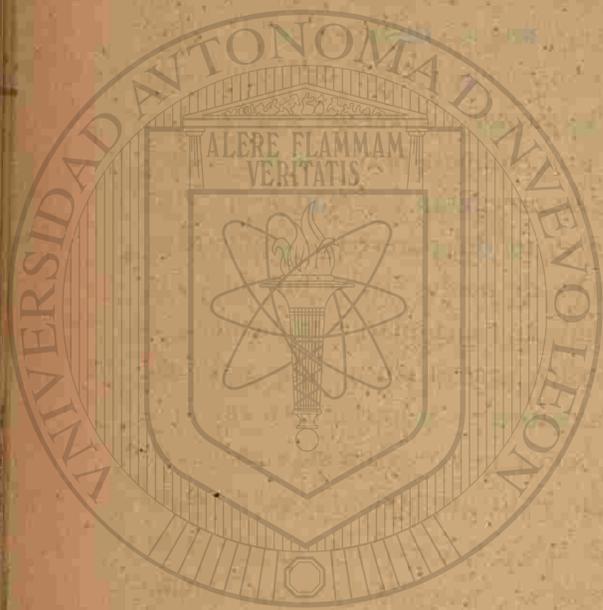
el cuerpo con las manos extendidas adelante. Puesto caso que mucho le criticaran los puristas, era, con todo, esta acción de sorprendente efecto al terminar uno de aquellos poéticos raptos del insigne Dominico; mas era ridícula y casi grotesca al fin de un trozo de mediana prosa de sus imprudentes imitadores. Retened vuestras maneras, corrigiendo sus defectos, y haced que sean acabada expresión de vuestro carácter.

Además de ser la acción apropiada á vuestra persona, ha de serlo también á los asuntos que tratáis. Sea llana, grave, tranquila, cuando exponéis un punto doctrinal; solemne é imponente, al hablar de misterios que causan maravilla y respeto; vehemente é incisiva, cuando, para despertar las almas dormidas en la culpa, pronunciéis los anatemas de Dios y amenazas de su justicia; delicada, amable é insinuante, si enumeráis los beneficios y promesas de su misericordia y bondad; ferviente y arrebatadora, si convidáis las almas á los gloriosos combates de la vida cristiana, de la verdad contra el error, de la virtud contra el vicio, de la fe contra la impiedad, de la caridad contra todas las miserias humanas.

En resumen, todos los acentos de la voz y todos los movimientos del cuerpo guarden armonía con vuestros pensamientos, afectos y objeto que os proponéis.

Para ello, debéis estar tan bien preparados, que ni apuros de la memoria ni aprensiones por parte del auditorio paralicen vuestra acción ó la alteren desordenándola. ¡Cuántos infelices, temiendo perder el hilo del discurso, se ven tan torpes de todos sus miembros que de buena gana exclamarían: *Infelix homo, quis me liberabit de corpore?*.... Otros, en apariencia más atrevidos, ahuecan la voz, se precipitan y agitan desmesuradamente; y en el fondo, parécense al medroso que, atravesando de noche espeso bosque, silva y canta para ahuyentar imaginarios fantasmas.

Fuera desorden, y sea todo medido y regulado en la acción oratoria: voz, pronunciación, dicción, tono, fisonomía, gesto y comunicaciones con el auditorio; que es lo que juntos vamos á estudiar.



CAPÍTULO III

VOZ Y PRONUNCIACIÓN

La voz, ó emisión de sonidos, depende de la conformación y solidez de los órganos que la producen. Puede uno estar mejor ó peor dotado al efecto por naturaleza, mas esta debe ayudarse y corregirse con el trabajo y el arte.

Es inhábil para la palabra pública en grandes templos una voz apagada, débil é inconstante. Requiere esta pequeño local y reducido auditorio, y sólo sirve para breves pláticas. Discurso que se dirija á numeroso público exige voz clara, sólida y de largo alcance. De todas las voces, la de barítono es el mejor instrumento de elocuencia, porque en las octavas que abarca, puede más fácilmente variar sus modulaciones.

La voz alta procede con notas claras y resonantes, que dominan hasta los últimos límites de la asamblea; pero por poco que se enardezca, sube y sube hasta perderse en un falsete chillón que excita los nervios de los oyentes.

La voz baja, grave y majestuosa en el principio, tiende á descender. Sus magníficas notas van convirtiéndose en monótono y soporífero bordón; ó desplegando toda su potencia, produce, merced al eco de una elevada nave, cierto caos acústico en que no se distingue palabra.

Por el contrario, el barítono, partiendo de una dominante que transmite al oído la palabra con claridad, muévase entre las notas altas y bajas, sin rebasar el límite de armonía en los sonidos. Va combinando la resonancia de las notas altas con el cuerpo de las bajas: ejército de variadas voces que marchan al combate. «Compararía yo, dice Legouvé, las notas elevadas á la caballería: esta se reserva para brillantes ataques y cargas con música, como las notas inferiores, semejando á la artillería, destinanse para conatos de fuerza; pero el núcleo de un ejército, el elemento con que más cuenta el táctico y más emplea siempre, es la infantería: y aquí la infantería es el medio» (1). Dichoso aquel que posea hermosa voz de barítono, clara, llena, flexible y bien timbrada; y más dichoso aun, si tiene esa argentina voz que con dejarse oír fascina y hace simpática la palabra.

Más no desmayéis si, respecto á voz, no ha sido espléndida con vosotros la naturaleza. Tra-

(1) *L'Art de la Lecture*, III.

bajando, se puede, no digo adquirir nueva voz, pero sí enriquecer la que haya y corregir sus defectos. La del insigne trágico Talma, siendo joven, propendía á bajar, y daba en cavernosa; mas puso él tanta voluntad y arte en mejorarla, que resultó el potente y magnífico órgano tan conocido y admirado del público francés en el pasado siglo. Duprez y la célebre cantante García de Malibrán extendieron por maravillosa manera el registro de su voz. Los cantores de ópera le dan cuerpo, timbre y hermosura, no sólo con la gimnasia que fortifica el órgano, sino además con cierto modo de herir los sonidos.

Pues el trabajo que se toman cómicos y artistas en obsequio al mundo y sus placeres, ¿le habéis de negar á Dios y á su gloria?—Seguramente necesitaréis armaros de valor, infatigable paciencia y muy repetidos ejercicios; pero veréis vuestros esfuerzos largamente premiados con positivas ventajas. Bajaré de tono la voz alta, la muy baja saltará de sus cavernas, se esforzará la débil, fijaráse la trémula, tomará claridad la sombría, suavizaráse la ronca, y la gangosa se reportará. Más que nada, corregid esta última: abrid bien la boca para emitir los sonidos, sacadlos del pecho y garganta, y haced cuenta que la nariz es un extraño que no ha de intervenir en la palabra sino por pura necesidad.

Formada la voz, reguladla y proporcionadla á la acción. Coged la nota dominante y sostenedla hasta el fin del discurso, variando en torno suyo las modulaciones, según los conceptos, sentimientos y pasiones que queréis expresar.—No animéis la palabra desde el principio: el derroche de alientos y sonidos, antes de estar la acción en marcha, sorprenden al oyente y le impresionan mal, y lo que es más de sentir, gastan sin propósito al orador, que se halla con un órgano cansado; precisamente al necesitar toda su fuerza. He oído á predicadores de magnífica voz echar á perder bellísimos discursos porque llegaban sofocados, desgañitados y enronquecidos á los pasajes más interesantes y patéticos, por no economizarse al principio.

Ni sólo entonces habéis de mirar por la voz; cuidadla en todo tiempo.—Al efecto, absteneos de gritar y cantar con exceso, y, cuanto sea posible, evitad en vuestra higiene y alimentación los accidentes de temperatura y cuanto pueda alterar á la corta ó á la larga los órganos vocales.

Hecho todo lo que está en vosotros para ayudar y corregir la naturaleza, servíos de la voz tal cual es, encarnando en ella vuestra alma de apóstol. No todos los violines son stradivarios, pero dícese que Paganini hacía maravillas con

el violín de un ministril. Aun cuando os falte la voz argentina que irresistiblemente emociona, creed que la tendréis simpática si en ella vibra una alma inteligente y santamente conmovida. «Hay, dice Bautain, algo de simpático en la manifestación viva y sincera de cualquier afecto. Cuando el oyente ve que el orador está de veras conmovido, conmuevese también, por especie de contagio, y empieza á sentir con él y como él.... El poder de la convicción anima, vivifica, transfigura la voz, y la torna no menos agradable que eficaz en virtud de la expresión, al modo que una alma bella, ó una inteligencia privilegiada, realza y hermosea un semblante vulgar y tal vez feo. Así pues, la mejor manera de dar el orador á su voz poder simpático, aun cuando en lo natural no lo tuviera, es expresar vivamente todo lo que dice, no sin sentirlo él mismo, para hacerlo sentir á los demás, y sobre todo, atesorar en el corazón gran benevolencia y caridad con anhelos de ejercitarlas y manifestarlas. Nada hay que más atractivo dé á la voz que la bondad de alma» (1).

Para hablar, no basta emitir sonidos, siquiera tengan estos toda la belleza del mundo; es preciso que esos sonidos vayan apropiados, corta-

(1) *Étude sur l'art de parler en public*, cap. iv, § 1.º

dos, medidos, modelados, y revistan diferentes formas que les den significación. A la pronunciación toca este oficio. Para él nos ha provisto admirablemente la naturaleza: paladar, lengua, dientes y labios toman los sonidos que despide la garganta, y los someten á un trabajo que los ajusta, transforma y convierte en palabra humana, con que el alma expresa ideas, sentimientos y pasiones. Sin pronunciación, de nada sirve la más hermosa voz; al paso que una buena pronunciación puede compensar lo que hubiere desagradable en el timbre de un orador.

Dos cosas vician la pronunciación: el acento y los resabios de los órganos vocales.

Pudiera provenir el acento del uso habitual de una lengua extraña. Difícilmente conseguirían acabada pronunciación de la lengua castellana un inglés, alemán, ruso, italiano ó francés. Con todo, si se imponen el menor uso posible de la propia lengua, y son muy observados en la conversación, pueden, como nota Legouvé, trabajar y disciplinar su acento hasta que sólo le quede, por decirlo así, el sabor ó gusto, lo preciso para ser extraño y no chocante, curioso sin dar en ridículo.

Mejor se sufre el dejo de un extranjero, que un acento regional. De estos los hay tan poco pronunciados que bien puede disimularlos la elocuen-

cia; pero otros ofrecen relieve tan desagradable, que estropean los mejores discursos.

Figuraos á Granada diciendo: «Las excelencias de esta *vertuz* y los admirables *efeutos* que en el ánima obra.»

O suponed en boca de un predicador frases como estas: «*Tomat* y *comet*, este es mi cuerpo.»

«Representemos la *misiricordia* de Cristo en nuestra palabra y en nuestra *conduta*.»

Imposible elocuencia con tales vicios de pronunciación; á todo trance hay que extirparlas, bastando para ello paciencia y voluntad.

Otros defectos de pronunciación nacen de malos hábitos no corregidos en la infancia, cuales son tartamudez, farfulla, seseo y ceceo.

La tartamudez consiste, ya en tropiezo ó penosa suspensión de la palabra ante ciertas consonantes que se presentan como piedras de choque, ya en violenta repetición de algunas sílabas, y á veces en imposibilidad de articularlas.

Si este defecto viene de viciosa conformación orgánica, la medicina verá. En tal caso, ¿hemos de conceptuarle absolutamente incorregible? No soy de ese parecer. Difícil por cierto es curarle de un modo radical, pero se le puede atenuar. Si nace de timidez, carácter irresoluto, inseguridad de pensamiento, que él mismo balbucea porque no

sabe á punto fijo lo que quiere decir, imaginación precipitada que va más aprisa que el lenguaje, entonces se le puede corregir con vigorosa y constante gimnasia de los órganos. Notad, antes de hablar, el órgano encargado de la correspondiente articulación; arrojad sobre ese órgano el aire de los pulmones, uniendo una vocal á la consonante que se quiere pronunciar; haced oír primero lenta y fuertemente la sílaba pronunciada; poco á poco acelerad el movimiento hasta que resulte lo más rápido posible; juntad, por fin, varias sílabas, y repetid los ejercicios hasta dominar el juego de lengua, labios y dientes, órganos principales de la articulación.

El tartajeo ó farfulla es una pronunciación tan precipitada, que cabalga una sílaba sobre otra, y de tal manera las embrolla, que ninguna se distingue. Esta falta tiene por causa ó el temor de hablar mal, ó la impaciencia por acabar. Se corrige con el ejercicio de medir las palabras, sílaba por sílaba, despacio al principio, luego algo más aprisa, hasta conseguirse pronunciación regular. Además, para este defecto como para el anterior, puede la precisión de hablar en público obrar tan fuertemente en la timidez ó impaciencia, que predicadores incapaces, antes de recitar en alto una oración sin temblar ó comer la mitad, llegan á moderarse en los discursos, resultando muy inteligibles.

El seseo hace pastosa la *ese*, pegando demasiado la lengua al paladar.

El ceceo sustituye la *ese* por una *zeda* suave, introduciendo la punta de la lengua entre los dientes. Ambos defectos dan al que habla aire de pueril y tonto.

Nada diremos de otros vicios más raros, que, como tales, no merecen especial mención. Para combatirlos todos, como para mejorar y pulimentar la voz, no reparéis en incesante gimnasia de los respectivos órganos. No fuera esto tan necesario, si los educadores de la infancia cuidasen de reparar oportunamente, con saludables ejercicios, la negligencia de los padres que para nada se preocupan de los malos hábitos que contraen sus hijos.

Corregidos los defectos que acabo de señalar, aún os falta algo para pronunciar bien; y es, que sepáis dar á las letras su valor, á las vocales legítima entonación, y á las consonantes articulación correcta.

Las vocales tienen diversas entonaciones, y siendo idénticas, no siempre se pronuncian del mismo modo. Además del acento prosódico, inherente á toda palabra, hay otro, que habremos de llamar *acento enfático*, más vario, libre y musi-

cal en sus inflexiones y tonos, el cual da fuerza é importancia á determinadas frases, dicciones y partículas, que importa deslindar y fijar bien en la imaginación y en la memoria de quien oye, comunicándole así los afectos del que habla. Véase como, en el siguiente ejemplo, acentuando enfáticamente pronombres aislados, forman ellos por sí solos una oración elíptica:

¿Qué papel es el que han traído?—Éste.

¿Quién ha venido?—Yo.

¿Fué él ó ella?—Él.

¿Cuyo es este libro?—Mío» (1).

Ni basta buena entonación de las vocales para la perfecta pronunciación. El oyente que sólo percibe sonidos, se cansa, los percibe mal y no alcanza su significado, de no llegarle aquellos bien precisos, y como cincelados por la articulación: este es oficio de las consonantes. Esmeraos, pues, en la pronunciación de ellas. *Labiales, dentales, linguales paladiales, guturales y nasales*, vaya todo tan correctamente articulado, que no haya lugar á equivocación por parte de quien os oye; y más, si cabe, os encarezco ese cuidado en las sílabas finales. Siendo yo joven, y aconsejándome de un predicador famoso, este me aseguró que debía sus triunfos al esmero en pro-

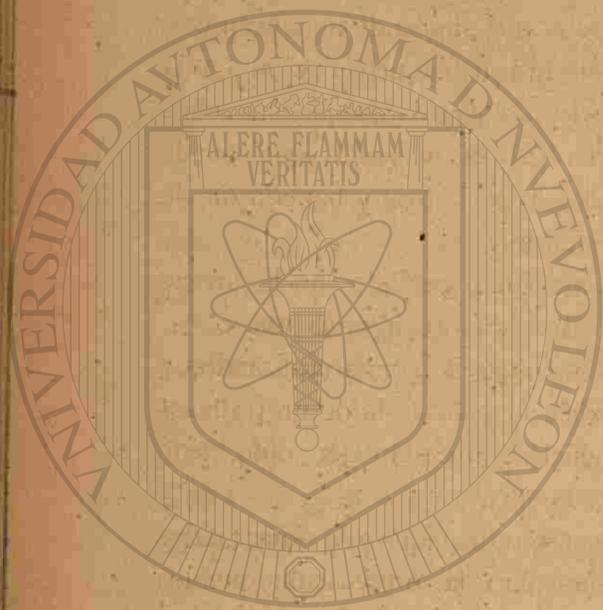
(1) Academia Española, *Gramática Castellana*, Parte Tercera.

nunciar distintamente las palabras y articular todas las sílabas. Reconociendo y todo en la declaración un rasgo de modestia, ya que por mucho entraban en su fama la composición y elocuencia extraordinaria, no obstante, aprendí una gran verdad: cuan importante es la articulación en la palabra pública. Le da claridad, energía, vehemencia y pasión. Tal es su poder, que puede subsanar la debilidad de la voz y hacerla oír de un numeroso auditorio.

Repito y no me canso: cuidado con la articulación. Aunque al principio exageréis más ó menos, poco á poco os iréis connaturalizando, y acabaréis por practicar esta regla de un profesor eminente: «Pronuncia, no para ser oído, sino para ser escuchado» (1).

Poco será cuanto se inculque á los encargados de formar jóvenes para la predicación que los acostumbren á pronunciar debidamente, haciéndoles leer en público composiciones de antemano examinadas y criticadas con rigor.

(1) LEGOUVÉ, *L'art de la lecture*, cap. vi, Pronunciación.



CAPÍTULO IV

ELOCUCIÓN Y TONO DEL PÚLPITO

Tenéis regulada, educada, fortalecida y enriquecida la voz, corregida y perfeccionada la pronunciación; y con todo, aun no sois perfectos oradores. Falta lo más importante de la oratoria: la elocución.

Damos este nombre á la acertada elección y disposición ingeniosa de las palabras que expresan nuestros pensamientos, lo cual atañe á la composición y ornato del discurso, de que hemos hablado en el capítulo VIII de nuestro primer libro. Entiendo aquí por elocución, y es otro significado suyo, el arte de tener atento y complacido al público, diciendo bien lo que se dice.

Con voz á propósito y excelente pronunciación, tal vez se podrá hacer buena lectura corrida; sin que el lector entre para nada en el placer que experimentan los oyentes al escuchar consideraciones, razonamientos, descripciones y relatos que les interesan. Por el contrario, el orador de

elocución esmerada, llama la atención del auditorio sobre cosas que acaso le harían bostezar: aviva el interés y aumenta en diez por uno el placer de sus oyentes, mucho más siendo autor y actor al mismo tiempo.

Habréis visto, sin duda, numerosos auditorios pendientes de los labios de un buen declamador que realza las bellezas de nuestra literatura: ¿qué tiene que ver esto con la palabra del hombre sinceramente conmovido en quien habla el alma y habla con arte y perfección?

Tal debéis ser vosotros. Pero no olvidéis que la elocución frasea, modula y acentúa.

Frasear es cortar la frase de modo que pasando por el oído, llegue clara é inteligible al alma, y le comunique el pensamiento del autor sin peligro de equivocarse. Una frase defectuosa desvía la atención, oscurece la inteligencia y desfigura más el verdadero sentido.

Cuentan que, deseando un joven aprender de Samson, dramático francés el arte de la lectura, este le invitó á leer la fábula de *La Encina y la Caña*, y al primer verso le interrumpió bruscamente. «Verdad que no sabes leer; vuelve á empezar.» Empezó, y leyó segunda vez como la primera: «La encina un día—dijo á la caña.» Vuelve Samson, y corrige: «El adverbio ó frase

adverbial se junta al verbo, y no al sustantivo. Das á entender que la encina se llamaba *un día*, y no hay tal, sino que *la encina, un día, dijo á la caña.*»

Yo mismo oí citar este pasaje del P. Lacordaire: «El mal nada cuesta;—para cometerle, basta dejarse ir,» que una viciosa elocución adulteraba de este modo: «El mal nada cuesta para cometerle;—basta dejarse ir.»

Muchos otros ejemplos podrían aducirse. Lo peor es que el mal fraseante se expone á herir el oído con expresiones risibles y evocar ideas muy ajenas de lo que se trata, como fácilmente comprenderéis.

Evitad equívocos y confusiones, procurando distribuir las frases convenientemente y no quitar á un miembro para incluirlo en otro. Al efecto, no seáis apresurados, ni dejados. Sea el lenguaje vivo sin precipitación: y si conviene moderarle, no degenera en pesada lentitud. Es consejo de Quintiliano: «*Promptum sit os, non præceps; moderatum, non lentum*» (1).

Ni basta la distribución ni movimiento de las frases para hacerlas agradables al oído; hay que saber modularlas. Muchos ignoran que hay música de la palabra. No quiero decir que se hable con

(1) Instit. Orat., XI, 3.

tonillo de canción; lo cual sería insoportable. Pero hay una escala de tonos breves y sumamente variados, en la cual se mueve la voz, subiendo, bajando, animándose con energía ó con suavidad halagando, recorriendo, en fin, de abajo arriba y de arriba abajo, un diapasón de sonidos poco distantes, cuya anotación es imposible y que forman las delicias de la elocución.

Dice Fr. Luís de Granada que «la diversidad de tonos y las diferentes inflexiones de la voz, sostienen agradablemente la atención del auditorio, y su variedad es una de las mayores ventajas del discurso.» Diferencia que se impone por la variedad misma de los elementos que entran en este. No se dice, por ejemplo, un raciocinio como una descripción: en el primero, la voz, al principio grave y tranquila para sentar las premisas, se enardece á medida que se desarrollan las conclusiones, y se torna audaz y penetrante para ver de introducirlas en el ánimo de los oyentes. En la descripción, la voz, suave como pincel, sigue los contornos de las cosas que describe, toma cuerpo en las que quiere realzar, sube ó cede en las enumeraciones, según sean crecientes ó decrecientes.—Como tampoco el tono de interrogación es el de admiración: aquella se entristra cual acerada punta que va derecha al entendimiento en demanda de respuesta; lo propio ha de hacer

la voz. En la admiración, el alma se eleva y ensancha; y todo, mediante la voz, se ha de expresar.—El tono de amenaza no es el que exhorta y estimula; y así todas las demás partes del discurso.

Ejercitaos, pues, en variar de tonos y en modular frases. Mas os pido por favor que en ningún caso gritéis, por vehemente que sea el pensamiento. Hallándome en una velada literaria, un actuante declamó el papel de Joad en la escena VII del tercer acto de *Atalía*; y llegando á los versos en que comienza la profecía:

¿Por qué el pavor sublime que inunda el alma mía?

¿Es que el divino espíritu se apoderó de mí?

la voz del artista exaltóse repentinamente hasta enronquecer; y aquello no eran ya más que alaridos. Declame yo á mí mismo: ¡Oh Jerusalén! si este pobre supiera poner misteriosa sordina á su bonita voz, lejos de rasgarme los oídos:

En fuentes de lágrimas mis ojos convirtiera

Para llorar tu ruina (1).

He dicho que aprendáis á frasear, modular y acentuar. El acento es colmo de la elocución.

No me refiero al valor que debe darse á los sonidos, como ya hemos notado al tratar de la pronunciación, sino al arte sutil y delicado de llamar la atención de los oyentes sobre ciertas imá-

(1) RACINE, *loc. cit.*

genes, pensamientos, advertencias y máximas; realzar las palabras de efecto; apoyar la voz en los sustantivos que se repiten en la misma frase; poner de relieve ciertos calificativos que pintan un carácter, un personaje, época, suceso ó situación; apuntar, mediante tono especial, ciertas referencias que el oyente adivina con placer; tener en expectación al auditorio con hábil suspensión y silencio que impresiona al espíritu y le hace apto para recibir y gravar profundamente el pensamiento. En fin, el acento oratorio completa el fraseado y modulación con gran variedad de matices, delicados ó enérgicos según las circunstancias.

Os formaréis en la elocución con lecturas públicas, bien dirigidas, razonadas y repetidas con frecuencia; y aun mejor, observando con cuidado á las personas de más gracia y atractivo en su conversación.

La elocución, con su infinita variedad de tonos y refinamientos de acentuación, sólo es posible ante regular auditorio y en local no muy extenso. Para numerosas multitudes y en vastos templos, no basta decir, hay que hablar con esfuerzo, clamar. A esto se llama declamación, excluyendo del vocablo toda acepción desagradable, como sería: fausto, exagerado énfasis y sañuda inectiva, debiendo ceñirnos al arte de hacer oír y apreciar el

discurso á una gran concurrencia, pronunciándolo muy alto, y dando á palabras y frases todas las entonaciones que exigen ambos acentos gramatical y oratorio.

Tal es el tono del púlpito: tono natural de conversación alta, solemne, animada y de largo alcance. No lo confundáis con esa cantilena jermiaca, que se mueve entre tres ó cuatro notas, eleva lijeramente la voz en medio de los períodos y la deja caer con tono llorón en las finales. Recitación deplorable, considerada por mucho tiempo como peculiar de la sagrada cátedra.

En un seminario, que no es del caso nombrar, había un buen rector, á la antigua, y criticó en estos términos el sermón de un sacerdote joven que tenía el don de la naturalidad: «Don Fulano nos ha echado un bello sermón, doctrinal, muy razonado y de magnífico estilo. Sólo que el pobre aun no ha cogido el tono del púlpito; parece que está de conversación.» No le hizo al orador la crítica mucha gracia que digamos; y al salir de la reunión, le tomó á parte un profesor inteligente, y le dijo: «Mira, sigue tu conversación, y déjate de tonos de púlpito.»

El V. Granada protesta, en su *Rhetorica Ecclesiastica*, contra ese pretendido tono de sermón. «No es cosa aprender literalmente los sermones y recitarlos en voz semejante á la del cie-

go que pide una limosna..... Las cosas se dicen como la naturaleza nos enseña, y según el ordinario modo de hablar.....; porque todo arte consiste en imitar á la naturaleza. En lo cual torpemente se engañan los que creen que su voz, cuando hablan en público ó predicán, ha de ser muy otra de la que emplean en el lenguaje usual. La naturaleza, que es la misma en todas las cosas, pide doquiera una misma especie de acción y pronunciación para representarlas: únicamente en la predicación, se ha de hablar en voz más alta y de más cuerpo, visto el número de concurrentes, de suerte que todos oigan.....»

«Para poner más en claro mi pensamiento y verdadero sentir, prosigue el venerable Padre, os contaré lo que me sucedió con un predicador que empezaba su carrera. Como joven, me pidió que fuese á oírle, y luego le señalase los defectos por mí notados en su manera de predicar, pudiendo así más fácilmente corregirse, previo conocimiento de causa. Fuí; y dijo todo el sermón, que llevaba, palabra por palabra de memoria, con fastidiosa y continua monotonía, sin variar. Acabado el sermón, y volviendo yo al convento, vi en la calle dos mujeres que atrozmente reñían; y como ambas hablaban á impulso de los verdaderos sentimientos de su corazón, modulaban y diversificaban la voz según los diferentes movi-

mientos de que eran animadas; y aquella diferencia de tonos causaba pronunciación variada, que tanta hermosura da á la acción. Sin poderme contener, dije al religioso que me acompañaba: —Si el predicador de hoy, hubiese visto altercar á estas mujeres é imitado su manera de hablar y de acentuar, nada le faltaría para dar á su acción oratoria la gracia de que carece por completo..... Lo mismo que los pintores para representar árboles, pájaros ú otros animales, se avezan á copiarlos del vivo y natural en lo posible....., así debe el predicador estudiar esmeradamente el lenguaje más natural á los hombres, y sobre todo á las personas que hablan con más exactitud y agrado» (1).

Ni necesitáis ir lejos en busca de modelos. Mirad en torno vuestro, replegaos sobre vosotros mismos, y observaréis que la palabra resulta natural, fácil y variada, en vuestras conversaciones, siempre y cuando estas se animan. Bien os decía: el tono del púlpito es el de una conversación alta, solemne, animada y de largo alcance, en la cual procuraréis, no obstante los esfuerzos que impone vasto local y numeroso auditorio, reducir á práctica las reglas de frasear, modular y acentuar que, al tratar de la elocución, hemos expuesto.

(1) *Rhetor. Ecclesiast.*, (lib. VI c. II).

Acabemos el capítulo con una importante observación que, hablando de la acción oratoria, os prometía.

Nunca podréis decir bien ni declamar con arte, si no sabéis respirar. Confieso que es difícil continuar hasta el fin un largo período. No hay que cortarle con pausas acentuadas que le mutilarían, sino más bien insinuar, con oportunas inflexiones, que no ha terminado el punto, y desarrollar aquel en toda su amplitud. No quiere decir esto que no se deba respirar; por el contrario, debe ser tanto más frecuente la respiración cuanto el período es más largo. Antes de comenzar, haced buena provisión de aire, á lo que el profesor Delsarte llamaba *respiración profunda*.

Hecha una vez provisión, la váis gastando en el transcurso de las frases, procurando mantenerla con pequeñas aspiraciones, particularmente en las sílabas que se pronuncian con la boca abierta. Consiste la principal habilidad en ocultar con tal arte la respiración, que nadie lo advierta. Nada más desagradable y penoso de oír que el estrepitoso aliento de un orador sofocado. El discurso viene á serle insoportable fatiga, que pudiera ahorrarse sosteniendo el juego de los pulmones con respiración á menudo renovada.

Un maestro entendido me explicaba, cierto día, como había respirado ocho ó diez veces en

un punto bastante largo, sin que yo me diese cuenta; y me dijo: «Hay respiración entera, media, cuarto de respiración, medio cuarto y respiración insensible.»

Respiración entera es la que se hace á fondo en el principio de un punto para abastecer los pulmones; las demás se distribuyen á medida que se habla. Pongamos por ejemplo dos trozos de Granada:

«Por esto suplico yo ahora, Dios mío, á vuestra infinita piedad, que, entretanto que yo estuviese apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber más, deseando engrandecerla y declararla, estén allá en el cielo glorificándoos los que os saben alabar.»

Respiración insensible después de *Por esto*, en cuyas palabras se alude á lo ya dicho llamando sobre ello la atención; medio cuarto de respiración después de *ahora* para poder dar correspondiente énfasis al vocativo que sigue; media respiración en *mío*; otra media bien cumplida en *piedad*; insensible después de *que*; cuarto de respiración después de *rudeza*; y de *más*; media respiración, sin quitar nada después de *declararla*, haciendo resaltar más la cláusula final: *estén allá en el cielo*, etc.

Respiración entera para empezar el período siguiente:

¿«Qué Proteo mudó jamás tantas figuras co-

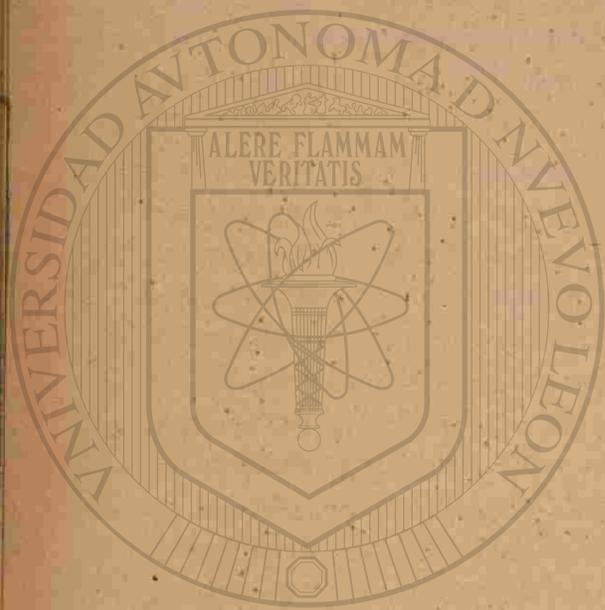
mo muda el hombre á cada paso? ya enfermo ya sano, ya contento ya descontento, ya triste ya alegre, ya temeroso ya confiado, ya sospechoso ya seguro, ya pacífico ya airado, ya quiere ya no quiere; y muchas veces, él á así mismo no se entiende.»

Al pronunciar este párrafo, hágase respiración insensible en *Proteo* y en *figuras*; media respiración en *paso*; media también en cada coma siguiente; media muy pronunciada en *quiere*; medio cuarto de respiración en *veces*; respiración insensible en *mismo*, dando así relieve al final.

Mucho os encargo, amados míos, que con paciencia estudiéis y practiquéis con tesón estas reglas de inteligente mecánica, deshacedos luego de la mala costumbre de hablar hasta quedaros sin aliento, y evitaréis el cansancio de ese largo monólogo llamado discurso. Mirad que no sois como el actor que descansa mientras le replican; sino que tenéis la palabra todo el tiempo. Si no sabéis respirar, os veréis fatalmente ahogados y exánimes. «Si, pues, un buen actor siempre debe ser dueño del aliento, aun cuando aparente perderle, y si aparece cansado, es mero efecto del arte» (1), ¡cuánto más el orador sagrado á quien su ministerio impone tan pesados y largos esfuerzos!

(1) LEGOUVÉ, *L'art de la lecture*, v. VI.

Considerad, por fin, que la respiración metódica os será de gran utilidad para frasear, modular y acentuar debidamente; y así los períodos llenos de vuestros conceptos y sentimientos llegarán claros y distintos al oído cautivado de los oyentes, para pasar de allí á su inteligencia y corazón.



CAPÍTULO V

FISONOMÍA Y ACCIÓN

Toda la persona del orador debe hablar. Con el atractivo de la voz, pureza de acento, claridad de pronunciación, bellezas de elocución, exactitud y vigor al declamar, agrada al oído. Mas considere que no habla á ciegos. Los oyentes tienen ojos á quienes cabe su parte de satisfacción, que no les faltará siempre que los movimientos del cuerpo armonicen con la palabra.

Sin emitir sonido, puede el hombre hablar con los variados juegos de su fisonomía, indicaciones, llamamientos y repulsiones de su acción. Este lenguaje, imperfecto en sí mismo, tiene el maravilloso poder de perfeccionar la palabra, vivificarla, darle expresión, introducirla en el alma por los ojos, á la vez que penetra por los oídos. En el punto de encuentro, llega á su auge de poder y completa su triunfo.

Podrán convenir fisonomía impasible y cuerpo inmóvil á la lectura pública, que tan sólo se dirige á los oídos; mas la recitación, y sobre todo el dis-

curso, exigen perfecta armonía de todos nuestros medios oratorios.

Hase dicho que Bourdaloue predicaba con los ojos cerrados, y no accionaba. Para deshacer tan ridícula patraña, á parte el testimonio de sus admiradores y la avidez con que la gente se agolpaba á su predicación, que «aquello era morirse» en expresión de la marquesa de Sevigné, basta leer algunos discursos de aquel célebre orador. Hay tal movimiento y vida en su argumentación, que es imposible no suponer lo propio en toda su persona (1).

Penetraos de esta verdad: la fisonomía y el accionado son tan inherentes á la palabra pública, que no hay manera de separarlos ó ponerlos en desacuerdo sin perjuicio del efecto oratorio. Hablad, pues, con la expresión del semblante y movimiento armónico del cuerpo.

Para poner en escena al personaje á quien representan, suelen los cómicos disfrazar su rostro. Vosotros no lo necesitáis; asumís en vuestra persona el nombre y representación de Dios. Vuestra propia cara os basta y es muy á propósito, expresad con ella las nobles y santas pasiones de vuestra alma de apóstol. Ya os he dicho con Buffón:

(1) Véase lib. I, cap. v de esta obra.

«Todo el semblante es cuadro vivo en que con tanta delicadeza como energía se destacan las pasiones, y cada movimiento del alma se expresa por un rasgo, cada afecto por un signo cuya impresión, viva y pronta, adelantándose á la voluntad, nos denuncia y patentiza nuestras internas agitaciones.»

Notad, sin embargo, que hay fisonomías más ó menos adaptadas á la expresión de las pasiones oratorias. Si la vuestra es de sumo insensible y fría, tratad de flexibilizarla y acomodarla á los impulsos del alma ganosa de mostrarse oportunamente convencida, ardiente, imperiosa, tierna, compasiva, celosa por la gloria de Dios y salvación de los hombres. Si, por el contrario, es en exceso viva y jovial, imponedle la gravedad santa propia de un embajador de Dios. Si es demasiado móvil, evitad las múltiples y violentas contracciones que hacen del rostro un conjunto de visajes. Veintidós pares de músculos hay en la cara, con más el músculo labial; si todos á una se agitan, resultaréis ridículos, grotescos, horribles. No se diga de vosotros lo que oí de cierto predicador exagerado en contracciones: «¡Vaya un mono!»

Regla general: las facciones del orador, máxime sagrado, han de mantenerse graves y serias en su totalidad, y concentrarse todas las pasiones en ojos y en labios. En la tristeza, dolor y compa-

sión, bájanse ligeramente los párpados, los ojos suelen arrasarse de lágrimas, y los labios se dilatan, formando un surco á cada lado de la boca. En el gozo, admiración y ternura, los ojos brillan, entreábranse los labios, y la boca sonríe. En la indignación, ira, increpación y amenaza, los ojos centellean, y los labios trémulos apenas pueden contener la afluencia de palabras. En la interpelación é interrogación, imprégñanse los ojos de luz y de electricidad, cual si quisieran entrar en el alma de los oyentes, mientras los labios vivamente agitados reclaman pronta respuesta. En el ruego, elévanse los ojos al cielo, ó fíjanse con amor en el tabernáculo, ó en alguna santa imagen, y entreabierta la boca y piadosamente extendidos hacia adelante los labios, parece como que esperan el beso de la liberal bondad de Dios y de su infinita misericordia. — ¡A cuántas otras expresiones se presta ese doble juego de ojos y labios! En él se distinguieron Berryer y el P. Lacordaire.

Pero ante todo y sobre todo, naturalidad. No preparéis de antemano, con estudiados melindres las expresiones de vuestra fisonomía, que es cosa de afeminados; persuadíos que el reflejo espontáneo y directo de vuestras impresiones, pasiones y sentimientos en el semblante, es el único capaz de daros palabra animada y agradable á la vista, y juntamente fisonomía simpática, que compense en

alto grado las irregularidades que afean pudieran vuestro rostro.

Por viva y halagüeña que sea la expresión del semblante, hablando en público, fáltale complemento si el cuerpo no se mueve; aunque esto me parece imposible, ya que la excitación del alma que anima las facciones tiene que sentirse en todos los miembros. El juego de la fisonomía tiende á completarse por el accionado.

Hay tratados sobre esta materia, y algunos tengo á la vista. Si los queréis estudiar, hallaréis copiosa nomenclatura y numerosas definiciones divididas en dos clases: accionado simple y compuesto.

Entran en la primera: *el indicativo* de frente, oblicuo, horizontal, hacia el cielo y hacia la tierra; *el demostrativo, conclusivo, generalizador, interrogativo, responsivo, invocativo, repulsivo, exclamativo, persuasivo, afirmativo y negativo.*

En la segunda: *pintoresco, descriptivo, afirmativo de imposición y de autoridad, operativo, configurativo, afectivo pintoresco ó antitético, pronóstico, repulsivo compuesto y negativo compuesto.*

Todos esos géneros van aplicados á ejemplos y representados por figuras que os los ponen en claro. Admiro el espíritu de observación, ingenio-

sidad y talento de quienes han compuesto esos tratados; pero he de advertiros que, si pretendéis ateneros á ellos en todo, os veréis en un laberinto, y si queréis reproducir exactamente las figuras que contienen, harto será que no déis en ridículos.

Para no aherrojar vuestra naturaleza y temperamento oratorio en una meticulosa é incómoda teoría, me limitaré á indicaros algunas reglas generales que, observadas, corregirán los defectos que pudiere haber en la espontaneidad de vuestros movimientos, y harán vuestra acción fácil y agradable, aun cuando no seáis artistas consumados.

Comenzad por sosteneros bien sobre las piernas, de modo que el cuerpo esté á plomo y el juego de los brazos no le haga oscilar á una y otra parte. Ha de mantenerse derecho, aunque no rígido, y no perder nada de su talla. Nada más feo que verle á cada momento bajarse, levantarse, balancearse y retroceder. Toda la persona del predicador pierde, con esa multiplicidad de meneos, la imponente gravedad que pide su sagrado ministerio. Sólo en los momentos en que es más viva y apremiante la comunicación con el auditorio, y la pasión se expresa con más energía, rompe filas el cuerpo, y toma parte en el movimiento general. En pláticas é instrucciones familiares, la acción debe ser más moderada.

Al empezar el discurso, apoyad ligeramente las manos en el púlpito y no pongáis en acción los brazos hasta que les llegue tiempo. Figúranse los predicadores noveles que para accionar basta mover los brazos de cualquier manera; y bracean á derecha é izquierda, atrás y adelante, arriba y abajo, sin saberse por qué. En vez de dar relieve á la palabra, perjudican á su audición. A personas piadosas é inteligentes he oído decir que tenían que cerrar los ojos para escuchar á ciertos oradores de talento, so pena de distraerse con la intemperancia ó torpeza de su accionado.

Para ser este verdaderamente oratorio, debe ir en armonía con la palabra, y, como queda dicho, introducirla en el alma por los ojos, mientras que ella penetra por los oídos, para que dándole, en el punto de encuentro, su mayor poder, concurra á su triunfo. Por ejemplo, si os dirijís *ex professo* al auditorio, le interrogáis, instáis, exhortáis, animáis, reprendéis, amenazáis, á él naturalmente han de dirigirse los brazos. Mas notad que, en tal caso, la posición de las manos no ha de ser siempre la misma. Exponéis una verdad clara y obvia: presentad la palma de la mano hacia el oyente, cual páginas de un libro para que lea. Queréis explicar algo difícil: volvedla hacia vuestro rostro, cual si con ojo avizor buscarais el nudo de la dificultad. Desarrolláis un

argumento: colocada horizontalmente se vuelve hacia arriba como para apoyar y sostener cada una de las razones que exponéis, y al imponer las conclusiones, se vuelve hacia abajo y pesa sobre la cabeza de vuestros oyentes. Queréis expresar acumulación, unión, encuentro: se vuelven y acercan las palmas de una á otra. Dividís, separáis, repudiáis: se vuelven hacia fuera, y se alejan entre sí. A esto llamaba el profesor Delsarte, en una de sus originales lecciones, *cubo del accionado*. Hay otra multitud de movimientos de brazos y manos para denotar piadosa veneración, respeto profundo, convicción, noble confianza, esperanza, deseos, temor, indignación, horror, santas expansiones de la caridad: y en una palabra, todas las impresiones, pasiones y sentimientos de una alma apostólica. No me detendré á describirlos, ya que el sentido común, el buen gusto, la observación y el ejercicio os los enseñarán, y el hábito los fijará en vuestra acción oratoria. Baste por todo una sencilla advertencia: la acción ha de expresar siempre algo, expresarlo con motivo y de perfecto acuerdo con la palabra.

El mecanismo de la acción tiene sus reglas, que quiero retengáis.

En primer término, no se debe accionar, generalmente, sino con el antebrazo. El movimiento

del brazo es excepcional para ocasión en que grandes imágenes y fuertes pasiones exijan mayor amplitud de la acción oratoria; y aun entonces ha de evitarse la exageración al extender los brazos, y sobre todo no elevarlos cuan largos son, por encima de la cabeza, dando al auditorio el triste espectáculo de un hombre que se ahoga. Cuando los extendáis en cruz á manera de orantes, cuidado de no ponerlos tiesos, sino siempre ligeramente cimbrados.

Es la acción curva de lo más agradable á la vista. No accionéis, pues, en línea recta, ni describáis, con vuestros movimientos, ángulos más ó menos abiertos. Parta vuestra acción del borde del púlpito, del pecho, de los hombros ó de la cabeza; redondéadla siempre, ya se dirija arriba, abajo, adelante ó del lado; y así le daréis flexibilidad, gracia, elegancia y belleza.

Mas por redondeada que salga la acción, será ingrata, si el apéndice del brazo no corresponde.

Atended á las manos; abridlas. No vale el puño ni los dedos encorvados en la acción oratoria. Sin embargo, al extender la mano, no separéis los dedos, ni tampoco los tengáis pegados entre sí; estén tan unidos, que á nadie se ocurra contarlos; y tan distantes, que puedan moverse con holgura. La mano tiene acciones peculiares. El ademán del índice, doblando todos los demás

contra la palma, es muy enérgico y expresivo como acción de ataque ó de llamamiento; pero no hay que abusar; si se repite con frecuencia y sin propósito, pierde toda significación. La mano trémula y vibrante da realce á un período conmovedor; mas el temblor continuo sólo sirve para excitar en los oyentes lástima del hombre débil ó miedoso que les arenga.

No siempre los movimientos de cabeza, ojos y brazos deben seguir igual marcha. Conviene utilizar lo que pudiera llamarse *contrastes de la acción*. En la súplica, pongo por caso, más piedad reviste la adoración inclinando la cabeza sobre las manos juntas y derechas, que si manos y cabeza se inclinasen á la vez. Más expresiva es la invocación cuando, elevados los ojos con ardor al Cielo, se dejan caer los brazos, que si brazos y ojos siguen idéntico movimiento de ascensión. El menosprecio, repulsa y horror aparecen más profundos en el movimiento de la cabeza que se vuelve del punto á do tienden los brazos, que en el movimiento que lleva cabeza y brazos hacia el mismo lado.

Y ahora, sea cualquiera vuestro accionado, os encargo sobriedad. La acción exuberante, no menos que la torpe, resulta fastidiosa. En la acción del cuerpo es preferible pecar por carta de menos. Y aún en casos convendrá sacrificar tal

cual acción, para dar realce á otra más importante en que prorrumpe alguna pasión hábilmente continuada.

No sólo debe ser sobria la acción, sino también silenciosa, hablando sólo á los ojos. Patear, convertir el púlpito en bombo, el pecho en tambor, las manos en platillos, son torpezas que estorban á la audición, é inconveniencias que un auditorio bien educado no perdona.

Tengo oído y leído que la acción, siempre ha de acompañar á la palabra, y nunca precederla ni seguirla. No estoy por eso. Comúnmente la acción subraya la palabra, pero puede anunciarla y hacerla presentir con maestría.

Ademanos hay silenciosos, á cuya vista el atento auditorio se pregunta: «¿Qué nos irá á decir?» Así como, tras de brillante párrafo, una acción vehemente concluye su efecto y da á la emoción el golpe de gracia.

Tales son las reglas generales de accionado. Meditadlas, y aprended de los más competentes su aplicación. Os he aconsejado que observéis á las personas distinguidas en la conversación familiar; observad á los buenos oradores cuando hablan en público, notad en su accionar lo que os parezca más natural y expresivo, para acomodároslo. Pero repito, lo mejor es que desde un principio os ejercitéis en la acción.

Hay, á mi ver, sobre este punto, espantosa indiferencia en la educación de los jóvenes religiosos y seminaristas. Se mira mucho más á la solidez del discurso que á la manera de decirlo; en la lectura de disertaciones y en los ejercicios de predicación, con más cuidado se critican las cualidades de pensamiento y estilo, que las imperfecciones de la voz, pronunciación, elocución, tono oratorio, modo de presentarse, juego de la fisonomía y de la acción. Sin embargo, los educadores de la juventud no ignoran que la defectuosa declamación de un discurso puede hacer perder á un hombre inteligente todo el fruto de su trabajo.

Claro es que el apóstol no debe preocuparse en demasía de la acción oratoria; mas tampoco le es lícito descuidarla, toda vez que el arte de bien decir es medio de fijar la atención y conquistar las simpatías de un auditorio. No hemos de ser émulos de artistas dramáticos y comediantes; pero fiarlo todo á la gracia de Dios, con execrables recursos oratorios, fuera irreverente y temerario. El respeto debido á la palabra santa nos impone deber de corregirnos de los defectos que la adu-
teran.

Oigan, los aficionados á gritar y moverse demasiado, el buen consejo de Shakespeare: «Dirás este pasaje en la forma que te lo he declamado yo: con soltura de lengua no con voz desen-

tonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; más valdría entonces dar mis versos al pregonero, para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire; moderación en todo, puesto que aún en el torrente, la tempestad, y por mejor decir el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión» (1).

A esta plácida moderación quiero que os atengáis. Si el estudio de las reglas y ejercicios preparatorios no os hacen artistas eminentes, al menos no exhibiréis, hablando en público, sino lo bueno de vuestra naturaleza: voz bien regulada, clara pronunciación, dicción agradable, tono apropiado, fisonomía simpática y accionado espontáneo y original, mejor que todas las pantomimas copiadas y acicaladas; en fin, todo lo necesario para agradar, sin perder de vista la importancia, alteza y santidad de vuestro divino ministerio.

(1) HAMLET, acto III, escena II. (Traducción de Moratín).



CAPÍTULO VI

COMUNICACIÓN CON EL AUDITORIO

No basta, para ser elocuente, voz educada, correcta pronunciación, dicción agradable, fisonomía expresiva y conjunto armónico de acción; requiérese además entrar en el alma de los oyentes y hacerlos vivir de vuestra propia vida.

Vana ostentación será el discurso, sin la profunda convicción de que habláis á un auditorio, no como quiera, sino con el fin de comunicarle vuestros pensamientos, vuestro sentir y santas emociones. ¡Cuántos predicadores concentran toda su atención en lo que dicen, y parece que hablan á un ser vago y vaporoso, flotante bajo las bóvedas ó entre los pilares de la iglesia! Abajo los espera el auditorio, y diríase que temen acercársele. Con todas las dotes de inteligencia y de palabra que se quiera, son fríos por falta de lo que debe ser complemento del discurso y de la acción: la comunicación directa con las almas que han de instruir y mover.

Jamás arrojéis á lo alto y á lo lejos la divina simiente para que cada cual coja á la ventura lo que pueda, sino descended á los surcos y por ellos pasad el rastrillo de vuestra acción oratoria, para que el buen grano entre hasta el fondo de las almas. Una vez más, no habléis al aire, sino al auditorio; haya, entre vosotros y él, cambio de ideas, de sentimientos y de vida.

No sé donde leí, cual consejo dado á los nuevos predicadores: «Mirad al auditorio en globo, y con nadie tropiece vuestra vista.»—Pase esto en los primeros ensayos, cuando los noveles carecen de seguridad, y se exponen á distraerse ó aturdirse con las manifestaciones benévolas ú hostiles del auditorio. Mas de seguir siempre ese consejo, os privaríais de un excitante que ofrece á la vena oratoria no pequeña utilidad.

Con efecto, hay buenas fisonomías de oyentes en que se reflejan todas las impresiones recibidas. Sus ojos expresivamente abiertos, sus facciones dilatadas, su atención sostenida, son otros tantos signos halagüeños que dicen al orador: Bien va, continúa. Por otra parte, hay fisonomías que parecen rehacias contra el aguijón de la palabra, y toman bajo sus ataques, defensiva actitud. No las esquivéis, que son como latigazo que os provoca al calor del raciocinio y á los transportes de la pasión. Otros denotarán, con fruncimiento de cejas

y leves gestos, que habláis muy alto ó bajo, aprisa ó despacio, con ímpetu ó con languidez. Es la censura, y hay que tener cuenta con sus advertencias. Acostumbraos á mirar bien toda vuestra gente: tal es mi parecer. Exceptúanse los dormidores, de quienes importa desentenderse, para no caer en impaciencia y no salir con alguna reconvencción menos discreta.

Predicando una cuaresma, dí con un buen párroco que sin falta empezaba á cabecear al medio del exordio, y hasta el fin del sermón dormía como un bienaventurado. Estábamos en la explicación del Decálogo; y un día, á propósito del cuarto mandamiento, hablé de la paternidad espiritual del sacerdote. Hice, de consiguiente, el elogio del buen pastor y lo apliqué al respetable señor cura, cuyo inteligente celo é inagotable caridad todos reconocían. Como es de suponer, volviéronse las miradas hacia él, que seguía en profundo sueño. Aquello iba resultando cómico, y salí del paso, diciendo: «Puedo hablaros de las virtudes de vuestro padre en el Señor, con más confianza por lo mismo que él no me oye.» Esta salida excitó gran hilaridad; lo sentí, y más lo hubiera sentido, á no dar con un hombre buenísimo, que se contentó con decirme después del sermón: «Vaya, Padre, que me ha hecho V. una travesura, voy á ver si me corrijo.» Otro se hu-

biera resentido, y me hubiera dado un disgusto. Seguramente, lo mejor es no fijarse en los que duermen y limitarse á las impresiones de los que escuchan.

He de advertiros que no pretendáis de buenas á primeras poner os en íntima relación con el auditorio y daros cuenta de sus impresiones. Para ello se necesita ya cierta facilidad, que poco á poco se adquiere, especialmente encontrándose con los mismos auditorios en predicaciones seguidas, como ejercicios, cuaresmas, misiones, series de pláticas y conferencias. Nada hay más favorable á la palabra pública que hallarse en país conocido.

No sólo debéis poner os en comunicación con el auditorio dándole algo de vosotros, sino que debéis vivificarle, que es el triunfo de la elocuencia. Interrogadle, ponedle en escena, hacedle hablar, dialogad con él. Con Fr. Luis de Granada os he dicho las ventajas de este método (1).

Así, la predicación, más que efusión de vuestra vida apostólica, es cambio de vida que anima la palabra pública y la hace en sumo grado atractiva. Tórnase el auditorio más ávido de la predicación, por lo mismo que en ella desempeña un

(1) Véase Cap. IX, *Pasiones y Conveniencias oratorias*.

cometido. Mas esto exige, por parte del predicador, mucho arte, flexibilidad y gran talento de acomodación.

Para dar vida al auditorio, se han ideado en algunas partes conferencias dialogadas, durante las misiones: un misionero hace de contrincante. Es el auditorio personificado, proponiendo sus dudas y objeciones. Bien hechas, pueden estas conferencias ser muy interesantes, porque la variedad de cuestiones que se tratan y la animación del diálogo no permiten decaiga ni un instante la atención de los oyentes. Pero exigen mucha prudencia y seria preparación. La inmensa mayoría del auditorio naturalmente, se pone del lado de quien le representa. Se necesita que la exposición de las verdades sobre que versan sus dudas revista entera claridad y precisión, y sea contundente la respuesta á sus objeciones. Por eso los conferenciantes deben entenderse de antemano y trazar de común acuerdo el plan de batalla, para evitar toda sorpresa ó defección. Expónense á graves inconvenientes, si se contentan con simples indicaciones y preparación superficial. He conocido justas oratorias en que llegó á tal punto la contradicción, que resultó verdadero escándalo. Decía un hombre: «Lo cierto es que el pequeño zurró bien al mayor.» El mayor era el que predicaba y menor el argumentante. Evita-

réis estos inconvenientes, teniendo agilidad de talento para desempeñar el papel de ambos personajes y dialogar con vuestro auditorio.

Para poneros en debida comunicación, despedid francamente la voz desde principio del discurso, y haceos cargo de su alcance por la actitud de los que escuchan. Haced de modo que á todos llegue vuestra palabra; mayor concurrencia pide mayor gasto de vida, por ser más amplia la comunicación, y su efecto más intenso. En compactas muchedumbres, la aproximación crea corrientes misteriosas que transmiten de un oyente á otro la emoción producida por una palabra elocuente, y recibiendo el orador como un reflejo de esa emoción, siente mayor necesidad y más vivo deseo de darse.

No vayáis, sin embargo, á creer que hayan de reservarse las comunicaciones de vuestra vida para asambleas numerosas. Poco fío en la virtud y celo de oradores presuntuosos que afirman no poder predicar bien sino á grandes auditorios. Nunca la reducida concurrencia fué inconveniente para los que tienen pasión por la divina gloria y el bien de las almas. A diez ó quince personas predicaba de mil amores San Francisco de Sales, y recogía copiosa mies de edificación y conversiones. No os déis vosotros más importancia;

sembrad escrupulosamente lo mismo en los pequeños campos que en los grandes. Tanto más liberal será Dios en premiar vuestro celo cuanto más llenos de humildad estéis.

Convendría, caso de poco auditorio, invitarlos á que se junten, ya que la proximidad crea, según os he dicho, corrientes simpáticas, y, como nota un célebre profesor, los auditorios desparrramados carecen de electricidad.

Sean pocos ó muchos los oyentes, no contéis con las simpatías de todos; siempre tendréis enemigos. El primero es la ligereza mundana, que busca reputaciones. Se desalan por oír á un predicador que, con sus talentos y triunfos oratorios, se ha creado fama, le escuchan con avidez, y sólo les falta aplaudirle á cada párrafo. En cambio, reciben con indiferencia, y tal vez con menoscupio, al desconocido que osa dar lecciones á los hijos del mundo. Aquí tienen perfecta aplicación las palabras de la Escritura: «Habla el rico, todos callan, y ensalzan su palabra hasta las nubes: *Dives locutus est, et omnes tacuerunt et verbum illius usque ad nubem perducent.* Habla el pobre, y exclaman: ¿Quién es ese? *Pauper locutus est et dicunt: ¿Quis est hic?*»... (1). Varones apostó-

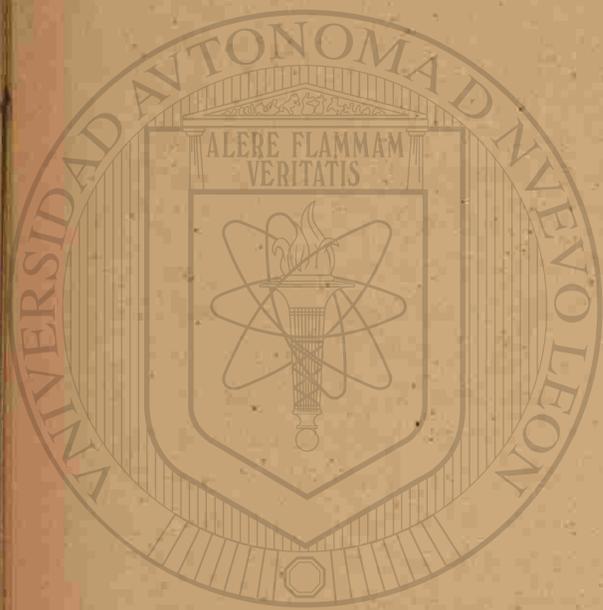
(1) Eccli., XIII, 28, 29.

licos, afrontad sin temor á ese enemigo, sobreponed á la ligereza mundana. Si sois pobres de celebridad, sed ricos de celo evangélico, y acabarán por escucharos.

A la ligereza mundana juntad las prevenciones, errores, vicios y pasiones, cuyas hostilidades urge vencer. Os remito para ello al capítulo de las *Pasiones y conveniencias oratorias*, y al presente añadido este importante aviso: Mientras podáis, no toméis, en la lucha con los enemigos de la divina palabra, actitud de encarnizado combatiente. Evitad con prudencia, en el ardor de vuestra pasión oratoria, términos mordaces, personalidades irritantes y duros apóstrofes. A fuer de luchadores tan magnánimos como valientes, haced entender á quien os oye que vuestras invectivas se dirigen contra sus errores y extravíos y de ningún modo contra su persona, que os es querida, y cuyo bien y perfección con apasionamiento deseáis.

No necesito hablaros de ciertos exabruptos que, en naturalezas impacientes, suele excitar una puerta que hace ruido, la entrada de uno que llega tarde, la mala compostura de un otro, y cosas por estilo. Debéis comprender que un hombre que da importancia á estos pequeños accidentes, hasta quejarse en público, pierde su dignidad y desacredita su palabra.

Todo lo dicho se compendia en este último dictamen: Tomad por regla de vuestras comunicaciones con el auditorio la paciencia, gravedad, indulgencia, y amor de las almas; conozca, en vuestro modo de tratarle, que le amáis y sólo pretendéis su bien: *Amare est velle bonum alicujus*.



CAPÍTULO VII

TENOR DE VIDA EN TIEMPO DE PREDICACIÓN

Si sólo hubieseis de subir al púlpito para sermones aislados y de circunstancia, no seríais, propiamente hablando, predicadores. El predicador es continuador de los varones apostólicos, de quienes dice el Evangelio que «habiendo el Señor escogido y asociado á sus Apóstoles setenta y dos discípulos, envióslos de dos en dos á toda ciudad y lugar á donde había de ir El mismo» (1).

Jesucristo quiere entrar en las almas, y El no entra sino por puertas abiertas, y los predicadores son los que le abren esas puertas. Cuaresmas, misiones, ejercicios espirituales, novenas, son tiempos benditos en que la palabra de Dios llama con redoblados golpes á la puerta de las almas, invitándolas á recibir al Rey de la misericordia y de la gracia.

(1) «Designavit Dominus et alios septuaginta duos, et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum quo erat ipse venturus.» (Luc., X, 1).

¿Cómo habéis de vivir y conducir os durante esos tiempos? No me creo con suficiente autoridad para aconsejaros sobre el particular. Cedo la palabra á uno de nuestros maestros, venerable Humberto de Romans en su libro *de eruditione prædicatorum*.

Lo primero es «la obediencia, que debe llevar al predicador al punto de su misión. Ardiendo Isaías en deseos de abandonar su retiro para anunciar á Israel la divina palabra, pide mandato al Señor:—Aquí estoy, envíame» (1).—En aquel santo profeta, el deseo de hablar provenía de acendrado amor de la gloria de Dios y salvación de su pueblo.

¿Es este puro amor el que preocupa nuestros corazones cuando deseamos el ministerio apostólico? ¿Nos resignamos con franqueza y sencillez en manos de nuestros superiores? Y al decir como el Profeta: *Ecce ego, mitte me*, ¿no abrigamos, por ventura, secretos motivos que conocidos, obligaran á los padres de nuestras almas á retenernos más que á enviarnos? ¡Ah! la miseria humana es de todos tiempos, y el venerable Humberto nos revela sus viciosas intenciones.

(1) «*Ut discursus prædicatoris sit laudabilis, requiritur ut condatur obedientia bono. Unde Isaías, licet haberet voluntatem eundi, tamen petiit hoc sibi imponi dicens: Ecce ego mitte me.*» (De erudit. prædicat. part. VII, § 34).

«Este, semejante á niño enemigo de la escuela, se propone eludir la disciplina claustral» (1). Le gusta respirar aires de libertad, y sustraerse por algún tiempo al menos, del yugo de las observancias regulares.

«Aquel halla dura la abstinencia del convento, y cuenta refocilarse en una mesa mejor servida» (2).

«Otro, muy sensible á los afectos carnales, necesita ver á menudo á sus deudos y predilectos amigos» (3).

«Otro se ha metido inconsideradamente en asuntos profanos que quiere evacuar y en que mejor le fuera no ocuparse» (4).

«Otro, movido de curiosidad, se muere por ver y oír lo que en el mundo pasa» (5).

«Otro, por fin, bebe los vientos por exhibirse

(1) «*Alii discurrunt ut fugiant disciplinam claustris, sicut pueri fugiunt scholas.*» (Op. cit., § 33).

(2) «*Alii causa ventris, cum tenuem victum habent in claustro, sicut canes de quibus dicitur (Ps. 58): Famem patientur ut canes et circuibunt civitatem.*» (Ibid).

(3) «*Alii sunt propter amicitiam carnalem volentes frequenter visitare modo istos, modo illos amicos carnales.*» (Ibid).

(4) «*Alii propter negotia secularia ut sunt testamenta et hujusmodi. Contra quos dicitur (II Tim., 2): Nemo militans Deo implicat se negotiis secularibus.*» (Ibid).

(5) «*Alii ex curiositate volentes videre modo istos, modo illos, et scrutare quedam, et audire ad eos impertinentia.*» (Ibid).

y hacer acopio de éxitos para satisfacción de su vanidad (1).

Ahí tenéis los móviles que á unos y otros empuñan en su ministerio de apóstoles, so pretexto de invitación sordamente procurada (2) y de autorización sacada con astutos amaños.

Dios nos libre, hijos míos, de tales miserias y de semejantes motivos y medios. Purifiquemos nuestra intención; ni más fin tengamos, en nuestras correrías apostólicas, que la gloria de Dios trabajando con denuedo en la salvación y perfección de las almas; y entonces, podremos, con corazón sincero y enteramente sumiso, decir á nuestros superiores, como el Profeta á Dios: *Ecce ego, mitte me.*

Llegados al lugar de vuestro apostolado, váis á comenzar la campaña del ministerio evangélico. Recordad lo dicho en el capítulo sobre *Disposiciones del alma y Auxilios divinos*. Os exhortaba á disponeros para la predicación penetrándoos de los sentimientos de Nuestro Señor Jesucristo. Hora es de que, henchida el alma de estos senti-

(1) «*Alii sunt qui officium predicationis, quod ad salutem proximi est ordinatum, retorquent ad finem vanæ gloriæ.*» (Op. cit., part. III, § 14).

(2) «*Alii non solum sunt prompti ad hoc officium, immo procurant per se vel per alios, directe vel indirecte, hoc sibi imponi.*» (Ibid.).

mientos, se traduzcan en vuestra vida y, según frase del Evangelista, pongáis la luz en el candelero. El ejemplo iluminará vuestra palabra. «Mejor se enseña pintura, dice el venerable Humberto, poniendo á la vista modelos, que con explicación verbal de las reglas del arte. Así el predicador mejor da á conocer á Jesucristo mostrándole vivo en su persona, que hablando de El en sus discursos» (1). Reconocerán que vivís de El, si vivís como El. «¡Oh buen Jesús! exclama San Bernardo, ¡cuán dulce fué vuestra conversación en medio de los hombres! ¡*O bone Jesu, quam dulciter cum hominibus conversatus es!*» Manifestaos, pues, como el divino Predicador, llenos de celo por la divina gloria, sedientos del bien de las almas, mansos y humildes de corazón, accesibles á los pequeñuelos, misericordiosos con los pecadores, atentos á cuanto sea hacer bien, sufridos, pobres, mortificados, dispuestos á todos los sacrificios por asegurar vuestra obra de redención.

A imitación de Jesús, que unía la oración á la enseñanza y á las grandes obras de su vida pública, orad con El y como El. Habéis pedido á Dios su ayuda en la preparación, más la necesi-

(1) «*Melius autem docet pingere qui non solum verbo, sed etiam imaginem ostendendo docet, et ideo predicator debet vitam Christi non solum verbis predicare, sed etiam in se ostendere.*» (V. HUMB. *Expositio Regule sancti Augustini*, § 59).

táis en la acción. Nada sacrificéis de vuestros ejercicios de piedad, sed fieles á ellos, en lo posible; y si las tareas apostólicas exigen más actividad y tiempo, tened siempre levantado el corazón á Aquel de quien dimana toda gracia y dádiva perfecta. Dice San Gregorio que «más vale, en la predicación, la constancia del santo amor, que toda la ciencia de un discurso bien preparado: *Plus valet ad prædicandum sancti amoris constantia quam exercitati sermonis scientia.*»

Vivir en íntima unión con Dios, tal es el medio de conversar dulcemente, como el divino Maestro, con los que nos rodean. Si estáis con un compañero de ministerio, guardadle respeto, deferencia, y caridad, sea mayor ó más joven que vosotros. No hay cosa que tanto edifique á los fieles, como la buena armonía de aquellos que los evangelizan. Ya que juntos trabajáis en la misma obra, no hagáis nada sin consultaros mutuamente, y uno á otro prestaos de grado y con amabilidad los servicios que un hermano debe esperar de otro hermano. Consolaos en vuestras penas, sosteneos en las pruebas, animaos y asistíos en los trabajos, amonestaos en vuestras debilidades y faltas, excitaos al amor de Dios y de los prójimos; sed, en fin, una alma y un corazón: *Cor unum et anima una.*

Respecto de los que os hospedan, que con preferencia deben ser religiosos ó eclesiásticos, observad el precepto de San Pablo: «*Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum.* No ofendáis á nadie, y respetarán vuestro ministerio» (1).

Se ofende á esas personas con refinadas delicadezas, exigencias inmoderadas, quejas y murmuraciones. ¿Qué han de pensar de quien, habiendo abrazado austera regla y profesado vida mortificada, no halla más que defectos en la hospitalidad que se le ofrece; ni piensa más que en cuidarse y acomodarse; y se le oye quejarse del alojamiento, cama y comida; y rehusa con displicencia los manjares que le han preparado y con aspereza pide que le arreglen otros, y sobre todo, si trata de procurarse de fuera algo que satisfaga á su inmortificación y sensualidad? «Es este, dice el venerable Humberto, el colmo de la indecencia en los pobres de Cristo y deplorable olvido de las instrucciones que nuestro Señor daba á sus Apóstoles cuando les decía: «Comed y bebed lo que os sirvan» (2).

(1) II Cor., vi, 3.

(2) «*Non fatiget homines alios cibos quam præparaverint postulando, aut etiam aliquos refutando..... Alii sunt qui multas superfluitates in cibis vel potibus procurant, vel sustinent pro se fieri: quod est valde indecens in pauperibus Christi contra quod dicitur. (Luc., x): Edentes et bibentes que apud illos sunt, quasi diceret: Sufficiant vo-*

Se ofende á quienes nos hospedan ostentando aires de superioridad, queriendo hacer de amos y meternos en todo, sin respeto á los usos de la casa y á las costumbres de la parroquia. No alteréis en nada esas costumbres.

Si os piden que prediquéis demasiadas veces, alegad con modestia y mansedumbre las razones que á ello se oponen. Hay sacerdotes, por otra parte excelentes, que se figuran que el predicador ha de estar dispuesto á tomar la palabra á todas horas, y explotando sus fatigas, se ingenian para duplicar y aun triplicar el trabajo de una cuaresma ó predicación, con instrucciones y pláticas de circunstancia y ejercicios á hombres, mujeres, hijas de María, artesanos, y cuanto se les ocurre. Abuso, contra el cual estáis en derecho de protestar. Mas tampoco escatiméis, por ahorraros trabajo, el alimento espiritual que debéis á vuestros convidados. Ateneos á esta regla del acreditado maestro cuya autoridad vengo invocando: «La predicación rara no basta; la demasiado frecuente se desprecia. Debe, pues, predicarse con medida: *Prædicatio, si rara est, non sufficit; si nimia est, vilescit. Ideo temperate est prædicandum*» (1).

bis que sunt in domo; itaque propter vos nil extra queratur.» (Op. cit., part. VII, § 41).

(1) Op. cit., part. IV, § 18.

Muy poco es no ofender, es preciso edificar. De un apóstol todo el mundo espera ejemplos de regularidad y virtud, que son como garantía de la sinceridad y eficacia de su palabra. Mostraos fieles á vuestras observancias regulares, en cuanto no os lo impida el ministerio á que os debéis por completo. Que os vean rezar devotamente el oficio, celebrar con fervor la santa misa, visitar con frecuencia al Santísimo Sacramento, daros á los ejercicios de piedad que aconsejáis á los demás, practicar, en una palabra, todas las virtudes que son ornamento de la vida sacerdotal y religiosa. No pocas ventajas reportará vuestra palabra de la santidad de vuestra vida.

«No faltan, prosigue el mismo Venerable, predicadores que, hospedados, dejan pocos ejemplos de santidad, si alguno dejan, creándose con tal motivo triste fama» (1) que recae sobre toda la Orden á que pertenecen. Penoso es para superiores el que se diga: «Tal sacerdote ó religioso no hay duda que es de talento. ¡Lástima no sea más espiritual!» Tened ese juicio de vuestros comensales, y granjeaos, edificándolos, favorable concepto de santidad.

(1) «*Alii sunt qui in hospitibus signa sanctitatis parva aut nulla ostendentes, non relinquunt de se aliquam bonam famam.*» (Op. cit., part. VII, § 61).

No sois prisioneros en la casa de hospedaje; vuestro ministerio de predicación por necesidad ha de relacionaros con la gente. También por este lado regulad vuestra vida de suerte que evitéis toda censura. Las personas del mundo buscan como obsequiar al predicador que les cae en gracia. Se honran de que les visite, le invitan á su mesa y á sus tertulias. Si el pobre tiene la flaqueza de dejarse ir, llegará á perder en banquetes, diversiones notable parte del tiempo que debe á su ministerio, se expone á hacerse mundano, con grave escándalo del pueblo que no concibe el que un varón de Dios ande tan metido é identificado con el mundo. Por tanto, no os fiéis de agasajos y seducciones de extraños, ni con ellos tengáis más relaciones que las de estricta urbanidad. No os entretengáis con ellos en conversaciones vanas, fútiles y peligrosas de esas en que se dan rienda suelta la vanidad, inconsideración y malicia del siglo. No habléis con ellos ni muy poco ni demasiado, siempre con circunspección, y en cuanto se pueda, de modo que edifiquéis. Pero, más que toda cosa, evitad esas peregrinaciones de estómago que el divino Maestro prohibía á sus Apóstoles, diciendo: «Estaos donde os han recibido, comiendo y bebiendo lo que os den, y no andéis de casa en casa: *Nolite*

transire de domo in domum» (1). Creen los seculares que honran á un predicador cuando dicen de él que «es hombre de mundo.» Vosotros miradlo como afrenta, y portaos de manera que digan: «Es un santo.»

Alguna vez hallaréis curas celosos, acostumbrados á hacer que visite la parroquia el misionero llamado á evangelizarla. Prestaos á esa caritativa diligencia con las clases humildes: lo agradecen mucho, y es, por lo general, excelente medio de atraerlos al templo á escuchar la palabra de Dios. Posible es que acá ó allá tengáis algo que sufrir: no os apuréis; es el pan bendito de los apóstoles. «Bien sabéis, dice San Pablo, lo que para vosotros he sido desde el día de mi llegada, sirviendo siempre á Dios con toda humildad en medio de lágrimas y pruebas. Sabéis como no os he privado de palabra útil, no dejando nunca de predicaros en público y á domicilio. *Docens vos publice et per domos*» (2). Imitad al Apóstol: tratar con el pueblo, y con bondadosas atenciones y amables estímulos, animadle á que venga á oiros hablar del gran negocio de su salvación.

(1) Luc., x, 7.

(2) «*Vos scitis, a prima die qua ingressus sum in Asiam, qualiter per omne tempus fuerim serviens Deo cum omni humilitate, et lacrymis et tentationibus.... Quomodo nihil subtraxerim vobis utilium quominus annuntiarem vobis, et docens vos publice et per domos.*» (Act., xx, 18, 19, 20).

Si á la vez que vosotros, en la misma iglesia ó en la misma ciudad, predicán otros oradores, jamás os permitáis rebajar la autoridad de su palabra con críticas desfavorables; con las cuales denotaríais envidia de su éxito, ó pretensión de arrogaros el monopolio de bien decir, dando menguada idea de vuestra modestia.

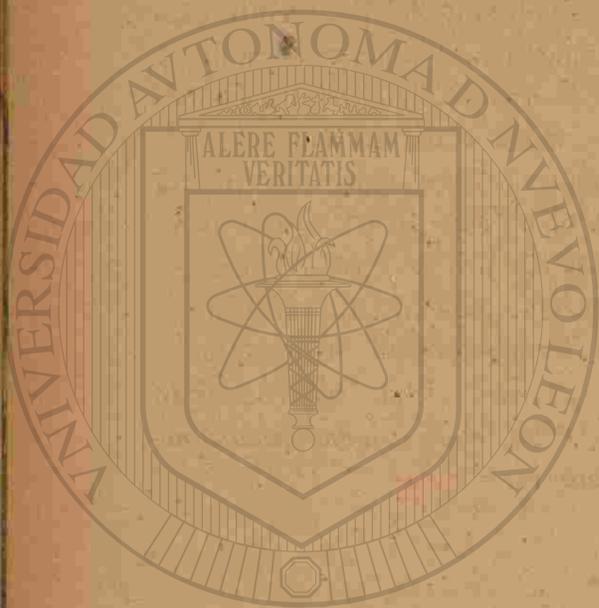
Recordad en último término, que para cultivar el campo del Señor; no basta sembrar y que el ministerio de las confesiones es indispensable complemento del ministerio de la palabra. Es de menor ostentación, y no tan halagüeño á la naturaleza, pero nos reserva las mayores satisfacciones y consuelos. Quién rehusa el confesonario «parecése, según el venerable Humberto, al labrador que de grado siembra y no quiere cosechar, ya que en la confesión se recoge lo sembrado con la predicación» (1). ¿Es poca honra y poca dicha para un apóstol posesionarse de las almas rendidas con su palabra y presentarlas á Dios?

Confesad con celo, mas también con discreción. No os dejéis sorprender por almas inquietas que, llevadas de malsana curiosidad, siempre andan buscando nuevas direcciones. Libraos de

(1) «*Similes sunt agricola qui libenter seminat et non vult metere. Per predicationem enim seminatur, per confessionem colligitur fructus.*» (Op. cit., part. VII, § 44).

ellas con buenas formas, y reservad el tiempo, la solitud y el trabajo para las que tienen real necesidad. Purificadlas, y prodigadles consuelo y fortaleza, evitando, no obstante, el crear entre ellas y vosotros aficiones marcadamente naturales y extremadas, que podrían esclavizaros, haciéndoos perder el tiempo y acaso la paz del alma.

En una palabra, queridos míos, sea vuestra vida en predicación florecencia y religiosa manifestación de todas las virtudes y gracias que hermocean, iluminan y abrazan vuestras almas apostólicas, para que cuantos os vean, oigan y traten, puedan decir de vosotros lo que San Bernardo del Salvador: «*O bone Pater, quam dulciter nobiscum conversatus est.*»



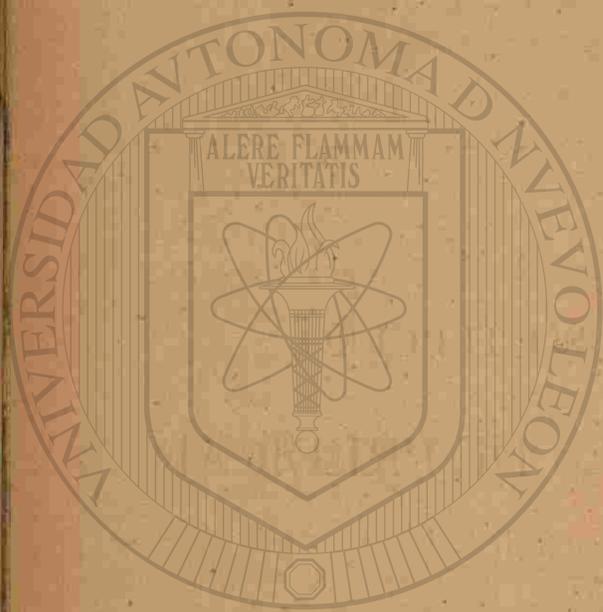
LIBRO TERCERO

DESPUES DE PREDICAR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO PRIMERO

MIRADA Á DIOS

Se ha concluído el sermón. Bajáis del púlpito, excitados y á veces rendidos, máxime habiendo hablado largo rato y con animación.—¿Qué váis á hacer?—Lo primero de todo, callar y entregaros á un prudente descanso.

Sumariamente os he indicado, en el capítulo de la *Preparación próxima*, los cuidados que debéis dispensar á vuestro cuerpo antes de la predicación; no le abandonéis una vez terminada. Es auxiliar de vuestro ministerio cuyas fuerzas conviene equilibrar y preservar de todo funesto accidente. A cierta edad, se comprende mejor este deber que cuando uno es joven y está rebo-sando vida. Con todo, aun en jóvenes, el descuido en este punto es imprudencia que puede ocasionar graves trastornos, principio de enfermedades y dolencias acaso incurables. Hemos visto predicadores jovencitos prematuramente malogrados, por querer eximirse de las sabias precauciones que aconseja la prudencia.

Que ciertos hombres apostólicos, obedeciendo á inspiraciones particulares y por milagrosa providencia conservados, hayan omitido esta cautela, es una excepción. No todos son llamados á ese gasto heroico de vida. Sin embargo, por conservar la salud, no llevéis los cuidados y precauciones al extremo de la ridiculez.

Leemos, en la *Vida íntima y religiosa* del ilustre y venerado P. Lacordaire, que «pasaba la mañana precedente á sus conferencias en profunda meditación.

«Nadie entraba en su celda, no siendo uno ó dos de sus más íntimos, que veían de que nada le faltase. Entraban y salían silenciosamente, celebrando poder servirle en algo, pero temiendo inquietarle en su recogimiento. Almorzaba frugalmente á las nueve; si hacía bueno, bajaba al jardín, paseaba despacio, deteníase ante una flor, recreábase la naciente vegetación bañada de luz solar y descansaba su espíritu en la dulce contemplación de las admirables y puras obras de Dios: preludio en que ejercitaba su inspiración, gradualmente ascendiendo á armonías de orden más elevado. A las once marchaba, acompañado de su amigo Cartier.

«Hacia las tres volvía rendido, pero transfigurado, iluminado el semblante, enardecida aún el alma y rebosando fe, elocuencia y amor. Para

reparar sus fuerzas extenuadas, á veces se acostaba, y llamando á uno de sus jóvenes amigos, conversaba con él familiarmente sobre el amor de nuestro Señor y felicidad de la vida religiosa. A la hora de cenar, llevábale lo mismo que tomaba la comunidad, que eran dos huevos y una ensalada. Seguía luego su plática donde la había dejado, siempre con el mismo tema del amor á Jesucristo y á sus sufrimientos y cuanto á ellos decía relación» (1).

Todavía hubo quien de este hombre se atrevió á decir en serio que después de la conferencia se disfrazaba, para ir á los casinos y recoger los elogios que de él se hacían. Lo que recogía era su corazón, para derramarle en acciones de gracias. Su mirada se volvía no á la multitud que acababa de entusiasmar, sino á Dios que le había asistido en su predicación. Así hemos de hacer nosotros, cuando conozcamos que la gracia nos ha sostenido y que nuestra palabra ha producido en el auditorio impresión favorable. ¡Arriba, al punto, la vista de nuestro corazón! No dilatemos la acción de gracias, sino que espontáneamente brote de nuestra alma en el momento mismo en que cesamos de hablar. Misteriosos afectos, cortas jacula-

(1) P. CHOCARNE O. P., *Vie intime et religieuse du P. Lacordaire*, XIV.

torias, elevarán á Dios el homenaje de nuestra gratitud.

Ha de ser pronta la acción de gracias, y además ha de ser pura. No se mezcle sentimiento alguno de vana complacencia, ni secretas felicitaciones del amor propio que, antes de ofrecer nada á Dios, pretende él satisfacerse.

Es descortesía, al ofrecer á otro un ramillete, acercarlo antes al olfato, como percibiendo las primicias de sus perfumes. Esto hace la vanidad del orador que se complace en un éxito de que debiera desposeerse diciendo á Dios: «No á mí, Señor, no á mí, sino á tu santo nombre sea toda gloria: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*»

Fácil sería reparar la falta, si todo se limitase á este breve y secreto hurto de gloria: un pronto retorno á Dios, un acto de confusión y arrepentimiento, pueden volvernos al camino de acción de gracias, y la divina bondad no desdeña el agradecimiento ligeramente tardío de un corazón distraído por instantes. Pero ¡ay! que á veces la naturaleza ambiciosa quiere más. Se inquieta, se revuelve, pregunta, sagazmente averigua lo que piensan de sus hazañas oratorias, y acaba por apartar absolutamente de Dios la mirada que el Señor espera de nuestro reconocimiento.

Culpable ingratitud, que, ofendiendo á la infi-

nita bondad de Aquel que abre y bendice los labios del apóstol, compromete el porvenir de su palabra. ¿No es ley de naturaleza que todo beneficio vuelva al bienhechor en forma de acción de gracias, y que este se muestre tanto más generoso cuanto se ve más pronta, frecuente y sinceramente agradecido? El agradecimiento mueve á beneficios como la ingratitud agota sus fuentes. «Es la ingratitud, dice San Bernardo, viento abrasador que seca el rocío de la misericordia y los torrentes de la gracia: *Ventus urens, sicans rorem misericordiæ et fluentia gratiæ*» (1). Por su parte, un autor pagano nos enseña que «nadie pide mejor que el que da gracias: *Efficacissimum genus est rogandi gratias agere*» (2). De modo que si habiendo predicado bien, queréis, hacerlo aún mejor, no tardéis en levantar á Dios los ojos de vuestro corazón agradecido y darle fervorosas gracias.

Cumplido este deber, y con la mirada todavía fija en Dios, pedidle bendiga la semilla que acabáis de arrojar en el campo de las almas. El labrador, sembrado el suelo que ha regado con sus sudores, espera el tiempo de la recolección; pero de él no pende el que esta premie sus fatigas. El fe-

(1) Serm. LII in Cant.

(2) PLIN. JUN., in panegy. Trajani.

liz nacimiento de los gérmenes, desarrollo de los tallos, florescencia de las espigas, multiplicación de los granos, su madurez y buena calidad, obra son de la Providencia, que oportunamente distribuye luz y calor, rocío y lluvias. Lo propio ocurre en el campo de las almas; y así debéis unir la acción de gracias á Dios, por haber bendecido vuestro trabajo de sementera, con la oración, para que ampare y bendiga los frutos de vuestro ministerio.

Estos frutos, según el venerable Humberto, son de varias clases. Los hay malos, medianos y excelentes (1).

Los primeros son la resistencia del entendimiento, que se rebela contra ciertas verdades muy elevadas, profundas, misteriosas y divinas para que la orgullosa razón consienta en rendirse á ellas; la obstinación de la voluntad que parece adherirse al mal con creciente ardor á medida que le muestran el bien, y el menosprecio de la divina palabra cuya saludable importunidad quisieran eludir el impío y el malo; la burla, que persigue á los varones apostólicos para disminuir y degradar, si cabe, la autoridad de su enseñanza; el odio, que con ellos se ensaña y quisiera aniquilarlos.—Tal es la cizaña que esparce en el campo de las almas el enemigo de todo bien, las

(1) Cf. op. cit. part. VI: *De effectu predicationis*, §§ 26, 27, 28.

espinas y malezas que estropean y devastan la tierra donde habéis arrojado la buena semilla. Suplicad á Dios, con instancia y lágrimas, que aplaque su justicia y aparte de esos campos ingratos, de ese suelo reprobado, la maldición que han merecido.

Los frutos medianos de la predicación son: la inteligencia de la verdad, el gusto de la palabra de Dios, la emoción que produce, el juicio que merece, la estima del predicador, el provecho que se saca de su buen decir, el germen de algún buen propósito, el recuerdo de buenos consejos y tal cual principio de bien obrar.

Pero, como nota nuestro Venerable: «¿Para qué sirve el conocimiento de la verdad si no conduce á la práctica del bien? Conocer el bien que debemos practicar y no hacerlo, dice el apóstol Santiago, es pecado: *Scienti bonum facere et non facienti, peccatum est illi*» (1).

La palabra de Dios puede ser dulce canto á los oídos: «*Est eis sermo Dei quasi carmen musicum quod suavi dulcique sono cantatur.*» Y ¿de qué sirve si no se traduce en santas acciones? *Et audiunt verba tua, et non faciunt ea* (2).

Demos que un pecador se conmueve, llénase su corazón de temor y compunción: ¿le servirá

(1) Jac., iv, 19.

(2) Ezech., xxxiii, 32.

de algo si, luego del sermón, se entibia como el líquido separado del fuego?

Tal oyente sabe juzgar un discurso y decir: «Es bueno, ó malo; largo, ó corto; ingenioso, ó vulgar.» Pero no busca ni halla alimento para el alma. Su juicio es campo estéril, paja sin grano:

«*¿Quid palea ad triticum? dicit Dominus.*»

Otro, como la mujer del Evangelio, alaba enfáticamente al que habla, mas cierra su oído á la sentencia del Salvador: «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.»

Este otro escucha para aprender á hablar bien, y no cuida de hablarse á sí mismo: *Qui alios doces, te ipsum non doces* (1).

Aquel concibe buenas resoluciones, pero su alma, como mujer endeble, carece de valor para producir el bien propuesto: *Cum dolore venerunt filii usque ad partum, et vires non habent* (2).

Otros van con ánimo de tomar consejo para su salvación; mas no procuran emplearle, á manera de enfermos que guardan en el bolsillo la receta.

Otros, por fin, comienzan á obrar bien, pero no tienen fuerza de voluntad para perseverar, y la divina semilla se atrofia en su corazón, como grano caído en terreno pedregoso. *Qui supra pe-*

(1) Rom., II, 21.

(2) VI Reg., XIX, 3.

tram, hi sunt qui ad tempus credunt et in tempore tentationis recedunt (1).

Frutos medianos é imperfectos, que podrán ser de alguna utilidad si la gracia de Dios se encarga de mejorarlos. Pedid esa gracia, é impetrad de Dios, con el fervor de vuestras oraciones, que el conocimiento de la verdad guíe las almas á la práctica del bien; que los que se han deleitado en oír la palabra divina, se deleiten también en santas obras; que conserven el calor del discurso que los ha movido con el fuego del amor de Dios; que el arte de juzgar con rectitud no los haga olvidar que deben aprovecharse de toda palabra divina, lo cual no se cumple con sólo alabar y admirar su elocuencia; que tengan ánimo y valor para llevar á feliz término sus santas resoluciones poniendo en ejecución los documentos que del púlpito han recibido; y finalmente, que los buenos principios de su conversión se vean coronados por la perseverancia.

Los frutos excelentes de la predicación son: conversión sincera de infieles é incrédulos, penitencia de hombres viciosos y perdidos; saludable humillación de los mundanos, que renuncian á su vida de orgullo, locas prodigalidades, lujo y escándalos; confesión de pecados, efusión del Es-

(1) Luc., VIII, 13.

píritu Santo, santificación de las almas, acrecentamiento del cuerpo místico de Jesucristo, gozo de los ángeles, derrota y fuga de los demonios, antes dueños de los lugares donde habéis anunciado la sagrada palabra.

Son estos frutos cumplida recompensa de vuestro celo, trabajos y penas, y deben ser meta de vuestros deseos y votos. No tardéis en implorarlos con ardorosas súplicas que alternen con la acción de gracias. Fija la mirada en Dios, en tanto descansáis en la soledad y el silencio, decidle con corazón humilde y confiado en su misericordiosa bondad: «Todo, todo, Señor, para Vos, semilla y frutos: *Omnia tibi et a te, Domine.*»

CAPÍTULO II

MIRADA A SÍ MISMO

Ofrecido á Dios obsequio de gratitud, y pedida su bendición sobre los frutos de vuestra palabra, replegaos en vosotros mismos y examinad del estado y disposiciones de vuestro espíritu.

«Nada hay más provechoso á nuestro ministerio, ni más capaz de hacernos desempeñarlo con honor, que esa mirada interna, y discusión con nosotros mismos después del ejercicio de la predicación. El varón prudente que acaba de hablar en nombre de Dios, darse prisa á entrar en sí y examinar con atención lo que ha pasado en su alma mientras hablaba, para purificarse de sus faltas, caso de haberlas cometido, y reparar sus pérdidas, cual viajero que, llegando á un albergue, limpia el calzado y se repone de sus averías, para continuar su camino. Practica el consejo de San Gregorio, que recomienda á los predicadores se encierren en su conciencia y minuciosamente la

consulten, luego que han derramado por el campo de las almas la gracia de la santa doctrina» (1).

Estudad en vosotros, durante las horas de soledad y silencio que siguen á la predicación, los diversos movimientos que han agitado vuestra alma en el púlpito y al bajar. ¿Hablabais á impulso de la gracia, con la fe de un enviado divino y con el único deseo de hacer bien á las almas? Entonces, ¡bendito sea Dios! Mas, por desdicha, la naturaleza prescinde de la gracia, ó la resiste; pérfidamente se insinúa y desluce la obra bien comenzada, cuando no la destruye. Movimientos son de la naturaleza, y especie de prevaricaciones que con presteza hemos de reprobamos y expiar: la temeraria confianza humana, la fraudulenta sustitución de nuestro magisterio á la autoridad de la palabra de Dios; el prurito de gustar, sorprender y llamar la atención y admiración de los oyentes sobre nuestra pobre persona; la vana complacencia con que recogemos y anotamos las señales

(1) «Ad exequendum hoc officium (predicationis) valet multum... discussio sui post predicationis exercitium. Debet enim sapiens predicator post predicationis regressum ad se redire, et qua contingunt subtiliter considerare, ut abstergat sordes si quas contraxit et reparat dissipata: sicut viator et sotulares abstergit et reparat, cum venit ad hospitium, ut postmodum melius vadat. Unde... dicit Gregorius: Post campum predicator claudí precipitur, ut post gratiam doctrinæ quam proximis ministrat, ad conscientiam redeat et subtiliter discutiat.» (De eruditione predicator., part. IV, § 19).

de satisfacción que se manifiestan en el auditorio; los momentos de parada sobre nosotros mismos, que retardan la acción de gracias á Dios por habernos inspirado en el estudio y asistido en la ejecución.

Al terminar una conferencia del padre Lacordaire, y diciéndole un joven que «algunas personas veían en su acción oratoria conatos de producir efecto, y ciertas suspensiones hábilmente dispuestas para provocar aquellos éxtasis de admiración que rara vez faltaban, el Padre significó extrañeza, y reflexionando, confesó que nunca tal se le había ocurrido, y añadió: Por lo visto, no tengo trazas de humilde; ¡si al menos lo fuera en realidad!—Padre, no tanto,—exclamó su interlocutor; y él repuso:—Sí por cierto, mas lo he de tomar con interés; y tú me ayudarás á fuer de amigo.....—Era esta ayuda una severa disciplina que irremisiblemente había que aplicarle á pesar de su extremada fatiga» (1).

Si no tenéis valor para hollar por tan heroico medio los viciosos retoños de la naturaleza, humillaos al menos delante de Dios, y pedidle perdón de no ser, en vuestro ministerio de gracia y de salud, tan desinteresados de vosotros mismos cual debe un verdadero apóstol.

(1) P. CHOCARNE, *Vie intime et religieuse du Père Lacordaire*, XIV.

Puede suceder que, en vez de bajar del púlpito satisfechos, bajéis tristes y desalentados. No habéis obtenido el resultado que suponíais, os faltaba seguridad y animación, los argumentos no alcanzaban, los afectos pasaban desapercibidos, el auditorio no acusaba impresión alguna, y si se quiere, habéis notado fastidio y frialdad; en fin, que la cosa no ha salido bien. No es fácil que os lo digan; y no andéis buscando, sobre el particular, emisión de juicios que vendrían á aumentar vuestro mal humor; sino juzgaos vosotros.

Sin duda, el amor propio llamará vuestra atención sobre el auditorio, y vendréis en ganas de acusarle de necio, ligero y falto de gusto. No caigáis en esa tentación; mas ved si quizá debéis acusaros á vosotros mismos. ¿Os habéis preparado lo suficiente con oración y estudio? ¿Habéis purificado con sinceridad vuestras intenciones? ¿No esperabais, quizá sin advertirlo, coger lauros de vanaglorias en un acto público que no ha de tener más fin que la gloria de Dios y provecho de las almas? Si así es, ¿qué tiene de particular el fracaso? Por lo demás, reportaréis de él gran beneficio, si con buen espíritu agradecéis á Dios esta pequeña humillación, y correspondéis al saludable aviso que os dá, con la firme y generosa resolu-

ción de prepararos mejor en lo sucesivo, y penetraros más del espíritu apostólico.

Tal vez me digáis que, para disponeros, no habéis perdonado estudio, trabajo ni oración; que estabais animados de las mejores intenciones y puros deseos, al anunciar la divina palabra; y no obstante, resulta estéril vuestro apostolado. ¿No hay motivo para desanimarse?

Bien sé, queridos míos, lo que eso es: una alma joven, cándida é inesperta, fácilmente se imagina que no hay obstáculo posible á sus santas ambiciones y al fervor de su celo, y que de un golpe va á conquistar el mundo. La pobre no ha contado con las resistencias que le han de oponer la ignorancia, el error, las preocupaciones y pasiones humanas. Sufre mal el primer choque, y á poco que el doloroso golpe se repita, pierde toda confianza en sí misma, y á veces ¡ay! toda confianza en Dios. El enemigo aprovecha estos fracasos para persuadirle que nunca hará nada bien y que más le vale renunciar al sagrado ministerio.

Desechad esa otra tentación, sabiendo que en el ministerio apostólico más agradece Dios combates que victorias. ¿No habéis leído, en el Capítulo VIII del Evangelio de San Juan, aquello del Salvador: «*Sermo meus non capit in vobis: Mis palabras no os impresionan?*» Si el Verbo de Dios tuvo predicaciones infructuosas, no os ex-

trañe que las vuestras queden más de una vez sin efecto: ante todo no os desaniméis. Nuestro maestro ya citado, refiriéndose á los oyentes que rehusan oír la palabra de Dios, porque, habiendo asistido á muchas predicaciones, no sienten aprovechamiento, hace esta observación: «Nunca la divina palabra deja de dar fruto, visible ó invisible, de presente ó en lo futuro» (1). Reanimad con esta sentencia vuestro espíritu abatido. Dios os niega el consuelo de ver y coger por vosotros mismos el fruto de vuestras predicaciones, pero se reserva obrar secretamente en las almas que han oído su palabra, y reforzar con su gracia la buena impresión que han recibido. Habéis echado una semilla que acaso germine lentamente. Otra palabra misteriosa será el rayo de sol que motive su nacimiento y completo desarrollo; pero ¿qué importa? no serán perdidos tiempo ni trabajo, pues Dios, que atento sigue todas las fases de una conversión, sabe á quién se debe su primer principio. He visto hombres que, á los diez, quince, veinte años de vacilar, volvían á Dios, y el primer impulso de este retorno habíanlo recibido de un humilde predicador, de todos olvidado, pero cuyo fiel recuerdo conservaban.

(1) «*Alii subtrahunt se a predicatione ex desperatione proficendi, quando jam multoties experti sunt quod nihil profecerunt in sermonibus, sed verbum Dei vix est sine aliquo fructu, vel sensibili, vel insensibili; vel statim, vel in futuro.*» (Op. cit., part. V, § 23).

Comprendo que es para una alma apostólica sumo gozo el ofrecer á Dios abundantes almas tocadas por su palabra y regeneradas por la gracia. Mas aunque sólo convirtiéseis un pecador, el apóstol Santiago os asegura que haríais grande y excelente obra. «Hermanos míos, dice, si alguien de vosotros se alejare de la verdad, y otro á ella le redujere, sepa este que quien aparte al pecador de su errado camino, salvará de la muerte su propia alma y cubrirá la muchedumbre de sus culpas» (1). Sobre lo cual, hace San Gregorio esta hermosa reflexión: «Si el que salva de la muerte un cuerpo, que al fin ha de morir, merece gran recompensa, ¿cuál no será el mérito de quien libra una alma de la muerte eterna y le asegura triunfo inamisible en la patria celestial?» (2).

Luego no os contristéis de la aparente ineficacia de vuestras predicaciones y del poco fruto que véis, no siendo con esa dulce y santa tristeza, procedente de humildad, que nos hace sentir nuestra insuficiencia y nuestra nada, sin alterar en lo más mínimo nuestra confianza en Dios.

(1) «*Fratres mei, si quis ex vobis erraverit a veritate, et converterit quis eum, seire debet quoniam qui converti fecerit peccatorem ab errore viae suae, salvabit animam ejus a morte et operiet multitudinem peccatorum.*» (v, 19, 20).

(2) «*Si magna mercedis est a morte eripere carnem quandoque morituram, iquantum meriti erit a morte animam liberare, in caelesti patria sine fine victuram!*» (Moral., XIX, vi).

Sobre todo, no os pese de la suerte de quienes, más felices que vosotros, recogen abundante mies en el campo de las almas. Alegraos de su celo y talento y de las bendiciones que así los animan y consuelan. Dad gracias á Dios, y pedidle con devoción una pequeña parte de esa elocuencia. Si sois humildes, os llegarán tan abundantes esas partecitas, que de ellas podréis hacer largueza.

Nada de comparaciones entre su manera de predicar y la vuestra. No os figuréis que, adoptando otro género del que conviene á vuestra naturaleza y estudios, tendréis mejor resultado: todos los géneros son buenos cuando se inspiran en el mismo amor de Dios y de las almas.

Y vosotros, á quienes Dios favorece, bendice y estimula, libraos de las sugerencias del amor propio y de la vanagloria. No son vuestros los frutos de la palabra apostólica, son mies de Dios. Vuelvo á encareceros seáis prontos y en absoluto desinteresados en la acción de gracias; y, al darlas al Señor no echéis en olvido á los piadosos auxiliares cuyas oraciones y sacrificios, ignorados del mundo y de vosotros mismos, seguramente han sido más eficaces que vuestra elocuencia, en la conversión de las almas.

CAPÍTULO III

ELOGIOS Y CENSURAS

Entrando en vuestra conciencia, os habéis juzgado; consultad ahora el juicio de los que os han oído. Según que hayáis sido muy severos ó indulgentes con vosotros mismos, podréis reformar los defectos de vuestra apreciación personal aplicando los elogios y censuras, que no faltarán á vuestros discursos. Unos y otras tienen inconvenientes y ventajas sobre los cuales voy á llamaros la atención.

Seríais, en mi juicio, perfectos, si consiguiérais prescindir por completo de la aprobación de los hombres, y tan sólo preocuparos del purísimo deseo de servir á los intereses de Dios, anunciando su palabra. Mas por desgracia (y antes lo he dicho), nuestra pobre naturaleza ávida de vanagloria, se deleita saboreando las alabanzas de sus admiradores, las espera con inquietud é impaciencia, y lo que es mucho peor, á veces las busca sin vergüenza ni recato.

Sobre todo, no os pese de la suerte de quienes, más felices que vosotros, recogen abundante mies en el campo de las almas. Alegraos de su celo y talento y de las bendiciones que así los animan y consuelan. Dad gracias á Dios, y pedidle con devoción una pequeña parte de esa elocuencia. Si sois humildes, os llegarán tan abundantes esas partecitas, que de ellas podréis hacer largueza.

Nada de comparaciones entre su manera de predicar y la vuestra. No os figuréis que, adoptando otro género del que conviene á vuestra naturaleza y estudios, tendréis mejor resultado: todos los géneros son buenos cuando se inspiran en el mismo amor de Dios y de las almas.

Y vosotros, á quienes Dios favorece, bendice y estimula, libraos de las sugestiones del amor propio y de la vanagloria. No son vuestros los frutos de la palabra apostólica, son mies de Dios. Vuelvo á encareceros seáis prontos y en absoluto desinteresados en la acción de gracias; y, al darlas al Señor no echéis en olvido á los piadosos auxiliares cuyas oraciones y sacrificios, ignorados del mundo y de vosotros mismos, seguramente han sido más eficaces que vuestra elocuencia, en la conversión de las almas.

CAPÍTULO III

ELOGIOS Y CENSURAS

Entrando en vuestra conciencia, os habéis juzgado; consultad ahora el juicio de los que os han oído. Según que hayáis sido muy severos ó indulgentes con vosotros mismos, podréis reformar los defectos de vuestra apreciación personal aplicando los elogios y censuras, que no faltarán á vuestros discursos. Unos y otras tienen inconvenientes y ventajas sobre los cuales voy á llamaros la atención.

Seríais, en mi juicio, perfectos, si consiguiérais prescindir por completo de la aprobación de los hombres, y tan sólo preocuparos del purísimo deseo de servir á los intereses de Dios, anunciando su palabra. Mas por desgracia (y antes lo he dicho), nuestra pobre naturaleza ávida de vanagloria, se deleita saboreando las alabanzas de sus admiradores, las espera con inquietud é impaciencia, y lo que es mucho peor, á veces las busca sin vergüenza ni recato.

Demos que sean raros los oradores que directamente solicitan aplausos y no se recatan de preguntar con descaro lo que se piensa de sus sermones; raros también los que fomentan esos elogios alabándose á sí mismos con parecidas frases: «La verdad es que hoy estaba yo de gracia.—A tal parte del sermón, no pude contener el entusiasmo.—¡Qué atenta estuvo la gente!; no se oía una mosca.—¡Se han fijado ustedes en tal pasaje? Conocí que había hecho impresión,» todo ello sazonado de períodos que repiten con énfasis y de nuevo proponen á la admiración ajena; raros, asimismo, los que de visita en visita van recabando plácemes, de que esperan abastecer el tesoro de su vanidad; más raros aun los que, rebajándose á nivel de expendedores de jabón, licores, específicos y otros géneros, mendigan de periodistas y afamados escritores artículos resonantes que sirvan de reclamo á su elocuencia. ¡Pobre gente!

Mófanse los mismos encomiadores de tan neicia avilantez, al mismo tiempo que la fomentan con mal intencionado sahumero; y á vuelta de los mayores piropos, hacen trizas el manto de elocuencia con que tales oradores se creían ataviados.

En ningún género de estos pretendo incluíros.

Sin embargo, hay modo más astuto de procurarse alabanzas. Consiste en hacer del modesto, fingirse descontento de sí mismo, culparse de no haberlo hecho bien ó no haberse preparado, y pedir místicamente oraciones que eviten nuevo fracaso. Pero ¡que desengaño, si á este le tomasen por la palabra! Lo que taimadamente busca es un mentís, y que le digan: «No señor, todos han quedado sumamente complacidos.»

Aun suponiendo que de ningún modo busquéis aprobación y alabanza, ¿no es cierto que la esperáis? La naturaleza se inquieta y angustia de no hallarla, y contristado el corazón desmaya. ¡Por qué?... Si bien miraseis lo que vale esa vana recompensa de vuestros esfuerzos y trabajo, por poco la daríais.

Hay alabanzas necias que sólo miran á las exteriores dotes del orador. Es elegante, buen mozo, fino, simpático. Tiene manos hermosas, voz agradable y..... se acabó. ¡Habréis de contentaros con eso?....

Las hay de puro cumplido, elogios generales que nada dicen, y son especie de recibo ó visto bueno. Por no parecer indiferentes, dicen al predicador: «Ha echado V. un buen sermón,» como si dijeran: «No hace mal tiempo hoy.» Lo cual equivale á no decir nada.

Las hay exageradas, que para algunos consis-

ten en exclamaciones cuya razón no podrían dar, si se les preguntasen: ¡Valiente! ¡magnífica! ¡sublime! Preguntadles en qué, y se encogerán de hombros. Yo mismo lo tengo visto. Un buen hombre, fervoroso cristiano, pero fácil admirador de lo que no entendía, venía de oír predicar en una parroquia principal de París á uno de nuestros Padres. Al presentármese, ebrio de entusiasmo, repetía: «¡Aquello ha estado sublime! ¡sublime!» Le pregunté de que había hablado el orador: y me respondió: «Hombre, yo entiendo poco y no puedo entrar en pormenores; sólo puedo decir que aquello era magnífico.» Necedad sería parar mientes en tales aspavientos.

Hay, por fin, alabanzas peligrosas y traidoras. Son estas las que ensalzan los extravíos y defectos que en la predicación debemos evitar, por ejemplo, la exageración de ideas, opiniones arriesgadas ó avanzadas, excesos de imaginación, acentuado modernismo en la forma, concesiones al espíritu del mundo en detrimento de la sencillez y austeridad evangélicas, inoportunas é imprudentes digresiones sobre materias ajenas al púlpito cristiano, ó violentos ataques de polémica. Desconfiad de los que vienen á incensaros diciendo con insistencia que no sois retrógrados; que no os habéis estacionado como tantos otros en la inmovilidad del dogma; que se nota en vosotros el es-

píritu moderno y sus magníficos vuelos, que poseéis su mágico lenguaje; que habéis retirado el viejo vocabulario de los predicadores de otra edad; que conocéis cual nadie las aspiraciones y necesidades de la sociedad y de las generaciones contemporáneas; que sois denodados y generosos defensores de las clases oprimidas y fustigáis de mano maestra á los tiranos opresores. Tributadas de buena fe, siempre ofrecen peligro estas alabanzas; y son traidoras en la intención de los que pretenden hallar en vosotros; ó haceros cómplices de sus prejuicios y bastardas pasiones. Por eso, cuando os las dirijan, entrad en vosotros mismos, y con humildad preguntaos por qué faltas habréis podido merecerlas.

Ya lo véis, los elogios son en su mayor parte, de poco valor; y con todo en ellos se gloria el amor propio. «Son tonterías, decía un hombre de talento, pero es el caso que gustan.»

Entonces me diréis, ¿no hemos de tomar en cuenta elogio alguno? No es eso lo que pretendo: que no se prohíba alabar el mérito, puesto caso que debamos evitar la adulación. Un elogio justificado y oportuno puede ser saludable estímulo, sobre todo para un orador joven. Personas hay, y yo he conocido algunas, que alardean de no haber jamás tributado elogios; sin duda para desquitarse de no merecer ninguno.

Cualquier oyente sensato, benévolo y sincero, no puede menos de expresar satisfacción de un buen discurso que le ha interesado y conmovido. Mas huid del engreimiento; lástima os tendría si este fuese vuestro único aliciente y galardón. Por encima de todas las felicitaciones pongo yo esta grave y piadosa sentencia de un santo prelado, dirigida á un joven predicador, al cual acababa de oír: «Hijo he pasado un buen rato, da muchas gracias á Dios.» Que fué decirle: «Tu talento y brillantez los debes al único que merece todo honor y gloria.»

A El habéis de ofrecer los verdaderos elogios, corona de vuestro trabajo, que recibiréis con piadosa modestia; á El habéis de pedir, en medio de fervorosa acción de gracias, su aprobación suprema, el mejor de los estímulos. No os dirá en términos sensibles, como al Doctor Angélico: «*Bene scrípsisti de me;*» mas sin ruido de palabras, oiréis en el fondo de vuestro corazón la discreta voz de la gracia: «¡Animo, siervo bueno y fiel: *Euge, serve bone et fidelis!*» Esta es la verdadera recompensa y el divino aliento del apóstol...

Si os faltan alabanzas, atended á las críticas, en la firme inteligencia de que estas no faltarán. Vuestra voz, pronunciación, dicción, accionado, método, raciocinio, ideas, opiniones, estilo, todo será objeto de observaciones, á veces desagrada-

bles, contra las cuales ha de sublevarse el amor propio. Tentados os veréis de tenerlas por injustas, exageradas, inspiradas, quizá, en bajos motivos y ruines pasiones; os lastimarán, si no soís tan orgullosos que os creáis irreprensibles y sin pudor os arroguéis el derecho de menospreciar toda censura.

Os suplico no os ofendáis, sino considerad que en la mayoría de las críticas, aun las más exageradas, hay un grano de verdad de que podéis aprovecharos. Cierto que vuestros censores no son infalibles, y que muchas veces fundan sus juicios en las propias condiciones personales más que en los principios de sana crítica. El que apenas tiene pulmones juzgará que voceáis demasiado y os cansáis más de lo justo; un estentóreo extrañará la moderación de vuestra voz. Este, de fuertes inflexiones, opinará que vuestra pronunciación es débil; aquel, frío y acompasado, os tchará de exuberante en la acción. Todavía andará peor la cosa tratándose de vuestras ideas, opiniones, método, raciocinio y estilo. Para unos flaquearéis en Filosofía, Teología ó conocimientos científicos, para otros habrá demasiado aparato de ciencia; para este seréis retrógrados, para aquel, muy avanzados; según unos, sacrificaréis la lógica á la fraseología y vena oratoria, otros os juzgarán atados por el exagerado método de

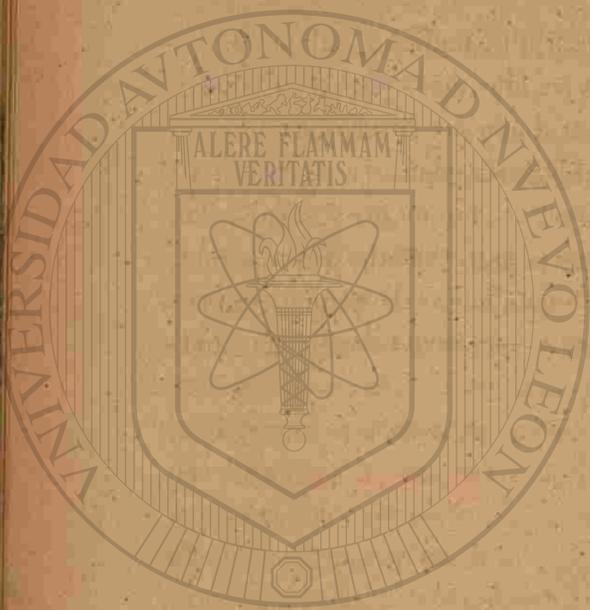
vuestro razonar; estos echarán de menos colorido y calor en vuestro estilo, á otros parecerá que tanto refinamiento y afectación desdice de la santa gravedad del púlpito. ¿Qué se yo cuántas cosas más?...

En breve, podréis ser objeto de juicios contradictorios. No os precipitéis á despreciarlos ni acusarlos de injustos, exagerados ó necios; conservad sangre fría en ese encuentro, y dócilmente prestaos á la corrección, que de seguro necesitaréis en algún punto. El hombre juicioso y concienzudo recoge con interés todas las críticas que recaen sobre su talento y obras. Sabe distinguir con serenidad las que no son sino groseras injurias inferidas á la palabra de Dios y al sagrado ministerio del predicador más bien que á su persona, y, como los Apóstoles, «felicítase de padecer afrentas por el santo nombre de Jesús.» Cuanto á las demás críticas, las recoge y confronta, y las compara, y hecho el balance, concluye por hallar justas censuras que aplica á la corrección de sus defectos. Si, dudoso, no fía de sí en este delicado asunto, en que es á la vez juez y parte, no le faltará un amigo experimentado, prudente y servicial, de toda su confianza, que le ayude á distinguir la verdad de las exageraciones críticas y poner las cosas en su punto para facilitar la enmienda. Legítimo y saludable placer siente el varón apostó-

lico que, revisando los trabajos de prolongado y laborioso ministerio, ve que, si ha hecho progresos, mucho más lo debe á sus censores que á sus panegiristas.

Tal vez sucederá que nadie os alabe ni os censure. No os preocupe ese silencio. El bien hecho á las almas, trabajando discreta y únicamente á honra de Dios, será vuestra alabanza, y entraréis en la humilde y no menos gloriosa falange de los oradores sagrados de quienes dice el insigne historiador italiano: «Los mejores predicadores son los que no suenan y hacen más bien que ruido» (1).

(1) CANTÙ, *La Literatura italiana*, VIII.



CAPÍTULO IV

CORRECCIÓN DEL DISCURSO Y ENSEÑANZAS DE LA EXPERIENCIA

Por aplicados que seáis al trabajo y al estudio, y por fervorosas y puras que sean respectivamente vuestras oraciones é intenciones, supongo que no tendréis la pretensión de hacer desde luego cosa perfecta. Acontece al orador lo que á los escritores: los mediocres son los más pagados de sí mismos. Terminado un sermón, os invito á miraros en el espejo que os presenta uno de nuestros poetas:

Henchido de placer el necio escribe
Sin ton ni son, innumerables versos.
Míralo bien como se pavonea,
De sí mismo admirado y satisfecho.
Mira el ingenio de sublimes alas
Cómo al bello ideal tiende su vuelo,
Celebran todos sus divinas obras,
Y él queda de sí y de ellas descontento;
Y para estar en paz, quisiera á veces
Jamás haber escrito un solo verso (1).

(1) BOILEAU, sátira II.

Si, al miraros aquí, véis al hombre satisfecho, de temer es que el sermón no valga mucho. Notad, sin embargo, que entre la presunción del fatuo y el despecho del ingenio sublime admirado de todos, hay un medio de buen sentido, propio del varón modesto y sensato. Ahí debéis colocaros para revisar vuestros discursos.

Insisto en la utilidad y aún necesidad de esa revisión. No imitéis á los predicadores haraganes, que, predicado un sermón, échanle entre sus mamotretos, y no le sacan sino para volver á predicarle como lo tenían la vez primera. Lo cual no siempre es pereza: hay quienes hacían papeles sobre papeles; y aumentan la cantidad de su bagaje oratorio á expensas de la calidad. Dírase que han tomado por regla de conducta esta divisa: *Predicar, predicar, que algo queda siempre.* Vacíanse y no se llenan; repítense y no se mejoran; y derrochando facilidad y talento, condenanse á perpetua medianía. Brillan, sin duda, en la historia del púlpito, las extrañas figuras de ciertos hombres apostólicos que recorrieron la Europa cristiana predicando todos los días. Pero considerad que los Juanes de Vicenza, Antonios de Padua, Vicentes Ferrer, Bernardinos de Sena y otros más, estaban milagrosamente inspirados y asistidos por Dios, con lo cual no podéis contar vosotros. Además, habíanse preparado con largos

estudios, sus almas hallábanse constantemente excitadas por la meditación de la ley de Dios y de los sobrenaturales misterios, y no descuidaban el retoque de sus sermones, aplicándoles sus propias enmiendas á los de los amanuenses avezados á consignar lo más capital de sus discursos. Imitadlos en esto, ya que no podáis emular su ingenio, privilegios y virtudes.

Sea vuestro primer acto de revisión incorporar al discurso los repentinos transportes, ideas originales, argumentos imprevistos, y en una palabra, cualquier feliz inspiración que, predicando, pudieris haber tenido. No hay que diferir este trabajo; pues si dejáis enfriarse el alma, fácilmente perderéis un bien precioso, quizá para no recobrarlo.

Luego que hayáis sosegado y hecho selección de aprobaciones y críticas, valeos de ellas para amplificar, reforzar y corregir vuestro trabajo. Retened y perfeccionad lo bueno, rectificad lo vicioso, suprimid lo inútil.

Esmeraos, sobre todo, en reducir vuestro discurso á justas proporciones. En tal pasaje, habréis sido pródigo, y en otro, escaso de amplificación. Por ventura necesitéis nutrir, fortificar, avalorar los argumentos con mayor abundancia de autoridades, ejemplos y comparaciones ó paralelos...

Si os tachan de pesados, es que acumuláis excesiva materia sobre un tema que bien pudierais

dividir, y os daría dos sermones en vez de uno.....

Si el estilo es muy difuso, depuradle. Acaso esté plagado de neologismos y expresiones decadentes: reducidle á las leyes de bella y castiza literatura.—Es incorrecto, desaliñado, inexacto, oscuro ó lánguido: sometedle á los rigores de la sintáxis, pulidle, buscad el justo vocablo que precisa la idea poniéndola de relieve; coloread la frase, prestadle calor y vida.

Mirad por fin, si tal discurso que conviene á un auditorio instruído podría, mediante oportuna transformación, adaptarse á otro auditorio popular.

Ya véis si hay amplia materia de revisión. No obstante, incorporadas en vuestro primer trabajo las inspiraciones del púlpito, utilizadas con discreción aprobaciones y censuras, proporcionado el discurso, corregido el estilo, é introducidas en el conjunto modificaciones que le acomoden á auditorios de distinta condición intelectual, todavía os quedará por hacer algo muy importante, y es: someter vuestra composición á las enseñanzas de la experiencia.

Se adquiere esta con años, observación y trato de las almas. Vuestra preparación remota y primeros estudios os han dado sólo un conocimiento general y puramente especulativo del

hombre, en quien debéis obrar mediante la predicación. Este hombre es de todos lugares y tiempos; pudiéramos llamarle hombre universal y eterno. Como muy bien dice el P. Longhaye, «es la naturaleza humana, puesto el pecado de origen y la gracia; es el espíritu y el corazón humano, con su fondo, siempre el mismo, de buenas ó malas inclinaciones, con su invariable temperamento de simpatías y repugnancias á la luz sobrenatural, de amor y odio á las verdades divinas. No que exista en abstracto, aislado de caracteres accidentales de tiempo, lugar, situación é idiosincrasia; más, bajo estos varios caracteres, le hallaréis doquiera. Con él daréis á las cincuenta leguas lo mismo que á las ciento; al pie de todos los púlpitos donde repitáis las páginas que acabo de oiros, allí estará, siempre el mismo» (1).

Os he aconsejado que le evoquéis y os pongáis mentalmente en relación con él, desde la soledad del aposento, mientras componéis el discurso. Si, en vuestros primeros ensayos, se ve que le habéis estudiado á fondo y conocéis el modo de interesarle, fácilmente os perdonarán cierta inexperiencia de su estado presente. Pero no habéis de contentaros con ese perdón: neces-

(1) *La Predicación: Principales Maestros y leyes*, IIª part., libro II, cap. 1, § 1.

sitáis conocer prácticamente al hombre actual, al hombre del día, al hombre de tal ambiente, de tal situación particular, de tal disposición momentánea. «De atender únicamente á la invariable naturaleza humana, sin tener en cuenta las circunstancias particulares, correríais gran peligro de no obtener resultado. Tropezaríais con una barrera de preocupaciones y disposiciones actuales que impiden el acceso al alma; y por no contar con los accidentes exteriores, no llegaríais al hombre eterno que de ellos, en cierto modo, se reviste» (1). Debéis, pues, mirar atentamente en vuestro derredor, estudiar los movimientos, evoluciones y aspectos de las generaciones que se suceden, y en una palabra, conocer experimentalmente el medio en que ha de ejercerse vuestro ministerio apostólico, para hablar como conviene.

Claro está que la verdad no cambia, mas la adaptación de la verdad á tal ó cual medio intelectual, moral y social, no puede ser siempre la misma. Tácito ha dicho: «Quince años es un gran trozo de siglo: *Quindecim annos grande ævi spatium.*» Con efecto, en quince años, ¡cuántos cambios pueden obrarse en una sociedad de vida compleja, intensa y agitada! ¡Cuántos progresos

(1) P. LORRAYE, op. et loc. citl.

en la ciencia, abusos en su empleo, luces adquiridas ó tinieblas acumuladas en las inteligencias, altas ó bajas en las costumbres públicas, mudanzas en la opinión, intimidación ó tirantez en las relaciones entre diferentes clases de la sociedad, modificaciones en la vida material, civil, política y religiosa! etc. ¿Podremos prescindir de esas alteraciones y hablar hoy como ha quince ó veinte años? Es evidente que no. Recuerdo haber asistido durante el mejor período del segundo Imperio, á un sermón que predicó en la iglesia de San Sulpicio un orador famoso por su talento y celo apostólico. Versaba sobre *la Educación*, y llevaba diez y seis ó veinte años de compuesto, sin haberle cambiado una palabra. En él se referían bastante inoportunamente las irregularidades administrativas y luchas universitarias de la monarquía de Julio. Hallábase junto á mí un oyente que revelaba ilustración y cultura, y en su aspecto me parecía leer expresión de desagrado. Sin más, le oí murmurar del predicador: «Pero, ¿qué es lo que dice ese hombre? eso se refiere á Luís Felipe.» Esta simple averiguación bastó para hacerle perder el fruto de consideraciones bellísimas y elocuentes, de que todos podían aprovecharse.

No os esponzáis á tal fracaso, y para ello dedicaos á conocer al hombre de vuestro tiempo. Sin mezclaros con el mundo, sin ser mundanos,

sabed lo que en el mundo pasa, qué es de él, cómo se le puede ganar, dominar y reducir á Dios. Leed mucho, escuchad, observar, medita, haced cargo del medio en que ha de caer y obrar vuestra palabra; y entonces comprenderéis que los discursos no pueden quedar tales como la primera vez salieron de vuestra mano: sino que es preciso revisarlos, cercenar cuanto en circunstancias pudiera ser inútil ó inoportuno, sustituir argumentos de gastado alcance por otros más nuevos y adaptados al estado actual de los espíritus, utilizando, para ilustrar, mover y convertir las almas, las lecciones de experiencia que, en buen ó mal sentido, nos ha dado el tiempo.

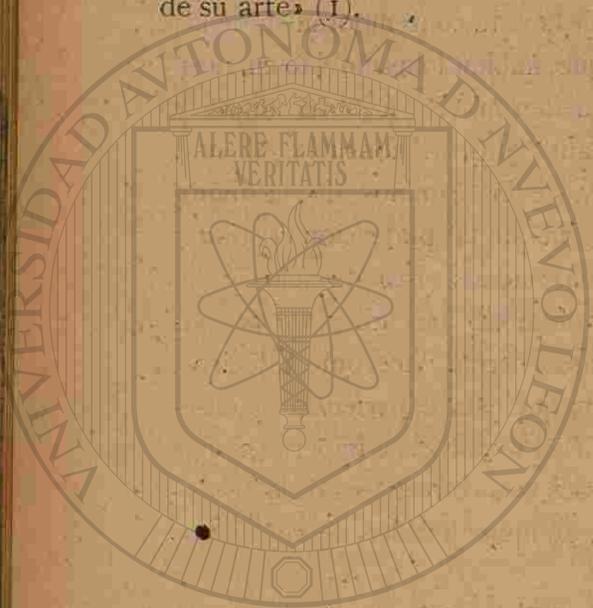
Pero, más que en nada, en el comercio con las almas os será útil y fructuoso el magisterio de la experiencia. No podéis estudiarlas durante los años de preparación, que de ellas os tenían alejados. El ministerio os las atrae, y os permite verlas de cerca y perfeccionaros en la ciencia íntima de las disposiciones, flaquezas, miserias y también recursos de la naturaleza humana, solicitada por los escándalos del mundo y puesta en contacto con la gracia de Dios. En ese comercio con las almas que se os franquean, podéis enteraros de lo que las torna más accesibles á las preocupaciones, sofismas y errores que pervienten en ellas el buen sentido y quebrantan la fe; de los instintos y pa-

siones que las predisponen á ceder más fácilmente á tales ó cuales ocasiones de pecado; de las funestas influencias que en ellas ejercen estos ó aquellos hábitos de la vida contemporánea; de las consideraciones que, habiéndolas movido en vuestra predicación, pueden mover á otras almas; y finalmente, de cuanto ilustra, consuela, alienta, eleva, confirma y abre los caminos de la divina misericordia y las vías de la perfección cristiana: cosas todas que sólo habíais visto de lejos y de que podéis hablar de modo más útil y eficaz, habiéndolas visto más de cerca. Atrévome á deciros, sin temor de errar, que esta experiencia os enseñará más que toda otra sobre las imperfecciones de vuestros discursos y os convencerá de la necesidad de revisarlos, aunque hubieseis de rehacerlos por completo.

Termino proponiéndos como el más poderoso instrumento de progreso en el arte de la sagrada palabra es el trabajo de vuestra propia santificación. A medida que se purifica el alma, se abre á la divina luz que afina y fortalece su poder de observación, y mejor dice á otros lo que necesitan para ser más buenos y más santos quien mil veces se lo ha dicho á sí mismo.

«La santidad, dice un piadoso instructor de la juventud eclesiástica, es un progreso en el arte de la predicación..... El joven predicador que no se

sienta provisto de cualidades naturales, ó á quien arredren las dificultades del oficio, consuélese pensando que en la mano tiene lo más importante de su arte» (1).



U A N L

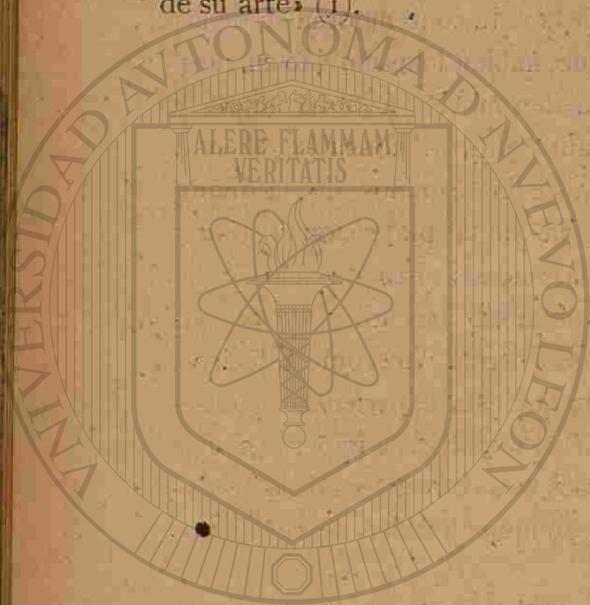
EPILOGO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(1) P. SCHLEINIGER, S. J., *La prédication ecclésiastique.*

sienta provisto de cualidades naturales, ó á quien arredren las dificultades del oficio, consuélese pensando que en la mano tiene lo más importante de su arte» (1).



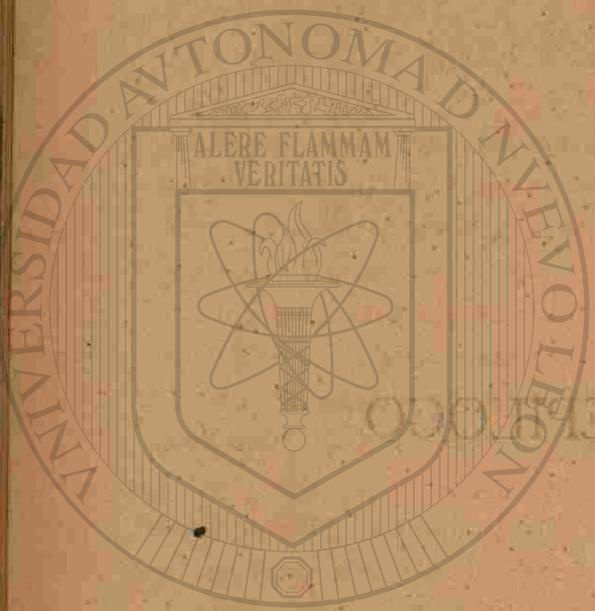
U A N L

EPILOGO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(1) P. SCHLEINIGER, S. J., *La prédication ecclésiastique.*



EPILOGO

He concluido, amados míos. Al despedirme, os debo una satisfacción. Sin pretensiones ni derecho, por mi parte, para dictar estos consejos (harto fuera aconsejarme á mí mismo) no sé como he osado publicarlos. Además, el venerable maestro cuya autoridad tantas veces he invocado me enseña que «no debe el varón cuerdo ser fácil en escribir nuevos libros á menos que la obediencia se lo imponga» (1).

Este es mi caso. Nuestro Capítulo general, celebrado en Avila en 1895 me ha dado comisión de exponer á los jóvenes predicadores los antiguos preceptos del arte de bien decir, adaptados á las necesidades presentes, en un manual ó tratado de oratoria sagrada.

Eso acabo de hacer, uniendo los consejos de mi larga experiencia á las prescripciones de los maestros de la palabra y santidad apostólicas.

(1) «Non est prudentis viri esse facilem ad nova scripta scribenda.... Viri illustres ad hoc officium exequendum habuerunt quandoque motuum obedientia.» (N. Humb. á Rom., *Expositio regulae B. Augustini*.)

Recibid este libro cual homenaje de los Venerables Padres que le han ordenado (1), y á mí atribuir las imperfecciones: son estas numerosas, no lo dudo, pero me dispensaréis en atención á los consejos que podáis utilizar.

No es un maestro el que os habla; es un veterano de la falange apostólica á que pertenecéis, un viejo amigo cuyo corazón rebosa afecto y esperanza en vuestros jóvenes talentos. Para vosotros ha trabajado, rogad por él. ¡Ah! temo no haber practicado siempre lo que recomiendo á los demás; ayudadme á implorar de Dios la necesaria indulgencia. A mi vez oraré por vosotros; pediré al Señor luz, fortaleza, aliento y abundantes frutos para vuestra laboriosa y santa carrera de Apóstoles: El os asista en todos vuestros trabajos, y vosotros nunca deseéis más que su gloria y el bien de las almas. Dios en todo y sobre todo:

In omnibus et super omnia Deus.

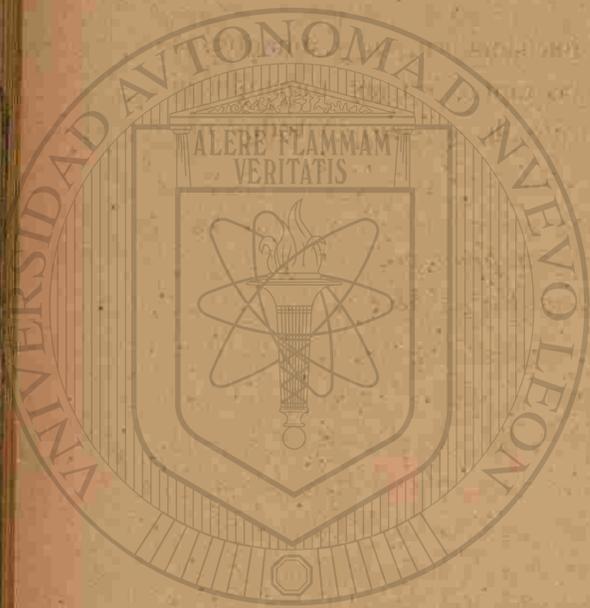
Trabajad como buenos, mientras yo miro al

(1) Hé aquí el texto del Capítulo de Avila: «*R. adm. P. Mag. Fr. Jacobo-Maria Monsabré, qui eximius consionator omnium plausu, et ingenti animarum fructu e pulpito Ecclesie Metropolitanae Parisiensis, per viginti annos et amplius, doctrinam catholicam, ad mentem Angelici Praeceptoris, doctis indoctisque proposuit, committimus ut antiqua de arte dicendi praecepta aetatis nostra necessitatibus congrue adaptans, juniores praedicatoris Ordinis edoceat et in usum ipsorum Manuale seu methodum eloquentiae sacrae componere typisque mandare festinus accuret.*» (Commissions, n.º XIII.),

Cielo última etapa de mi feneciente vida, donde espero contemplar, en su fuente, las sublimes verdades que sólo he vislumbrado en mi terrena existencia.

Adiós, que la dulcísima Virgen y amantísima Madre, á quien debo tantas gracias, tomando en brazos el divino fruto de su seno, á todos nos bendiga.

*Nos cum prole pia
benedicat Virgo Maria!*



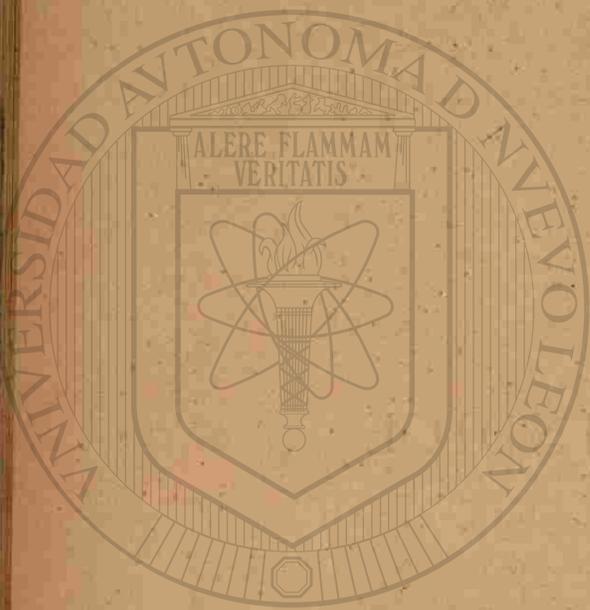
UANL

INDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

	Páginas
Dos palabras	7

LIBRO PRIMERO

ANTES DE PREDICAR

CAPÍTULO I.—Preparación remota	11
CAP. II.—Ciencia sagrada: sus fuentes.	21
CAP. III.—Ciencia sagrada: auxiliares.	41
CAP. IV.—Modelos de elocuencia sagrada: Sagrada Escritura	59
CAP. V.—Modelos de elocuencia sagrada: Santos Padres y Predicadores.	89
CAP. VI.—Lo que se ha de predicar.	123
CAP. VII.—Don de la palabra	145
CAP. VIII.—Composición y ornato del discurso.	165
CAP. IX.—Pasiones y conveniencias oratorias.	189
CAP. X.—Disposiciones del alma y auxilios divinos	213
CAP. XI.—Preparación próxima	229

LIBRO SEGUNDO

AL PREDICAR

	Páginas.
CAPÍTULO I.—En el púlpito.	239
CAP. II.—Acción	245
CAP. III.—Voz y pronunciación	255
CAP. IV.—Elocución y tono del púlpito.	267
CAP. V.—Fisonomía y acción	281
CAP. VI.—Comunicación con el auditorio	295
CAP. VII.—Tenor de vida en tiempo de predi- cación.	305

LIBRO TERCERO

DESPUÉS DE PREDICAR

CAPÍTULO I.—Mirada á Dios	321
CAP. II.—Mirada á sí mismo	331
CAP. III.—Elogios y censuras.	339
CAP. IV.—Corrección del discurso y enseñan- za de la experiencia.	349
EPILOGO.	361

CENSURA ECLESIASTICA

Excmo. y Rvmo. Sr.

*Cumpliendo lo dispuesto por V. E. I. he revisado atentamente la obra titulada **El Orador Sagrado**, antes de predicar, predicando y después de predicar, y lejos de encontrar en ella algo que pueda impedir ó retardar su publicación, he hallado muchas cosas que hacen conveniente, provechosa y deseable la pronta impresión y difusión de este libro.*

Con decir que ha sido escrito por el benemérito Padre MONSABRÉ O. P., que la traducción y adaptación del mismo libro al púlpito español es de su hermano de hábito el R. P. LECTOR FR. RAIMUNDO CASTAÑO y que lleva al frente la aprobación de la sabia Orden Dominicana, queda hecho el elogio de esta obra.

Pero he de añadir en honor de la verdad que me sorprendió agradablemente su lectura, viendo que en ella se dan al orador novel, no solamente la regla literaria y modelos prácticos para la composición y pronunciación de su discurso; sino también las reglas ascéticas, los modelos evangélicos, los preceptos canónicos y las prescripciones ó leyes que pudiéramos llamar espirituales y sobrenaturales, generadoras del espíritu apostólico que debe dar animación y vida á la palabra de aquel, que en frase del Apóstol, habla en lugar de Cristo, y pro Christo legationes fungitur.

Esto último no suele hallarse, ó se halla muy escaso, en los modernos libros de Oratoria Sagrada, y por eso el presente viene á llenar un vacío y hacer un bien positivo en

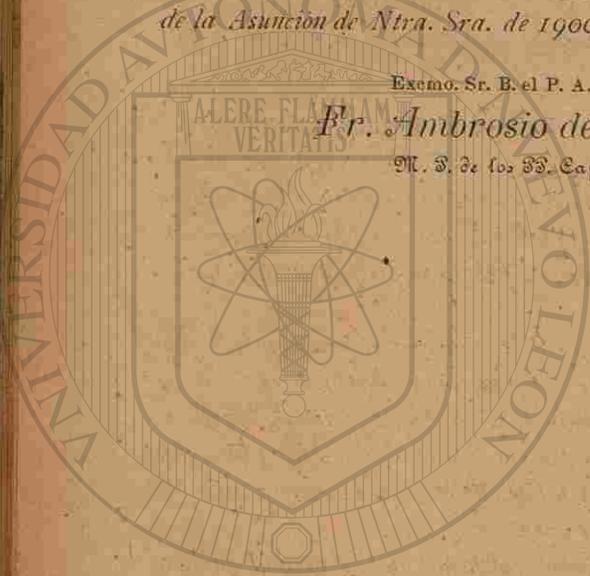
ese terreno: por todo lo cual creo que la publicación de esta obra será de mucha utilidad para el Clero secular y regular, llamado por su ministerio á predicar la palabra divina.

Dios guarde á V. E. I. muchos años. — Sevilla, vispera de la Asunción de Ntra. Sra. de 1900.

Excmo. Sr. B. el P. A. de V. E. R.

Fr. Ambrosio de Valencia

M. D. de los P. Capuchinos.



PRINCIPALES ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LEÁSE
17	20	armas	arras
32	27	<i>ei ille</i>	<i>et ille</i>
49	26	irradiación	irradiación
53	4	de sus controversias	sus controversias
118	14	externas	eternas
126	7	perjuicios	prejuicios
134	14	saber	sobre
224	23	cual no fué	cuál no fué
240	5	afecto	efecto
Id.	19	con un porte	un porte
302	24	un otro	otro
315	20	tratar	tratad
317	11	abrazan	abrasan
Id.	15	<i>est</i>	<i>es!</i>
356	3	observar	observad

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Excmo. y Romo. Sr. Arzobispo de Sevilla.

